

Esteban
Navarro

LA MARCA
DEL
PENTAGONO



La marca del pentágono

Esteban Navarro
esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Octubre 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

A Ester y Raúl, siempre.

La mayor astucia del Diablo es la de convencernos de que no existe.
Charles Baudelaire

*Los libros nacen de la ignorancia, y si continúan viviendo
después de escritos es sólo en la medida en que no pueden entenderse.*
Leviatán, Paul Auster

Cuando miras al abismo, el abismo también te mira a ti.
Friedrich Nietzsche

Índice de contenidos

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)

[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)

El veterano policía nacional de la comisaría de Huesca, Andrés Hernández Mancilla, aparcó su flamante Volvo XC60, de color gris plateado, frente a la vieja casa de piedra medio derruida que obstaculizaba el camino de acceso a la ermita de Nuestra Señora de Turbidé, en la localidad oscense de Laspaúles, una población de no más de 300 habitantes situada en la cabecera del río Isábena. Los de los pueblos de alrededor conocían a esa casa con el nombre de “*La casa de los Oliván*”, por ser precisamente esa familia quien la ocupó desde su construcción, a principios del año 1910, hasta que murió el último de los Oliván y la casa quedó en estado de abandono. El policía había estado conduciendo durante más de dos horas y presentía que se aproximaba el final de su investigación.

Al entrar en el camino, observó a su derecha un muro de piedra derribado de lo que en tiempos debió ser una capilla para que los peregrinos hiciesen un alto en el camino para orar. Solo quedaban un puñado de gruesos pedruscos que los senderistas aprovechaban como improvisada mesa, y sobre dos de ellos habían colocado una tabla de madera que se había comenzado a inflar por la lluvia y la humedad. Andrés detuvo su vehículo y apartó la tabla y, con esfuerzo, desplazó una de las piedras escuadradas bajo la cual había otra de adobe, mucho más ligera. En el amplio hueco depositó el libro de Goethe envuelto en una bolsa de supermercado. Antes de taparlo con la piedra, leyó el título a través del fino plástico: Fausto.

Siguió conduciendo por el camino de tierra hasta llegar a la vieja casa de los Oliván, aparcando a pocos metros de la puerta principal, frente a una valla de madera con un rótulo pintado en negro con el texto: “**Ermita de Nuestra Señora de Turbidé**”. En la guantera había dejado su pistola USP Compact del fabricante alemán Heckler & Koch, pensó que no la iba a necesitar. El arma estaba guardada en su funda, con una bala en la recámara, sobre la carpeta con la documentación del vehículo. Se apeó del todoterreno y se asomó por una esquina de lo que en tiempos debió ser un retrete exterior, alzando su cuerpo todo lo que pudo para otear el horizonte. Ciertamente, detrás de esa casa no había más que un mullido enjambre de maleza. Recordó que ese invierno había sido muy lluvioso en comparación a otros años, y la lluvia en exceso aumentaba de forma escandalosa el tamaño de los zarzales, alcanzando algunos los tres metros de altura. En la intranquilidad del silencio de la montaña solamente se escuchaba el canto de los grillos a lo lejos, provocado por las altas temperaturas del agosto pirenaico. Su deseo en ese momento era que la persona que esperaba no se retrasara en llegar. Estar allí, a solas, le provocaba una sensación

insuperable de congoja.

—¡Bah! —exclamó algo molesto—. Una pérdida de tiempo —se dijo en voz alta para convencerse de lo innecesario de su viaje.

La casa se encontraba a mitad de camino de la ermita de Nuestra Señora de Turbidé, tal y como indicaba el WhatsApp que había recibido esa misma mañana. Esa era la casa, sin duda, pero no parecía que hubiera nadie en su interior. Pensó que ya había perdido bastante tiempo dando tumbos, de un lado para otro, a merced del juego de unas adolescentes que por lo que parecía solo querían burlarse de él.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo con voz exangüe.

Mientras regresaba al confort del climatizador de su coche, pensó en todo lo ocurrido en las dos últimas semanas, desde que supo que Alba Mange fue la que cogió el libro. Su padre, el señor Mange, un eminente banquero de Zaragoza de la banca San Jorge, le había requerido hacía más de dos meses, en junio, para que hallara el paradero de un libro que extrañamente había desaparecido de la biblioteca de su piso de Huesca. Los Mange tenían una segunda vivienda en la calle Tarbes donde viajaban los fines de semana, tanto en verano como en invierno. En verano para ejercitar el senderismo y en invierno para practicar el esquí de montaña. En la librería del despacho de Huesca del financiero había un millar de libros. La gran mayoría heredados de su padre y otros que el banquero había ido adquiriendo en las ferias del libro antiguo, a las que era asiduo. El libro que había desaparecido era Fausto, de Goethe. Una edición publicada en el año 1882 por Casa Editorial Maucci de Barcelona, con ilustraciones de *Alejandro Liezen Mayer*, *R. Seitz* y *A. Schmitz* y traducida al castellano por Teodoro Llorente Olivares. El propio señor Mange le dijo al policía que ese libro era único en el mundo, ya que fue una primera impresión del editor y el grabado de la página 57 con el título “Fausto en su gabinete” había sido firmado por el propio Alejandro Liezen Mayer. El banquero le tuvo que explicar a Andrés Hernández la importancia de esa firma.

—Liezen Mayer fue uno de los grabadores más importantes del siglo XIX —le dijo—. Hay innumerables obras que contienen grabados suyos, la edición de Fausto de 1882 es una muestra. Pero no creo que haya ningún libro editado que contenga un grabado de Liezen Mayer con su firma de puño y letra al pie del grabado.

Por qué iba alguien a robar ese ejemplar de la biblioteca del señor Mange, se preguntó Andrés. El banquero le dijo que el piso no había sido forzado y así lo comprobó el propio policía. La vivienda disponía de una eficiente y moderna alarma que permanecía activada siempre que la familia estaba fuera de la casa.

—¿Empleados del hogar? —preguntó Andrés.

—Sí, pero solo trabajan cuando estamos nosotros. Nadie más tiene llave del piso —replicó Lucía Otal, la esposa del señor Mange.

Andrés estuvo un buen rato observando la librería. Era un mueble de pino californiano que tocaba el techo. El mueble había sido construido a medida y disponía de siete estanterías y cinco columnas; la del centro encerrada en una puerta de cristal sin llave. En la base había diez cajones donde el banquero le dijo que también guardaba libros.

—Casi mil en total —afirmó orgulloso.

Todos los libros estaban perfectamente ordenados por tamaño, Andrés advirtió que no había ninguno que sobresaliera. Y no había espacios vacíos, a excepción de la columna central y la estantería superior donde un hueco estrecho vislumbraba que allí faltaba un libro.

—Ahí es donde estaba el ejemplar de Fausto —dijo el financiero de forma queda.

Descartado el robo exterior y el personal del hogar, como limpiadoras o trabajadores, Andrés preguntó por los miembros de la familia.

—Mi mujer —respondió el señor Mange señalando con la mano abierta a Lucía Otal, que estaba junto a ellos en el salón—. Y mi hija Alba —indicó apuntando hacia el balcón.

Andrés se fijó en una adolescente que no tendría más de quince o dieciséis años. Lucía Otal le confirmó que hacía unos meses que cumplió los quince. Era una chica increíblemente atractiva, menuda, delgada y de pelo corto negro, rapado por el lado izquierdo. Destacaba sobre su figura unos ojos grandes y redondos, cuyo abultamiento los reafirmaba de forma cautiva. La menor portaba unos pendientes de aro, uno en cada oreja, y un piercing en las fosas nasales terminado en dos bolas supuestamente de acero. Mientras la observaba, Andrés asumió que su vestimenta desprendía la rebeldía de las adolescentes de buena posición social, en contrapunto al acicalamiento remilgado de sus padres. La madre iba embutida en un estrecho vestido de color gris perla que apenas disimulaba los pliegues de un estómago descuidado, mientras que el padre parecía que siempre hubiese llevado ese traje azul marino que lo hacía parecer un ejecutivo, algo que realmente era.

—Ella no ha sido —respondió la madre a una pregunta que Andrés aún no había formulado.

El padre torció el gesto, demostrando que no estaba del todo conforme con la aseveración de su esposa. Pero parecía resignado a que su hija no había participado en el hurto del libro.

—¿Novio?

—Por favor —negó con energía la madre—. Solo es una niña.

Andrés pensó que sus padres la seguían viendo como una niña, cuando su aspecto distaba mucho de una inocente adolescente. En su trayectoria como policía había tenido que lidiar con menores de edad que vendían joyas de sus padres para comprar tabaco y que hurtaban dinero de sus carteras para poner gasolina en las motocicletas de sus novios. Pero Andrés no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Sospecha usted de alguien? —se aventuró a preguntarle al banquero—. ¿Un vecino, un amigo?

El señor Mange resbaló sus ojos por la librería, como si le pareciese imposible que allí pudiera haber el hueco de su libro.

—La verdad es que no lo sé —respondió distraído—. Es un libro muy valioso, quizá el más valioso de los que poseo. Pero que yo sepa nadie lo sabe.

Andrés carraspeó para aclararse la garganta.

—Quizá le parezca una obviedad —dijo—, pero... ¿han mirado en otro sitio? A veces —se explicó—, cogemos objetos que luego dejamos en un lugar distinto. No se pueden imaginar la de denuncias por robo de vehículo que hemos tramitado en la policía de personas que aseguraban que su coche estaba en una calle, cuando lo habían aparcado en otra.

El matrimonio pareció molestarse.

—Ese libro siempre ha estado ahí —señaló con el dedo índice de su mano derecha—. Y ahí estaba la última vez que lo vi.

Andrés se fijó que el cristal que protegía la estantería estaba extremadamente limpio.

—Es posible que policía científica consiga extraer huellas —indicó.

El banquero negó con la cabeza.

—Nada de policía, ya se lo dije.

Andrés mostró desaprobación con la expresión de su cara.

—Cabe la posibilidad de que quién haya cogido ese libro desconozca su valor —explicó el banquero—. Si interviene la policía todo el mundo se preguntará por qué se investiga la desaparición de un simple libro. Con lo que el libro dejará de ser simple. ¿Sabe hasta cuánto estaría dispuesto a pagar un coleccionista por ese ejemplar?

Andrés no respondió, limitándose a morderse el labio inferior.

—Exacto —habló el banquero—. Más de lo que podríamos imaginar entre todos.

Sentado en el Volvo, enfrascado en sus pensamientos, Andrés Hernández percibió un destello luminoso desde una de las destartaladas ventanas de la casa abandonada de los Oliván. El reflejo en uno de los pedazos de cristal, que aún quedaba en pie en el portillo, le hizo pensar que quizá había alguien dentro de la casa. Imaginó que la chica había llegado antes que él, cambiando de opinión y anticipándose a su llegada, pero hasta ese momento todo indicaba que la casa estaba deshabitada. Hubiera sido una contrariedad que algún senderista se hubiera introducido dentro, reflexionó.

El veterano policía no quería hacer caso al WhatsApp que recibió esa misma mañana, porque en cierta manera era claudicar ante los juegos de esas chicas. Imaginó que estarían ocultas cerca de donde él se encontraba y riéndose de sus movimientos titubeantes. Pero lo más inmediato para él era poder hablar con Alba y convencerla de que cambiase su actitud. Y para hacerlo debía separarla del resto del grupo, las otras nunca dejarían que ella aceptara sus explicaciones. El libro debía ser entregado al señor Mange, su legítimo propietario, y Alba había de regresar a casa y deponer su propósito de embarcarse en la aventura a la que la arrastraban las demás. Andrés sabía que mientras él tuviese el libro, ellas no podrían hacer nada.

«Estoy dispuesta a todo por recuperar el libro», le había escrito ella en un WhatsApp. Andrés bromeó con ese “todo” que le había puesto la niña en el mensaje. Pero ella no se amilanó y siguió hablando más claro para que el veterano policía no tuviera dudas de hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Él sabía que ella sola no podía haber ideado semejante estrategia. Una cría de quince años no se ofrece a un cincuentón como intercambio para recuperar un objeto que para ellas era vital. En ningún momento respondería a ese mensaje. La conversación quedaría grabada en el historial de la aplicación y ella utilizaría ese historial para denunciarlo. Lo había visto tantas veces en la Inspección de Guardia de la comisaría que sabía que era la maniobra más simple del mundo. Una chica menor de edad entra en una comisaría y dice que un hombre mayor ha abusado de ella, que la ha corrompido o que tan solo le ha hecho una proposición deshonesta. Todo el peso de la Ley cae sobre ese adulto, sin misericordia. Pero si además es un policía, entonces su carrera se puede dar por terminada. No, Andrés no podía responder a ese mensaje de ninguna de las maneras. Pero necesitaba hablar con ella para que su plan surtiera efecto. Una adolescente es maleable, una adolescente no puede tener los valores tan firmes como para que no se quebranten. Solo necesitaría de unos minutos a solas para convencerla de que regresara a casa de sus padres con el libro de Goethe. Le diría que su padre

nunca sabría que fue ella quién se lo robó, porque decírselo implicaba explicarle al señor Mange el uso que su hija iba a darle al libro. Desembrollar la madeja en que la joven Alba se había catapultado era hartamente complicado, a no ser que Andrés la convenciera que aún estaba a tiempo. Ahora que aún no era demasiado tarde.

Salió del coche y volvió a cerrar la puerta, no acordándose de accionar el mando a distancia de la llave, por lo que el Volvo quedó abierto. Se acercó hasta la casa de nuevo y se asomó por el hueco donde un día hubo una puerta. Desde el interior de la casa provenía el tufo característico de humedad mezclada con orín. Calculó que, en su situación, subir por esos peldaños cuarteados no sería quizá la mejor idea. En la ocasión anterior dudó de que esas maderas carcomidas aguantaran su peso, y sin embargo, aparte de los crujidos, los escalones se portaron y no se desplazaron ni un milímetro de su posición.

—Andrés. Andrés... —sintió que alguien le llamaba desde la planta de arriba.

El policía arrugó los ojos y contuvo la respiración. Creyó que su mente le estaba jugando una mala pasada y oía entre susurros como una voz de mujer lo llamaba por su nombre. ¿Y si era Alba Mange quién lo llamaba? ¿Y si era ella realmente la que estaba allí arriba? Pero la voz que sentía no era de una chica en apuros, sino todo lo contrario: era de una mujer insinuándose.

—¡Alba! —dijo en voz alta—. ¡Alba! ¿Eres tú?

Su voz se diluyó por el hueco de la escalera.

—Andrés, sube...

La voz de mujer era más melódica, más infantil. Esa chica no era Alba, se dijo. El policía tocó su cintura con el codo del brazo derecho, esperando hallar ahí su arma mientras pisaba con la punta del pie el primer escalón. Recordó que la pistola la había dejado en la guantera del Volvo. Y seguía creyendo que había sido una buena idea, desde luego no iba a necesitar su arma contra esas chicas.

—¿Alba? ¿Estás bien?

—Sube Andrés. Estoy aquí arriba.

Andrés subió las escaleras despacio, asegurándose que ningún tablón se partía bajo sus pies. Entonces se le ocurrió una idea para comprobar si el mensaje que había recibido en su móvil era de Alba. Pulsó en llamada y esperó unos instantes. Enseguida escuchó el sonido del tono de llamada característico del iPhone. Ahora ya podía estar seguro de que en la planta superior de la casa estaba la persona que le envió el mensaje: la propia Alba Mange.

Asomó la cabeza en el último escalón. Sus ojos se abrieron de par en par. Todo estaba prácticamente igual a como lo había visto la última vez. En lo que debía ser el salón de la casa, solo había una silla de madera, aparentemente nueva, en el centro de la estancia; aunque las chicas la habían limpiado de restos

de alcohol. La última vez, sobre esa misma silla, había una botella de ginebra y otra de naranjada, ahora solo había un teléfono móvil. En el suelo seguía dibujado el pentágono con tiza, delineado con trazos muy sencillos y bosquejado con las cinco piedras. La primera intención del policía fue chutar esas piedras hasta sacarlas de la guía de la figura y esparcir la tiza por el salón con la suela de sus zapatos. Pero sabía que ellas no tardarían ni cinco minutos en volver a dibujar otro.

Andrés se fijó en el teléfono. Sería demasiada casualidad que se lo hubieran dejado olvidado después de la última reunión; aunque todo era posible. Con el móvil que sostenía en la mano pulsó en rellamada, el teléfono de la silla sonó y la vibración lo hizo desplazarse hasta la esquina, donde estuvo a punto de caer al suelo si el policía no hubiera soltado la tecla.

«Era todo tan burdo que no podía ser una trampa», pensó. Una silla con un solitario teléfono móvil esperando a que él picara. Pero cuando alargó la mano para coger el teléfono de la silla sintió a su espalda la presencia de alguien. Cuando se giró ya era tarde.

Eran las 13:30 horas del sábado 15 de agosto de 2015.

Ese sábado 15 de agosto el calor, después de un invierno frío, asolaba toda la península ibérica de norte a sur. Y Murcia no era una excepción. La oficial de la policía nacional, Diana Dávila, se encontraba en el piso que había alquilado en la calle Greco. Estaba leyendo un libro de Lorenzo Silva, “Los cuerpos extraños”, y se preguntaba qué habría de verdad en esa novela. Ciertamente la novela actual policíaca se había convertido en una literatura veraz y todo lo que se contaba tenía tintes de ser cierto, o al menos lo aparentaba. A su lado, pegado a su pierna derecha, había dejado el teléfono móvil. Era difícil que la llamaran en sábado, pero al estar de incidencias debía tener disponibilidad absoluta. No era la primera vez que un sábado había que movilizar a toda la policía judicial de Murcia por algún asesinato. A su mente afloró el recuerdo del crimen del empresario Rafael Abellán, unos años antes, y la rocambolesca investigación tratando de hallar al culpable. Mientras meditaba sobre eso, volvió a mirar de reojo su teléfono. Todavía no había pasado el tiempo suficiente desde que lo dejara con David para que hubiera aprendido a olvidarlo. Aún albergaba la ilusión de que su compañero de Cartagena la llamara y le preguntara aquello que tanto le había gustado tiempo atrás: ¿te recojo en una hora? Pero ella sabía que aunque la llamara, no aceptaría. Lo de David había terminado definitivamente y retomar la relación sería una pésima idea.

Cerró el libro de Lorenzo Silva y lo dejó con cuidado sobre la mesita de cristal que mediaba entre el sofá y el televisor. Ya era la una del mediodía y su preocupación más acuciante consistía en saber dónde o qué iba a comer. La opción más aceptable sería bajar al supermercado de la esquina y hacerse con una bolsa de congelado precocinado; tanto el horno como el microondas del piso de alquiler estaban en buen estado. Lo de ir a comer fuera ya lo había descartado incluso antes de pensarlo. Odiaba el sentarse sola en un restaurante donde se sentía observada por los demás. Otra alternativa podía ser la de llamar a una compañera de la comisaría: Araceli. Pero Araceli tampoco era una buena elección para ese sábado, sobre todo teniendo en cuenta que se había separado de su marido hacía apenas dos meses y seguramente se pasaría la tarde despotricando de su pareja y hablándole de lo mal que la trataba cuando convivían juntos. Diana ya se conocía de sobra esa historia de boca de Araceli, ya que se la había contado cientos de veces. Y aunque compasiva con su compañera, no le apetecía aguantarla un sábado por la tarde, y más teniendo otras alternativas más placenteras, como la de seguir leyendo.

Se metió en la cocina y abrió la nevera, pensó que algo podría prepararse para comer. Después de todo, tampoco necesitaba mucho para saciar su apetito.

—Veamos —dijo en voz alta—. Lenguado congelado, croquetas congeladas y pan congelado. No necesito más —asintió satisfecha.

Necesitó un par de minutos para poner en marcha el horno. Muy moderno, para lo que estaba acostumbrada, no daba con la combinación de teclas para que el horno comenzara a calentar. Mientras desliaba la bolsa de pan para descongelar un par de tostadas, se acordó del teléfono móvil, el cual había dejado en el sofá del comedor. Desde la cocina no oiría la melodía del *Exorcista*. Cogió el móvil y regresó de inmediato a la tarea culinaria que siempre le desagradó.

Y cuando el reloj de la cocina marcaba la una y media de la tarde, el teléfono sonó. Diana nunca fue mujer de presentimientos, pero presagió que esa llamada no traería nada bueno. Un único tono con la melodía del *Exorcista* enmudeció de nuevo.

—Vaya —farfulló molesta.

Desde la proliferación del teléfono móvil que ya nadie se equivocaba al marcar. Antes, cuando se utilizaba el teléfono fijo, los usuarios marcaban el número de memoria, lo que provocaba que alguna vez se errara en el número. Pero ahora, las agendas de los móviles se habían convertido en un objetivo certero a la hora de apuntar al destinatario, lo que dirimía cualquier margen de equivocación.

Diana se desplazó malhumorada desde la cocina. En el caso de que fuese una llamada oculta sabría, sin duda, que era de la comisaría. Seguramente la llamarían de la Inspección de Guardia para obligarla a ir. Penitencias de las incidencias, meditó. La pantalla del teléfono aún permanecía iluminada y Diana leyó el nombre de Andrés Hernández, justo en el momento que se apagaba. Cogió el teléfono y apretó el botón de llamada para que se encendiera de nuevo la pantalla. Una llamada perdida, y de Andrés, leyó Diana con inquietud. Hacía varios meses que no hablaban, desde que ella se marchó de Huesca que la relación se había ido distanciando cada vez más. La distancia hace el olvido, pensó que decían siempre los poetas.

—¿Qué querrá? —preguntó en voz alta sin soltar el móvil de su mano.

Diana regresó a la cocina, pero esta vez se llevó el móvil. Sea lo que fuese lo que quería Andrés, podía esperar. El horno se estaba calentando y Andrés era interminable en sus conversaciones telefónicas, pensó Diana. Calculó que comería la pieza de lenguado y las croquetas y que mientras se tomaba el café le devolvería la llamada a su compañero de Huesca.

Mientras comía en una bandeja, sentada delante del televisor esperando a que comenzara el telediario de las dos del mediodía, recordó la última conversación

que mantuvo con Andrés. Era el mes de marzo y su veterano compañero le dijo que estaba deseando cumplir los cincuenta y cinco para pasar a segunda actividad; estaba cansado de la profesión. Diana le recordó que hasta octubre no cumpliría los cincuenta. Y que cinco años es mucho tiempo, si se sabe aprovechar. Hablaron de las vacaciones de verano y Andrés le dijo que este año las cogería en septiembre. Diana le ofreció la posibilidad de que viajara a Murcia a visitarla. Te va a encantar, le dijo. Andrés no parecía muy convencido, ella lo notó triste. Ya verás como unos días en Murcia te refrescan, insistió Diana.

El teléfono vibrando de nuevo, esta vez sobre el sofá, alejó a Diana de sus pensamientos. Era un número oculto, por lo que la llamada sería de comisaría.

—Sí —dijo al descolgar—. Soy yo. Sí. ¿De Huesca? Sí, sí, lo conozco. ¿Cómo, qué? No es posible. ¿Qué ha ocurrido? No, no. ¿Por qué? No, no importa. ¿En Laspaúles? Sí, sé donde está.

La persona que llamó colgó, por lo que Diana no pudo preguntarle quién era y al ser un número oculto no podía volver a llamar a su interlocutor. Durante unos segundos frotó el teléfono móvil entre sus dos manos, como si ese pequeño y útil aparato pudiera reconfortarla. La llamada era desde Huesca, le había dicho una voz de mujer que no reconoció. Diana recompuso la conversación en su memoria.

—Es usted *Adiana* —le preguntó la voz.

—Soy yo —respondió Diana.

—¿*Adiana Dávila*? —preguntó dubitativa la mujer.

—Sí. Diana Dávila —corrigió.

—Llamo desde la provincia de Huesca —le dijo.

—¿De Huesca? —repitió Diana.

La mujer se silenció unos segundos, que a Diana le parecieron eternos.

—¿Conoce a Andrés, el policía? —preguntó haciendo un paréntesis prolongado entre que dijo Andrés y policía.

—Sí, sí, lo conozco —afirmó Diana.

Mientras la mujer lanzaba su siguiente pregunta, la joven policía pensó que quién llamaba era alguna compañera sentimental de Andrés. Imaginó que esa mujer había visto su número de teléfono en el móvil y de repente tuvo un ataque de celos. Diana sabía que Andrés había asociado a su número una fotografía de Diana en la playa, un verano que ella se la mandó bromeando sobre lo bien que se estaba de vacaciones. Andrés le dijo que en esa fotografía estaba preciosa y que la guardaba en los contactos de su teléfono para verla siempre que ella o él se llamaran.

—Andrés está muerto —soltó de forma impulsiva su interlocutora.

—¿Cómo, qué? —acertó a decir Diana—. No es posible.

Le iba a decir que hacía media hora recibió una llamada desde su teléfono. Pero quizá la llamada actual explicase la llamada anterior, pensó Diana. La policía imaginó que quién llamaba quiso hacerlo primero desde el teléfono de Andrés, pero luego le parecería un despropósito y optó por efectuar esa llamada desde la comisaría.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó Diana viendo que la mujer no explicaba nada más.

—Aún no lo sé —replicó—. ¿Sabe usted algo? —preguntó para confusión de Diana.

—No, no. ¿Por qué?

Por qué tendría Diana que saber nada, se cuestionó poniéndose de pie. La bandeja con las sobras se esparció por el sofá.

—Pensaba que usted podía saber algo —dijo la mujer—. Espero que no se haya molestado.

—No, no importa.

—Estamos en Laspaúles.

—¿En Laspaúles?

—¿Sabe dónde está?

—Sí, sé donde está —respondió con celeridad Diana, parecía que a su interlocutora le costaba hablar. La policía había de arrancarle las palabras de una a una.

La llamada se interrumpió en ese punto.

Diana se preguntó quién la había llamado. En un principio pensó que quién llamaba era una policía de la comisaría de Huesca, pero repitiendo la conversación en su memoria no recordaba que esa mujer lo hubiera dicho en ningún momento. Ni siquiera que le hubiera dicho que llamaba desde la secretaría, por lo que podría haber sido una funcionaria. Una serie de preguntas la asaltaron: ¿Por qué sabía esa mujer que Andrés era su amigo? ¿Por qué conocía ella su número de teléfono? ¿Por qué desde el teléfono de Andrés recibió una llamada perdida media hora antes?

—Andrés, Andrés... ¿qué ocurre? —dijo en voz alta sin soltar el teléfono de su mano y caminando entre el estrecho pasillo que separaba el salón de la cocina.

Deslizó el dedo por la agenda hasta llegar a “Hernández”, donde había archivado el teléfono móvil del policía de Huesca. Calculó que lo mejor que podía hacer era llamarlo directamente. Mientras el teléfono verde parpadeaba en la pantalla imaginó que Andrés respondería. Todo habría sido un malentendido y su compañero de Huesca desmentiría la información falsa. Pero la locución de la operadora de telefónica diciendo que el teléfono estaba apagado o fuera de

cobertura, solo consiguió que Diana se desesperara.

—Andrés, cojones, ¡responde! —gritó.

Se vistió de prisa y salió a la calle con destino a la comisaría de Murcia, cuando pasaban unos minutos de las dos de la tarde del sábado 15 de agosto de 2015.

Meses antes de la desaparición del libro, hubo unos cambios importantes en la vida de los Mange. Tanto el señor Arturo Mange como su esposa Lucía Otal omitieron hablar de ello, al policía al que habían requerido para hallar el libro de Goethe, estando en la creencia de que ese hecho desvirtuaría su investigación. Para los Mange, su hija Alba no tenía nada que ver con el robo del libro, algo que siempre habían mantenido.

Alba Mange tenía quince años y su carácter se había enrarecido en las últimas semanas del mes de junio hasta tornarse aciago e insoportable. La chica rechazó cualquier ayuda externa, como podía ser la de un psicólogo, ya que los procesos psicopedagógicos con jóvenes conflictivos eran largos y dificultosos. El señor Mange achacaba el cambio de carácter a ese grupo de nuevas amigas con las que se comenzó a relacionar su hija a principios del año 2015. En enero, la entonces introvertida y solitaria Alba Mange, había conocido a un grupo de chicas bastante más mayores que ella; algunas habían cumplido los veinte años, cuando coincidieron en los Multicines de Huesca. Ese día Alba fue al cine acompañada de una amiga del colegio Santa Rosa a visionar la última película de Antonio Banderas: *Autómata*. Al finalizar el pase de la película su amiga regresó a casa y Alba se quedó hablando con Ernesto, un chico del Instituto Ramón y Cajal al que conocía desde que los dos eran unos niños. Intercambiaron cuatro palabras en la puerta de los Multicines y Alba le solicitó un cigarrillo a Ernesto, ya que de vez en cuando, y a escondidas, solía dar alguna calada. El chico le dijo que no fumaba y en ese momento apareció Luisa, la joven de Laspaúles que su padre tanto había lamentado que llegara a conocer. Luisa Cortillas tenía 20 años y había ido a Huesca con dos amigas más a ver la misma película que Alba y su amiga. Le ofreció un cigarrillo a Alba y se quedó hablando con ella, mientras que Ernesto se marchó a su casa, pues había de respetar el horario de recogida establecido por sus padres. Luisa Cortillas le preguntó a Alba si había ido sola al cine, a lo que ella respondió que no, que había ido con una amiga, pero que ya se había marchado a su casa. Y entonces Luisa le presentó a dos amigas más con las que había llegado hasta Huesca desde Laspaúles: Petra Cornel y Aurora Masalle. La primera de dieciocho años y la segunda de diecinueve. Dieciocho, diecinueve y veinte, le dijo seguidamente, encadenando el orden de sus respectivas edades.

Al mes siguiente de aquel primer encuentro, Alba comenzó a viajar los fines de semana hasta la localidad oscense de Laspaúles, sin el consentimiento de sus padres. Al principio eran viajes de ida y vuelta en un solo día. Pero pasadas las primeras semanas Alba comenzó a quedarse a dormir. Viajaba en autobús el sábado por la mañana y regresaba el domingo por la noche a Huesca. A su

llegada el carácter le había cambiado, se había vuelto respondona y malhumorada y utilizaba adjetivos hacia su madre que nunca antes le habían escuchado. A la llorosa señora Otal le entristecía oír como su hija la llamaba vieja o inútil. Los amigos del matrimonio le dijeron que esa actitud formaba parte de la adolescencia y que era normal. Ya se le pasará, le habían dicho para animarla. Aún así nunca había perdido el respeto hacia su padre, al que seguía temiendo. Pero el señor Mange no quiso intervenir en la reprimenda hacia su hija, por compartir lo que sus amigos le habían recomendado cuando le dijeron que la rebeldía era algo que se pasaba con la edad.

En el mes de junio los llantos de la señora Otal se habían tornado desconsolados, las calificaciones de Alba en el instituto eran poco menos que calamitosas, no aprobando absolutamente ninguna asignatura, además de los informes desfavorables de los profesores y las notas de ausencias repetidas. El 15 de junio todo explotó en casa de los Mange. La madre de Alba quiso cortar el deterioro de su hija de raíz y la amenazó con internarla en un centro psiquiátrico, argumentando que su cambio de comportamiento tenía tintes de enajenación. Dos semanas después el carácter de la chica parecía que había vuelto a estabilizarse. Y fue entonces cuando desapareció el libro de Goethe.

—¿Hay alguien arriba? —interpeló Diana al policía de seguridad.

El agente encogió los hombros.

—En la oficina no hay nadie —respondió quedamente.

Diana ignoró su respuesta y subió por el ascensor hasta la oficina. A su llegada comprobó que estaba cerrada. Abrió la puerta con su llave y accedió al interior. Los ordenadores estaban apagados y el ambiente olía a lejía, la oficina estaba tal y como la habían dejado las mujeres de la limpieza por la mañana. Cerró la puerta y se dirigió a su despacho de policía judicial. Buscó el número de teléfono de la comisaría de Huesca en su móvil y desde el fijo llamó directamente a la inspección de guardia oscense.

—Soy la oficial Diana Dávila —dijo cuando descolgaron—. Llamo desde la comisaría de Murcia.

El agente que la atendió la conocía de cuando ella hizo las prácticas allí.

—Hola Diana —saludó—. ¿Qué tal estás? Soy Nacho, ¿te acuerdas de mí?

—Ah, sí Nacho. Claro que me acuerdo de ti. ¿Ahora estás en la inspección de guardia?

—Sí —respondió—. Llevo aquí un año. Cuánto tiempo sin saber de ti. ¿Qué tal por Murcia?

—Bien, bien... Llamaba para preguntar por Andrés.

—¿Andrés? Sí, claro. Hoy no ha venido por aquí, no estamos en el mismo turno y él tiene libre. ¿Tienes su móvil?

—Sí. Le he llamado, pero lo tiene apagado.

—Normal —sonrió Nacho—. Aquí cuando los policías tienen fiesta no encienden el móvil para que nadie los ande molestando.

—¿Sabes dónde puede estar?

El policía se encogió de hombros; aunque Diana no pudo verlo.

—Ni idea. Ya sabes que Andrés es un culo inquieto y cuenta poco sus andanzas.

—¿Estaba con algo? —Diana evitaba explicarle a Nacho por qué había llamado.

—Mmmm, déjame pensar. Creo que andaba ocupado en un encargo de un banquero de Zaragoza, pero que tiene una vivienda en la calle Tarbes de Huesca —dijo dubitativo—. Andrés estuvo unos días por comisaría consultando Internet...

—¿Andrés está ahora en judicial? —preguntó confusa Diana.

—No, que va. Sigue en la oficina de denuncias, pero ya sabes como es: le gusta estar en todas partes. Creo que lo contrató el financiero para hallar un libro

que había perdido. A mí no me gusta meterme donde no me llaman, pero aquí los ordenadores están a la vista de todos y en una ocasión se dejó la pantalla abierta del navegador y antes de cerrarla pude ver como había consultado las imágenes de Google con el texto “grabados Fausto de Goethe”.

—¿Me has dicho un banquero? —interrumpió Diana.

—Sí, Arturo Mange. Es un financiero muy conocido en Aragón, presidente del banco San Jorge con sede en Zaragoza. El tío tiene una vivienda en Huesca, en la calle Tarbes; una zona exclusiva —Diana ya conocía esa urbanización.

—No entiendo —titubeó Diana—. ¿Por qué habría de contratar a Andrés? Ese es el trabajo de la policía, ¿no?

—Sí, claro —siguió hablando Nacho—. Yo también me hice esa pregunta, pero al final concluí que al tratarse de un personaje tan importante optaría por no darle publicidad inmiscuyendo a la policía.

—¿Sabes qué relación tenía ese banquero con Andrés?

—Uf —resolló Nacho—. A tanto no llego. Además todo lo que te pueda decir son elucubraciones mías. Ni siquiera sé si lo contrató el banquero o le hacía un favor personal, no me hagas mucho caso. Ya sabes como es Andrés de reservado y no nos cuenta nunca nada, ni tan siquiera a los que trabajamos con él. Lo que sí te puedo decir es que, estas últimas semanas, ha pasado por aquí a menudo, fuera de servicio, consultando expedientes e indagando en la base de datos de la policía. Desde el asunto aquel del asesino del abecedario que no habla mucho con nadie de nosotros, pienso que se ha vuelto desconfiado. Pero... ¿por qué no le llamas y se lo preguntas tú misma, Diana? A ver si me estaré metiendo en un lío contándote más de lo que debiera —chasqueó la lengua Nacho.

—Probaré a llamarle más tarde —dijo Diana—. Si lo ves dile, por favor, que me llame. Necesito hablar con él.

—¿Ocurre algo? —cuestionó con tono severo el policía.

Diana evitó decirle que una hora antes había recibido una extraña llamada informando de su muerte y que poco rato antes había recibido una llamada perdida de su teléfono móvil. La oficial de policía albergaba la esperanza de que todo fuese una broma de muy mal gusto.

—No. De momento espero que no —dijo antes de colgar.

Un Patrol de la Guardia Civil había llegado hasta el camino despoblado de Laspaúles, que conducía a la ermita de Nuestra Señora de Turbidé. Un senderista les alertó de que había visto un todoterreno aparcado frente a una casa abandonada, cuando iniciaba el recorrido de un camino de montaña que recorría a menudo, y que a su regreso el vehículo seguía allí. Y dado que ese camino era poco transitado y no era época de caza ni de búsqueda de setas, el hombre temió que al propietario del vehículo le hubiera ocurrido algún percance, así que cuando se cruzó con la patrulla de la Guardia Civil se lo hizo saber.

El Patrol de la Benemérita llegó hasta la casa abandonada de los Oliván y vieron que efectivamente había un todoterreno aparcado delante. Se apearon de su vehículo y se entretuvieron en registrar el Volvo XC60 que había allí, tal y como les indicó el senderista. Las puertas no estaban cerradas, pero el motor permanecía frío, por lo que dedujeron que llevaba varias horas parado. Uno de los guardias pasó la matrícula por su sala operativa, respondiendo el operador que el coche pertenecía a Andrés Hernández Mancilla, sin antecedentes penales y domiciliado en la localidad de Huesca.

—Es de un tío de Huesca —le dijo el guardia civil a su compañero.

El otro agente, más veterano y bregado en las patrullas del río Isábena, coincidió con el senderista que les alertó en lo extraño de que ese coche estuviera aparcado allí, y abierto. Así que dedujo la explicación más plausible.

—Seguro que se le ha averiado y por eso lo ha dejado aparcado aquí hasta que una grúa venga a recogerlo —supuso.

El otro agente, más joven, sugirió que husmearan en el interior de la casa abandonada, por si el propietario del Volvo estuviera allí dentro. Y desde el hueco de la puerta llamó en voz alta.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Hay alguien ahí? —gritó—. Somos la Guardia Civil —dijo.

—¡Bah! —determinó el agente veterano—. Seguro que se trata de otro senderista que ha dejado su coche aquí aparcado y ha iniciado el camino de montaña y no regresará hasta que anochezca.

—¿Y lo ha dejado abierto? —cuestionó su compañero.

—Aquí es extraño que alguien robe —replicó sonriendo—. En una ciudad ya hubieran desvalijado el coche —sentenció.

El guardia civil joven, más atlético, inició el ascenso de la deteriorada escalera de la casa.

—A ver si te vas a caer —le dijo su compañero.

—Voy a mirar aquí arriba, por si acaso.

Mientras, el veterano aprovechó para encender un cigarro.

El joven llegó hasta la primera planta de la casa, asomando la cabeza por el hueco de la escalera. Allí, en lo que en tiempos sería el salón, pudo ver el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. De su espalda surgía un reguero de sangre seca que terminaba en un charco, también seco. Toda su ropa estaba empapada de color granate.

—¡Jacinto! —chilló a su compañero a través de la ventana—. Aquí hay un hombre herido.

El otro agente lanzó el cigarro al suelo, pisándolo de inmediato para evitar un incendio, y subió por la escalera con cuidado de no dar un mal paso y caer rodando. Cuando llegó arriba se quedó petrificado por la escena. En el suelo había tendido un hombre boca abajo. Una enorme mancha de sangre en su espalda indicaba que había recibido un fuerte golpe, o eso les pareció. Pero lo que más les llamó la atención era la marca que había en el suelo, alrededor del cadáver. Una figura dibujada con tiza contorneaba el cuerpo y había cinco piedras colocadas de tal forma que perfilaban un pentágono. También se fijaron en una silla de madera, demasiado nueva para encajar con el mobiliario de la casa, que alguien había situado entre el cuerpo y la ventana. Parecía que mientras el hombre recibía el golpe, allí hubiera alguien sentado en esa silla, contemplando su muerte.

—Rito satánico —dijo el veterano guardia civil.

El joven agarró la empuñadura de su arma, pero sin llegar a sacarla de la funda. Aunque la casa no era excesivamente grande, aún podía haber algún rincón donde se hubiera podido ocultar alguien.

—Llama a la central para que vengan más agentes —ordenó el veterano.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Salir afuera y esperar al lado del coche a que llegue al menos otra patrulla. Informa de nuestra posición y alerta de que hay un cadáver.

Los dos agentes bajaron las escaleras y se apostaron frente a la casa. Todavía no habían descartado que hubiera alguien escondido en el interior o que desde la maleza los estuvieran observando.

—¿Habías visto algo así antes? —preguntó el joven.

—Así, así, no. Pero no es la primera vez que por esta zona hay algún indicio de ritos relacionados con la brujería. La figura dibujada alrededor del cuerpo es una marca para evitar que salga afuera —aseguró el guardia veterano.

—O para evitar que alguien entre —concluyó el joven.

—También —asintió el guardia civil veterano—. También —repitió cuando eran las cinco de la tarde del 15 de agosto de 2015.

Diana regresó a su piso caminando desde la comisaría de Murcia. El asunto de la presunta muerte de Andrés Hernández la había sumido en una sucesión de pensamientos extraños. ¿Quién era esa mujer que la había llamado para decirle que Andrés había muerto? ¿Había muerto realmente? En cualquier caso: hubiera muerto o no, ¿por qué la llamó esa mujer a ella?

—Calma Diana. Caaaalma... —se dijo en voz alta.

Pensó que quizá estaba sacando las cosas de quicio y en realidad todo era una sucesión de coincidencias. Seguramente, el lunes por la mañana, la mujer que la llamó se identificaría convenientemente. Podía ser desde una funcionaria a una enfermera de un hospital de la provincia de Huesca o incluso una policía o una guardia civil. Lo importante era no trastornarse, según le había dicho Nacho, cuando habló con él por teléfono, Andrés estaba bien. Aunque a Diana le preocupaba que su compañero de Huesca no contestara a las llamadas y que tuviera el móvil apagado, cuando al mediodía le había hecho una llamada perdida.

Sin dejar de caminar sostuvo el teléfono móvil en su mano mirando la pantalla. Le parecía imposible que no hubiera forma humana de repetir la conversación con la persona que había llamado. Un compañero le había dicho semanas atrás que había una aplicación para móviles que permitía grabar todas las conversaciones que se mantenían con el teléfono. La aplicación se activaba al descolgar y se paraba cuando se terminaba la llamada. De haberla tenido instalada hubiera podido escuchar la llamada con más detenimiento y así dejar de hacer conjeturas que no le llevaban a ningún lado.

Cuando llegó a la portería de su bloque se asustó al sentir como su teléfono vibraba en su mano. En la pantalla apareció el nombre de Araceli.

—Hola tía, ¿qué tal todo? —dijo Diana al descolgar.

—Saliendo de una depresión de caballo —replicó su interlocutora.

—No hay mal que cien años dure —dijo Diana—. Ya verás como en unos días no pensarás más en él.

—No es tan sencillo Diana, no sé cuánto tiempo ha de pasar para olvidarle. Al principio pensé que una semana sería suficiente. Luego, cuando transcurrió el primer mes, creí que sería más sencillo. Pero ya van dos y todavía no estoy segura de si hice bien en cortar la relación.

—Ese chico no te convenía. Si la mitad de lo que me has contado de él es cierto, hace tiempo que deberías haberle dejado.

—La soledad es terrible —afirmó Araceli, como queriendo justificarse.

—Puede ser terrible al principio —dijo Diana—. Créeme, sé de lo que hablo.

Pero luego, cuando te acostumbras, es más difícil convivir con alguien. Estar sola no es malo. Además ya sabes lo que dicen: más vale solo que mal acompañado.

—Bueno, ¿te apetece salir esta noche?

Diana sostuvo el teléfono en su mano pensando la respuesta.

—Nada de discotecas ni bares de copas. Cenamos juntas en el Centro Comercial Nueva Condomina y luego nos vamos a ver una película. ¿Qué te parece el plan?

—Es un buen plan, Araceli. Sin duda. Pero hoy quizá no sea un buen día...

—Para ti nunca es un buen día Diana. Desde que lo dejaste con David que no has vuelto a salir con nadie. Has de saber que la soledad tampoco es buena. Nos podemos acostumbrar a ella, sin duda. Pero buena, lo que se dice buena, no es.

—No es lo que piensas, Araceli. Es por trabajo.

—Ya tía, imagino que este fin de semana estarás de incidencias. Pero nos conocemos desde hace tiempo y tú y yo sabemos que las incidencias en Murcia son una balsa de aceite. Vamos a cenar y luego al cine y si te llaman, pues te acompaño. Yo también soy policía, ¿recuerdas? Además, ¿qué clase de trabajo tienes para no quedar conmigo?

Diana meditó si decirle lo que le había ocurrido al mediodía. Pero si no enfocaba bien sus explicaciones, Araceli podía pensar que sobreactuaba.

—Mira Araceli, estoy llegando a casa y necesito las dos manos para abrir el bolso, sacar la llave y abrir la puerta. Si te parece te llamo dentro de, digamos, media hora. Tengo que hacer una gestión para quedarme tranquila. ¿Te parece?

—Vale Diana. Yo ya estoy preparada. En cuanto me llames salgo pitando y nos encontramos donde me digas.

Diana colgó y abrió la puerta de su casa. Pensó que quizá su compañera tenía razón y no valía la pena estar todo el fin de semana preocupada por la absurda llamada que había recibido. Quizá todo era una broma. No había de olvidar que Andrés Hernández era alguien muy importante para la policía y que durante estos años había sido el foco de atención por diversos motivos. Él seguro que sabía cuidar de sí mismo y no necesitaba de una inexperta policía de provincias para guardarle las espaldas, pensó Diana para su propia tranquilidad. Puso el teléfono a cargar y decidió darse una ducha y arreglarse para quedar con su compañera de trabajo. Sea lo que fuere lo que había ocurrido en Huesca, ella no podía hacer nada.

Y justo se había quitado la blusa cuando sonó el teléfono de nuevo.

—Qué pesada tía —dijo en voz alta, creyendo que era Araceli la que volvía a llamar.

Pero cuando se acercó hasta el teléfono vio como el que llamaba era un

número oculto.

—Sí —dijo pensando que era de comisaría.

—¿Diana Dávila?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Nacho Orós, de la comisaría de Huesca. Hemos hablado hace un rato por teléfono. ¿Te acuerdas?

—Ah, Nacho. Sí, dime. ¿Qué ocurre?

—Te llamo para darte una noticia.

Diana arrugó la frente. Sabía que lo que le iba a decir el compañero de Huesca no iba a ser una buena noticia.

—Dime.

—Lo siento Diana. De veras que lo siento. Acaba de confirmar la Guardia Civil de Laspaúles que han hallado el cadáver de Andrés Hernández. Aún no sabemos nada, ni qué hacía en ese pueblo. Pero policía científica ha confirmado su filiación.

—¿Asesinado?

—Sí. Todo apunta a que ha sido asesinado. Según la Guardia Civil lo han matado golpeándole la cabeza con un objeto contundente. Aún están investigando, pero por lo que dicen ellos ha sido un robo.

—¿Un robo? ¿Qué clase de robo?

—Yo no sé nada más. Solo sé lo que te acabo de decir: que han hallado el cuerpo de Andrés en una casa abandonada de Laspaúles con un fuerte golpe en la cabeza. El agente que me ha llamado me ha dicho que al lado del cadáver había una barra de hierro, con la que seguramente le han golpeado.

—¿Y qué hacía Andrés en Laspaúles?

—Ni idea Diana. No me preguntes más que no sé nada.

—¿Era eso del libro que estaba buscando para el banquero ese del que me has hablado antes?

—Ya te digo que no sé nada más, Diana. No insistas, porque todo lo que te pueda decir ahora no serían más que conjeturas.

—Está bien Nacho. Gracias —dijo Diana antes de colgar.

Su rostro se cruzó de varios regueros de lágrimas cuando eran las seis de la tarde del sábado quince de agosto de 2015.

Ese sábado por la tarde llegó un sargento de la Benemérita para hacerse cargo de las primeras indagaciones de la muerte de Andrés Hernández. Para entonces ya conocían que la persona asesinada era un policía nacional de la comisaría de Huesca. El sargento viajó desde Castejón de Sos, por ser el destacamento que disponía de agentes suficientes para realizar una investigación en regla, teniendo en cuenta que era sábado y que toda la comarca estaba en pleno auge de turistas ávidos de practicar deportes de montaña.

—¿Han tocado algo? —preguntó el sargento Padilla de la policía judicial, nada más apearse de un vehículo sin distintivos policiales.

Los dos guardias civiles que descubrieron el cuerpo encogieron los hombros.

—No, mi sargento. Todo está tal y como lo hemos hallado —dijo el veterano, señalando con la barbilla hacia la casa.

Mientras hablaban llegó un coche de la policía local, escoltado por una ambulancia. Los agentes habían acompañado a la ambulancia hasta la casa abandonada, sabedores de que lo recóndito del lugar haría que se perdieran por el camino.

—¿Han avisado al Juez? —preguntó de nuevo el sargento.

—Fue lo primero que hicimos —replicó el guardia civil joven.

—Siendo sábado y en el mes de agosto —dijo el sargento—, seguro que tardará varias horas en llegar. Lléneme hasta el cuerpo —ordenó a continuación.

Mientras subían por las escaleras de la casa, el agente veterano le fue dando las explicaciones al sargento de cómo hallaron el cadáver. El sargento parecía que no prestaba atención, pero realmente sí que estaba escuchando todo lo que le decían.

—El coche ese de fuera —dijo refiriéndose al Volvo—, es del fallecido. Fue el motivo por el que paramos —añadió.

—Me han dicho que es un policía nacional de Huesca.

—Así es mi sargento.

—Por favor, ahórrese los cumplidos castrenses. Aquí no nos oye nadie.

—De acuerdo...

—Eusebio. Me puede usted llamar Eusebio.

—Vimos el coche aparcado delante de la casa y comprobamos que las puertas estaban abiertas. Nos pareció sospechoso que alguien hubiese llegado hasta aquí y...

—¿Podía ser un senderista? —interrumpió el sargento.

—Ya lo pensamos —dijo el agente veterano mirando a su compañero—, pero

el motor estaba frío y nos dio por mirar dentro de la casa.

—Bien hecho —alabó el sargento—. ¿Lo conocían?

Los agentes supieron que les preguntaba por el fallecido.

—No —replicaron los dos a la vez.

—¿Ha hablado alguien con la comisaría de Huesca?

—Creo que nos mandan un inspector desde Jaca —habló el veterano—. Pero aún no ha llegado.

—Estaría trabajando en alguna investigación —dijo el sargento cuando llegaron a la planta superior de la casa.

El cuerpo de Andrés Hernández yacía boca abajo y la sangre de su espalda y la que manchaba la piedra del suelo ya se había secado casi completamente.

—No me ha respondido a mi pregunta —insistió el sargento—. ¿Le han dicho desde Huesca si estaba trabajando en alguna investigación?

—Ellos dicen que no, pero de todas formas tiene que llegar un inspector desde Jaca —repitió de nuevo el Guardia Civil veterano—, que colaborará con nosotros.

El sargento se agachó y comprobó que el policía fallecido no portaba su arma. Metió los dedos índice y pulgar en el bolsillo trasero de su pantalón y extrajo la cartera. Comprobó que había un par de billetes de veinte y de diez euros y la documentación. En el otro bolsillo portaba la placa y el carné profesional en una cartera pequeña de color negro, que también se había mojado de sangre.

—Andrés Hernández Mancilla —dijo en voz alta—. Desde luego el robo no ha sido el móvil del asesinato. ¿Y su arma? —preguntó arrugando la boca.

El teléfono móvil del sargento sonó en su bolsillo.

—Sí. Estoy aquí. No me extraña, el sitio está escondido de cojones. Ahora le digo al coche nuestro que se acerque al principio del camino.

Cuando colgó miró al guardia civil veterano.

—¿Pueden acercarse al inicio del camino? —les preguntó—. Parece ser que ya ha llegado el inspector de la policía nacional desde Jaca y anda perdido. Me ha dicho que está dando vueltas por la carretera comarcal, por lo que ha debido pasar delante de la entrada del camino sin verlo.

Los dos guardias bajaron la escalera y el sargento se quedó a solas con el médico y el enfermero de la ambulancia del 061.

—Está muerto —dijo el médico ante la mirada socarrona del sargento—. Quiero decir —rectificó—, muerto de forma oficial. Me ha dicho el forense que certifique la muerte.

—¿El forense? ¿No piensa venir?

El médico negó con la cabeza.

—Creo que no. Cuando nos dice a nosotros que certifiquemos la muerte es

que no piensa venir —sonrió.

—Estamos de *cojón* —exclamó el sargento—. Uno no se puede morir en sábado. Al menos espero que venga su Señoría —dijo refiriéndose el juez.

—Pues no creo que venga —habló un chico joven vistiendo una camiseta de manga corta y pantalones vaqueros rotos por la rodilla, mientras asomaba la cabeza por el hueco de la escalera. Detrás de él venía la pareja de la policía local.

—Es el secretario judicial —dijo uno de los policías locales—. Nos lo hemos cruzado en la carretera cuando nos ha parado para preguntarnos dónde estaba el camino de la ermita de Nuestra Señora de Turbidé.

—El juez me ha mandado para que levante el cadáver —dijo el secretario—. ¿Es usted policía?

—No —negó tajante—. Soy Guardia Civil. Sargento Padilla, de la judicial de Castejón de Sos.

El secretario arrugó la frente.

—Pero... Me han dicho que el fallecido es policía nacional.

—Así es —asintió el sargento—. Estamos a la espera de que llegue un inspector de la policía nacional de Jaca para colaborar en la investigación.

—Un asesinato ritual —chasqueó los labios el secretario.

—Así es —confirmó el sargento—. Han dibujado una figura a su alrededor. Supongo que para que no se escape su alma, o algo de ese estilo —dijo de forma irreverente.

El secretario negó con la cabeza.

—No, sargento. No es un círculo lo que han dibujado —dijo señalando en la confluencia de las marcas de la tiza y la ventana—. Al lado de esa piedra se ve perfectamente el dibujo de la cabeza de una serpiente.

El sargento se agachó para comprobar lo que el secretario judicial le acababa de decir. Los dos agentes de la policía local también se acercaron hasta la ventana.

—Es verdad —dijo el médico—. Es la cabeza de una serpiente. Qué curioso —añadió.

—¿Han venido los de científica? —preguntó el secretario.

—Están al llegar —respondió de forma queda el sargento.

—Sería interesante que hicieran fotografías. Cuántas más, mejor —apuntó—. No todos los días tenemos un crimen así por aquí —dijo sonriendo.

El sargento lo miró con todo el desprecio que pudo.

—Tiene razón joven —dijo muy serio—. No todos los días matan a un policía.

El secretario se dio cuenta de su metedura de pata y dejó de sonreír.

—Sargento —habló uno de los agentes de la policía local—. Si no nos necesita aquí, tenemos trabajo.

—No, muchas gracias por su colaboración —dijo justo en el momento que llegaban los dos guardias civiles acompañando al inspector de Jaca.

—Inspector Medina de la policía judicial de Jaca —se presentó estrechando la mano del sargento de la guardia civil—. Me envían los jefes de Huesca para que colabore con usted en el esclarecimiento de la muerte de Andrés Hernández —señaló el cuerpo con la barbilla.

—¿Lo conocía? —le preguntó el sargento.

—Sí. A Andrés lo conoce todo el mundo —aseguró con un tono de voz que sonó nostálgico.

A las nueve de la noche sonó el teléfono móvil de Diana, la melodía del Exorcista ya no le parecía tan agradable.

—Sí —respondió de inmediato.

—Soy yo, Nacho, de Huesca.

La respiración de Diana se entrecortó.

—Dime, Nacho —conminó enérgica.

—Acabo de hablar con la Guardia Civil de Castejón de Sos...

—¿Castejón de Sos?

—Sí, son los que llevan la investigación de la muerte de Andrés.

Diana seguía sin creerse que su compañero de Huesca hubiera fallecido. Por más que lo intentaba no podía asociar la palabra muerte a Andrés. Atrapó con su aliento todo el aire del que fue capaz de acaparar con sus pulmones.

—Está muerto Diana —dijo finalmente, Nacho—. Lo han hallado en una casa abandonada de Laspaúles con un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Laspaúles?

—Sí. La policía judicial de la Guardia Civil lleva la investigación. En principio ha sido un robo —supuso sin estar seguro.

—¿Dónde coño está Laspaúles? —preguntó irritada. Diana recordaba que la extraña mujer que la llamó al mediodía le nombro esa población. Pero aunque sabía que pertenecía a la provincia de Huesca, no la podía ubicar, de memoria, en el mapa.

—Es un pueblo de la provincia de Huesca. Está a un par de horas en coche desde Huesca y a veinte minutos más o menos de Pont de Suert, en la provincia de Lérida.

—Entonces no tenemos comisaria allí —lamentó Diana.

—No. Pertenece a la demarcación de la Guardia Civil y por lo tanto son ellos los que llevan la investigación.

—Pero Andrés era un policía nacional.

—Sí. El comisario de Huesca ya ha mandado a un inspector de Jaca para que colabore con ellos.

—Me has dicho que ha sido un robo. ¿Qué le han robado?

—Bueno —carraspeó Nacho para aclararse la garganta—. Eso más bien lo he supuesto yo. En realidad aún no han dicho el móvil del crimen.

—Seguramente ya te lo he preguntado antes —dijo Diana—, estoy muy nerviosa y no sé ni lo que digo, pero... ¿qué hacía Andrés en Laspaúles?

—Sí que me lo has preguntado Diana. Como te dije la otra vez que hablamos, Andrés siempre ha sido muy reservado y rara vez comentaba aspectos de su vida

privada.

—Entonces me confirmas que no estaba trabajando en ningún caso —preguntó aturdida Diana.

—Pero qué caso Diana —exclamó Nacho—. Andrés era un oficinista de la Oficina de Denuncias, él no llevaba ninguna investigación. En octubre hubiera cumplido los 50 años y lo único que comentaba es que estaba deseando llegar a los 55 para irse a casa en la merecida segunda actividad.

—¿Y eso del banquero que me has contado antes?

—Son hipótesis que hemos ido uniendo con los compañeros de aquí, pero nadie sabe nada a ciencia cierta.

—¿Me puedes pasar el teléfono del inspector ese de Jaca que va a colaborar con la Guardia Civil? —preguntó Diana.

—Sí, claro. Un momento que lo busco en la agenda del ordenador.

Mientras Nacho buscaba el número de teléfono, Diana meditó sobre la mala suerte que había tenido Andrés en su vida. Separado y sin hijos, siempre fue un hombre solitario, pero de firmes convicciones. Lo había conocido cuando ella hizo las prácticas en la comisaría de Huesca. Por aquel entonces Andrés contaba cuarenta y cinco años y ya parecía que estaba un poco de vuelta de todo. Pero la estrecha relación que mantuvo con él la convirtió en su mejor amiga y confidente. Entre ella y él no había secretos. Y si no había secretos, se preguntó Diana: ¿cómo es que no le dijo si andaba metido en algo? Recordó que hacía ya varios meses que no hablaba con él y quizá esa era la explicación. Desde la detención del asesino del abecedario que las llamadas entre ambos se habían espaciado lo suficiente como para que los dos fuesen unos desconocidos. Y ahora Andrés había muerto y Diana no era capaz de imaginar en qué andaría metido su compañero.

—Diana —habló Nacho por el teléfono.

—Sí. Dime.

—Toma nota. Se llama Leandro Medina, inspector de la comisaría de Jaca.

—¿Leandro, has dicho?

—Sí. Es un inspector de promoción interna —dijo Nacho—. Yo he hablado con él solo un par de veces desde que está en Jaca.

—¿No es de Jaca?

—No. Pero lleva ahí varios años.

Diana anotó el teléfono del inspector y se despidió de Nacho.

—Gracias —le dijo—. Esta noche llamaré a ese inspector para saber más detalles de la muerte de Andrés.

Petra Cornel había entrado en la casa de su abuela Rosario, con la que vivía desde que cuatro años antes murieron sus padres en un accidente de tráfico ocurrido en la carretera que une las poblaciones de Aínsa y Boltaña. La joven de dieciocho años abandonó sus estudios a los catorce, afectada por la muerte prematura de sus progenitores, y desde entonces había ido dando tumbos entre precarios trabajos temporales y cursos que comenzaba y dejaba a medias. Su abuela la mantenía con una pequeña pensión y ahorros que le dejó su difunto marido en la localidad de Villarrué, un municipio pegado a Laspaúles, donde las dos mujeres convivían solas desde la muerte de los padres de Petra.

—¿Vienes sola? —le preguntó la abuela.

—Sí —replicó la chica visiblemente incómoda. Su rostro conformaba una mueca de disgusto.

—¿Te ocurre algo?

—No, no —negó con la cabeza—. Solo estoy algo cansada —dijo como explicación a su estado.

La abuela la miró arrugando sus ojos, como si la escudriñara. La joven Petra Cornel sabía que a su abuela no podía engañarla tan fácilmente, ella la conocía lo suficiente como para saber que a su nieta le ocurría algo. Rosario había sobrepasado los setenta años, pero conservaba una energía envidiable para una mujer de su edad. Incluso su atuendo habitual se correspondía con una mujer mucho más joven. En cierto sentido había reemplazado a su madre y a su padre al mismo tiempo. Tenía la entereza y disciplina de su padre y la comprensión y complacencia de su madre.

—¿Has discutido con las chicas? —le preguntó.

Cuando la abuela de Petra hablaba de las chicas se refería a sus amigas Aurora y Luisa, con las que sabía que eran buenas amigas.

—No, nada de eso —respondió—. Ni siquiera las he visto hoy.

—¿No salís hoy? —preguntó de nuevo poniéndose delante de su nieta. La abuela medía casi un metro setenta, algo poco habitual para las mujeres de su época y de su edad, contrastando con la altura de Petra, que apenas llegaba al metro sesenta.

—No creo que salga —replicó enseguida la joven—. Hoy no me apetece nada salir.

—Vaya —quiso ser maternal la abuela—, me sabe mal verte tan decaída. Si hay algo en lo que yo pueda ayudarte solo tienes que decírmelo.

La abuela Rosario sabía que su nieta estaba pasando por una edad muy complicada. Con dieciocho años aún no tenía novio ni trabajo estable que le

garantizara la independencia económica, con la que siempre soñó. Eran tiempos complicados para los jóvenes que residían en pueblos pequeños. Ni Villarrué, Suils o Laspaúles ofrecían la oportunidad laboral que esas chicas necesitaban, se dijo la abuela. Ya lo habían hablado muchas veces y ella estaba dispuesta a costear la manutención y el alquiler de un piso en Zaragoza. Allí la posibilidad de encontrar trabajo sería infinitamente mayor que en una localidad pequeña, como la que vivían ahora. Pero Petra era ante todo orgullosa y rechazaba cualquier ofrecimiento de su abuela.

—No, abuela —rehusó la joven—. No me pasa nada. Solo que estoy cansada y me duele mucho la cabeza.

—Pero hoy es sábado —insistió la abuela—. Y los sábados siempre quedas con tus amigas. Se me hace raro no verte salir.

—Ellas tampoco quieren salir hoy —mintió—. No insistas más abuela, no me apetece salir.

—Entonces te preparo cena —dijo metiéndose en la cocina.

—Pero no me hagas mucha comida, que no tengo hambre.

—Pues hay que comer Petra —protestó la abuela—. Hay que comer por que con el estómago lleno se ve todo mejor.

La joven se metió en su habitación cerrando la puerta, como hacía siempre que quería estar sola, mientras la abuela encendió la televisión de la cocina para escuchar las noticias del canal 24 horas de Televisión Española mientras cocinaba algo para su nieta. En ese momento el locutor informaba de que en un pueblo de la provincia de Huesca habían hallado a un hombre asesinado en una casa abandonada. Cuando la abuela escuchó que el pueblo era Laspaúles y que ese hombre era un policía nacional, el cazo que sostenía en la mano para hervir unos huevos se le cayó al suelo.

—Dios mío —gritó.

Cuando eran casi las once de la noche del sábado, Diana Dávila llamó por teléfono desde su móvil al inspector Leandro Medina de la policía judicial de Jaca.

—¿Inspector Medina? —preguntó cuando su interlocutor descolgó.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Diana Dávila, oficial de la comisaría de Murcia.

—Sí, dime.

—Soy amiga del policía nacional asesinado en Laspaúles. Lo conocí cuando hice las prácticas en la comisaría de Huesca y desde entonces hemos mantenido el contacto. Hoy al mediodía alguien me ha llamado para informarme de la muerte de Andrés y supongo que usted ya sabrá por qué le llamo.

—Poco te puedo decir Diana —habló con tono paternal el inspector—. Tú seguramente no te acuerdas de mí, pero coincidimos una vez en un curso en Huesca. Ya sé que hiciste las prácticas allí y que tenías buena relación con Andrés. Lo cierto es que la investigación de su muerte la lleva la Guardia Civil; ya sabes como funciona el asunto de las competencias. El crimen se ha cometido en Laspaúles y es a ellos a los que les corresponde investigarlo. Por lo demás solo puedo decirte que daremos con el cabrón que lo asesinó, eso te lo puedo asegurar. No es mucho, ya lo sé, pero nos hemos ofrecido a colaborar con la Guardia Civil en todo lo que necesiten.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Diana con voz trémula.

—No puedo hablar Diana. Ya lo sabes. Hay una investigación en curso y no nos está permitido ir dando detalles que pertenecen al sumario judicial. La Benemérita remitirá el Atestado al Juzgado de Instrucción de Barbastro.

—¿Barbastro?

—Sí. Laspaúles pertenece a ese Juzgado. Imagino que la investigación se centrará no solo en la forma que ha sido asesinado Andrés, supongo que no es ningún secreto que ha sido por un fuerte golpe en la cabeza con una barra de hierro, sino más bien en los detalles de cómo ha sido hallado el cadáver.

Diana arrugó la frente mientras abría los ojos de par en par.

—¿Detalles? ¿Qué detalles?

El inspector resopló.

—Por eso precisamente te he dicho antes que no podía contarte nada mientras estuviera la investigación en curso. Hay una serie de aspectos del crimen que no pueden salir a la luz pública hasta que no se aclare lo sucedido. Cualquier injerencia podría dar al traste con el proceso. Sé que eras muy amiga de Andrés y comprendo tu preocupación, pero créeme que la investigación está en buenas

manos. La Guardia Civil sabe lo que se hace y son expertos en este tipo de crímenes rurales.

Cuando el inspector Medina habló del asesinato de Andrés como un tipo de crimen rural, la mente analítica de Diana no pudo evitar pensar que había algo oculto en la forma que mataron a su compañero y que el inspector no iba a desvelarlo por cautela profesional.

—¿Crimen rural? —preguntó en un intento de sonsacar algo más de información.

—Bueno Diana, ya sabes cómo son en los pueblos —sonrió sin que ella pudiera verlo a través del teléfono—. El Pirineo Aragonés tiene una tradición muy antigua relacionada con... En fin, que daremos con los criminales tarde o temprano —concluyó dejando la frase a medias.

—Hay una cosa que quiero preguntarle inspector —dijo Diana bajando la voz.

—Si es relacionado con la investigación, ya sabes que no voy a responderte.

—¿Se sabe la hora de la muerte?

El inspector elevó los ojos al cielo como si estuviera pensando si podía o no responder a esa pregunta.

—El forense aún no ha hecho la autopsia, como es de suponer necesita su tiempo. Pero como dato aproximado me ha dicho que alrededor de la una y media del mediodía de hoy. Más o menos, ya sabes que hasta que no le hagan la autopsia al cuerpo no podrán precisar la hora exacta —A Diana, oír como el inspector hablaba de su compañero en términos médicos le producía una extraña sensación de deshumanización—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por si coincidían las horas —respondió Diana con desdén.

—¿Qué horas? —preguntó a su vez el inspector, sin saber a qué se refería.

—Hoy he recibido una extraña llamada donde una voz de mujer me ha dicho que Andrés había muerto...

—¿Por qué extraña?

—Porque no me dijo desde donde llamaba, dando por sentado que era desde una comisaría al hacerlo desde número oculto. Pero después he comprobado que nadie me había llamado ni desde Murcia ni desde Huesca. Pero seguramente no la entendí bien, su llamada me había puesto muy nerviosa y era incapaz de prestar atención a todo lo que me dijo.

—¿Y no sabes quién te llamó? —interrogó el inspector.

—No, pero igual llamaron desde Huesca. Ya le digo que después de comunicarme la muerte de Andrés, mi cerebro se cerró a cualquier tipo de aclaración posterior que pudiera hacerme esa mujer.

—¿Me puedes confirmar la hora de esa llamada? —preguntó el inspector—. Antes has dicho al mediodía, ¿qué es para ti el mediodía?

Diana se limpió la frente con el anverso de su mano izquierda, mientras que en la derecha sostenía el teléfono móvil.

—Uf, no sé qué decirle... ¡Espere! La llamada fue desde un número oculto, pero la hizo a mi teléfono móvil. Un momento...

Diana separó el teléfono de su oreja y rastreó con el dedo la pantalla buscando las últimas llamadas recibidas. La única de número oculto era la realizada al mediodía.

—Aquí la tengo —dijo activando el altavoz del teléfono para poder hablar y mirar la pantalla al mismo tiempo—. Me llamó a las 13:58. Lo que le había dicho antes, casi a las dos del mediodía.

—¿Y qué te dijo exactamente la persona que te llamó? —preguntó el inspector.

Diana se estremeció. No comprendía a qué venían esas preguntas tan intrigantes por parte del inspector de Jaca.

—Pues —balbuceó—, primero me preguntó si yo era Diana. Y cuando le dije que sí me preguntó si era Diana Dávila, parecía que no estuviera segura de a quién estaba llamando, incluso al principio me nombró como Adiana. El trato siempre fue de usted, algo inusual entre compañeros —apuntó la policía—. Luego me dijo que llamaba desde Huesca, pero no dijo el lugar ni si era la comisaría o un hospital, por ejemplo. Simplemente me dijo que llamaba desde la provincia de Huesca.

—¿Qué más? —inquirió el inspector.

—Me preguntó si conocía a Andrés. Pero no me dijo su apellido, solo si conocía a Andrés, el policía. Y cuando le dije que sí me soltó que Andrés estaba muerto. Lo extraño es que ella no parecía saber nada de su muerte...

—Que raro —exclamó el inspector—. Y si no sabía nada, como dices, entonces... ¿por qué te llamó para comunicarte su muerte?

—Ya le digo que esa llamada me tiene intrigada. Ah, y otra cosa, recuerdo que me dijo que estaba en Laspaúles. Pero lo dijo en plural: Estamos en Laspaúles.

El inspector se silenció unos instantes.

—Es posible que sea una de las chicas.

—¿Qué chicas?

—La Guardia Civil anda tras la pista de unas muchachas de la zona. ¿Podrías reconocer la voz si la oyeras de nuevo?

Diana meditó la pregunta un momento.

—Supongo que sí. Aunque ya sabe lo frágil que es la mente y como los recuerdos se van transformando conforme pasa el tiempo.

—Ya, ya, pero lo que quiero saber es en el caso de oír la voz de esa chica si la recordarías.

—Es posible —respondió Diana, no muy convencida.

—¿Hay algo más que recuerdes?

—No, no dijo nada más. Colgó enseguida. Antes de que tuviese tiempo de preguntarle más cosas sobre la muerte de Andrés.

—Me has dicho que te llamó desde un número oculto.

—Sí. Es lo que sale en la pantalla siempre que se llama desde una comisaría. Aunque los números ocultos no existen desde que se modificó la ley en el año 2009 y desaparecieron las líneas de móvil prepago y anónimas.

—Ya, ya —replicó tosco el inspector—. En caso de necesidad podemos saber desde qué número de teléfono te hicieron esa llamada.

—Así es —asintió Diana—. ¿Cree que quién me llamó tiene algo que ver con la muerte de Andrés? —repitió una pregunta que ya le había hecho.

—No es que lo crea —aseguró el inspector—. Estoy seguro de ello.

—¿Por qué? —preguntó Diana desconcertada.

—Porque Andrés murió a las 13:30 horas, pero no hallaron su cadáver hasta las 17:00 horas cuando una patrulla de la Guardia Civil rural encontró su coche delante de una casa abandonada. Hasta entonces nadie sabía que su cadáver estaba ahí. Nadie excepto el asesino, claro. Y quién te llamó lo sabía.

—Mañana a primera hora viajaré a Huesca —dijo Diana.

—No Diana, no es necesario que vengas —contravino el inspector—. En caso de que te necesitáramos para identificar la voz de quién te llamó ya te lo comunicaríamos vía comisaría de Huesca. Aquí no podrás hacer nada.

—No crea inspector Medina, puedo ayudar de muchas formas —dijo Diana—. No olvide que estuve un tiempo en la Brigada de Delitos Tecnológicos de Madrid y tengo conocimientos avanzados sobre asuntos relacionados con las comunicaciones.

—Estupendo —ironizó el inspector—. Pero para eso no es necesario que viajes a Huesca. Ya que tú eres la que tienes el teléfono que recibió la llamada, gestiona con los compañeros de Madrid la averiguación del número de quien llamó.

—Necesitaré una copia del Atestado que está tramitando la Guardia Civil.

El inspector resopló.

—Sabrá que la intervención de las comunicaciones, o gestiones relacionadas con ellas, solo pueden hacerse mediante mandamiento judicial —recordó Diana—. Para solicitar cualquier gestión con el número que me ha llamado necesito la judicialización del procedimiento.

Ahora el inspector chasqueó la lengua.

—Y es mejor que cualquier gestión relacionada con el crimen la haga desde Huesca. Estar allí facilitaría y aceleraría los trámites —añadió.

—Está bien Diana. Mañana mandaré un escrito al comisario de Murcia, vía Jefe Superior de Aragón, solicitando que vengas a Huesca en calidad de agregada durante el tiempo que dure la investigación. Hoy ya es demasiado tarde para hacer nada más.

—Muchas gracias, inspector. Entonces nos vemos mañana por la tarde. Antes ha dejado una frase a medias, cuando me ha dicho que el Pirineo Aragonés tiene una tradición muy antigua relacionada con... ¿Qué quería decir exactamente? Me ha dejado usted en ascuas.

—Bueno, como vas a venir mañana a Huesca no creo que traicione el código deontológico de la policía diciéndote que por aquí hay una fuerte tradición relacionada con la brujería.

—¿¡Brujería!?! ¿Cómo murió Andrés? —preguntó alarmada Diana.

—Mañana Diana, mañana te pondré al día de todos los detalles que tenemos hasta ahora del asesinato de Andrés. Como ya te he dicho todo es muy reciente y la investigación la lleva la Guardia...

—Y una mierda inspector. De lo que usted me está contando deduzco que no ha sido un asesinato por dinero ni un ajuste de cuentas, ni tan siquiera una venganza. ¿O sí? Andrés tiene más enemigos dentro de la policía que fuera.

—Por eso precisamente quizá es mejor que no investiguen su asesinato los nuestros y lo haga la Guardia Civil.

—Pero con nuestra ayuda —interrumpió Diana—. Entre los dos cuerpos tenemos que dar con el asesino.

—O asesinos —pluralizó el inspector.

—O asesinas —añadió Diana.

Aurora Masalle aparcó su motocicleta scooter delante de la casa de piedra de la localidad de Suils, a apenas 5 minutos en coche de Laspaúles, donde residía con sus padres. La joven hacía unos meses que había cortado con su novio, un estudiante de empresariales de Zaragoza, y al que su familia veía con buenos ojos por ser un chico educado y de buena posición económica. Los padres de Aurora preferían que su hija mantuviera un noviazgo con ese chico, antes que juntarse con sus amigas: Petra Cornel, de Villarrué y Luisa Cortillas, de Laspaúles. Algo había en esas chicas que no les gustaba; sobre todo Luisa, de mala reputación en la comarca y de comportamientos muy extraños, principalmente con otras mujeres. Todo el mundo comentaba que a Luisa Cortillas le gustaban las mujeres y el hecho de que se viera a las tres paseando juntas, yendo al cine a Huesca o quedando hasta altas horas de la madrugada en algún lugar recóndito y secreto, hacía que esas habladurías pueblerinas tomaran más fuerza.

La joven entró por la puerta del garaje y subió directamente hasta su habitación, recorrido que ya había hecho en otras ocasiones. No les extrañó a sus padres que no hubiese aparcado la motocicleta en el garaje, puesto que cuando era novia del chico de Zaragoza lo había hecho en más de una ocasión. Entonces los dos subían en silencio hasta la habitación de Aurora y sus padres hacían ver que no los escuchaban cuando a ella se le escapaba algún gemido que no podía evitar cuando los dos hacían el amor. Pero el hecho de que aparcara el scooter en la calle podía ser una señal de que planeaba volver a salir.

—Aurora, Aurora... —la llamó su madre desde el pasillo, delante de la puerta de su habitación—. ¿Te preparo algo para cenar?

El padre, Pablo Masalle, estaba sentado en un cómodo butacón frente al televisor, abajo en el salón. Balanceó la mano suavemente como si estuviera barriendo un inexistente polvo en el aire mientras siseó a su esposa para que lo mirara. Cuando ella posó sus ojos sobre él, le dijo:

—Déjala, Celia. Si quiere cenar ya te lo dirá.

—Calla —susurró ella—. Si no come se quedará en los huesos —dijo a modo de excusa, ante la mirada escéptica de su marido.

—¿En los huesos? —sonrió él mordazmente.

Aurora ya era de por sí rolliza, pero desde que cortó con su novio que le había dado por comer y ahora su cuerpo se había tornado más rechoncho, y unido a su baja estatura, un metro sesenta y cinco, la hacían parecer más oronda.

—Shhh —amonestó su mujer—. Te puede oír.

Desde el pasillo no se oía lo que estaba ocurriendo en el interior de la

habitación de Aurora, algo que para sus padres era inquietante, ya que ella no era temperamental, sino más bien reflexiva y apocada, pero últimamente los había sorprendido con explosiones de genio que achacaron a la edad. En alguna ocasión la oyeron como golpeaba algún objeto de su cuarto o incluso rompía una lámpara o una estantería. La madre se preguntó qué estaría haciendo su hija para permanecer en silencio en el interior de su habitación. Dio un par de golpes en la puerta con los nudillos.

—Aurora, Aurora... ¿Estás bien? —insistió.

—Déjala tranquila, mujer —volvió a decir el padre—. Hoy es sábado y se estará arreglando para salir con sus amigas.

Que Aurora fuese a salir con sus amigas de Villarrué y Laspaúles no era algo que tranquilizara, precisamente, a su madre. Desde que comenzó a alternar con esas chicas, que su carácter se había tornado arisco y distante. Su temperamento había derivado en un compendio de enfrentamientos dialécticos, de manera especial con su madre, ya que el padre era más condescendiente con las salidas de tono de su hija. Pensaba el señor Masalle que su hija había tenido un fracaso amoroso reciente, con ese chico de Zaragoza con el que se la veía tan feliz, y que las heridas del amor requieren de un tiempo prudencial para curarse. Ciertamente a él también le preocupaba que su hija se juntara con esas chicas de tan mala reputación de los pueblos de al lado. Un compañero de la explotación agrícola, con el que tenía bastante confianza, le había dicho que la tal Luisa Cortillas era un bicho malo, según sus propias palabras; aunque la peor de todas seguramente sería Petra Cornel. Le habló de que ambas tenían fama de brujas, y no en el sentido figurado de una mujer fea y con malas intenciones en todo lo que se propone, ya que Luisa Cortillas podía ser de todo, menos fea, y lo mismo se podía aplicar a Petra. Luisa destacaba más por los tatuajes con motivos tribales, que adornaban sus piernas y sus brazos, y que hacían que ofreciera un aspecto entre rebelde y dominante, del que tanto gustaba a los hombres. Cuando el compañero de la explotación agrícola le dijo que las dos eran unas brujas, quiso referirse a que Luisa y Petra eran unas adoradoras del Diablo. La primera vez que Pablo Masalle escuchó esa definición, no pudo más que echarse a reír por la ocurrencia de su compañero. En pleno siglo XXI, en los albores de la unión entre la ciencia ficción y la tecnología, cuando ambas desdibujaban la fina línea que las separaba, no tenía mayor sentido que se creyera en brujas y en demonios, cuando estas desaparecieron cinco siglos atrás. Pero el amigo de Pablo Masalle insistió y le contó que Luisa y Petra conjuraban al demonio en compañía de otras brujas como ellas, en diferentes terrenos del basto espacio labrantío o despoblado de los pueblos que envolvían a Laspaúles.

—Aurora abre la puerta, por favor —chilló la madre, distraendo los

pensamientos de Pablo Masalle—. Abre o echo la puerta abajo —amenazó.

El padre se mantenía impávido frente al televisor, donde en ese momento comenzaba el telediario de La 2. La guapa presentadora estaba dando la noticia de que en un pueblo de la provincia de Huesca, denominado Laspaúles, habían asesinado a un policía nacional. En las imágenes se veía a un sargento de la Guardia Civil hablando delante de un micrófono y explicando que no descartaban ninguna hipótesis del asesinato del policía. Detrás del sargento se veía la imagen de una casa de piedra, alumbrada por potentes focos, y que el señor Pablo Masalle reconoció enseguida. Era la vieja casa de los Oliván, una familia de terratenientes que habían tenido haciendas en esa zona y de cuya herencia solo quedaba la casa de piedra, ahora ya derruida e inhabitable. Pablo recordó que su compañero de trabajo le había dicho que en esa casa Luisa Cortillas y Petra Cornel habían practicado la brujería. Ella y sus amigas, le había dicho.

—Aurora, hija, ¿qué has hecho? —murmuró.

La madre seguía plantada en el pasillo y llamando a su hija, cada vez con voz más fuerte, hasta que finalmente Aurora abrió la puerta. Su padre oyó desde el salón como su hija y su madre lloraban.

Pasaban unos minutos de las doce de la noche del sábado 15 de agosto, cuando Diana Dávila se decidió a llamar por teléfono al Inspector Jefe Vázquez, de la Unidad de Delitos Tecnológicos de Madrid.

—Me va a matar por llamarlo a estas horas —musitó mientras apretaba la tecla de llamada desde su teléfono móvil.

—¿Diana? —dijo Vázquez nada más descolgar, después de cuatro tonos seguidos de llamada.

—Sí, soy yo. Ya me perdonarás que te llame a estas horas. Espero que no estuvieras durmiendo —se disculpó.

—¿Durmiendo? No, que va. Solo son las doce y diez de la madrugada del domingo. ¿Por qué iba a estar durmiendo? —dijo irónico—. A esta hora, los viejos como yo, llevamos varias horas durmiendo —sentenció.

—¿No estarás acompañado? —preguntó Diana al caer en la cuenta de que el Inspector Jefe igual no estaba solo.

—Qué más quisiera yo —replicó aclarándose la garganta carraspeando.

—O que más quisiera ella —dijo Diana para halagarlo.

—Sí, claro. Qué graciosa que eres —replicó irónico el inspector jefe—. ¿Qué tal estás por Murcia?

—Bien, bien, Vázquez.

—No me llamas por nada bueno, ¿verdad?

—La verdad es que no —Diana forzó la voz para no llorar—. Ha ocurrido una desgracia... En Huesca. ¿Te acuerdas de Andrés Hernández, el policía de Huesca?

—Andrés Hernández Mancilla —dijo Vázquez—. Sí, claro que me acuerdo de él. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo han asesinado —Diana se echó a llorar—. Lo han matado en Laspaúles, un pueblo de la provincia de Huesca. Lo han asesinado de un golpe en la cabeza en una casa abandonada.

—¿Estaba con alguien? —Vázquez no sabía qué preguntar.

—No sé nada más. La investigación la coordina la Guardia Civil, pero desde la comisaría de Huesca no me han dicho mucho más. Esta tarde he hablado con un compañero de allí, Nacho, y por lo que parece estaba trabajando para un banquero al que le habían robado un libro.

—¿Un libro? ¿Un banquero? —interrogó Vázquez, descreído—. Sería un libro de cuentas —acertó a decir.

—Pues ahora que lo dices, no lo sé. Tampoco es que me hayan aclarado mucho de qué es lo que hacía Andrés en Laspaúles —protestó Diana.

—Ese pueblo, Laspaúles, ¿está cerca de Huesca? —preguntó el inspector jefe.

—No, que va, está cerca del Pirineo aragonés.

—¿Y qué hacía Andrés por allí?

—Ya te digo que no sé mucho —repitió Diana—. Me llamaron desde un número oculto para comunicarme la muerte de Andrés. Pero aún no sé quién me llamó.

—¿No lo sabes?

—No, y eso me está comiendo por dentro. Escucha Vázquez, te llamo por que quién me informó de la muerte de Andrés fue la asesina.

El inspector jefe se sentó en la cama y se pasó la mano por los ojos para terminar de despejarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamaron desde un número oculto a las dos de la tarde de hoy, bueno quiero decir de ayer —aclaró Diana al percatarse de que ya era domingo—. El inspector que lleva el caso desde la comisaría de Jaca me ha dicho...

—¿No me has dicho antes que la investigación la llevaba la Guardia Civil? —interrumpió Vázquez.

—Sí, la lleva la Guardia Civil de Castejón de Sos, pero dado que el asesinado es un policía, el Jefe Superior de Aragón ha dispuesto que un inspector de Jaca colabore con ellos. Leandro Medina, ¿te suena?

Vázquez balanceó la cabeza; aunque Diana no pudo verlo.

—No, es la primera vez que lo oigo.

—El cuerpo de Andrés lo halló una patrulla de la Guardia Civil a las 17:00 horas de ayer, fueron los primeros en dar cuenta de su muerte. Pero Andrés, según el forense, murió a las 13:30 horas; aunque aún falta la autopsia, ya sabes que los forenses suelen equivocarse por poco en sus primeras valoraciones. Y la llamada anónima fue a las dos de la tarde, por lo que la persona que me llamó ya sabía que Andrés había muerto.

—Podría ser alguien que halló el cuerpo antes y quiso avisarte —trató de buscar una explicación el inspector jefe.

—No, Vázquez, de eso nada. Quién me llamó dijo que lo hacía desde Laspaúles. Y he comprobado que nadie me llamó desde allí. Estoy segura de que fue la asesina.

—¿Una mujer?

—Fue quién me llamó. Y hay algo más...

—¿Más?

—La muerte de Andrés está relacionada con la brujería. El inspector que coordina la investigación con la Guardia Civil no me ha querido facilitar detalles, pero ha dejado entrever que los tiros van por ahí.

Vázquez se puso en pie en su habitación y movió los dedos de los pies para mitigar un calambre que le recorría el muslo de la pierna.

—Antes me has dicho que no sabías mucho de cómo murió Andrés.

—Así es. Solo sé lo que me han avanzado por teléfono.

—Bueno Diana, no saques conclusiones precipitadas. Lo mejor es que esperemos a ver qué dicen los investigadores. El asesinato de un policía es algo grave e imagino que la comisaría de Huesca pondrá su empeño en atrapar al asesino. O asesina, como dices tú. Supongo que aparte de llamar a un amigo para comunicar la muerte de un compañero, dejarás que te ayude.

—Exacto Vázquez. Aparte de llamar para saludarte, necesito saber desde qué número me llamaron hoy al mediodía.

—Déjalo en mis manos. Mañana a primera hora te llamaré para facilitarte el número de teléfono de la llamada oculta de hoy. Pero supongo que ya sabrás que esa información no la podrás utilizar.

—No me hagas tonta, ya sé lo que puedo o no puedo decir. Mañana viajaré a Huesca a colaborar con los policías de allí.

—¿Es necesario?

—Claro que lo es.

—Me refiero a si es conveniente que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque si el asesino te llamó para anunciarte la muerte de Andrés, es por que el asesino cuenta con que irás a Huesca. Podría ser una trampa —la alertó.

—Me parece demasiado rebuscado —objetó Diana—. Seguramente habrá otra explicación más sencilla a todo. Pero en cualquier caso la muerte de Andrés es una certeza y no quiero que la policía de Huesca o Jaca o la Guardia Civil vayan dejando pasar el tiempo sin dar con la asesina. Si es una trampa para cazarme a mí, como sugieres, entonces creo que quién sea que esté detrás de esto no ha contado con que quién me busca me encuentra. Mañana parto para Huesca y en cuanto sepas quién me llamó te ruego que me lo digas.

—Cuídate Diana. Cuídate mucho —dijo Vázquez antes de colgar.

Luisa Cortillas había llegado caminando a su casa de Laspaúles, donde residía sola desde que sus padres le cedieron la vivienda. Los padres de Luisa vivían en una casa más grande a pocos metros de allí, pero desde que su hija decidió independizarse le habían entregado la casa pequeña, que durante los últimos años habían alquilado a un matrimonio de Zaragoza. Luisa trabajaba como enfermera en el hospital de Jaca, conocido como el Hospital de Alta Resolución del Pirineo, y al no tener que pagar el alquiler de su casa, ya que sus padres no le pedían nada, y disponer de coche propio que ya había pagado, su sueldo íntegro lo dedicaba para ella misma y sus amigas.

Luisa entró en su casa, agachando levemente la cabeza al traspasar la puerta de entrada dada su altura, ya que casi medía un metro ochenta, y bajó las persianas. En la casa de enfrente vivía un chico de quince años al que había sorprendido en más de una ocasión espiándola. A ella le gustaba pasearse desnuda por la casa en el calor de agosto y más de una vez no se había acordado de bajar las persianas y al percatarse había visto como ese chico y sus amigos la observaban. Dejó su teléfono móvil en la mesa del comedor y resolvió darse una ducha mientras decidía si llamaría a sus amigas Petra y Aurora para salir por la noche. Ella era la única que tenía coche y por lo tanto era la que dictaminaba si el grupo viajaría a Jaca, Huesca o Zaragoza a divertirse; todo dependía de si Petra y Aurora querían acompañarla.

Y justo estaba pensando en sus amigas, cuando el teléfono móvil vibró sobre la mesa del comedor. Se acercó y comprobó que en la pantalla aparecía el nombre de Petra Cornel.

—¿Qué pasa Petri? —dijo Luisa nada más descolgar.

—¿Sabes lo del policía? —preguntó de sopetón.

—Espera... —dudó Luisa—. ¿Policía? ¿De qué estás hablando?

—Ah, ya veo que no te has enterado de lo ocurrido.

—¿De qué me tengo que enterar? ¿Otra vez ha estado la policía preguntando por Alba? Hay que ver lo *pesaos* que están.

—No, que va, peor que eso. He llamado un par de veces a Aurora pero no me coge el teléfono. Deberíamos reunirnos ahora —sugirió.

—Pero me quieres explicar qué coño ocurre. No te entiendo —protestó Luisa.

—Joder Luisa, a veces pareces tonta. Por teléfono no, ¿entiendes?

—Vale, vale. ¿Dónde quedamos?

—Ni se te ocurra decir el sitio —volvió a quejarse Petra—. Quedamos en el tercer punto.

Luisa comprendió que se refería a la explanada que había cerca del río Isábena

y que Petra no quería dar el nombre por si el teléfono estaba pinchado. Ya lo habían comentado cuando el policía de Huesca estuvo haciendo preguntas.

—¿No es mejor que quedemos en el punto dos?

—No —chilló Petra al otro lado del teléfono—. El punto dos tiene relación con lo que tenemos que hablar. No podemos quedar ahí.

Luisa sabía que el punto dos era donde estaba la casa abandonada de los Oliván.

—Está bien, quedamos en el punto tres dentro de... —dudó un instante— quince minutos.

—Allí nos vemos. Voy a llamar por teléfono una vez más a Aurora.

—Si quieres puedo pasar por su casa y recogerla de camino.

—No —volvió a negar Petra—. Seguramente la policía la tendrá vigilada.

Las dos colgaron el teléfono al mismo tiempo.

A las dos de la madrugada del domingo 16 de agosto, Diana cruzaba la ancha calle Alicante de Murcia dirección hacia Huesca. Minutos antes había llenado el depósito de gasoil de su Ford Kuga. Desde el kit manos libres de su coche llamó al comisario de Murcia. Sabía que era demasiado tarde, pero la urgencia estaba justificada como para realizar esa llamada. Además el comisario le había repetido en varias ocasiones que él siempre estaba despierto cuando era por asuntos de interés policial. Diana ni siquiera dudó cuando marcó el número de su teléfono móvil.

—Jefe, buenas noches —saludó tras escuchar la voz ronca del comisario de Murcia.

—¿Diana? ¿Cómo estás?

Al oír que el comisario le preguntaba cómo estaba, Diana supuso que ya tenía conocimiento de la muerte de Andrés.

—No muy bien —respondió—. ¿Sabe lo de Andrés? —quiso cerciorarse de que el comisario lo sabía.

—Sí. Menuda putada —rezongó—. Me pregunto quién habrá sido el hijo de puta que lo ha asesinado.

—Yo tampoco me lo puedo imaginar —dijo Diana—, pero de lo que puedo estar seguro es de que daremos con él. Sea quién sea.

Daniel Prieto, el nuevo comisario de Murcia desde hacía seis meses, hablaba en voz baja para no despertar a su mujer, que dormía apacible junto a él.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo—. Mañana, hoy ya es demasiado tarde, hablaré con mi homólogo de Huesca para avanzarle que irás a colaborar en la investigación. Es de suponer que no nos pondrá ningún impedimento.

Diana se preguntó cómo es que el comisario de Murcia sabía su intención de viajar hasta Huesca, cuando la llamada que le acababa de hacer era precisamente para comunicárselo.

—Recuerda que vas a título particular —dijo el comisario—. Lo que quiero decir es que no cobrarás dietas de desplazamiento ni de alojamiento. Quería que lo supieras para que no haya malos entendidos con el asunto económico.

—Me parece bien —replicó Diana—. Pero ese no es uno de mis problemas, jefe. Te quería preguntar una cosa.

—Dime.

—Habrá alguna traba legal para que apoye a los compañeros de Huesca.

—Ya te he dicho que no —aseveró el comisario.

—Me refiero al hecho de que el asesinato haya sido en la demarcación de la Guardia Civil y el Jefe Superior haya enviado a un inspector de Jaca y ahora se

sume una oficial de Murcia...

—Sé que estás nerviosa Diana, pero no me hagas repetir las cosas. Ya te he dicho que puedes ir a Huesca y colaborar con ellos.

—Bueno, lo que yo quería saber... —Diana iba a preguntar cómo el comisario sabía tantas cosas, pero se abstuvo. No era ese el objetivo de su llamada—. Muchas gracias por facilitarme el camino para ayudar a los compañeros de Huesca. Quiero que sepa que ya estoy de viaje.

—No te preocupes Diana, como ya te he dicho cógete el tiempo que necesites —respondió omitiendo la afirmación de Diana de que ya estaba viajando hacia Huesca.

—Gracias —dijo la policía antes de colgar.

Diana puso en marcha la radio y se dispuso a conducir las seis horas de camino que le quedaban hasta llegar a Huesca. Si el viaje transcurría sin incidentes y restando veinte minutos que pensaba detenerse a tomar un café e ir al servicio, llegaría a la comisaría de Huesca a las ocho de la mañana. Al ser domingo no habría nadie, pero dispondría de tiempo suficiente para buscar un lugar para alojarse. El comisario de Murcia ya le había dicho que el viaje y la manutención corrían de su cuenta, por lo que estaría entre sus prioridades hallar un hostel económico, por si la investigación se alargaba demasiado. Además le quedaba la incertidumbre de qué tipos de apoyos iba a encontrar en su destino. Andrés no era muy querido en la comisaría de Huesca, por lo que ocurrió en el año 2010, cuando contó en el juzgado todo lo ocurrido la noche que desapareció el Nani. Pero un compañero es un compañero e imaginaba que nadie se opondría a atrapar a los culpables.

Estaba meditando sobre la muerte de Andrés cuando sonó su teléfono móvil. En la pantalla del tablero del Ford Kuga vio el nombre de Vázquez.

—¿Vázquez?

—Yo mismo —dijo jovial—. Como puedes ver los viejos apenas dormimos.

—No duermes por que eres ave nocturna, no por que seas viejo —contradijo Diana. La policía imaginó que Vázquez tampoco podía dormir después de conocer la muerte de Andrés Hernández.

—¿Ya estás camino de Huesca, verdad?

—Sí —respondió Diana—. Para que esperar a mañana si puedo viajar hoy. Calculo que llegaré sobre las ocho, pero tengo que buscar un hostel donde alojarme estos días. Así que echaré la mañana en esa tarea.

—No, Diana, no vayas a Huesca. Mejor ve directamente a la comisaria de Jaca, donde te espera el inspector Medina.

—Y tú... ¿cómo sabes todo eso?

—Leandro Medina y yo nos conocemos desde hace años. He gestionado con él y con la comisaria de Jaca que puedas colaborar con ellos en la investigación de la muerte de Andrés Hernández.

—Hace un rato no me dijiste que conocías a ese inspector —censuró Diana.

—Hay tantas cosas que no te digo —chasqueó los labios el inspector jefe.

Diana acababa de incorporarse a la autopista y redujo la velocidad de su vehículo hasta los cien kilómetros por hora, con el ruido le costaba seguir la conversación telefónica.

—Ya me lo imagino —acató Diana—. Supongo que un bregado inspector jefe de cincuenta y...

—Cincuenta y ocho años —terminó la frase Vázquez—. Cincuenta y ocho años y a punto de la jubilación.

—Tú no te jubilarás nunca —le dijo Diana—. Serás de esos abuelos que se pasan el día en la comisaría contando batallas a los jóvenes.

Vázquez aceptó la broma.

—Ahora en serio, Diana. La orden de colaborar en la investigación del asesinato de Andrés viene de arriba. De muy arriba —puntualizó.

Diana redujo aún más la velocidad de su vehículo, esperando encontrar un área de descanso para poder detenerse y oír bien a Vázquez. No quería perderse nada de la conversación. De lo que conocía de Vázquez sabía que era parco en palabras y que no solía repetirse. Y si le había llamado a las dos de la madrugada de un domingo era por que algo le preocupaba.

—Dices que la orden viene de arriba. ¿De quién? —preguntó intrigada Diana.

—Ya sabes que se dice el pecado pero no el pecador. Solo te puedo decir, y ya te estoy diciendo demasiado, que los jefazos no quieren que el asesinato de Andrés se mezcle con hipotéticas venganzas por el asunto del Nani.

—Otra vez con eso —protestó Diana.

—Ya sabes como es la prensa de este país. Aún no he tenido tiempo de leer las portadas de los periódicos de mañana, pero seguro que más de un diario hará mención a que Andrés Hernández, el policía de Huesca, fue el que denunció lo que ocurrió la noche que desapareció el Nani. Y su muerte no tiene nada que ver.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé, qué?

—Que la muerte de Andrés no es una represalia. Ni un ajuste de cuentas.

—A veces me cuesta creer que ya lleves varios años en la policía, Diana —lamentó el inspector jefe—. Tú más que nadie deberías saber que esas cosas no ocurren. La muerte de Andrés ha sido un asesinato en toda regla. Quizá andaba metido en algo turbio y lo mataron sus propios compinches. Aún no sabemos la historia del banquero que me has contado antes y eso del libro, pero lo más

probable es que su muerte esté relacionada.

Diana se ofendió.

—No me creo que puedas decir eso —protestó enérgicamente ante las especulaciones de Vázquez.

—Solo te estoy preparando para la investigación —dijo el inspector jefe—. Te estoy acondicionando para que te esperes cualquier cosa y no vayas con una idea preconcebida. Los jefes dan sus órdenes, por que para eso son los jefes. Pero no te obceques en una conspiración de una presunta mafia policial para resolver el asesinato de Andrés, porque por ahí no van los tiros.

Diana orilló el coche en un área de descanso que halló en la autopista. Necesitaba toda la atención para seguir conversando con Vázquez.

—No me acabas de decir que me prepare para cualquier cosa. Esa conspiración también sería posible, ¿no?

—Sería, pero no lo es.

—¿Hay algo más?

—Sí, por eso te he llamado. Tengo el número de teléfono de quién te llamó ayer al mediodía.

—Podías haber empezado por ahí —mostró su disconformidad Diana—. ¿Sabemos quién es?

—Sí, pero no creo que sea el asesino. El número de móvil lo registró un chaval de dieciocho años en Tarragona, hace un año.

—¿Por qué dices que no es el asesino?

—He consultado su historial a través del Atlas de la policía nacional y era un chico normal.

—Ya sabes lo que opino yo de los chicos normales —se mofó Diana sin percatarse de que Vázquez había hablado en pasado al referirse al titular del teléfono móvil—. Hoy día no te puedes fiar de nadie.

—Es posible, pero ese chico no te hizo la llamada.

—Igual te parezco una pesada —protestó Diana—, pero... ¿me puedes decir cómo estás tan seguro? Que quién me llamara fuese una mujer no quiere decir que tuviera un cómplice masculino.

—El propietario del teléfono móvil que usaron para llamarte no puede ser, por que falleció hace catorce meses —dijo finalmente Vázquez—. No digas nada ni hagas nada sobre este asunto. Me refiero al del número que te llamó. Deja que yo me encargue de esa gestión. Me he puesto en contacto con un amigo que tengo en Jefatura de Barcelona y en cuanto sepa más cosas, tú serás la primera en saberlo.

Diana resopló.

—¿Cómo se llamaba ese chico?

—¿Para qué quieres saberlo? Pere Ambrona —respondió Vázquez antes de que Diana le respondiera—. Y antes de que me lo preguntes te diré que murió en un accidente de tráfico. Según el atestado de los Mossos d'Esquadra no hubo nada sombrío en ese accidente.

—Y todo eso lo has podido saber en un par de horas —cuestionó Diana.

—No veas la de trabajo que se puede hacer de noche, cuando no se tiene otra cosa que hacer —respondió Vázquez irónico—. No te entretengas más —recomendó—. Aún te quedan siete horas de camino hasta Jaca y no quiero ser el responsable de un accidente.

—De acuerdo —acató Diana—. Ya te iré llamando para mantenerte al tanto de los avances de la investigación.

—No será necesario —objetó Vázquez.

—¿Por qué?

—Porque el lunes viajaré hacia Jaca para colaborar con vosotros.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por qué?

Vázquez guardó silencio.

—¿No me lo quieres decir?

—Para ayudarte —dijo finalmente.

—Bueno, pues el lunes nos veremos.

Vázquez pensó que era mejor no haberle dicho a Diana el motivo por el que él quería participar en la investigación. No quería que la joven policía se sintiera infravalorada, pero entre los motivos del inspector jefe para viajar a Jaca uno era precisamente ese: el de apoyar las pesquisas de Diana. Vázquez reforzaría la autoridad de la oficial en una comisaría donde la mayoría de los jefes sobrepasaban la cincuentena. Ninguno de ellos dejaría que una policía de apenas veinticinco años les dijera cómo debían hacer las cosas. En ese sentido, el inspector jefe, reforzaría y apoyaría la presencia de Diana en la comisaría de Jaca.

Rosario, la abuela de Petra Cornel, oyó como el teléfono móvil de su nieta sonaba en el interior de la habitación. La anciana había cerrado los ojos y comenzaba a sentirse atrapada por el sueño. Se giró en la cama y miró el reloj de la mesita de noche. En esos momentos las agujas marcaban las dos en punto de la madrugada. No era la primera vez que su nieta recibía alguna llamada a esas horas. Después escuchaba como se abría la puerta de su habitación y Petra salía a la calle. A través de la ventana, especialmente en verano, oía como hablaba en voz baja con alguien. En una ocasión se asomó y vio como con quién conversaba eran sus amigas de Suils y Laspaúles: Aurora y Luisa. Se preguntó a dónde irían a esas horas. Tendría más sentido en una ciudad como Huesca o Zaragoza, adonde viajaban algún fin de semana. Pero allí, en Laspaúles no había nada para que unas jóvenes de su edad pudieran divertirse.

Aurora Masalle caminaba sola hacia el que habían denominado como “punto tres”. Petra le había dicho que era mejor no mencionar por teléfono el lugar donde iban a quedar esta vez. El punto tres era una pequeña explanada junto al río Isábena y que por la noche no visitaba nadie desde que el acceso había sido bloqueado hacía unos años por unos postes de madera, impidiendo que pudieran circular vehículos. Antes de la colocación de los postes, alguna pareja de enamorados había utilizado ese lugar para aparcar su coche y hacer el amor. Aurora nunca se desplazaba a esas citas con sus amigas en motocicleta, ya que el ruido del motor de su scooter era muy elevado para el silencio nocturno de los vecinos de Suils. Y cuanto menos vecinos supieran de sus andanzas, mucho mejor.

La explanada estaba tenuemente iluminada por dos postes altos de luz, en la zona que había cerca del río. Las bombillas led estaban protegidas por una rejilla metálica, ya que era habitual que amanecieran rotas a pedradas. Algunos pescadores habían comentado que era posible que en la parte alta de esos postes hubiera cámaras de seguridad que vigilaran la pesca furtiva. En el año 2010 Agentes para la Protección de la Naturaleza, del Departamento de Medio Ambiente del Gobierno de Aragón, habían localizado un pescador furtivo en el río Isábena y le intervinieron un total de 18 ejemplares de trucha común, por lo que los agentes lo denunciaron.

Petra y Aurora se saludaron y comprobaron que ni en la explanada ni en el río había nadie más. La Luna Nueva del 15 de agosto mantenía una oscuridad inquietante en todo el perímetro donde se hallaban las chicas. La última en llegar al punto de encuentro fue Luisa Cortillas. Como vivía sola no tenía que ocultarse

ni dar explicaciones a nadie.

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntaron Petra y Aurora, nada más coincidir con Luisa en la explanada.

Luisa se encendió un cigarrillo, su tez mostraba desconcierto, y levantó la vista hacia atrás para cerciorarse de que no la seguían.

—No habléis tan alto —protestó—. Ahora os cuento —En su hombro portaba una mochila de tela vaquera que dejó en el suelo—. ¿Habéis traído vuestros objetos?

Petra extrajo del bolsillo trasero de su pantalón una caja de pastillas de plástico para la tos. A continuación levantó la tapa y mostró un imperdible de oro.

—Es el pasador de oro de mi abuela Rosario —dijo con la mano temblorosa.

—Bien —exclamó Luisa—. ¿Y tú? —señaló a Aurora.

Aurora portaba en la mano una funda de tapa dura de gafas. La abrió con cuidado y extrajo de su interior un paño de tela fina que deslió delante de sus amigas.

—Las tijeras de costura —susurró.

—Perfecto —habló Luisa, observando el reflejo bajo la luz de los postes de las tijeras de costura de acero con forma de cigüeña, donde el ojo pulgar y anular representaban las patas del animal y la hoja fija y móvil el pico del animal—. Yo he traído —dijo abriendo la mochila que portaba en la espalda—, mis agujas.

Las chicas vieron la aguja de acero inoxidable, modelo Magnum, de cuatro puntas con las que a Luisa le habían hecho el tatuaje del pentágono en el muslo de su pierna derecha cuando tenía 13 años.

—¿Habéis podido localizar a Alba? —preguntó Petra, volviendo a guardar el pasador de oro en su caja.

—La he llamado yo —respondió Luisa—. Pero me ha dicho que está en Huesca, en casa de sus padres, y que aunque saliera ahora no llegaría a tiempo. No podemos contar con ella —lamentó.

—Pues es una lástima —sonrió Petra—. Mejor día que hoy no vamos a tener.

—Ya —chasqueó los labios Luisa—. Pero Alba no tiene el libro.

—¿Es necesario? —cuestionó Petra.

—No lo sé, pero sin ese libro es más complicado. ¿Os habéis enterado de la muerte de ese policía de Huesca? —A Luisa se le iluminaron los ojos detrás del cigarro que saboreaba como si de un manjar se tratara.

—Yo me he enterado cuando me lo ha dicho mi abuela —replicó Petra—. ¿Tú sabías algo? —le preguntó a Aurora.

—Como para no saberlo; la televisión no habla de otra cosa —respondió—. No me extraña que Alba no haya querido subir este fin de semana. Que mal rollo

da todo esto.

—¿Has hablado con ella? —insistió Petra.

—Un minuto; no ha querido hablar más. Por lo que parece ese policía es el que había estado estos días por Laspaúles husmeando. Alba me ha dicho lo mismo que vosotras, que por teléfono es mejor no hablar. Pero nosotras a lo nuestro —sugirió Luisa—. Comprendo que Alba no quiera inmiscuirse ahora que han matado a ese policía, pero hoy es el mejor día para una sesión.

Aurora y Petra adivinaron qué es lo que su amiga quería hacer.

—No sé si es recomendable —objetó Aurora algo asustada—. La Guardia Civil debe estar en alerta por el crimen y no me extrañaría que hubiera varias patrullas de incógnito por toda la zona. Además —señaló con la cabeza los postes de la luz bajo los que se cobijaban—, mi padre comentó el otro día que desde que ha aumentado la pesca furtiva, los de Medio Ambiente han colocado cámaras de vigilancia.

—Eso son chorradas —exclamó Luisa— Ya te digo yo que ahí no hay cámaras. Y en el caso de que las hubiera, ¿qué nos pueden decir? —cuestionó muy segura—. Para empezar no creo que a estas horas anden por aquí. Esos deben estar durmiendo, como hace la mayoría de la gente a partir de las dos de la madrugada. Y la policía nacional, en el caso de venir, no lo hará hasta mañana. Y posiblemente hasta el lunes, que el domingo no es día para indagar. Así que hoy y ahora es el mejor momento para una sesión. ¿Has traído la absenta? —le preguntó a Aurora mientras miraba sus manos vacías.

—Ni siquiera he pensado —lamentó—. No pensaba que íbamos a hacer una sesión hoy. Sigo creyendo que no es una buena idea.

—No he pensado, no he pensado... —se burló Luisa—. Pues yo sí que he pensado —dijo mientras abría la mochila y mostraba una petaca con varias tiras de hachís en su interior.

—Lo cierto es que me vendría bien un trago de absenta y un porro —Petra tiritaba como si hubiera cogido frío.

—El cuerpo lo han hallado en la casa abandonada de los Oliván —comentó Aurora centrando la conversación en la noticia que las había reunido.

—Sí, pero ahí sí que no es buena idea ir. Al menos hoy. La Guardia Civil ha precintado la casa. Y aunque no creo que vaya ningún agente hasta mañana, no sería... —Luisa se detuvo un instante—. ¿A que no hay huevos a ir allí?

—Déjate de hostias —protestó Petra.

—¿No tendréis miedo?

Ninguna de las chicas respondió.

—Yo miedo lo que se dice miedo no tengo —dijo Aurora—. Pero a la casa de los Oliván no pienso ir. Y no por que me dé miedo ese policía muerto, sino por

que si la Guardia Civil nos pillara allí tendríamos que dar muchas explicaciones. Para empezar habría que cortar el precinto para acceder a la casa. Y yo paso de tener problemas con los picoletos.

—Alba hubiera ido sin pensárselo dos veces —habló Luisa.

—Alba que haga lo que quiera —dijo Petra—. Pero de momento no está aquí y somos nosotras las que tenemos que tomar una decisión. Solo falta media hora para las tres.

—Entonces estamos de acuerdo —inquirió Luisa.

Aurora agachó la cabeza.

—Uf, no sé. La verdad es que me da un poco de respeto.

—Joder tía —se quejó Luisa—. Llevamos haciendo esto un montón de tiempo y nunca hemos conseguido nada.

—Nunca no —habló Petra—. Recuerda que hace unos meses conseguimos contactar...

—Sí, pero eso fue con una Ouija en tu casa —dijo Aurora mirando a Luisa—, y desde entonces no habéis querido repetirlo.

—No te jode —se rebeló Luisa arrojando el cigarro al suelo y pisándolo hasta apagarlo por completo—. La próxima lo hacemos en tu casa. Después de la sesión os vais tan tranquilas y soy yo la que me quedo. Además de la Ouija no me fío; no creo que ese día contactáramos realmente.

—Podíamos probarlo otra vez —ofreció Petra.

—¿Aquí? —preguntó Luisa—. ¿Hoy?

—Aquí ya sabes que no se puede. Para empezar necesitamos luz y aquí no hay suficiente. Hasta el 29 de agosto no habrá luna llena. Y luego es necesario un soporte plano, como una mesa. Y ya me dirás de dónde sacamos una mesa. Por eso digo que podríamos ir a la casa de los Oliván —insistió Petra.

—Y dale. Allí no podemos ir hasta que hayan pasado unos días —se quejó Luisa—. Además Alba me comentó que fue allí donde perdió el libro.

—Puto libro. Sin él es más difícil que podamos invocarlo, pero sigo creyendo que hoy, y ahora, es la mejor oportunidad que vamos a encontrar para hacerlo. Y tú que dices Aurora —le preguntó Petra a su amiga buscando apoyo para convencer a Luisa de que dejara en su empeño de realizar una sesión.

Aurora permanecía callada y con expresión seria.

—Yo creo que lo mejor es que hoy no hagamos nada —sugirió—. Si el espíritu de ese policía no aparece habremos perdido el tiempo. Y si aparece nos vamos a ir de aquí pitando —forzó una sonrisa.

—Pitando de miedo —dijo Petra—. Os imagináis que se presentara ante nosotras, ¿qué haríamos? No sabemos quién era en vida ni que intenciones tendría.

—Un espíritu es un espíritu —recordó Luisa—. Si se presentara le podríamos hacer preguntas. Su muerte es muy reciente y aún tendrá un ligamen con el mundo de los vivos.

—Olvidáis algo —dijo Aurora saliendo de su abstracción.

Las dos la miraron a la vez.

—¿De qué nos olvidamos? —preguntó Luisa.

—De que a ese policía lo han asesinado.

Aurora y Petra se miraron de reojo.

—Ya —rebatía Luisa—. Por eso es ideal para hacer la sesión hoy. Una muerte violenta, en sábado, y tan solo faltan quince minutos para las tres de la madrugada, la hora del diablo.

—¿Y si se nos aparece? ¿Y si quiere vengarse de quién lo mató? —dijo Aurora.

—Los muertos no se vengan —dijo muy segura Luisa—. Si se aparece le preguntaremos por lo que ha visto después de morir. Lo que haya visto antes no nos interesa. Estoy segura de que su espíritu aún anda por aquí y es el mejor enlace que podemos tener entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

—Yo —dijo Aurora—. Lo cierto es que lo dejaría para otro día. Hoy no me parece propicio.

—Lo que yo decía —sonrió con ironía Luisa—. Miedo.

—Llámalo como quieras —se defendió Aurora—. Miedo, respeto, incertidumbre.

—Entonces todo este tiempo hemos estado invocando mientras que tú esperabas que no apareciera nadie. Así no me extraña que los espíritus hayan evitado manifestarse ante nosotras.

—Ahora no le echas la culpa a ella —salió en su defensa Petra—. Hasta ahora hemos hecho todo lo correcto y hemos seguido todos los pasos. El que no se haya manifestado nadie ha sido más una cuestión de mala suerte que de no seguir el método de forma adecuada.

—Está bien —cortó Luisa—. Menos cháchara y más decisión. Faltan diez minutos para las tres y si no lo hacemos no podremos salir de dudas. Ha llegado el momento de invocar a los muertos —dijo bajando la voz tanto que casi no pudieron oírla sus amigas.

Entonces Aurora las miró a las dos, con el miedo dibujado en su rostro.

—¿Qué te ocurre Aurora? —le preguntó Luisa cuando se percató del estado de su amiga.

—Acabo de darme cuenta de que estamos aquí, a un centenar de metros de la casa donde hace unas horas han matado de forma violenta a un policía, y las tres estamos enfrascadas en invocar a su espíritu.

—¿Y? —preguntó Petra.

—Ahora ya no me da miedo el muerto —afirmó Aurora—. Ahora quién me da miedo es el asesino. ¿No habéis pensado que aún puede estar por aquí?

Petra y Luisa la miraron con expresión aséptica.

Pasaban unos minutos de las ocho de la mañana del domingo 16 de agosto, cuando Diana Dávila llegaba a Jaca. Lo primero que hizo fue pasar por delante de la comisaría, a la que ya conocía desde que hizo las prácticas en Huesca y tuvo que prestar servicio allí en dos ocasiones. Su corazón se contrajo cuando vio aparcado en la puerta el Volvo XC60 de color plateado de Andrés Hernández. Supuso que el gabinete de policía científica lo había dejado allí para inspeccionar el vehículo. En la puerta de la comisaría había dos agentes de uniforme conversando. Uno de ellos reía. A Diana le asaltó un sentimiento de desprecio. «¿Cómo podía reír cuando hacía unas horas había sido asesinado un compañero?», pensó. Seguidamente meditó sobre la deshumanización que inundaba a los policías que a diario tenían que convivir con la muerte.

Detuvo el coche en la primera esquina, lejos de la vista de los policías, y mandó un WhatsApp al inspector Leandro Medina, tras comprobar que su enlace en Jaca disponía de esa aplicación para teléfonos móviles. En unos segundos el doble tick de color azul le indicó que el inspector había leído el mensaje. Tardó dos minutos en responder con un: «En quince minutos en la puerta de comisaría.»

Diana dio la vuelta a la manzana y, al no encontrar aparcamiento, aparcó en la misma puerta de la comisaría. Los agentes que antes estaban conversando ya se habían marchado. Cerró el coche y accedió al interior.

—Buenos días —la saludó un policía veterano, parcialmente calvo y con semblante amargo—. ¿Eres la policía de Murcia? —preguntó a continuación.

Diana intuyó que ya la estaban esperando.

—Sí —replicó cáustica. Comenzaba a notar la falta de sueño y su carácter se había enrarecido—. He quedado aquí con el inspector Leandro Medina.

El agente la repasó de arriba abajo con una mirada entre interrogante y perpleja, como si se esperara otro tipo de policía.

—Sí, ya me lo ha dicho. Menuda putada lo de ese policía de Huesca —exclamó. Diana supo por su comentario que no debía conocer a Andrés Hernández.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Su cuerpo —respondió molesta Diana—. Estamos hablando de Andrés, ¿no?

El policía torció el gesto.

—Lo han trasladado al Tanatorio Municipal de Jaca por petición del forense. Imagino que entre hoy y mañana le harán la autopsia —añadió.

—¿Hay algún sitio para tomar un café? —preguntó Diana, mostrando el poco interés que tenía en seguir manteniendo una conversación con ese policía.

—Ahí hay una máquina —señaló el agente con una ensortijada mano.

Diana miró en la dirección donde apuntaba su dedo.

—He dicho un café de verdad, no eso —sonrió.

—El domingo casi todo está cerrado —replicó el policía—. Pero al lado de la Ciudadela de Jaca tienes varios bares que seguramente ya estarán abiertos a esta hora.

Diana estaba pensando si ir a tomar un café en ese momento o esperar a que llegara el inspector Medina, cuando una voz conocida a su espalda la sorprendió.

—Sigues tan guapa como te recordaba.

Diana se giró sin poder disimular su desconcierto.

—¿Vázquez? Pero... Qué coño...

—Esa boca —replicó el inspector jefe—. A ver si te la voy a tener que lavar con jabón.

Diana se acercó para propinarle dos sonoros besos en sus mejillas que desprendían olor a perfume.

—¿Pero cómo has llegado tan rápido?

—No podía dejarte sola en esto —explicó—. Nada más saber que alguien se había puesto en contacto contigo para anunciarte la muerte de Andrés Hernández, antes de que fuera asesinado, supe que este asunto es algo más que un asesinato circunstancial. Esta noche cuando te llamé lo hice desde el tren Estrella que sale de Atocha a las diez y media de la noche. He llegado a Zaragoza a las cuatro menos cuarto y desde allí me ha traído un coche nuestro.

—Vaya con los jefes —dijo cínica Diana—. Anda que me hubieran traído a mí en el caso de pedirlo.

—A ti te hubieran llevado al fin del mundo —A Vázquez se le escapó una sonrisa—. He tenido tiempo hasta de reservarte una habitación en un céntrico hotel, muy cerca de aquí.

—Siempre tan eficiente.

—Coge tus cosas y vamos andando, estaremos en cinco minutos. ¿Dónde has dejado tu coche?

—Ahí —señaló la puerta de la comisaría.

—Ahí estará bien —dijo Vázquez.

—Espera —interrumpió Diana—. He quedado aquí con el inspector Leandro Medina.

—No te preocupes, Medina no llegará hasta pasadas las nueve. Desde que lo conozco nunca ha sido puntual, y no creo que vaya a cambiar ahora —Vázquez se dirigió al policía de la puerta—. Si viene el inspector Medina le dices que llegaremos enseguida.

El policía asintió con la cabeza sin responder. Parecía que el inspector Medina

no le caía muy bien.

—Me he puesto en contacto con la Jefatura Superior de Barcelona —habló Vázquez de camino al hotel—. En cuanto puedan me facilitarán todo lo que tengan de la muerte de Pere Ambrona.

—¿Quién es ese? —preguntó Diana después de pensar unos segundos.

—El propietario del teléfono móvil desde donde te llamaron ayer al mediodía. El chico de Tarragona.

—Ah, sí —asintió Diana—. Ya no me acordaba. Pero me dijiste que había muerto.

—Sí. Murió hace catorce meses en un accidente de tráfico. Ya te lo había dicho esta noche cuando hablamos por teléfono.

—Sí, sí —balbuceó Diana—. Pero como comprenderás...

—No hace falta que te justifiques conmigo —la interrumpió el inspector jefe—. He venido hasta aquí para ayudarte a esclarecer el crimen. Comprendo por lo que estás pasando y sé como te sientes. Te recomiendo que cuando lleguemos al hotel te echés un rato, al menos hasta el mediodía.

—¿Y tú? ¿No duermes?

—Los viejos no dormimos, Diana. Ya dormiremos cuando hayamos muerto.

—Oye, ¿cómo sabes que el teléfono móvil de ese chico de Tarragona es el mismo que me llamó ayer?

—¿Teléfono? Ah, no. Joder Diana, me he liado. Te hablo todo el rato del teléfono como si me refiriera al aparato. No, de lo que estamos hablando es del número.

—¿La SIM? —preguntó Diana.

—Eso —respondió Vázquez alargando la primera letra—. Cuando digo el teléfono me quiero referir al número de teléfono que va incorporado en la tarjeta SIM. Quién te llamó lo hizo desde ese número; aunque el teléfono seguramente sea otro distinto. Y cuando digo el teléfono, ahora quiero decir el aparato.

—Aclarado. O sea que dando con la persona que tiene la tarjeta SIM, de ese chico que murió en Tarragona, daremos con el asesino.

—Si no el asesino material, sí con alguien que tiene que ver. Según tú alguien te llamó al mediodía para decirte que Andrés había muerto. Y según la Guardia Civil el cuerpo no se halló hasta las cinco de la tarde. Por lo que blanco y en botella... Leche. Quién te llamó ya sabía que Andrés había fallecido y en el supuesto de que hubiera sido alguien anónimo, que se hubiera topado con el cadáver, ¿por qué te llamó a ti?

Diana se encogió de hombros.

—Lo hizo por que sabía la relación que teníais los dos. Lo que nos lleva a pensar que...

—Quería que yo viniera aquí —terminó la frase Diana—. ¿Y la llamada perdida desde el móvil de Andrés?

—No creas que no le estoy dando vueltas a ese asunto —dijo el inspector jefe con expresión de circunstancia—. El hecho de que alguien te llamara desde el teléfono de Andrés, cuando se supone que éste ya había muerto, y que después te llamaran con el número de una persona que murió hace unos meses, nos lleva a pensar que hay varias personas implicadas en el crimen. Me pregunto por qué te llamaron a ti.

Diana no respondió.

—Si querían avisar de la muerte de Andrés —siguió hablando el inspector jefe—, podían haber llamado al 112 o al 091, que hubiera sido lo más lógico. Sin embargo llamaron a una oficial de policía que estaba a miles de kilómetros de aquí.

—Eso significa que quién llamó conocía nuestra relación —afirmó Diana—. Eso o que mi número lo extrajeron de la agenda del móvil de Andrés —concluyó—. Recuerdo que Andrés tenía muchos números en su teléfono, siempre anotaba todos los compañeros de la comisaría por si necesitaba llamarlos. ¿Tenemos su teléfono? —preguntó.

—Al igual que tú, yo acabo de llegar ahora —dijo Vázquez—. En cuanto hablemos con Medina comenzaremos las pesquisas para averiguar qué es lo que ha pasado.

—Hasta donde sé, mi teléfono era el primero de la agenda del móvil de Andrés —dijo Diana enlenteciendo el paso—, recuerdo que mi número estaba guardado con la letra A delante para que apareciera el primero: Adiana Dávila —explicó—. Así cuando me tenía que buscar en la agenda siempre aparecía el primero. Eso explica... —La oficial se silenció apretando fuertemente el puño.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de recordar que la mujer que me llamó para informar de la muerte de Andrés preguntó por Adiana Dávila.

—O sea que no te conocía y había leído tu nombre en la agenda del móvil de Andrés.

—Claro —replicó la oficial de policía—. Es un detalle que se me había pasado. La voz de mujer dijo la primera vez que habló conmigo: ¿Es usted Adiana? Yo pensé que era una forma de hablar, pero no caí en eso. Me limité a corregirle mi nombre.

—Entonces esa mujer no te conocía, porque de haberlo hecho sabría que tu nombre es Diana y no Adiana. ¿Estás segura de lo del móvil de Andrés?

—Sí, sí. Él siempre anotaba en su agenda los nombres importantes con la letra A delante, así se aseguraba que al buscarlos aparecieran los primeros. Ya lo verás

cuando encontremos su teléfono —aseguró.

—Ya hemos llegado —dijo Vázquez deteniéndose delante del hotel Oroel de Jaca.

El timbre de la puerta de la familia de Aurora Masalle sonó una sola vez. La madre estaba en la cocina preparando la comida. Era la una del mediodía del domingo 16 de agosto.

—Ya voy —gritó.

Aurora aún dormía, como era normal el domingo a esa hora. La chica había llegado a casa de madrugada. Cuando la madre abrió la puerta se encontró con una pareja de la Guardia Civil. En la casa de enfrente se habían asomado dos vecinas a las que la madre de Aurora censuró con la mirada. Que la Guardia Civil viniese a su casa, y en domingo, no era bueno.

—¿Aurora Masalle? —preguntó uno de los agentes.

—Sí —balbuceó con dificultad la madre—. ¿Qué ocurre?

—Una citación —respondió el agente sosteniendo un sobre en la mano—. ¿Es usted?

—No. Es mi hija.

—¿Está en casa?

—Sí. Pero está durmiendo.

Los dos agentes se miraron entre ellos. Parecía que cuestionaran que alguien pudiera estar durmiendo a la una del mediodía.

—Ayer salió —justificó la madre esbozando lo más parecido a una sonrisa.

—Tiene que estar a las seis de la tarde de hoy en el puesto de Castejón de Sos —dijo el agente.

—¿Qué ocurre?

—Es para tomarle declaración.

—Ella no sabe nada —dijo la madre, intuyendo que la citación era por la muerte del policía de Huesca.

—Pues si no sabe nada que no diga nada, pero tiene que acudir al cuartel —amenazó el agente—. Es una citación formal.

—¿Celia, qué ocurre? —preguntó a la espalda de la madre, el padre de Aurora.

La madre no pudo evitar que sus ojos se empañaran a punto de llorar.

—Vienen a llevarse a la niña —dijo.

Los Guardias Civiles no hablaron.

—¿Llevarse la? ¿Por qué? —preguntó el padre.

—No venimos a eso —dijo el agente—. Solo es una citación para que acuda al cuartel a declarar.

—¿Es por lo de ese policía asesinado? —cuestionó el padre.

El guardia civil se encogió de hombros.

—Señor —le dijo amistosamente—, nosotros solo somos los mensajeros. Nos

han dicho que citemos a su hija, pero no sabemos por qué. Ni para qué —añadió.
—¿Puedo firmar el recibí yo? —preguntó el padre.

El guardia civil encogió los hombros.

—Sí, supongo. Pero tendrá que dejarme su documento para que compruebe los datos.

Pablo Masalle descolgó su bolso de detrás de la puerta y extrajo el DNI, que entregó de inmediato a los agentes. Uno de los guardias anotó los datos en una libreta y cuando terminó le entregó el carné a su compañero. Escuchó como pasaba sus datos por la emisora. En unos segundos el operador de la sala respondió que el afiliado no tenía antecedentes.

—¿Por qué hace eso? —preguntó.

—Lo hacemos siempre —replicó el guardia civil—. Debemos comprobar que no tiene ninguna requisitoria.

—¿Requisitoria? —preguntó la madre.

—Sí, Celia —respondió el padre—. Es para saber si estoy en busca y captura —dijo con tono irónico—. Aunque si tuvieran que buscarme ya saben dónde estoy, ¿no?

Pablo Masalle recogió la citación a nombre de su hija y a continuación firmó el recibo que le extendió el agente. Leyó la cabecera donde ponía los datos de su hija y más abajo decía que debía personarse en el cuartel de Castejón de Sos para un asunto de su interés.

—¿Está obligada a ir? —preguntó ante la mirada errante de su mujer.

—Para serle sincero, no —dijo el guardia civil—. Pero es recomendable acudir a las citaciones policiales si no quiere que se transformen en citaciones judiciales.

—Claro que irá —interrumpió la madre—. ¿Podemos ir con ella?

El guardia civil comprobó que Aurora Masalle era mayor de edad, en caso contrario sí que hubieran tenido que acompañarla sus padres.

—Es opcional —respondió—. Pero pueden ir sin ningún problema.

—¿Necesita un abogado? —preguntó el padre.

Los guardias civiles volvieron a mirarse entre ellos.

—Supongo que no —dijo el que llevaba la voz cantante—. Pero nunca está de más ir con uno.

—Está bien —murmuró el padre—. ¿Solo la citan a ella?

—No señor. De hecho ahora tenemos que ir a Villarrué y a Laspaúles —respondió el guardia civil.

El padre supo que también citarían a Luisa y a Petra, las amigas de su hija.

—Ella no ha sido —habló entonces la madre.

—Calla —cortó el padre—. No digas nada más.

—Pero estos agentes han de saber que Aurora no ha tenido nada que ver.

Además ayer estuvo en casa todo el día.

En las casas de enfrente había varios vecinos asomados a la ventana y la mujer de la casa de al lado había salido a pasear el perro, algo que nunca hacía a esa hora. Celia supo que lo hizo para chismorrear.

—¿Ocurre algo Celia? —preguntó la vecina.

La madre de Aurora la miró con inquina.

—No pasa nada, señora Teresa —respondió.

La mujer miró a los agentes y se metió en casa. Los guardias civiles se despidieron y se montaron en el todoterreno.

—Deja que hable yo con ella —le dijo Celia a su marido—. Deja que hable con ella por que tú te pones muy nervioso.

Pablo Masalle sabía que era su esposa la que se ponía nerviosa, pero no quiso contradecir a su mujer. Celia subió hasta la planta de arriba y llamó con los nudillos a la puerta de su hija.

—Aurora, hija, abre la puerta enseguida —en la mano sostenía la citación policial.

La puerta se abrió. Aurora tan solo llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón corto que se ponía para estar por casa. Era el único lugar donde no se avergonzaba de sus piernas rechonchas, ya que cuando salía con las amigas siempre vestía pantalón largo. Su madre se sorprendió cuando vio que se había teñido el pelo de color rojo.

—¿Y ese cambio? —preguntó asombrada.

—¿Qué cambio?

—El pelo. Te lo has teñido de rojo.

Su hija no respondió.

—Ha llegado una citación para ir a declarar ante la Guardia Civil —dijo la madre—. ¿Sabes algo de esto? —preguntó sosteniendo el papel en alto.

Aurora negó con la cabeza.

—No sé nada, pero deben estar investigando el asesinato del policía.

—Ya te dije que no te juntaras con esas —dijo refiriéndose a Luisa y Petra—. Esas crías no traen nada bueno.

—Ellas tampoco saben nada —defendió a sus amigas.

—Pues la guardia civil también las va a citar.

—¿A todas?

—Sí, a todas. Les he dicho que ayer estuviste todo el día en casa.

—¿Por qué lo has hecho? No tengo nada que ocultar.

—¿Dónde estuviste ayer?

Aurora bajó los ojos.

—Con ellas.

—¿Con las dos?

—Sí, ya lo sabes. Habíamos quedado como siempre —Aurora no podía evitar mostrarse asustada.

—¿Y la otra niña?

—¿Quién?

—Esa de Huesca.

—¿Alba?

—Sí, esa. La recién llegada al grupo.

—No sé. Hace días que no quedamos.

—Me han dicho que el policía asesinado era de Huesca y que había estado por el pueblo preguntando por ella. Dicen que se había fugado de casa.

—Alba puede hacer lo que quiera.

—No si es menor de edad —se sumó el padre a la conversación, terminando de subir las escaleras desde el salón.

—Se fugó al principio —replicó Aurora—. Pero en las últimas semanas se había reconciliado con sus padres y ya no venía tanto.

—¿Sabes si la citarán? —le preguntó Celia a su marido.

—Supongo que las citarán a todas —respondió—. Pero como esa chica vive en Huesca, le tomarán declaración en la comisaría de allí.

Celia miró a los ojos de su hija. La percibió nerviosa.

—Aurora, hija —le dijo con todo el tono paternal que pudo imprimir en su voz—. No tienes por qué complicarte la vida—. Si sabes algo es mejor que lo digas. Di la verdad y no te pasará nada.

—No tienes por qué encubrir a tus amigas —interrumpió el padre—. Si sabes que han sido ellas dilo y todo saldrá bien. ¿Ha sido Luisa Cortillas?

Aurora arrugó la boca. Su rostro mostró enojo.

—No ha sido ninguna de ellas. Ya os lo he dicho. Las tres estuvimos juntas ayer por la mañana.

—No las protejas —insistió la madre—. No necesitas hacerlo.

—Ya os he dicho que ellas no han sido —elevó la voz antes de cerrar la puerta de su habitación de un golpe—.

Diana se despertó con la boca pastosa, y en un primer momento no sabía dónde estaba. Miró de reojo la mesita de noche y recordó que se había echado encima de la cama de la habitación que Vázquez le había reservado en el hotel Oroel de Jaca. Era la una y media del mediodía del domingo 16 de agosto.

—¡Mierda! —exclamó.

Con el desasosiego de la noticia de la muerte de Andrés Hernández, llevaba veinticuatro horas seguidas sometida a una gran presión. Durante todo ese tiempo no había dormido y además había estado conduciendo toda la noche para llegar el domingo a Jaca. Se sintió culpable por haber perdido la mañana descansando, pero también pensó que si quería estar al cien por cien bien se merecía ese descanso. Se sentó en la cama y comprobó con estupor que su teléfono móvil estaba apagado.

—Mierda, mierda y mierda —maldijo gritando.

Rebuscó en su bolso el cargador del teléfono y enseguida lo puso a cargar. No quería ni imaginar la de llamadas perdidas que tendría.

—Buenos días —dijo al descolgar el teléfono de la habitación y llamar a recepción—. Soy Diana Dávila, ¿me puede pasar con el número de Edelmiro Vázquez? Sí, nos hemos alojado los dos esta mañana. Gracias.

Diana oyó varios tonos de llamada sin que nadie respondiera. Sospechó que Vázquez estaría en la comisaría de Jaca avanzando en la investigación. Algo que también debería estar haciendo ella, si no se hubiera dormido.

—Lo siento —habló la recepcionista—. La llamada ha rebotado. Seguramente no estará en la habitación.

—Gracias —dijo Diana antes de colgar.

Aún faltaban un par de minutos para que su teléfono móvil tuviese la batería suficiente como para encenderse y hacer una llamada. Diana aprovechó para lavarse la cara y recogerse el pelo en una coleta, no disponía de tiempo para arreglarse. Descorrió la cortina de la habitación y entró un chorro de luz de la calle. El sol de agosto era inmisericorde.

Alguien llamó a la puerta con dos golpes que sonaron a nudillos.

—¿Sí?

—¿Quiere que limpie la habitación? —oyó al otro lado de la puerta.

—No, no es necesario. Gracias.

Escuchó como un carro se deslizaba por el pasillo. Abrió su maleta de viaje y sacó la ropa que colgó de forma ordenada en las perchas del armario. La habitación se veía cómoda y agradecía que Vázquez se hubiera tomado la molestia de reservarla para ella. Con el trajín del viaje y los nervios por la

muerte de Andrés, ella se hubiera visto incapaz de pasar la mañana buscando un hotel en condiciones y económico. No le parecía apropiado a Diana preocuparse por el dinero en esos momentos, pero no estaba su economía como para ir costeándose habitaciones de una ciudad tan cara como Jaca.

—Por fin —dijo cuando su teléfono móvil respondió al botón de encendido.

Después de introducir el número PIN esperó unos segundos a que enganchara la línea con su operadora de telefonía. Como ya imaginaba entraron varios avisos de llamadas perdidas: una del comisario de Murcia, cuya locución dejada en el contestador se interesaba por si había llegado bien. La otra era de un número desconocido y no dejó ningún mensaje. Había dos llamadas perdidas de Vázquez y un WhatsApp diciéndole que la esperaba en el restaurante del hotel para comer. A continuación le decía que no tuviera prisa, que la esperaría en el bar leyendo la prensa hasta las cuatro de la tarde, si fuese necesario. Diana miró el reloj y vio que aún faltaba media hora para las dos. Como siempre, pensó, Vázquez tan caballeroso. Respondió al WhatsApp con un mensaje corto: «En 30 minutos estoy contigo.»

Se terminó de vestir y se puso un poco de colorete en la cara. Dormir tan pocas horas le había pasado factura a sus ojos y no podía ocultar el cansancio. Mientras se abrochaba los zapatos escuchó como le llegaba otro mensaje a su teléfono. El tono del móvil sonó diferente. Al coger el teléfono supo el porqué, el mensaje que acababa de llegar era un SMS. Ya casi nadie enviaba mensajes SMS, pensó. No había que olvidar que enviar un mensaje de esos costaba quince céntimos. Diana se frotó los ojos al leerlo. Los últimos que había recibido eran o de la operadora de telefonía ofertando algún producto o de publicidad de alguna página web que almacenó los datos de su móvil. Pero este era de un número conocido y el mensaje era de lo más estrambótico:

«Desconfía de todos y cuídate de las brujas.»

El mensaje se había enviado desde el teléfono de Andrés Hernández.

La patrulla de la Guardia Civil llegó hasta Villarrué. Los dos agentes aparcaron delante de la casa de Petra Cornel, mientras que su abuela los observaba desde una de las ventanas de la planta superior. Rosario se encontraba en ese momento recogiendo su habitación y sabía que, tarde o temprano, llegaría la guardia civil a su casa. Era un presentimiento que la había asaltado durante los últimos cuatro años, desde que su hija muriera en el accidente de tráfico junto a su marido. Entonces ella se hizo cargo de su nieta Petra, cuando ella tenía catorce años. Era una edad muy complicada para que una niña se quedara sin padres, así que la abuela debía sustituirlos de forma eficiente para que Petra no advirtiera su ausencia. Lo primero en lo que debía centrarse era en vigilar las amistades de su nieta. En los pueblos no hay malas gentes, se había dicho en más de una ocasión. Pero sí que existe un cierto corporativismo a la hora de aunar aficiones, que mezclado con la falta de expectativas, obligaba a que los jóvenes se agruparan en círculos muy reducidos donde compartían hábitos y entretenimiento. Petra era una niña muy despierta e inteligente, eso siempre lo supo su abuela Rosario Monteagudo. Y precisamente temía que esa lucidez la hiciese ser proclive al acercamiento con otras chicas de Villarrué o Laspaúles, con las que Rosario temía fuese a juntarse. Pero Petra acabó incorporándose a un grupo que la abuela reprobaba.

La anciana miró el reloj de su mesita de noche y vio que ya eran casi las dos y media de la tarde. Petra estaría a punto de levantarse, ya que los domingos solía ponerse en pie justo unos minutos antes de comer. Pero Rosario era previsora y ya tenía preparada la comida, que solo había de calentar unos minutos en el horno. Para ese domingo de agosto había pensado en hacer gazpacho al estilo andaluz, que tanto le gustaba a su nieta, y de segundo una bandeja de canelones de carne que ella misma preparaba. El olor de la carne de ternera asándose en la cocina sería suficiente para que Petra abriera los ojos.

El timbre de la puerta sonó una sola vez.

—Ya abro yo —dijo la abuela. Aunque sabía que rara vez Petra abría la puerta, ya que solían ser las amigas de Rosario las que llamaban en domingo, sobre todo por la tarde cuando compartían tertulia, pastas y café, mientras que su nieta permanecía encerrada en la habitación.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo nada más abrir la puerta.

El guardia civil más joven se había quedado hablando por el teléfono móvil al lado del coche, mientras que el veterano sostenía una carpeta en sus manos.

—Buenas tardes, señora Rosario —dijo—. ¿Está su nieta?

Rosario conocía a ese agente, ya que hacía muchos años que patrullaba por los

pueblos de alrededor e incluso se había casado con una vecina de Abella, con la que tuvo un hijo.

—Creo que sí está. ¿Ocurre algo Anselmo?

El guardia civil negó con la cabeza.

—Todo está bien, Rosario —dijo para tranquilizar a la abuela—. Es una citación para que pase por la comandancia de Castejón de Sos, donde ha de ser oída en declaración.

—¿En declaración, sobre qué?

—Vamos Rosario —dijo con mirada incierta el guardia civil—, su nieta ya es mayor de edad. Ya sabe lo que se hace.

—¿Tiene que ver con la muerte de ese policía?

—No le puedo decir nada Rosario, por que no sé nada —omitió responder a su pregunta; aunque implícitamente la respuesta fue afirmativa.

Desde la entrada de la casa se escuchó ruido en la planta de arriba. El guardia civil sabía que en la casa solo vivía Rosario con su nieta.

—Petra, hija —alzó la voz la abuela—. Baja un momento.

Petra bajó las escaleras vestida con un pantalón corto y una camisa de tirantes de color gris perla, donde transparentaban los dos botones de sus pezones. En el hombro derecho se percibía la cicatriz de nacimiento que simulaba una media luna del tamaño de una rodaja de pepino. El guardia civil más joven ya había terminado de hablar por teléfono y se acercó hasta la puerta, posando sus ojos en la chica. El otro agente le reprendió su atrevimiento con la mirada.

—Hola Petra —saludó el guardia civil veterano—. Traigo una citación para que te pases por nuestra comandancia hoy, a las cinco de la tarde.

La chica bostezó aparatosamente como si la cosa no fuese con ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Allí te lo explicarán —respondió el agente.

El guardia civil joven seguía mirando a la chica con lubricidad ofensiva.

—Deme —dijo.

—Tienes que firmarme aquí —señaló el agente una copia del documento que sostenía sobre una carpeta.

Petra firmó el papel y recogió la citación. La abuela no dijo nada.

—Buenas tardes —saludó el guardia civil veterano, a modo de despedida.

—Falta el teléfono —dijo el agente joven ante la mirada crítica de su compañero.

—¿Qué teléfono? —le preguntó.

—Sí, Anselmo —explicó—, hay que anotar el teléfono de la citada por si hubiera que llamarla para algo.

El agente más veterano arrugó el gesto.

—No es necesario —sentenció—. Anda, vamos que aún queda otra citación más —dijo.

Cuando los guardias civiles se habían ido, la abuela le dijo a su nieta.

—Hay que ver como te mira ese chico. Se ve majo —añadió.

—Majo sí, pero no ha parado de mirarme las tetas.

—Hombre Petra, es que dejas poco a la imaginación —sonrió la abuela.

—Me doy una ducha y comemos —dijo la nieta mientras subía las escaleras.

—¿No te preocupa esa citación? —preguntó la abuela ante la pasividad de su nieta.

—No —negó desde el primer escalón—. Supongo que nos tomarán declaración a varias del pueblo por el asesinato del policía ese.

—Hablas del crimen como si hubiese sido algo normal —criticó la abuela—. Y muy normal, que digamos, no es.

Petra la miró con tristeza.

—Yo no he tenido nada que ver —afirmó convencida.

—No digo que tú hayas tenido algo que ver con la muerte de ese hombre —aclaró la abuela—. Pero estas poblaciones son muy pequeñas y el abanico de sospechosos es por lo tanto muy reducido. De hecho, no creo que a la guardia civil le cueste mucho tiempo entrevistar a todos los habitantes de Laspaúles, Villarrué, Suils o incluso Abella, si me apuras. Esos hombres saben hacer su trabajo, y mucho más cuando al que han asesinado es uno de los suyos. Ten por seguro que no se van a detener hasta que den con él, o con ella. Incluso creo que van a llegar policías nacionales de Huesca e incluso Madrid.

—¿Madrid? —preguntó Petra bajando el escalón y poniéndose a la altura de su abuela—. ¿Cómo sabes eso?

—No tardarán en llegar —omitió responder a su nieta—. Pero esos vienen aquí a detener a quién mató al policía. Y lo harán, Petra, tenlo por seguro. Detendrán a una persona, a dos o a tres. A las que sean necesarias para esclarecer el crimen. Pero cuando se pone una sartén de migas en el centro de una mesa y se reparten cucharas para todos, no todos comen por igual.

Petra miró a su abuela fijamente. Rosario vio el miedo reflejado en sus ojos.

—El asesinato de un policía es algo muy serio —siguió hablando la abuela—. El autor estará treinta años en la cárcel. Treinta años —dijo más despacio—. ¿Sabes lo que significa eso? —esperó unos segundos para que su nieta asimilara el tiempo—. Que si una chica de dieciocho entrara ahora en la cárcel no saldría hasta que hubiera cumplido los cincuenta.

El rostro de Petra palideció.

—Pero esa barra con la que le dieron el golpe en la cabeza al policía, solo la pudo sostener una persona. Una persona levantó la barra y la dejó caer sobre la

cabeza del policía. Pero los agentes no detendrán a quién sostuvo el hierro, no. Detendrán a todos lo que lo presenciaron, a quienes lo sabían y a quienes no dijeron nada después de que se cometiera el crimen.

—Yo no sé nada —se mostró ofendida.

—¿Y tus amigas?

Petra desvió los ojos por el suelo unos instantes.

—Ellas tampoco saben nada.

—¿Pondrías la mano en el fuego por ellas?

—Sí —respondió convencida.

—Pues te quemarías Petra. Te quemarías en el infierno —decretó con mirada fría y taimada.

Diana accedió al comedor del hotel Oroel. En una de las mesas estaba sentado el inspector jefe Vázquez saboreando una cerveza mientras leía el periódico. Sobre la mesa tenía dos diarios más.

—Si tuvieras una tableta ahorrarías en papel —dijo la policía al llegar hasta su mesa.

—Leo la prensa en papel —dijo el inspector—. Soy fiel a las viejas costumbres y me gusta pasar las páginas de estos diarios. ¿Has descansado? —preguntó a continuación.

—Sí, pero no tenías que haberme dejado dormir tanto. Hay mucho trabajo y me molesta haberme pasado toda la mañana amodorrada en la cama.

—Te he llamado un par de veces y como he visto que no respondías e imaginado que estarías agotada. Si no descansas no rindes. Y si no rindes no avanzamos en la investigación.

—Pues quizá he avanzado yo más en los últimos veinte minutos que tú en toda la mañana —sonrió Diana de una forma que no le gustó a Vázquez. Sus labios se arrugaron forzosamente. Mira —puso su teléfono móvil sobre el periódico que estaba leyendo en ese momento el inspector jefe.

—¿Qué tienes?

—Un SMS. Te leo lo que dice: “Desconfía de todos y cuídate de las brujas”.

—Un gracioso —replicó Vázquez.

—Mira más arriba —sugirió Diana.

—¿Dónde?

—El remitente.

Vázquez leyó: Andrés Hernández.

—¿Andrés te ha mandado este mensaje?

—Es evidente que no —protestó Diana—. Pero quién me lo ha enviado lo ha hecho desde su teléfono móvil. ¿Estaba su teléfono entre sus pertenencias?

Vázquez encogió los hombros.

—No lo sé, ya te lo he dicho antes. Todavía no he hablado con la Guardia Civil de Castejón de Sos, que son lo que llevan la investigación. ¿Y esa llamada perdida? —preguntó Vázquez mirando la pantalla del móvil de Diana.

—No sé quién es, no lo tengo en la agenda.

Vázquez anotó ese número en una servilleta de papel.

—Estoy impaciente por ir al lugar donde lo han asesinado —dijo Diana.

Vázquez no la oyó por que hablaba por teléfono. Diana prestó atención a la conversación, estaba hablando con el inspector de Jaca.

«Leandro, escucha, estoy con Diana en el hotel Oroel, nos disponemos a comer.

¿Te apuntas? Bueno, como quieras. Oye, ¿sabes algo del teléfono de Andrés Hernández? ¿Está entre las pertenencias intervenidas por la Guardia Civil? Sí, ¿estás seguro? ¿Sabes si el móvil está operativo? Pues habría que preguntarlo. ¿Esta tarde? En cuanto terminemos de comer iremos a Castejón de Sos y luego a Laspaúles. Luego te veo.»

—Comemos y nos vamos a Castejón —dijo Vázquez nada más colgar.

—No le has dicho nada del mensaje de SMS —cuestionó Diana.

—No necesita saberlo —afirmó tajante, Vázquez—. Y cuanto menos gente lo sepa mejor.

Un encogimiento de hombros por parte de Diana obligó a que Vázquez se explicara.

—No estamos en nuestro terreno —dijo—. Estamos en poblaciones rurales muy estancas. La gente de aquí se conoce y tienen relación entre ellos. Han matado a uno de los nuestros, un policía. Y no solo no sabemos quién lo ha asesinado, sino que tampoco sabemos por qué. Pero antes de llegar al quién, debemos averiguar el por qué. Una cosa nos llevará a otra. Y... —Vázquez se detuvo un instante—. Espera, que hago otra llamada.

Diana se entretuvo ojeando la carta del restaurante mientras que Vázquez se ladeó para hablar por teléfono.

—Oye Octavio, mírame un número de teléfono que te voy a dar. Toma nota.

Mientras que Vázquez le pasaba a su contacto en Madrid el número de teléfono que había anotado en la servilleta de papel, y que le hizo una llamada perdida a Diana, la policía desvarió la vista por el resto de comensales que había en el comedor del restaurante. No había muchas mesas, pero sí que estaban todas llenas. La gran mayoría eran parejas solas, de mediana edad; aunque había un par de mesas con niños. Pero todas, absolutamente todas, estaban pendientes de lo que hacían Vázquez y ella. Diana dedujo que ya sabían que ellos eran los investigadores encargados del asesinato del policía.

—Sí. Me lo imaginaba. En eso estamos, gracias.

Vázquez picó una aceituna del plato que había dejado un camarero sobre la mesa.

—¿Qué? —preguntó Diana impaciente.

—Lo que me figuraba —dijo Vázquez—. El número de teléfono que te ha hecho la llamada perdida es el mismo que te hizo la llamada oculta ayer al mediodía, solo que esta vez no ha pensado en ocultarse y por eso ha quedado reflejado en la pantalla de tu móvil.

—¿Es el del chico ese de Tarragona?

—Así es, el de Pere Ambrona.

Diana torció el gesto.

—Es posible que la asesina utilice el móvil de ese chico, Pere, y el de Andrés, para llamarme y enviarme mensajes.

—¿Por qué dices asesina?

—Ayer fue una mujer quién me llamó.

Vázquez asintió con la barbilla.

—¿Llevas una libreta encima? —preguntó para sorpresa de Diana.

—Creo que tengo una en el bolso.

—Pues sácala y anota la frase que te ha llegado por SMS.

—¿Y eso?

—Tengo el presentimiento de que no será la última que recibas.

Un camarero con coleta hasta media espalda los interrumpió.

—¿Ya saben que van a comer?

—Sí —respondió Vázquez—. El menú de la casa. De primero ensalada y de segundo hamburguesa de carne.

—Lo mismo —habló Diana.

La patrulla de la Guardia Civil aparcó el todoterreno delante de la casa de Luisa Cortillas, en Laspaúles. La puerta de la casa estaba abierta, los agentes se miraron extrañados. A pesar de que la población era tranquila, en lo que a robos se refería, no era normal que las casas tuviesen las puertas abiertas como había ocurrido años atrás. Anselmo, el guardia más veterano, se asomó al interior, mientras que su compañero lo esperaba fuera, al lado del coche.

—Luisa —la llamó bramando.

Él ya la conocía, y en alguna ocasión se había topado con ella en el Hospital de Jaca, donde Luisa trabajaba como enfermera. En la esquina de la calle estaba aparcado su Seat Ibiza de color negro, por lo que supuso que Luisa no andaría lejos.

—Luisa, ¿estás aquí? Soy Anselmo, de la Guardia Civil.

Luisa salió de una de las habitaciones y ocupó el pasillo con su silueta. Anselmo se quedó embelesado con su imagen de mujer fatal. La chica vestía con una falda corta de color blanco, que bien podía ser de una tenista. Sus brazos y sus piernas rebosaban de tatuajes con motivos tribales y no llevaba ni el piercing de la nariz ni el del labio superior. En el hombro portaba colgado un bolso de color marrón.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin dejar de caminar hacia él—. Me voy que llego tarde al hospital —dijo al pasar por al lado de Anselmo.

—¿Trabajas esta tarde? —preguntó el guardia civil.

—Sí —repuso Luisa, aburrída—. Entro a las cuatro y ya voy con el tiempo justo. ¿Qué queréis? —preguntó mirando a los dos agentes al mismo tiempo.

—Es para entregarte una citación.

—¿Una citación? —cuestionó mientras se giraba para cerrar la puerta con llave. Al hacerlo los dos agentes se fijaron que llevaba tatuado un pentágono del tamaño de una naranja en la parte trasera de su muslo derecho.

—Debes estar en la comandancia de Castejón a las cinco de la tarde —le dijo Anselmo.

—No podré —negó con la cabeza Luisa, mientras metía las llaves de su casa en el bolso.

—Es una citación oficial.

—Es más oficial que no falte esta tarde en mi trabajo.

—¿Prefieres que te vayamos a buscar al hospital? —amenazó el guardia civil.

Luisa se detuvo a medio camino entre su casa y el coche, al que con el mando a distancia ya había abierto las puertas.

—¿Estoy detenida? —preguntó ofreciendo una mirada inquisitorial.

Los dos agentes se miraron.

—No —negó Anselmo.

—Entonces, si no estoy detenida, ¿por qué tenéis que venir a buscarme al hospital? —cuestionó desafiante.

—Para entregarte la citación —replicó el guardia civil.

—Pues dámela ahora y dejadme en paz —dijo extendiendo la mano para coger el papel que Anselmo sostenía en su mano.

—¿Acudirás a la comandancia a las cinco?

—Ese es mi problema. Tú entrégame la citación y espera sentado en tu comandancia a ver si aparezco a las cinco o no. Si no lo hago entonces ya podéis venir a buscarme.

—Sabes que lo haremos —advirtió el agente.

—Y tú sabes que como ciudadana tengo derecho a declarar donde me dé la gana o donde sea más cómodo para mí. ¿Han cerrado la comandancia de Jaca?

—No te pongas chula que no hemos venido aquí a discutir contigo. Coge la citación y haz lo que te de la gana —dijo el guardia alargando la mano para que Luisa cogiera la citación—. O es que acaso vas a dejar a tus amigas en la estacada para que se coman el marrón.

Los padres de Luisa, que vivían en la casa de enfrente, habían salido a la calle.

—¿Ocurre algo Luisa? —preguntó la madre mientras que su marido la retenía agarrándola por el brazo.

—No mamá, todo está bien. Los guardias ya se van —dijo cogiendo la citación.

—Firma aquí —indicó Anselmo, mostrando el recibo que sostenía sobre una carpeta.

Luisa firmó de mala gana.

—Recuerda —retó el guardia civil—. A las cinco en la comandancia de Castejón. Allí estarán Petra y Aurora.

Luisa se subió a su coche y se marchó. A través de la luna trasera los agentes vieron como mostró el dedo medio de la mano derecha.

—Putá —murmuró Anselmo lo suficientemente bajo como para que los padres de Luisa no lo oyeran.

—Nos puede decir qué ocurre —preguntó la madre.

—Nada, señora. No ocurre nada —rechazó responder el guardia civil mientras que se subía en el todoterreno.

Su compañero se sentó y arrancó el motor. Los padres de Luisa vieron como la patrulla se perdía en la esquina de la calle.

Faltaban pocos minutos para las cuatro de la tarde del domingo 16 de agosto de 2015, cuando el inspector jefe Vázquez y la oficial de policía Diana llegaban a la localidad de Castejón de Sos. Vázquez había estado conduciendo un Renault Megane que les dejó la comisaría de Jaca durante poco más de hora y media, mientras que Diana se quedó amodorrada en el asiento del copiloto. Ni siquiera se despertó con alguno de los volantazos que tuvo que dar el inspector cuando se cruzó con algún autocar de turistas que partían hacia Francia, después de visitar el Pirineo durante el fin de semana. A su llegada les esperaba, enfrente del cuartel de la Guardia Civil, el inspector Leandro Medina de la comisaría de Jaca. Diana no pudo evitar compararlo con su compañero. Mientras que Vázquez era todo un *gentleman*, tanto en el trato como en el porte, el inspector Medina parecía un agricultor que acabase de llegar de recoger la cosecha de cebada. Sus facciones eran duras, con el rostro cosido de arrugas, y su vestimenta no mostraba ningún vestigio de que aquel hombre fuese un inspector de la policía nacional. Les esperaba apoyado en un todoterreno de color azul, hablando con otro hombre al que enseguida reconocieron como un guardia civil.

—¡Edelmiro! —alzó los brazos el inspector Medina para disponerse a abrazar a Vázquez—. Me cago en la leche, cuánto tiempo sin saber de ti.

Diana imaginó que los dos inspectores debían conocerse bastante bien, sobre todo para llamar a Vázquez por su nombre de pila. Desde que lo conocía solo supo de una persona que lo llamara Edelmiro, y ese era el comisario de la unidad de delitos tecnológicos de Madrid. Para todos, incluso para la inspectora Arancha Arenzana, con la que tuvo un tórrido romance, Vázquez siempre fue Vázquez.

—Me alegro de verte Leandro —saludó Vázquez—. Aunque hubiera preferido que hubiera sido en otras circunstancias.

—Menuda jodienda lo del compañero —dijo el inspector Medina, manteniendo el puño de su mano derecha cerrado de forma antinatural y pegado al costado de su cuerpo—. Aquí nunca ocurre nada y cuando ocurre tiene que ser uno de los nuestros. Pero... ¡me cago en la puta! Daremos con el que ha hecho esto. Vaya que si daremos.

—¿Conoces a Diana? —Vázquez se giró para presentar a su compañera.

—No tenía el gusto —dijo—. Pero su fama la precede. Solo coincidí con ella en una ocasión, cuando hizo las prácticas en Huesca. Sigue tan guapa como entonces.

Diana miró a Vázquez con expresión adusta mientras que el inspector Medina extendía la mano para estrechársela.

—¿Fama? —cuestionó ella mirando de soslayo a Vázquez—. ¿Fama de qué?

—De currante —sonrió Vázquez.

—Lo del asesino ese del Twitter fue muy sonado —alabó el inspector Medina.

Diana se preguntó cómo sabía ese inspector que ella había trabajado en la investigación del asesino del abecedario.

—Andrés me habló muy bien de ti. Me dijo que eras una policía de primera.

—¿Conocía a Andrés?

—Sí, claro. Andrés era muy querido en toda la provincia. Pero por favor Diana, no me trates de usted.

Medina se ladeó para dejar a la vista a su acompañante.

—Que descortés soy, no os he presentado —dijo poniendo la mano sobre el hombro del hombre con el que estaba antes que llegaran ellos—. El sargento Padilla es el jefe del cuartel de Castejón de Sos y es quien va a llevar la investigación del asesinato de Andrés.

Vázquez y Diana estrecharon sus manos con el sargento.

—Bienvenidos a Castejón —saludó con una voz grave.

A Diana le dio por pensar que ese hombre debía fumarse dos paquetes de Ducados al día. Y justo estaba pensando eso cuando el sargento Padilla extrajo un cigarrillo del bolsillo de su camisa, sin sacar el paquete—. Pero vayamos dentro —ofreció—, antes de que el sol nos derrita. Con el aire acondicionado estaremos mucho mejor.

Diana comparó visualmente al inspector Medina y al sargento Padilla, ambos tenía una silueta similar, como si fuesen dos clones de Alfred Hitchcock. Pero mientras Medina conservaba todo el cabello, Padilla era parcialmente calvo.

En el interior del cuartel de la Guardia Civil había un agente muy joven que estaba al lado de lo que parecía una emisora bastante arcaica, mientras que jugaba al solitario en la pantalla del ordenador. El sargento Padilla no le dijo nada y abrió un cajón de la mesa donde estaba el agente y extrajo un manojito de llaves.

—Seguidme —les dijo.

Los cuatro recorrieron un estrecho pasillo que terminaba en un patio cubierto con tejas de uralita.

—Hoy solo estamos aquí ese chico y yo —dijo el sargento—. Tenemos tres patrullas por la zona, y una de ellas está entregando citaciones por los pueblos.

El sargento cruzó el patio, de apenas tres metros de largo, e introdujo una llave en la cerradura de una puerta de madera carcomida. Las bisagras crujieron al abrirla.

—Esto es lo que llevaba encima su compañero —dijo señalando una bolsa grande de cuero, en cuyo anverso había pegado una cuartilla de papel con el

nombre de Andrés Hernández.

A Diana se le entristeció la mirada. A pesar de los años que llevaba en la policía y después de todo lo que había visto, aún le costaba asimilar que toda la vida de alguien pudiera estar comprimida en una bolsa. El sargento ensanchó el cordón que cerraba la bolsa y vertió el contenido sobre la mesa. Cogió los efectos uno por uno y los fue nombrando.

—Una cartera con documentación diversa, como DNI, carné profesional, dos tarjetas de crédito, carné del seguro médico y carné de la biblioteca de Huesca. Un bolígrafo, un paquete de pañuelos de papel y un juego de llaves —enumeró—. Las llaves de su coche las llevaba encima, pero las cogimos cuando intervinimos su coche, por lo que esas llaves deben ser de su casa.

Al lado de las pertenencias había una hoja de efectos intervenidos, donde el sargento iba leyendo mientras nombraba en voz alta. Diana se percató de que la letra con la que se habían registrado las llaves del piso de Andrés era distinta a la del resto de efectos, pero se abstuvo de decir nada.

—Seguramente no se acordaron de anotarlas —habló el sargento al ver el rostro de incompreensión de la oficial de policía—. Y las inscribieron más tarde.

Vázquez y Diana se quedaron ensimismados, mirando los objetos que había esparcido sobre la mesa el sargento. El inspector Medina preguntó.

—¿Y la pistola?

—No la llevaba encima —respondió el sargento Padilla—. La hallamos en unos zarzales cerca de la casa, su asesino la arrojó allí. La hemos remitido a intervención de armas de la Guardia Civil para el examen balístico. La copia del informe la remitirán ellos directamente al Juzgado de Instrucción de Barbastro, que es quién entiende del caso.

—¿Sabes si había disparado con ella? —preguntó el inspector Medina.

—Sí —replicó con tono agresivo—. Un único disparo. Fue el que mató a su compañero.

Vázquez, Medina y Diana se quedaron boquiabiertos.

—Pero no dijeron que Andrés había muerto de un golpe en la cabeza —cuestionó la oficial de policía.

—Eso es lo que pensamos en un primer momento —dijo el sargento—. Cerca de su cuerpo había una barra de hierro, la base de una sombrilla que dejó olvidada algún dominguero, manchada de sangre en el centro. En una primera valoración supusimos que era el arma homicida. El forense determinó que la muerte había sido por un disparo que le entró por la espalda impactando contra su corazón. Las patrullas desplazadas al lugar inspeccionaron los alrededores y hallaron el arma homicida en los zarzales, fue la que lo mató —determinó.

—Andrés murió por un disparo de su propia arma —dijo en voz baja Vázquez,

como si estuviera meditando—. Eso es horrible.

—Ya lo creo —asintió el sargento.

—Se la debió quitar su asesino para utilizarla contra él —concluyó el inspector jefe.

—En la guantera de su coche hemos hallado la funda del arma —siguió explicando el sargento de la guardia civil—. Lo más probable es que el asesino se la cogiera del coche y lo siguiera hasta el interior de la casa, donde lo sorprendió por la espalda.

—¿Y el teléfono? —preguntó Vázquez.

El sargento balanceó la cabeza horizontalmente.

—No lo llevaba encima —dijo.

Diana miró al inspector jefe esperando a que dijera que alguien estaba utilizando el teléfono de Andrés para enviarle mensajes, pero Vázquez no dijo nada.

—¿Y en el coche? —preguntó el inspector Medina.

—El coche lo tenéis vosotros —respondió el guardia civil—. Nosotros lo miramos por encima en Laspaúles, pero no recuerdo que hubiera un teléfono móvil. Los vuestros lo inspeccionarán a fondo para buscar huellas. Si el asesino abrió el coche y la guantera, lo más seguro es que haya huellas tuyas. A no ser que se hubiera puesto guantes, claro.

—¿Era un K? —preguntó Diana.

—¿El coche que llevaba Andrés? —dijo el inspector Medina.

—Sí.

—No. Era su coche particular. Creo —dudó un instante el inspector.

—No, no era un K —avaló el sargento.

—Es una lástima —habló Diana—. Si hubiera sido un K podríamos saber el recorrido que habría hecho antes de llegar a Laspaúles.

—Ya —repuso hastiado el inspector Medina—. Pero a mí lo que me gustaría saber es qué hacía Andrés en Laspaúles con su coche particular y sin el teléfono móvil.

—Yo también lo pensé —dijo el sargento—. De haber llevado un camuflado de la policía se habría podido seguir el itinerario que hizo con el AVL, sin duda.

—Bueno, ese sistema tampoco funciona siempre —interrumpió Vázquez—. El Sistema de Localización de Vehículos solo funciona si el coche tiene activado el GPS. Y hay muchos agentes que no lo activan para no ser localizados. No a todo el mundo le gusta que se sepa dónde está en cada momento.

Diana sonrió con malicia.

—Pues es un error —dijo—. Yo sé de compañeros que no lo activan para que los jefes no sepan en qué bar paran o si por la noche se recogen antes de hora, pero el AVL es vital para la seguridad de las patrullas. Lo que estoy segura es que si

Andrés hubiera ido en un camuflado de la policía, el AVL lo hubiera activado. Y respecto a su teléfono —siguió hablando Diana—, hay que recordar que con la aplicación *websimasc* se puede saber en todo momento donde está un móvil —miró a Vázquez mientras hablaba.

—Pero el teléfono no está —dijo el sargento.

—Que no lo llevara encima, Andrés, no quiere decir que el teléfono no exista —aseguró Diana, ante la mirada fustigadora de Vázquez—. Deben ser las llaves de su casa —dijo a continuación, cogiendo el manajo de llaves que había sobre la mesa.

—Seguramente —asintió el sargento.

Diana las cogió y las colocó en la palma de su mano, como si quemaran. Había cuatro llaves.

—¿Me las puedo quedar? —preguntó mirando al sargento de la guardia civil.

El sargento se encogió de hombros.

—Supongo que sí, aunque aún no sé si tus compañeros han registrado su piso.

—No creo que lo hayan registrado aún —intervino Vázquez—, aunque sea un compañero nuestro, hay que recordar que ha sido asesinado y el piso no se puede registrar sin una orden judicial.

Diana pensó que ella era más que una compañera y que quizá no necesitaba esa orden para entrar en su piso. Metió las llaves en su bolso.

—Si alguien las solicita dígales que las tengo yo —le dijo al sargento.

Un coche de la policía nacional aparcó en la calle Tarbes de Huesca. Los agentes se bajaron, sin cerrar las puertas del vehículo con el mando a distancia, ya que próximo a donde lo habían dejado estaba la comisaría de la Policía Autonómica. Uno de los policías se acercó hasta la puerta.

—Te lo dejamos aquí un momento —le dijo a través de una ventanilla a la agente que estaba en seguridad—. Vamos a entregar una citación y nos vamos.

La policía asintió elevando el dedo pulgar de la mano derecha.

Los dos policías se acercaron hasta el portal del número 6, comprobaron la dirección en la citación que sostenían en la mano, y llamaron al interfono.

—Sí —respondió una voz de hombre.

—Señor Mange —preguntó el policía.

—Sí, ¿quién es?

—Somos agentes de la policía nacional. ¿Podemos subir?

La puerta se abrió.

Los dos policías subieron por el ascensor. El que portaba la emisora al cinto bajó el volumen. La calle Tarbes era una de las mejores zonas de la ciudad y el señor Mange era un banquero reputado de la banca San Jorge, los agentes buscaban llamar la atención lo menos posible. Una llamada del financiero a la subdelegada del Gobierno supondría una llamada de la subdelegada al comisario y este a su vez llamaría al jefe de seguridad ciudadana y cuando desembocara el efecto sobre los agentes, el tirón de orejas podía ser colosal. Los policías solían llamar a estas carambolas caciquiles con el nombre de “efecto bola de nieve”. La bola giraba y giraba y cada vez se hacía más grande. Ya el coordinador de servicios que los comisionó, a citar a la menor de edad, les advirtió de que fuesen prudentes y sigilosos. Los agentes acataron la sugerencia.

Cuando el ascensor llegó a la planta de la familia Mange, el banquero les esperaba en la puerta. Les hizo pasar de inmediato, cerrando la puerta tras ellos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

—Venimos a entregar una citación a Alba Mange —respondió uno de ellos—.

Ha de estar esta tarde en la comisaría de la policía nacional a las cinco —puntualizó—. Es para ser oída en exploración —dijo antes de que el señor Mange se lo preguntara.

—¿Exploración?

—Sí —respondió el policía—. Es una declaración, pero cuando se trata de menores se le llama así: exploración.

La madre de Alba se adentró en el largo pasillo de la vivienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la cara desencajada.

—Nada, Lucía —desdeñó su esposo—. Dile a Alba que salga.

La señora Otal giró sobre sus pies y abrió la puerta de una de las habitaciones. Entró dentro.

—¿No puede declarar aquí? —preguntó el padre de Alba.

Los agentes balancearon la cabeza de forma negativa.

—Ha de ser en comisaría —dijo el que llevaba la voz cantante.

—¿Tiene que ir con abogado?

—En principio no. Le recuerdo que su hija no va en calidad de detenida, solo es una exploración.

—Es por lo de ese policía que han asesinado, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Ella ha estado todo el fin de semana en casa —dijo el padre—. De hecho ni siquiera ha salido de su cuarto —puntualizó.

—En ese caso la declaración será corta —sugirió el policía.

—Ayer —siguió hablando el señor Mange—, cuando nos enteramos de la noticia, llamé a un amigo inspector que tengo en la comisaría de Huesca. Él me confirmó que el policía asesinado era Andrés Hernández. No sé si sabe que ese policía lo había requerido yo para... —el banquero dejó de hablar, pensó que esa información no era de la incumbencia del agente que le entregaba la citación a su hija—. Bueno, si nos dejan un instante para que nos arreglemos estaremos a las cinco en su comisaría. ¿Podemos ir solos?

—Sí, por supuesto —replicó el policía—. Nosotros solo hemos venido a entregarles la citación.

El señor Mange firmó un papel que le extendió el agente y la patrulla se marchó de su casa. A través de la ventana comprobó como los policías se montaban en el coche, después de saludar a la agente que había en la puerta de la policía autonómica, y arrancaban continuando en dirección hacia el Hotel Abba, donde les perdió de vista. Seguidamente caminó hasta la puerta del cuarto de su hija. Llamó con un toque. La madre abrió la puerta.

—Alba —dijo el padre a su hija, que estaba sentada delante del ordenador portátil—. Vístete que tenemos que ir a la comisaría de la policía nacional. La madre le frotaba el brazo para que se tranquilizara.

Alba contrajo los ojos. Su padre pensó que estaba a punto de llorar.

—Yo no quiero ir —respondió con rictus hierático.

—Pues debes ir —insistió el padre—. Es mejor que afrontes tu responsabilidad con entereza. De nada sirve huir ahora.

—Déjala Arturo —suplicó la madre—. La niña ya ha dicho que no sabe nada de la muerte de ese policía.

—Ese policía, como dices tú, fue el que estaba buscando el libro de Goethe —

recordó el padre.

—Ahora no es el momento Arturo —insistió la madre—. Ahora no es el momento de hablar de esto —dijo guiñándole un ojo a su marido.

—Está bien —acató el señor Mange—. Vístete —ordenó a su hija—, y en cuanto estés nos iremos a la comisaría. Lo mejor es que digas todo lo que sabes. Y no mientas, la policía sabe detectar cuando alguien está mintiendo.

Los padres de Alba abandonaron su habitación y ella se quedó sola, vistiéndose. Desde el pasillo su padre le recomendó que eligiera la ropa acorde a dónde iban a ir.

—Ponte un pantalón largo, de esos vaqueros que tienes, y una blusa decorosa —dijo—. Esa azul celeste te quedará bien.

La madre lo inquirió con la mirada.

—Sí —dijo bajando la voz—. No quiero que vaya a la comisaría como una descocada.

Mientras Alba se arreglaba, sus padres se fueron hasta el comedor del ancho piso.

—Debemos creerla —dijo la madre en voz baja para que su hija no los oyera.

—Yo creo en ella —confirmó el padre—. Pero sabes que ayer no estuvo en casa en todo el día.

—Ella dice que estuvo paseando por la Alberca de Cortés —recordó la madre—. Después de todo lo que hemos pasado con la niña, no es el mejor momento como para andar reprochándole nada. Lo más importante es que ahora está con nosotros y por lo que parece se ha regenerado.

—Se ha regenerado desde ayer —mencionó el padre—. Porque hasta ahora lo único que ha conseguido es darte disgustos. O es que no te acuerdas como te trataba hace unos días.

—Ya sabes que la adolescencia es la peor edad para los hijos. Se está haciendo una mujer y su carácter está en constante ebullición.

—Sí, pero hace unas semanas era una rebelde maleducada que no nos tenía ningún respeto y ahora parece un cordero a punto de entrar en el matadero.

—Está asustada por el asesinato de ese policía. Ella no es capaz ni de matar a una mosca. La culpa de todo la tienen esas amigas de allí arriba —dijo refiriéndose a los pueblos del Pirineo—. Desde que las conoció que su personalidad inmadura se transformó en una degeneración de la que creíamos no iba a salir. Se ha dejado engatusar por ellas, por sus arrestos y por su osadía. Ellas son más mayores y nuestra niña es solo eso: una niña.

—Pues ahora es el momento de que madure. La policía anda detrás del asesino de su compañero. Y la relación entre Andrés Hernández y nuestra familia es evidente. Todos en Huesca saben que él trabajaba para nosotros y que se había

interesado en hallar el paradero del libro. Dónde ha estado estas semanas es algo que algún día nos tiene que contar, y si no habrá de contárselo a la policía, que es lo primero que le van a preguntar.

—Ya sabes dónde ha estado —dijo la madre—. Además ella no lo ha negado, ha estado allí con esas chicas de Laspaúles.

—Esas chicas son las culpables de todo —acusó el padre—. Por su culpa Alba se fue, por su culpa desapareció el libro y ahora esto.

—La policía lo que ha de hacer es centrarse en ellas y dejar en paz a nuestra niña.

—No digas tanto eso de nuestra niña, que Alba ya no lo es.

—Sí que lo es, Arturo. Solo tiene quince años y aunque se crea muy adulta sigue siendo una mojitata que a veces se cree que es mayor. Y escucha lo que te voy a decir —dijo con mirada incierta—, yo me creo a pies juntillas que ayer estuvo toda la mañana paseando por el camino de la Alberca de Cortés. Su palabra me vale —aseguró—. Pero si en la policía dice eso, ellos no la creerán.

—Como coartada no tiene el peso suficiente —asintió el padre.

—A eso voy —siguió hablando la madre—. Si esta tarde declara que mientras asesinaban a ese policía ella estaba paseando por ahí, los agentes sospecharán.

—No has pensado que quizá sea verdad.

—¿El qué?

—Que no haya estado paseando y que realmente haya estado en el pueblo —dijo el padre.

—Puede que sí y puede que no, Arturo. Puede que ella estuviera en Laspaúles ayer y que se enterara de la muerte de ese hombre cuando regresó a Huesca. Pero en cualquier caso tuvo que volver en autobús, como hace siempre, y la verían el conductor y los pasajeros. Testigos de su viaje los habrá a cientos.

—Para eso es necesario que la policía lo investigue —dijo el padre—. Y te aseguro que lo harán. Y si miente es lo primero que descubrirán. Y entonces se plantearán que si ha mentido en eso, ha podido mentir en más cosas.

—Por eso precisamente —terminó de explicar la madre—, es por lo que debemos apoyarla y decir que ayer estuvo todo el día en casa.

—Pero eso es mentira, Lucía.

—Es una mentira piadosa, Arturo. Una mentira para proteger a una hija.

En ese momento Alba abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo. Había hecho caso a su padre y se había vestido de forma recatada.

—Ya estoy —dijo no muy convencida.

El padre vio con satisfacción como se había desprendido de los piercing que cosían su cara. Y con los pantalones largos mostraba un aspecto recatado.

—Escucha —le dijo la madre—. Hemos hablado entre nosotros y hemos

pensado que cuando te pregunten...

—Que te lo preguntarán... —interrumpió el padre.

—Sí, que cuando te pregunten —siguió hablando la madre—, dónde estuviste ayer. Di que en casa.

—Todo el día, hija —sugirió el padre—. Di que no saliste de casa para nada.

Alba los miró a los dos.

—Pero eso no es cierto —dijo—. Estuve paseando por el camino que lleva a la Alberca. Inicié el recorrido delante del Coso Real y llegué hasta Chimillas —mencionó.

—Pero antes nos has dicho que fuiste sola —recordó la madre.

Alba levantó las cejas como respuesta.

—Y sola significa que no habrá nadie para contrastar tu versión.

—Es que no tiene que haber nadie para reafirmar que estuve caminando. Es algo que vengo haciendo desde hace mucho —se defendió—. Los vecinos de las huertas están acostumbrados a verme recorrer el camino de Salas, de Loreto, de Chimillas o incluso el del castillo de Montearagón. Ayer estuve paseando y cualquiera con el que me hubiera cruzado podrá corroborar esa versión.

A sus padres les sorprendió que Alba pudiera parecer una niña desvalida en un momento y al siguiente una mujer con las ideas claras. En ocasiones esa bipolaridad los descolocaba.

—Bueno —concluyó el padre—. Cuando te pregunten dónde estuviste ayer, lo mejor es que digas que no saliste de casa.

—Es lo mejor hija —apoyó la madre la propuesta.

Alba asintió con la cabeza.

—Pues vamos —dijo el padre mirando el reloj de pulsera—. Vamos al garaje que ya son las cinco menos diez. En diez minutos estamos en la comisaría, de sobra.

—Si queréis podemos ir todos en un coche —ofreció el sargento Padilla, mientras señalaba con la barbilla hacia un Nissan Patrol de la Guardia Civil, que había aparcado delante del cuartel.

—No es necesario —rechazó Vázquez—. Diana y yo seguiremos con el Megane.

—¿Ya sabrás llegar? —cuestionó el inspector Medina.

—Querido amigo —dijo Vázquez—, desde que se inventó el GPS que se llega a todos los sitios. De una forma o de otra, pero se llega.

Justo cuando los dos coches salían desde la puerta del cuartel, que se cruzaron con la patrulla que regresaba de entregar las citaciones en Laspaúles, Suils y Villarrué. El Patrol del sargento Padilla les hizo una señal para que se detuvieran a su lado, en paralelo. En esos momentos no circulaba nadie por la carretera.

—¿Qué tal ha ido? —les preguntó.

El guardia civil veterano elevó el dedo pulgar de su mano derecha desde su puesto de copiloto, indicando que las tres citaciones habían sido entregadas en mano.

—Gracias —saludó el sargento—. Nosotros vamos ahora con los compañeros de la nacional hasta el lugar del crimen.

Los guardias civiles continuaron su trayecto hasta aparcar delante del cuartel, mientras que Padilla le indicó a Vázquez que se pusiera a su altura, también en paralelo.

—La patrulla ya ha entregado las citaciones a las chicas para que comparezcan a las cinco de la tarde en Castejón —le dijo—. Así que debemos darnos prisa para estar de vuelta a esa hora.

Vázquez asintió.

—No te preocupes —dijo—. Solo estaremos un momento en la casa abandonada.

—Igual voy a decir una tontería —interrumpió Diana—. Pero supongo que el teléfono de esas chicas estará pinchado, ¿no?

El inspector Medina sonrió.

—Es lo primero que hemos hecho. Parte de nuestra colaboración ha sido la de intervenir los teléfonos de las cuatro. El de la chica de Huesca, Alba Mange, también lo hemos pinchado.

—Eficientes —murmuró Diana.

—Lo hemos tenido que hacer nosotros ya que la Guardia Civil no disponía de agentes para hacer el seguimiento —dijo señalando con la cabeza al sargento Padilla que ponía en marcha la emisora del vehículo—. Las conversaciones se

están escuchando a tiempo real —indicó—. Por lo que necesitamos a cuatro policías en turnos de veinticuatro horas.

Diana se esperó a ver si Vázquez les decía lo del teléfono de Andrés Hernández, que seguía operativo, y lo del teléfono que la había llamado anunciando su muerte. Pero el inspector jefe no mencionó nada, por lo que ella tampoco hizo ninguna alusión.

—Vamos —dijo el sargento—. Ya son las cuatro y veinte y tenemos que estar de regreso a las cinco. Con un poco de suerte esas hablarán más de la cuenta y las podremos acusar formalmente.

—¿Crees que han sido ellas? —preguntó Diana antes de que el guardia civil comenzara a circular.

—Tienen todos los números —respondió el sargento—. Pero veremos a ver como se desarrolla la investigación —dijo viendo como por la carretera venía un vehículo de frente.

—Arranco ya, que si no ese no pasará —dijo.

Los dos coches iniciaron la marcha hacia Laspaúles. El Nissan Patrol de la Guardia Civil se puso delante, ocupado por el sargento Padilla y el inspector Medina, mientras que el Megane de la comisaría de Jaca, sin distintivos, se colocó detrás, ocupado por el inspector jefe Vázquez y la oficial Diana Dávila.

—¿Tú no crees que hayan sido ellas? —le preguntó Vázquez a Diana.

La oficial se encogió de hombros.

—No lo sé, acabo de llegar —evadió implicarse en la respuesta—. Pero confío en el buen hacer de la Guardia Civil, que son a los que les corresponde esta investigación. Y estoy convencida de que si estuviera tan claro que ellas, o alguna de ellas, hubiera sido la asesina, la Benemérita ya las habría detenido.

—Quizá lo hagan esta tarde —sugirió Vázquez—. No has pensado que la citación sea para detenerlas.

Diana frotó los nudillos de su mano derecha en la ventana del Megane.

—No es el proceder de la Guardia Civil —recordó Diana—. Si ya estuvieran todos los cabos atados, la misma patrulla que les ha entregado las citaciones las hubiera detenido. Apuesto a que lo de citarlas ha sido un estímulo para ponerlas nerviosas. A nadie le gusta que le manden pasar por una comisaría o un cuartel de la Guardia Civil.

—No vas desencaminada —alabó Vázquez—. Teniendo en cuenta que todas tienen el teléfono pinchado, vislumbro que lo de citarlas ha sido una maniobra para obligarlas a comunicarse entre ellas.

Diana bajó un centímetro su ventanilla.

—Si tienes calor subo más el climatizador —ofreció Vázquez.

—No, está bien. Es que me gusta sentir el aire en mi cara.

Vázquez la miró de reojo. El aire caliente que entraba por la ventana del coche balanceaba el cabello negro de Diana, acariciando su cara y tapando y destapando su mandíbula. La vio preciosa.

—¿Qué miras Vázquez? —le preguntó Diana sonriendo.

El inspector jefe suspiró.

—Hacía mucho que no te veía —dijo—. Desde que estuviste en la Brigada de Delitos Tecnológicos de Madrid. Ya casi me había olvidado de lo guapa que eres.

Diana cerró la ventanilla.

—Edelmiro —dijo sin dejar de sonreír—. ¿No estarás tirándome los tejos? Tú ya no tienes edad para eso y yo ya no tengo edad para ti —afirmó Diana.

Los dos sabían que estaban hablando en broma.

—Ya nadie me llama Edelmiro —aseveró Vázquez—. Solo los amigos.

—Por eso te he llamado por tu nombre de pila —dijo Diana—. Porque somos amigos —volvió a bajar un par de centímetros la ventana—. Y solo un amigo hubiera viajado desde Madrid para ayudarme con esto. Porque... ¿has venido a ayudarme como amigo, verdad?

Vázquez repiqueteó los dedos sobre el volante del coche.

—Supongo que a ti no te puedo engañar —murmuró.

Diana volvió a cerrar la ventanilla del coche y conminó a Vázquez con la mirada para que se explicara.

—Desde el año 2010 que Andrés Hernández no es un policía cualquiera —comenzó a hablar el inspector jefe—. Esas declaraciones que hizo en el juzgado contra los policías que participaron en la detención del Nani, después de casi treinta años, fueron un mazazo para toda la corporación...

—Pero era la verdad... —interrumpió Diana.

—Sí, pero desde entonces toda la vida de Andrés se ha visto marcada por aquella declaración. Y ahora su muerte...

Diana hizo el gesto de pisar el freno con su pierna derecha.

—Ahora sé por qué estás aquí —le dijo mirándolo directamente a los ojos.

El rostro de Vázquez permanecía impasible.

—Estoy aquí para ayudarte a ti y a la policía de Jaca y a la de Huesca y a la Guardia Civil a encontrar al asesino —dijo de corrillo—. El asesinato de Andrés Hernández no es un crimen normal. Hay que aclararlo sin que quede ninguna laguna, ningún recoveco, ninguna duda.

—Para limpiar a la policía nacional —bisbiseó Diana.

—No, para no empañarla. Que no es lo mismo —corrigió Vázquez.

—¿Por eso Madrid me envía a su mejor hombre?

—Gracias por el piropo Diana, pero no es correcto del todo. Te recuerdo que

fuiste tú la que me llamaste cuando te enteraste de la muerte de Andrés. Y que lo hiciste a las doce de la noche. Yo solo he venido a ayudar a una amiga. O eso creo.

Diana se sintió ridícula. Había olvidado que fue ella quién llamó a Vázquez solicitando su ayuda.

—Lo siento —se disculpó.

—No es necesario Diana. Tengo 58 años y me quedan pocas aventuras que correr. Desde hace un tiempo que la veteranía me permite hacer lo que me dé la gana, como estar aquí contigo.

—Y yo te lo agradezco, pero aún no me ha quedado claro por qué no quieres que el sargento Padilla y el inspector Medina sepan que el teléfono móvil de Andrés sigue operativo y que me ha llegado un mensaje. Y ya puestos, por qué no quieres decir que alguien me llamó para comunicarme la muerte de Andrés antes de que se produjera. Te das cuenta de que tenemos dos teléfonos móviles operativos relacionados con el crimen.

Vázquez miró un par de veces el retrovisor.

—Bueno, tampoco te he dicho que quizá nos están siguiendo.

—¿Qué?

Diana hizo el gesto de mirar hacia atrás, pero Vázquez se lo impidió gritando.

—¡No te gires! Detrás, a unos doscientos metros, viene siguiéndonos una motocicleta de montaña. No entiendo mucho, pero creo que es una Honda Africa Twin.

—¿Estás seguro?

—Ahora sí, antes no. Esa motocicleta nos ha seguido desde Jaca hasta Castejón de Sos. Es demasiada casualidad que ahora haga el mismo itinerario que nosotros otra vez.

—¿Un camuflado de la Guardia Civil?

—No te digo que no, pero mientras no estemos seguros mejor no le digamos nada a estos —señaló con la barbilla al coche que llevaba delante.

—No quieres que les digamos que recibo mensajes desde el número de Andrés —cuestionó Diana—. Ni que les diga que me llamaron desde el teléfono de un chico que murió en Tarragona hace un año para comunicarme su muerte, ni que ahora nos sigue una moto, que por cierto es una chica —dijo bajando la cabeza y observando por el retrovisor derecho del vehículo.

—Ya lo hemos hablado antes —resopló Vázquez—. La investigación del asesinato de Andrés puede ser sencilla o complicada, según lo planteemos nosotros. Esto es un pueblo —dijo—. O mejor dicho un montón de pueblos. Aquí la gente se conoce, pero no de hace unos meses o unos cuantos años, sino que se conoce de toda la vida. Se han criados juntos y las que fueron novias de

unos, luego se casaron con otros. Los que se odiaron durante un tiempo, después fueron amigos inseparables. Amigos de la infancia que nunca más se volvieron a hablar. Hay que ser cauto Diana, y mucho más aquí. Cualquier información por nimia que sea, puede traspasar enseguida y llegar a toda la población de una manera viral e imparable. Lo del teléfono que te llamó para comunicarte la muerte de Andrés, estoy haciendo gestiones con un amigo de Barcelona, en no demasiado tiempo me dará detalles de dónde viene esa tarjeta SIM que han utilizado para llamarte. Respecto al que te manda los mensajes no será complicado dar con él; ese ya lo tenemos localizado. Y de esa moto que nos pisa los talones... Ya sabremos quién es.

Diana abrió los ojos de par en par.

—¿Ya sabes quién es? ¡Y no me lo has dicho!

—No. Aún no sabemos quién es —replicó el inspector jefe, sabiendo que Diana se refería a quién estaba usando el número de Andrés.

—¿Por qué hablas en plural?

—Porque las gestiones no las estoy haciendo yo —se defendió Vázquez—, ya sabes que soy un negado con la informática. Me lo está mirando un compañero de Madrid, que es el que me mantiene al tanto. Además tú misma hablaste antes de esa aplicación de la policía, *websimasc*, con la que se puede saber en todo momento donde está un teléfono móvil. Respecto al que te llamó, no podemos hacer nada por que está apagado y el otro...

El móvil de Diana sonó con dos pitidos breves.

—El otro sigue funcionando —interrumpió Diana después de mirar su móvil.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me acaba de llegar otro SMS desde el móvil de Andrés —dijo mostrándoselo a Vázquez—. ¿Qué te parece?

Vázquez leyó en voz alta la pantalla.

—“La marca del pentágono”.

—¿Sabes qué puede significar? —preguntó Diana.

—No —negó con la cabeza, Vázquez—. Pero teniendo en cuenta el primer SMS que recomendaba que te cuidaras de las brujas, este te habla del pentágono. Los dos están relacionados.

—Ilústrame —sonrió Diana.

—Bueno, un pentágono no es más que una estrella de cinco puntas con una de esas puntas enfilada hacia arriba y las otras dos hacia abajo. Quedando las otras dos puntas repartidas, una a la derecha y otra a la izquierda. Existe una variación relacionada con la magia negra, la del pentágono invertido. Es decir con dos puntas hacia arriba y una hacia abajo. Las dos formas del pentágono están relacionadas con la brujería, pero en especial la primera.

—Supongo sabrás que no creo en brujas —chasqueó los labios Diana.

—Pues haberlas las hay —dijo Vázquez en tono jocoso—. Otra cosa es que no creas. Esta tierra tiene una larga tradición en brujería y por lo que parece el asesinato de Andrés está relacionado.

—Sí, eso fue lo que me dijo el policía de Huesca con el que hablé. ¿Sabes en qué estaba trabajando Andrés antes de que lo... asesinaran?

—Había recibido el encargo de una familia de Huesca para que hallara un libro que había desaparecido de su estantería.

—La familia de la cuarta chica a la que han intervenido el teléfono —dijo Diana—. ¿A esa no la han citado?

—Vive en Huesca y sí que la han citado también, pero le tomarán declaración esta tarde a las cinco en la comisaría de la policía nacional.

—Por cierto, aún no me has dicho dónde está localizado el teléfono que me manda los SMS.

—En esta zona hay pocos repetidores que puedan concretar el punto exacto de la llamada —respondió Vázquez—, pero según *websimasc* el móvil opera entre Laspaúles, Suils y Villarrué.

—De donde son esas chicas —afirmó Diana.

—Así es —asintió Vázquez cuando los dos coches se adentraban en un camino de tierra. A través de la ventanilla, del copiloto del Patrol que tenían delante, el inspector Medina les indicó que ya estaban llegando al lugar donde habían hallado el cuerpo de Andrés Hernández. Eran las cuatro y media de la tarde del domingo 16 de agosto de 2015 y los dos observaron al mismo tiempo como la motocicleta que les seguía continuó circulando por la carretera donde ellos se habían desviado.

La abuela Rosario llegó a casa, después de pasear con unas amigas de Villarrué, cuando escuchó como en la habitación de su nieta sonaba su teléfono móvil.

—¡Petra! —la llamó desde la puerta—. Te están llamando.

—¡Ya voy! —dijo su nieta desde la ducha.

Petra se estaba preparando para viajar hasta la comandancia de Castejón de Sos. Salió de la ducha y caminó mojada, y desnuda, por el pasillo hasta colarse en su habitación. El teléfono vibraba sobre la cama.

—Sí —respondió.

—Petri —le dijo Luisa Cortillas—. Tengo que ir a Castejón de Sos, la Guardia Civil quiere hablar conmigo.

—A mí también me han citado.

—Lo suponía. Igual que a Aurora, nos han citado a las tres. Bueno, Alba me ha mandado un WhatsApp hace un rato y también la han citado, pero en la comisaría de Huesca.

—¿Estás currando en Jaca? —preguntó Petra.

—No, que va. Tenía turno de tarde, pero después de que me citara la Guardia Civil he llamado diciendo que estoy indispuesta. No quiero que en el hospital sepan que me ha citado la Benemérita.

—¿Sabes qué quieren? —preguntó Petra susurrando.

—Quieren saber quién asesinó al policía.

—¿Y por qué creen que nosotras tuvimos algo que ver?

—Supongo que la culpa de todo la tiene Alba. Ella fue la que hizo que el policía la buscara por el pueblo detrás del libro. Ella fue la que le hizo venir.

—¿Ha sido ella? —preguntó Petra, con voz temblorosa.

Luisa se silenció unos segundos.

—Por teléfono no, Petra. Por teléfono no hables. Te recojo en la puerta de tu casa en cinco minutos y nos vamos las tres juntas a Castejón.

—¿Las tres?

—Sí, Aurora está conmigo.

—¿Y Alba?

—No he hablado con ella, pero supongo que ya sabrá qué tiene que decir a la policía de Huesca. Ella... Bueno, ella no tiene ningún problema.

—¿No?

—No, Alba es menor de edad. Con quince años, es inimputable. El problema es nuestro, que somos mayores de edad.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo has oído. Si encontraran a Alba culpable ingresaría en un centro de

menores durante un tiempo, quizá un par de años. Y luego saldría totalmente exculpada del crimen. Pero si la culpable fueses tú...

—Pero de qué coño estás hablando tía —interrumpió Petra.

—Lo que oyes, si la culpable fueses tú irías a prisión durante treinta años.

A Petra le comenzó a temblar el pulso.

—Pero yo no he tenido nada que ver —se le quebró la voz.

—La casa de los Oliván se ha llenado de policías. Han venido unos agentes de Madrid. Eso quiere decir que no pararán hasta que den con el asesino —dijo Luisa—. ¿Sabes qué es lo primero que harán? —preguntó de forma retórica—. Lo primero que harán será buscar huellas por la casa. Y la casa está llena de nuestras huellas. De ti, de Aurora, de Alba y mías.

Petra comenzó a llorar.

—No te vengas abajo ahora. Ahora no. Nos cargarán el muerto a todas y la única que saldrá bien parada será Alba, por que es menor de edad. Además fuiste tú la que quiso ir esta madrugada a invocar al espíritu del policía al río Isábena.

—Pensé que era una buena idea, pero entonces no sabía que las sospechosas de su asesinato éramos nosotras.

—La policía no va a parar hasta que encuentren a un culpable. Eso es así, digamos lo que digamos nosotras. Y... bueno, quizá sería mejor decirles la verdad, ¿no?

Petra no respondió.

—Les podríamos decir que la asesina ha sido Alba Mange.

—¿Alba? ¿Y por qué iba a matar Alba al policía?

—Por que la acosaba. Ese policía estaba todos los días por Laspaúles preguntando por ella y por el libro de Goethe. Alba no soportaba que coartara su libertad. Ese policía era un dique que impedía que Alba viviera en libertad.

—Supongo que tú sabes más de Alba que yo —dijo Petra—. El tiempo que estuvo en tu casa viviendo...

—La conozco bien —cortó bruscamente Luisa—. Quizá soy la que más conozco a Alba. Ella es una mente retorcida capaz de cualquier cosa por satisfacer sus intereses. En Huesca todo el mundo piensa que nosotras somos las malas y que fuimos las que indujimos a Alba para que se apartara de su familia y se viniera aquí, con nosotras. Pero todas sabemos que es mentira, que ella es una víbora y una manipuladora.

—Pero... —dudó un instante Petra—. Ahora que pienso, Alba no estuvo ayer aquí. Ella no ha podido ser la asesina del policía.

—Eso lo dirás tú —chasqueó los labios Luisa—. Alba estuvo en Laspaúles todo el sábado, hasta bien entrada la tarde. Para que me entiendas, estuvo hasta después de que hallaran asesinado al policía.

—Entonces... ¿lo pudo asesinar ella?

—Pudo —replicó Luisa—. Lo pudo asesinar y luego marcharse en coche hasta Huesca. En un par de horas estaría en su casa poniendo esa cara de no haber roto un plato. Sabe poner esa cara cuando le interesa.

—Ella no tiene coche.

—La llevaría alguien. O iría en autoestop. ¿Cuántas veces ha viajado en autoestop?

—Muchas —respondió Petra.

—Y para atizar con un palo de hierro en la cabeza no hace falta ninguna preparación. Alba es muy fuerte para su edad. Y muy valiente, ya la conoces. No me extrañaría que lo hubiera esperado en el interior de la casa vieja de los Oliván, con la excusa de recuperar el libro, y que en un momento que el policía estuviera desprevenido le hubiese dado con la barra de hierro en la cabeza.

—Entonces fue Alba la asesina.

—Sin duda —respondió Luisa—. Ella citó al policía en la casa y le propinó un golpe con la barra.

—¿Y el pentágono del suelo?

—Lo dibujaría antes para que el policía cayera dentro y aprisionar su espíritu allí.

—Tiene lógica.

—Entonces, ¿te recojo en la puerta de tu casa en cinco minutos? No debemos llegar tarde a Castejón de Sos.

—Vale —respondió Petra—. Mi abuela ha salido a pasear con unas amigas y no creo que regrese hasta las siete. Para esa hora ya habremos regresado de declarar ante la Guardia Civil.

Las dos colgaron el teléfono al mismo tiempo, mientras que la abuela de Petra bajó las escaleras despacio para que su nieta no supiera que había estado en la puerta de su habitación escuchando la conversación. Rosario se ocultó en el interior de la despensa que había en el salón, detrás de la puerta entrecerrada. Desde allí observó con estupor como la puerta de la habitación de su nieta se abría y del interior surgían ella y sus dos amigas: Luisa y Aurora. Su corazón se convulsionó cuando comprendió que las tres chicas habían simulado la conversación telefónica y se preguntó por qué lo hicieron. Inmediatamente ató cabos. Ellas sabían que la Guardia Civil les había pinchado el teléfono, por ser las principales sospechosas de la muerte del policía. A través de esa conversación derivaron la culpa hacia Alba Mange, que por ser menor no sería condenada por el crimen. La abuela supuso que ya lo habían hablado entre ellas antes, pero ignoraba si Alba estaría al tanto. Entonces cayó en la cuenta de que las dos habían hablado de que el policía fue asesinado con un golpe en la cabeza

con una barra de hierro y de que Aurora estaba con ellas, pero no participó en la conversación telefónica. Y tuvo un terrible presentimiento que la sumió en una espantosa congoja.

Los dos vehículos policiales llegaron hasta la casa abandonada de los Oliván. El Nissan Patrol de la Guardia Civil accedió primero, seguido de cerca por el Renault Megane ocupado por Vázquez y Diana.

—¿No hay nadie? —preguntó Diana.

—No —respondió Vázquez—. Ayer por la tarde la Benemérita realizó una concienzuda inspección ocular, recogió muestras y tomó fotos de la escena del crimen.

Todo el perímetro de la casa estaba acordonado por una cinta con el logotipo de la Guardia Civil.

—Aquí es —dijo el inspector Medina mientras se acercaba al coche de la policía—. El Volvo de Andrés estaba aparcado allí —señaló con la mano—. Ahora os enseñaré dónde estaba el cuerpo y donde estaba la pistola.

Diana contrajo el rictus de su cara mientras que el sargento Padilla se encendió un cigarrillo.

—Allí —señaló el sargento con su mano derecha, en la que había encajado el cigarrillo—. Allí fue donde la hallaron.

Todos clavaron sus ojos en unos zarzales que había a pocos metros de la casa.

—Los guardias que hallaron el cadáver hicieron bien su trabajo y se entretuvieron en buscar el arma cuando supieron que se trataba de un policía y que no la portaba encima. Luego supieron que era de Huesca y científica determinó que había muerto por un disparo de su propia arma.

Diana abrió los ojos de par en par.

—¿Qué ocurre, Vázquez? —preguntó de forma inquisitorial.

—Andrés no murió por el golpe de una barra de hierro —habló el inspector jefe—. Esa es la noticia que hemos facilitado a la prensa y la que hemos sostenido hasta ahora. Y así debe de ser hasta que sepamos qué ha ocurrido exactamente.

Diana no comprendía nada de lo que le estaba diciendo Vázquez.

—Esta no es una investigación normal —le dijo el inspector jefe—. No es la resolución de un conflicto entre bandas, ni un ajuste de cuentas, ni tan siquiera un delito relacionado con el robo. A Andrés lo han asesinado por que iba detrás de algo y debemos saber qué perseguía para dar con sus asesinos.

El teléfono del sargento Padilla sonó en su bolsillo. Lo extrajo y se retiró del grupo para hablar aparte.

—El sargento —dijo Vázquez señalándolo con la barbilla—, recomendó que se mintiera sobre los pormenores de la muerte de Andrés. Apenas hace veinticuatro horas que lo han asesinado y aún hay detalles que no han trascendido, y los que lo han hecho son mentira.

Diana se sintió como un objeto de decoración del cual prescindía Vázquez.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Te lo digo ahora.

Diana se preguntaba cómo sabía Vázquez tantas cosas, pero no se lo dijo a él.

—Seguidme —conminó el inspector Medina.

Vázquez y Diana lo siguieron mientras que el inspector apartaba con la mano una de las cintas de la Guardia Civil que bloqueaba el paso a la casa. Los tres accedieron al interior y subieron por una estrecha escalera ensuciada con polvo de color blanco. El gabinete de científica había inundado la escena del crimen de reactivos.

—La policía científica ha buscado todas las huellas posibles —dijo el inspector Medina—. Aún no las han cotejado, pero son demasiadas como para determinar quién o quiénes fueron los asesinos.

Diana fijó sus ojos en dos gotas de sangre que había en el último escalón.

—Son de Andrés —dijo el inspector Medina, cuando ya estaban llegando arriba—. Allí —señaló con su mano—, es donde encontraron el cuerpo. En medio del pentágono.

En el suelo había dibujado, con tiza blanca, un tosco pentágono. Diana se percató que era un pentágono normal, una estrella de cinco puntas dibujada con piedras en cada una de las puntas y enfiladas hacia arriba. El tamaño coincidía con el de un cuerpo humano.

—¿La parte de arriba es la que da a la ventana? —le preguntó a Vázquez.

—Teniendo en cuenta la posición del pentágono —respondió el inspector jefe—, podíamos decir que es un pentágono recto; aunque creo que en este caso ese dato es indiferente.

El interior de la figura estaba manchado de sangre seca. Diana se conmocionó al pensar que horas antes allí dentro estuvo el cuerpo de Andrés.

—Brujería —dijo la policía.

—Es evidente —avaló el inspector Medina—. En esta zona es muy común la práctica de la brujería. Nuestras principales sospechosas son tres brujas —informó—. La forma en que ha muerto Andrés indica que se trata de algún ritual relacionado. Él llegó hasta aquí por algún motivo que desconocemos. Seguramente recibió alguna llamada o algún mensaje, pero como aún no hemos hallado su teléfono móvil todavía no lo hemos comprobado.

Diana miró a Vázquez esperando a que le dijera que ella estaba recibiendo mensajes de texto desde el móvil de Andrés, pero Vázquez fingió no darse por aludido.

—Ignoramos por qué Andrés se situó en el centro del pentágono —siguió explicando el inspector Medina—, pero tuvo que hacerlo de forma voluntaria, ya

que no hay rastro de que hubiese sido arrastrado su cuerpo hasta adentro. Una vez aquí —señaló con la mano al centro de la figura geométrica—, recibió un disparo con su propia arma en la espalda. La bala le entró por el pulmón derecho y cayó al suelo malherido. El forense ha dicho que no tardó en morir.

—Le podían haber coaccionado —dijo Vázquez—. Es posible que lo hubieran amenazado para que entregara el arma y con ella le hubieran obligado a caminar hasta el centro del pentágono.

Diana balanceó la cabeza de forma negativa.

—Andrés no hubiera aceptado —dijo.

El inspector Medina y Vázquez la miraron para que se explicara.

—Andrés llevaba muchos años en la policía y había visto muchas cosas. Era valiente, eso os lo puedo asegurar. Y alguien que te amenaza con una pistola para que camines hasta un lugar concreto, como es el centro de ese pentágono, es alguien que está dispuesto a matarte. Andrés no hubiera aceptado en ningún caso.

—Quizá siguió las instrucciones de su asesino albergando la posibilidad de desarmarlo en algún momento. Mientras hay vida hay esperanza —dijo el inspector jefe Vázquez.

—¿Dónde estaba el arma? —preguntó Diana.

—En los zarzales que te he dicho antes —respondió el inspector Medina—. Ahí abajo.

—No —contravino Diana—, me refiero a que dónde estaba antes que disparara a Andrés.

El inspector encogió los hombros.

—Una hipótesis que hemos barajado es que Andrés no hubiera cogido su pistola y la hubiera dejado en la guantera del coche, donde se supone que la llevaba al llegar aquí. De ser cierta esta teoría, significaría que él no percibió que aquí hubiese un peligro real y entró en la casa desarmado. Su asesino se hizo con el arma, el coche de Andrés estaba abierto, y lo siguió hasta dispararle aquí —señaló con la barbilla hacia el suelo—. Solo nosotros tres, el sargento Padilla y los dos guardias civiles que hallaron el cuerpo —dijo—, sabemos que Andrés murió de un disparo. Para todo el mundo el motivo de su muerte fue por un golpe en la cabeza con una barra de hierro.

—¿Y el forense? —preguntó Diana.

—Bueno, y el forense. Claro —respondió el inspector Medina.

—¿Y policía científica? —volvió a preguntar Diana.

—Vale, vale —se incomodó el inspector—. Y científica. Y seguramente alguien más. Pero todos son de confianza y saben que la teoría de la barra de hierro es la que vale. Al menos hasta que atrapemos al asesino.

El inspector jefe sonrió.

—No todo el mundo sabe manejar un arma —dijo Diana ante la atenta mirada de Vázquez—. Para nosotros, que somos policías, es sencillo. Pero el que disparó a Andrés debía saber cómo funciona una pistola. Si tenía una bala en la recámara. Si tenía el seguro puesto. No es tan sencillo para alguien que no ha tenido contacto con las armas de fuego, eso de coger una pistola y disparar.

—Lo hizo prácticamente a quemarropa —dijo el inspector Medina, creyendo que Diana se refería a la pericia necesaria para apuntar con un arma.

—No me refiero a eso, inspector —aclaró Diana—. Lo que quiero decir es que el asesino conocía el manejo de un arma de fuego. ¿Han investigado a las sospechosas?

—Claro que lo hemos hecho; aunque aún debemos ahondar más —replicó molesto—. Estamos en una zona de montaña y todo el mundo o es cazador o tiene familia cazadora. En la mayoría de las casas de por aquí hay escopetas —dijo—. El padre de Petra Cornel había sido alcalde de Laspaúles antes de morir junto a su esposa en un accidente de tráfico, hace —elevó los ojos para recordar la fecha exacta—, unos cuatro años. Entonces Petra tenía catorce. Jesús —dijo refiriéndose al padre de Petra—, era cazador y su hija ha tenido acceso a armas de fuego desde bien pequeña. Aurora Masalle, es hija de cazador. Su padre, Pablo, es muy conocido en la zona ya que tiene una explotación ganadera y en la época de caza organizan partidas importantes por el Pirineo. Respecto a Luisa Cortillas, la más mayor de las tres, además de que su padre fue guarda forestal, estuvo novia durante unos años con una guardia civil de Jaca...

—¿Conocen a ese guardia civil? —interrumpió Diana.

—A esa guardia civil —corrigió el inspector Medina—. Luisa estuvo liada con una guardia civil de Jaca. Pero creo que ahora lo han dejado —sonrió.

Vázquez miró a Diana con complicidad.

—A ti seguro que Luisa te diría quién es el asesino —bromeó.

Diana censuró a Vázquez con la mirada.

—No le veo la gracia —reprochó—. ¿Por qué habéis dicho que Andrés murió asesinado por un golpe en la cabeza?

—Porque eso es lo que el asesino quería que pareciese —respondió el inspector Medina—. Cuando la guardia civil halló el cuerpo había una barra de hierro apoyada en esa ventana —señaló con la mano el lugar exacto—. En el centro de la barra había sangre, que hemos comprobado que corresponde a Andrés, pero aparentemente, aparte del disparo, no hay ninguna parte de su cuerpo que haya recibido un golpe de esa barra.

—¿Qué sugiere inspector? —Diana imaginó la hipótesis que le iba a explicar.

—Que una vez que murió, su asesina quiso fingir que la barra de hierro fue la

causa de la muerte. Por eso la mojó en el cuerpo y la dejó al lado de la escena del crimen.

Diana contrajo el rictus de forma aparatosa.

—Qué barbaridad —protestó—. El asesino debía saber que tarde o temprano se sabría que había muerto por un disparo. ¿Qué sentido tendría hacer eso?

Vázquez se acercó hasta la ventana con cuidado de no pisar el pentágono.

—Hay otra conjetura —habló despacio.

El sargento Padilla, el inspector Medina y Diana se silenciaron mirándolo a la espera de que se explicara.

—A estas alturas ya tenemos claro que el crimen tiene tintes nigromantes —dijo con suficiencia—. Como bien ha dicho Medina, el asesino mojó la barra en la herida de Andrés. Así que quizá lo que quería era llevarse una muestra de su sangre.

—¿Y dejó la barra? —cuestionó el sargento.

—Un descuido —justificó Vázquez—. Todo debió ser muy apresurado y el asesino no tuvo tiempo de pensar en todo. Seguramente esa era su idea inicial, pero con las prisas descuidó la barra de hierro y la dejó apoyada en la ventana.

—Hay otra cosa que me preocupa —habló Diana.

Los demás la miraron.

—Andrés llegó hasta aquí en coche, pero... ¿cómo lo hizo el asesino?

—Hemos inspeccionado toda la zona en busca de huellas —dijo el sargento—. Averiguar qué pisadas son del asesino no será posible; hay que tener en cuenta que por aquí pasan muchos senderistas al cabo del año. Pero las ruedas de vehículos es más factible. No llegan muchos coches o motos hasta aquí.

—¿Y si llegaron juntos? —preguntó de sopetón Vázquez.

—¿Juntos? —habló Diana.

—Sí, quiero decir si Andrés y su asesino llegaron hasta aquí en su coche. Tendría explicación —dijo argumentando su teoría—. Por eso Andrés dejó la pistola en el coche. Es posible que los dos se bajaran a la vez y fueran caminando hasta la casa.

El sargento arrugó la frente.

—Tiene sentido —dijo—. Y después de asesinarlo arrojó el arma en los zarzales y se fue caminando.

—En ese caso la inspección del vehículo de Andrés debe ser concienzuda —planteó Diana.

—Eso lo puedes tener por seguro —dijo al inspector Medina—. Ese coche lo vamos a desmontar pieza por pieza.

Petra y Aurora iban a bordo del Seat Ibiza de color negro, con Luisa al volante. Petra se había sentado a su lado y Aurora permanecía en silencio en el asiento trasero, detrás de Luisa. Faltaban veinte minutos para las cinco de la tarde del domingo 16 de agosto y las tres se dirigían a la comandancia de la Guardia Civil de Castejón de Sos.

—¿Podemos hablar? —preguntó inquieta Petra.

Luisa repiqueteó los dedos sobre el volante.

—Supongo que sí —respondió—. No creo que la Benemérita haya tenido la osadía de colocar una grabadora en mi coche; aunque con esos todo es posible.

—Debemos ponernos de acuerdo en nuestras declaraciones —sugirió Petra—. Ahí es donde nos van a pillar.

Aurora carraspeó desde el asiento trasero.

—Yo creo —baluceo—, que lo mejor es decir la verdad. Así no nos podemos equivocar. Yo tengo coartada...

—Yo tengo coartada, yo tengo coartada... —se burló Petra—. No seas ingenua Aurora, todas tenemos coartada. Pero eso a la Guardia Civil le trae sin cuidado.

—Yo estuve en casa con Alba —habló Luisa—. Pero desde luego no les puedo decir que Alba estuvo conmigo en mi casa, porque nuestras declaraciones serían contrapuestas. La Guardia Civil podía pensar que Alba y yo fuimos las asesinas. Además, imagino que ellos encontrarán las pruebas necesarias para culpar al asesino sin posibilidad de escapatoria.

Aurora clavó los ojos en la nuca de Luisa.

—¿Fuiste tú, Luisa? —preguntó perdiendo la voz mientras hablaba.

Luisa se carcajeó estruendosamente.

—Pero qué coño dices tía. Yo no tenía ningún interés en asesinar a ese policía. Además ni siquiera lo conocía, solo hablé con él un par de veces que llegó molestando con la desaparición de Alba y el libro de Goethe.

—Pero Alba estuvo cobijada en tu casa todo el tiempo.

—Sí, ¿y qué?

—Que es menor de edad —dijo Aurora.

Petra se había encendido un cigarrillo.

—No fumes en mi coche —amonestó Luisa—. Luego apesta a tabaco. ¿Qué quieres decir con eso de que Alba es menor de edad? —miró a Aurora por el retrovisor interior del coche.

—Pues que te podrían acusar de seducir a una menor.

Luisa rió de nuevo.

—Eso es para los hombres que se tiran a menores de edad —replicó—. Pero no

para mujeres.

—¿Estás segura? —cuestionó Petra, que seguía fumando ajena a las indicaciones de Luisa.

—Alguna ventaja tendríamos que tener las mujeres, ¿no?

—¿Qué crees que nos preguntarán? —Petra había colocado su pie izquierdo debajo de su nalga.

—Buscarán un error en nuestras declaraciones. Y más que un error, lo que buscarán es que unas culpemos a otras —dijo Luisa—. Pero yo, por ejemplo, no puedo culpar a nadie, ya que no sé quién de vosotras fue la asesina.

Aurora propinó un fuerte golpe en el cabezal del asiento donde Luisa tenía apoyada la cabeza.

—Pero qué coño haces.

—Dices que no sabes quién fue de nosotras —se defendió Aurora—, cuando la asesina podías haber sido tú. Hace falta mucho valor y arrestos como para matar a alguien de un golpe en la cabeza con una barra de hierro. Además tú vives sola y puedes regresar a tu casa sin que nadie te vea.

—Chicas, chicas... —tranquilizó Petra—. Así no vamos a ningún sitio. Si nos ponemos así al final nos condenarán a las tres.

Aurora se echó a llorar.

—Vamos —dijo Luisa—. Ahora no es momento de lagrimear. Debemos estar más unidas que nunca. Yo me fío de vosotras y sé que no habéis sido las asesinas. Pero eso a la Guardia Civil le trae sin cuidado. Si dudan nos meterán a las tres en prisión provisional hasta que salga el juicio. Y eso puede tardar hasta varios años.

—Qué exagerada eres —reprochó Petra—. Sin pruebas no nos pueden condenar.

—Las pruebas vendrán después —replicó Luisa—. No sabes como las gasta la policía y la Guardia Civil cuando se trata de defender a uno de los suyos. Si nos mantenemos unidas, y no hallan ningún culpable, terminarán por acusar a un vagabundo o dirán que fue un ajuste de cuentas, como dicen siempre que no saben quién es el culpable.

—¿Dónde vamos? —preguntó Petra cuando vio que Luisa se desvió del camino, yendo en dirección contraria a Castejón de Sos.

—A Urmella. He quedado con una persona.

Petra miró de reojo a Luisa.

—Pero... ¿no habíais cortado?

—Sí —respondió Luisa—, pero hay que tener amigos hasta en el infierno.

En la cuneta del camino de tierra reconocieron la motocicleta.

—Ella nos dirá lo que saben los picoletos del crimen.

Una chica se bajó de la Africa Twin. Se quitó el casco y le propinó un beso corto

en los labios a Luisa.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo—. Escucha lo que te tengo que decir.

—Pues si esa tal Luisa tuvo un lío con una guardia civil —dijo Diana—. Esas chicas sabrán más de ellos que nosotros mismos —señaló con la cabeza hacia la parte exterior de la casa, donde el sargento Padilla seguía hablando por teléfono.

—No me habías comentado lo de esa guardia —reprochó Vázquez al inspector Medina.

—Joder, Vázquez. Hace unas horas que habéis llegado y no tenemos tiempo de explicar tantas cosas.

—Una guardia civil es ideal para coger un arma y acertar de un disparo —elucubró Diana.

—Para el carro. —cuestionó el inspector Medina—. Que pueda hacerlo no quiere decir que lo haya hecho.

El sargento Padilla accedió a la casa por la escalera. Respiraba fuertemente.

—Acabo de hablar con los de judicial —dijo cuando recuperó el resuello—. Luisa y Petra han hablado por teléfono hace un rato, poco antes de ir hacia Castejón de Sos. El que escucha las conversaciones me ha dicho que las chicas, cuando se refieren a la muerte del policía, siempre hablan de que ha muerto de un golpe en la cabeza con una barra de hierro. Lo que significa que desconocen el verdadero motivo de su muerte.

—Luego no son ellas —barruntó el inspector Medina.

Vázquez miró a Diana.

—¿Tú que opinas?

Diana se sintió extraña. Era la primera vez desde que llegó a la provincia de Huesca que Vázquez le preguntaba su opinión en público. Comprendió que el inspector jefe quería implicarla en la investigación, forzándola a participar.

—Aún no he conocido a esas chicas —dijo—. Y lo cierto es que tengo ganas de verlas y de hablar con ellas. Pero... —se detuvo mirando al sargento Padilla—, no querría invadir el terreno de la Guardia Civil.

—Pero —insistió Vázquez—, según tu criterio, y en vista de lo que tenemos hasta ahora, ¿quién crees que puede ser el asesino?

Diana abrió los ojos mientras extendía las manos mirando a Vázquez fijamente.

—Vázquez —dijo—. No sé qué quieres que te responda.

El inspector jefe tosió teatralmente.

—Solo quiero saber si estás llegando a la misma conclusión que yo. ¿Quieres complacerme respondiendo?

—Está bien —dijo Diana—. No he dormido muy bien y es posible que os parezca torpe —se excusó ante el inspector Medina.

El sargento Padilla se encendió otro cigarro.

—Aquí no —censuró el inspector de la policía nacional—. Por respeto. El sargento apagó el cigarro en su mano con un gesto que a todos les pareció vulgar.

—Por todo lo que he visto, y oído, hasta ahora. Por lo que me habéis dicho de esas chicas y por lo que sé de Andrés, al menos de cómo era él en vida, creo que no fue un asesino o asesina, sino varias. Esas especie de brujas que nombráis y que viven en los pueblos de por aquí se pueden haber confabulado para asesinarlo. Incluso aunque solo una haya apretado el gatillo de su arma, son varias las que han podido participar —Vázquez la miró sonriendo—. Una le cogió su pistola del coche. Otra fue la que disparó. Otra lo atrajo hasta este pentágono —señaló al suelo—. A otra se le ocurrió lo de mojar la barra de la sombrilla en su cuerpo y otra le robó el móvil...

—Como asesinato en el Orient Express de Agatha Christie —concluyó Vázquez—. Al final todos los sospechosos son culpables.

—Siento decepcionaros —habló el inspector Medina—, pero esa es una de las primeras hipótesis que sostuvimos al principio —dijo mirando al sargento Padilla, que sostenía el cigarro apagado en su mano—. Nosotros conocemos a la gente de aquí y sabemos de las andanzas de esas tres —dijo refiriéndose a Petra, Aurora y Luisa—. Lo primero que pensamos es que entre las tres habían matado a Andrés. Por eso las hemos citado a declarar en Castejón de Sos y por eso, precisamente, lanzamos el bulo de que Andrés había muerto de un golpe en la cabeza con una barra de hierro. Puede parecer un cebo infantil, pero ya habéis oído a Padilla —dijo mientras lo señalaba con la barbilla—. Las chicas no mencionan que Andrés muriera de un disparo.

—No creo que esas tres sean unas tontas —habló Diana—. Además me habéis dicho que una es enfermera, otra vive con su abuela y la otra... Bueno, que a estas alturas cualquiera sabe que lo primero que hace la policía cuando se ha cometido un crimen, es pinchar teléfonos. El hecho de que hablaran entre sí y mencionaran que Andrés había muerto de un golpe en la cabeza, es por que saben qué es lo que tienen que decir.

—Muy complicado —interrumpió el sargento Padilla desde la ventana sin cristal de la casa—. Me parece que las hacemos demasiado listas. Si alguna de esas tres hubiera tenido algo que ver, ya las hubiéramos pillado. No dejan de ser unas crías —concluyó mirando su reloj—. Por cierto, las hemos citado en Castejón de Sos y el tiempo se nos ha echado encima. Vamos para allá.

—¿Estás bien? —le preguntó Vázquez a Diana.

La oficial de policía se había quedado ensimismada mirando la marca del pentágono en el suelo.

—No, para que te voy a mentir. No nos preparan para esto. Al final casi que me

da igual quién o quiénes sean los asesinos. Hagamos lo que hagamos Andrés no va a regresar.

—Tranquila mujer —le frotó el hombro el inspector jefe—. Es un mazazo, pero estamos aquí para resolver el crimen y detener a los culpables. Ya sé que Andrés no regresará, pero nuestro trabajo es dar con los criminales. Quién ha hecho esto —dijo señalando con el dedo el pentágono—, pagará.

—Oye Diana —dijo el inspector Medina—. Hace un momento, cuando has dicho que a Andrés lo han podido matar entre varios, has mencionado que una de ellas le robó el móvil.

Diana retiró la mano de Vázquez de su hombro.

—Sí. El teléfono móvil de Andrés sigue operativo.

Tanto el sargento Padilla como el inspector Medina mostraron confusión en sus miradas.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó el guardia civil.

—Verás —interrumpió Vázquez—, Diana ha recibido varios SMS enviados desde el teléfono de Andrés. O al menos desde su tarjeta SIM. Con lo cual sabemos que alguien le quitó el teléfono; aunque ignoramos si antes o después de asesinarlo.

—Nos extrañó que no llevara un móvil encima cuando hallamos el cadáver —dijo el sargento Padilla—. Pero al igual que hallamos la pistola en las inmediaciones, pensamos que el teléfono no tardaría en aparecer. En cualquier caso no es difícil seguir el rastro, ¿no?

—Ya lo estamos haciendo —afirmó Vázquez—. Estamos siguiendo el rastro del teléfono de Andrés y el de la persona que llamó para comunicar su muerte antes de que hubiera sido hallado el cuerpo.

—¿A qué te refieres? —preguntó inquieto el inspector Medina.

—Os lo cuento de camino a Castejón de Sos —replicó Vázquez.

—¿Cómo? Si vamos en dos coches.

—Venid vosotros en el mío —dijo el inspector jefe—. Y dejad el Patrol aquí. Así podemos hablar por el camino y Diana os contará lo de los mensajes en su móvil y lo de la llamada.

La organización tan rápida de Vázquez impidió que el sargento Padilla pudiese reaccionar. No tuvo más remedio que aceptar.

Y justo cuando los cuatro se montaban en el Renault Megane, que Diana recibió un SMS en su móvil. Era del teléfono de Andrés. Levantó la mano y lo mostró a los demás. El texto decía: “*Alba no es la asesina*”. El sargento Padilla contrajo el rictus de forma exagerada.

Cuando el Renault Megane, conducido por el inspector jefe Vázquez, llegó a Castejón de Sos, en la puerta de la comandancia ya vieron aparcado el Seat Ibiza negro de Luisa Cortillas. Petra estaba sentada sobre el capó, fumando, mientras que Aurora caminaba de un lado hacia otro sosteniendo el teléfono móvil pegado a su oreja.

—¿Son ellas? —preguntó Vázquez.

—Sí —respondió el sargento Padilla—. Esas son las tres brujas —dijo con desprecio.

El inspector Medina sonrió, mientras que Diana se limitó a mirarlas a las tres con cierto aire de antipatía.

—Lamento el retraso —dijo el sargento de la Benemérita, mientras se apeaba del vehículo—. Pero hemos tenido un contratiempo de última hora —se disculpó—. Pasad las tres adentro —indicó con su mano para que accedieran a la comandancia.

En la puerta había un guardia civil muy joven, con el pelo rubio muy corto y barba de dos días que le hacía ofrecer el aspecto de un marine estadounidense. El joven agente miró con lubricidad a las tres chicas. Todas, excepto Aurora, le devolvieron la mirada con la misma obscenidad que él había demostrado.

—Vosotras esperad aquí —les dijo el sargento a Luisa y a Petra—. Y tú, Aurora, ven conmigo.

Por el trato, Diana y Vázquez, dieron por hecho que el sargento conocía bien a esas chicas. Aurora contempló la pantalla de su teléfono móvil, como si esperase una llamada, entonces el sargento le preguntó.

—¿Esperas a tus padres?

—Me han dicho que vendrían —replicó ella.

—Aunque vengan no podrán estar en la declaración —anotó el sargento—. Te recuerdo que ya eres mayor de edad y tienes que afrontar tus actos con valentía.

A Diana no le gustó el tono paternal del sargento. La oficial de policía pensó que no era una buena estrategia hablar así a esa chica, y mucho menos delante de las otras dos.

—¿Podemos esperar fuera? —preguntó Petra, sosteniendo un cigarrillo en su mano.

—No —negó tajante el sargento—. No estaremos mucho rato, es mejor que esperéis aquí, sentadas.

Vázquez le indicó a Diana con la cabeza que iba a entrar a oír la declaración de Aurora. Por las indicaciones, Diana comprendió que lo que quería el inspector jefe es que ella se quedara hablando con las otras dos.

—Tú eres esa policía de Madrid, ¿verdad? —le preguntó Petra Cornel.

Diana desvió su mirada hacia el hombro derecho de la chica, donde se marcaba claramente una cicatriz con el dibujo de una media luna. Petra se dio cuenta.

—Es una marca de nacimiento —respondió la chica a una pregunta que Diana no había hecho.

Luego Diana resbaló sus ojos por las piernas de Luisa. Lo hizo frugalmente para que la chica no se sintiese intimidada; aunque por su mirada percibió que había pocas cosas que la acoquinaran, Todas las partes de su cuerpo, que estaban a la vista, mostraban tatuajes de lo más variado, pero Diana clavó sus ojos en el pentágono que había tatuado en el muslo derecho de Luisa, en la parte trasera. La postura de la chica sentada sobre el banco le permitió ver parcialmente el tatuaje.

—A ti te quedaría muy bien un tatuaje —habló Luisa para sorpresa de Diana, no se esperaba ese inicio de conversación.

—No me gustan los tatuajes —rechazó Diana con desdén.

—No te gustan los tatuajes o no te gustan las personas que llevan tatuajes —interrogó Luisa. Su sonrisa emanaba burla.

—Los tatuajes no tienen por qué hacer malas a las personas —reflexionó Diana—. Pero eso que llevas ahí...

—Ah, el pentágono —replicó Luisa de forma timorata, poniéndose en pie y mostrando el muslo que estiró con sus dos manos—. Es una figura que siempre me ha apasionado.

Diana recordó uno de los SMS recibidos desde el móvil de Andrés donde le decía: "*La marca del pentágono*". Se abstuvo de decir nada, no le convenía facilitar información policial a las principales sospechosas del asesinato de su amigo. Sabía que el tatuaje del pentágono no debía centrar la conversación.

—Yo me voy a fumar afuera —dijo Petra poniéndose en pie.

El guardia civil de la puerta la siguió con la vista.

—No te alejes mucho —aconsejó—. Que la siguiente eres tú.

Petra balanceó la mano izquierda, como dándose por enterada.

—¿Conocías a ese policía? —le preguntó Luisa a Diana.

Diana se sentó a su lado, en el hueco que antes ocupaba Petra.

—Éramos amigos —respondió—. Lo conocí cuando hice las prácticas en Huesca. Un buen policía y un buen hombre —afirmó con furia.

—Parecía buena persona —avaló Luisa ante la mirada contrariada de la oficial de policía.

—¿Lo conocías? —preguntó Diana relajando la mandíbula y perdiendo el rictus desafiante que mostró al principio.

—Coincidí con él un par de veces, creo —Luisa parecía sincera—. Recorría los

pueblos buscando a Alba.

—¿Alba? —preguntó Diana como si no supiera quién era.

—Sí, Alba Mange. Es una amiga de Huesca que estuvo unos días alojada en mi casa. Sus padres no la comprendían y ella se fugó después de un altercado con ellos.

—¿La tuviste en tu casa?

—Sí, no me siento culpable por ello —respondió altiva—. Para que te voy a engañar. Alba tiene quince años pero piensa como una tía de veinte. Nos llevamos bien y yo la quiero mucho. No hay nada malo en eso, ¿verdad?

—¿Tuviste un lío con Alba?

—No serás una de esas maderas que están en contra de la libertad sexual —cuestionó Luisa.

Diana se incomodó; aunque se esforzó por que no se le notara.

—No te equivoques conmigo —amenazó Diana—. No soy mucho más mayor que tú y pertenecemos a la misma generación.

—Así que tú eres la poli buena —sonrió Luisa resbalando sus ojos hasta sus zapatos.

Diana estiró las piernas mostrando sus deportivas de la marca “Lois” con estampados floreados.

—No es un zapato muy policial, ¿verdad?

—Pues no, para que nos vamos a engañar.

—Antes me has dicho que el policía de Huesca estuvo por los pueblos de aquí buscando a Alba, ¿sabes por qué la buscaba?

Luisa colocó sus manos entre las piernas, como si tuviera frío.

—Por el libro.

Diana entrecerró los ojos.

—¿Libro? ¿Qué libro? —trató de no mostrar que ya sabía que Andrés buscaba un libro.

—Alba es una pija de Zaragoza. Su padre es un banquero de la banca San Jorge que tiene un pisazo en Huesca —explicó Luisa—. El tío es un coleccionista de libros de todo tipo. Algo así como un literato fanático de las colecciones de libros. Imagínate, el tío tiene más de un millar de libros de todo tipo y va a fijarse en un original del Fausto de Goethe.

—¿Cómo sabes eso? —se interesó Diana.

—Me lo contó Alba. Ya te he dicho que somos amigas.

—¿Y por qué buscaba ese libro en Laspaúles?

Petra arrojó el cigarrillo al suelo y encendió otro. El Guardia Civil rubio la miraba como si estuviera decidiendo si salir a fumar con ella o no.

—Porque el padre de Alba se empeñó en recuperarlo, ya que creía que se lo

habían robado.

—¿Y no fue así?

—Me estás haciendo muchas preguntas —protestó Luisa.

—Eso es por que parece que sabes las respuestas —ofreció Diana una candorosa sonrisa.

—Supongo que la declaración la tengo que hacer ahí adentro —señaló la sala donde estaba declarando Aurora—. No aquí, donde nadie escribe lo que yo digo.

—Pero ellos no te preguntarán por el libro.

—¿Y tú sí?

—Sí, por que tú me has hablado de él.

—Querías saber qué buscaba ese policía en Laspaúles y yo te he dado mi versión.

—Pero ese libro —siguió indagando Diana—, debía ser muy importante para el banquero, como has dicho tú, para que hubiera contratado a un policía para encontrarlo.

—Era valioso.

—¿Era?

—O es, no lo sé. Yo no tengo ni idea de dónde está ese libro.

El inspector Medina abrió la puerta de la sala donde estaban interrogando a Aurora y clavó sus ojos sobre Luisa y Diana. Las dos estaban sentadas juntas conversando, parecía que le molestaba ese compadreo entre una sospechosa y una policía. Pero aún así no dijo nada.

—¿Y Petra? —preguntó.

—Está ahí, fumando —respondió el guardia civil de la puerta.

—Dile que ahora le toca a ella.

Aurora salió con expresión llorosa y se dirigió al baño. El inspector la siguió con la mirada.

—Por lo que parece sus amigos son muy duros —susurró Luisa a Diana—. Han hecho llorar a mi amiga.

—Eso es por que tendrá algo que ocultar —sonrió la oficial de policía.

—Espero que a mí no me hagan daño —dijo Luisa con picardía.

Los padres de Aurora aparcaron el Opel Insignia frente a la comandancia. Petra fue la primera en saludarlos.

—Buenas tardes, Celia —se acercó y le propinó dos besos.

—¿Y Aurora? —preguntó el padre cerrando la puerta de su vehículo.

En ese momento Aurora salía a la puerta acompañada por el inspector Medina.

—Eso es todo —le dijo a la joven—. Recuerda que no debes alejarte de Suils en unos días.

Aurora se había recompuesto, pero sus ojos desprendían que no hacía mucho

había llorado, pese a lavarse la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó el padre visiblemente alterado—. ¿Te han pegado?

Por la puerta de la comandancia salió el sargento Padilla.

—No digas ninguna barbaridad Pablo —amonestó al padre de Aurora—. Ya sabes que nosotros no pegamos a nadie.

—¿Te han golpeado? —le preguntó el padre a Aurora, omitiendo el comentario del sargento Padilla.

Aurora negó con la cabeza.

—Quiero irme de aquí —dijo mirando a Petra.

Petra le devolvió la mirada con actitud amenazante.

El banquero, Arturo Mange, su esposa, Lucía Otal, y la hija de ambos, Alba Mange, llegaron caminando hasta la comisaría de Huesca cuando pasaban veinte minutos de las cinco de la tarde del domingo 16 de agosto. Nada más llegar el banquero preguntó por el comisario, al que conocía de vista; aunque no tenía una relación personal con él. Pero en Huesca era habitual que los caciques preguntaran por el comisario aunque fuese para realizar la gestión más banal.

—¿Es usted el señor Mange? —le devolvió la pregunta el policía de la puerta.

—Sí —respondió azarado el banquero.

—Un momento —dijo el policía mientras descolgaba el teléfono de seguridad.

—El señor Mange está aquí —habló a su interlocutor—. Sí, viene con una señora y una chica. No ha venido ningún abogado. Vale.

El policía colgó y se dirigió al banquero.

—Pasen un momento a la sala de espera —señaló en una pequeña sala que había a su derecha—, y en cuanto llegue el abogado podrán subir.

—¿Qué abogado? —preguntó aturdido el señor Mange.

El policía encogió los hombros como si esa pregunta fuese una obviedad.

—La declaración es para ella —señaló con la barbilla a Alba—. Y los menores siempre han de declarar con un letrado delante. Es para que garantice sus derechos y por la protección del menor —aclaró.

—Yo ya tengo mi propio abogado —alardeó el banquero—. Si sus compañeros me lo hubieran dicho él me habría acompañado.

Mientras hablaba extrajo el teléfono móvil del bolsillo de su camisa. El policía vio como se retiraba para hablar.

—Pasen ustedes y siéntense en la sala de espera —les insistió el agente a Alba y su madre, parecía que su presencia allí les molestara. La señora Lucía Otal vio como el policía estaba ante un ordenador portátil, presumiblemente jugando, por lo que comprendió que el policía quisiera deshacerse de ellos lo antes posible.

No le hicieron caso y siguieron allí, en el vestíbulo de entrada, esperando a que el banquero terminara de hablar. Un agente de policía judicial, muy joven, y vistiendo ropa informal, bajó desde la planta de arriba y se dirigió a la señora Otal.

—¿Alba? —preguntó señalando a la joven con la mano.

—Sí —replicó la madre—. Un momento que mi marido está hablando por teléfono.

El señor Mange colgó y miró al agente de judicial.

—Me ha dicho su compañero —señaló con la barbilla al policía que había retomado el juego en su portátil—, que la declaración tiene que ser con abogado.

—Al ser menor de edad, sí —respondió.

—Si me lo hubieran dicho habría avisado al mío —se quejó el señor Mange—. Yo no quiero que ella declare ante un abogado de oficio.

—Será lo mismo —rebatió el agente de judicial—. De hecho su hija no está detenida, solo es una exploración acerca de unas diligencias que tenemos abiertas.

La vestimenta elegante del señor Mange contrastaba enormemente con los pantalones vaqueros y la camiseta gris del agente de judicial.

—Unas diligencias por asesinato —dijo el señor Mange.

El policía de judicial acató con la barbilla.

—Entonces no son unas diligencias normales y mi hija no declarará a no ser que sea asistida por mi letrado.

—¿Quién es su abogado? —pareció aceptar finalmente el agente.

—Joaquín Lacasa, de Zaragoza.

—Lo conozco —asintió—. ¿Le ha llamado?

—Acabo de hablar con él, pero me ha dicho que está en Medinaceli. Hoy es domingo y no tenía obligación de estar localizado —lo excusó el señor Mange—. Pero ya está de camino.

El agente miró el reloj con cierta desgana.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Calculo que un poco más de dos horas —respondió el banquero.

—Vaya —se quejó el agente—. Ahora son las cinco y media. Si esperamos a su abogado no podremos tomar exploración a su hija hasta por lo menos las ocho.

—¿Y? —preguntó desafiante el banquero.

El policía miró de nuevo su reloj, parecía que pasar un domingo por la tarde en comisaría no era de su agrado.

—Esperen un momento en la sala —dijo finalmente—. Voy a consultarlo con mi jefe.

—Dígale que soy Arturo Mange —le recordó el banquero, como si eso fuese a influir en la decisión del jefe de judicial.

Petra Cornel accedió a la sala donde el sargento Padilla y el inspector Medina estaban interrogando a las sospechosas del asesinato del policía nacional Andrés Hernández. Pese a su pequeña estatura y su figura menuda, la chica se permitió mirar con semblante amenazante a los dos agentes. El guardia civil, que custodiaba la puerta de la comandancia, sonrió, como si la actitud de Petra fuese de su agrado.

—Menuda gata agresiva —murmuró sin que nadie lo oyera.

Medina esperó a que Vázquez accediera a la sala y cerró la puerta detrás de él.

—Me han dejado para el final —sonrió Luisa.

Diana se había sentado de nuevo a su lado.

—Supongo que os estarán entrevistando de menor a mayor —dijo Diana—. Me refiero a la edad. Y a la altura —añadió. Luisa era la más alta de las tres.

—¿Eres de Madrid, no? —preguntó Luisa, para incomodidad de Diana. La joven oficial estaba percibiendo como una de las principales sospechosas la estaba llevando a su terreno.

—No —respondió con tosquedad—. Soy de Barcelona.

El joven guardia civil las miró a la dos, como si se estuviese animando para participar en la conversación.

—¿Puedo fumar? —le preguntó Luisa en un tono suplicante, aunque en su petición había un resquicio de burla.

El guardia civil se sonrojó ligeramente y accedió con un balanceo tenue de su barbilla.

Las dos mujeres salieron a la puerta de la comandancia.

—No quiero hablar delante de ese —farfulló Luisa—. No me gustan los picoletos.

Diana miró de reojo al guardia civil.

—¿Y las picoletas? —se arriesgó a preguntar.

La pregunta pilló por sorpresa a Luisa, por un instante arrugó el ceño.

—Las picoletas más que los picoletos —respondió airosa.

—En cierta manera yo también soy una picoleta —intervino Diana.

—Tú eres distinta —alabó Luisa, sacando un paquete de tabaco que extendió con la mano ofreciendo un cigarro a Diana.

—¿Distinta?

—Sí. Los civiles son la mayoría hombres y todos mayores. O casi todos —puntualizó—. Los hombres mayores nos miran de una forma distinta. ¿No te has dado cuenta?

Diana torció el gesto; aunque sabía a qué se refería.

—Ellos no se dan cuenta —siguió hablando Luisa—, pero la forma que tienen de mirar les delata. Yo sé que tú sabes de qué estoy hablando por que eres una chica joven y muy atractiva y has tenido que percibir lo mismo que nosotras.

—Pues no —negó con la cabeza la oficial de policía—. La relación con mis compañeros es de lo más afectuosa —Diana no quiso seguirle el juego.

—Mira —siguió argumentando Luisa—. Yo soy enfermera en el hospital de Jaca y casi todos los enfermos, por no decir todos, siempre me miran como si quisieran devorarme con los ojos. Con los compañeros jóvenes no he tenido apenas problemas, pero no ha ocurrido lo mismo con los maduros, la mayoría en algún momento se me han insinuado —Diana la miró con cierto aire de comprensión—. Incluso en una ocasión sufrí el acoso por parte de uno de los médicos, al que tuve que denunciar en la Guardia Civil. ¿Y sabes qué hicieron? Nada —se respondió a sí misma—. Presenté la denuncia en Jaca y el agente que me atendió era un baboso como ellos. El muy cabrón llegó a decirme que no le extrañaba que me hubieran acosado si iba vestida así. Es la doble moral que les caracteriza lo que me da por culo —elevó la voz como si quisiera que los guardias civiles que había dentro de la comandancia la escucharan—. Por un lado les gusta que vayamos ligeras de ropa y les pone un montón estos tatuajes —señaló sus piernas con la mano que sostenía el cigarro—, pero luego nos tratan como si fuésemos unas putas.

Diana no quería seguir con esa conversación, pero mantenía la línea de comunicación con Luisa para ver si podía sonsacarle algo que le sirviera para esclarecer la muerte de Andrés.

—Me han dicho que por esta zona hay una tradición muy arraigada relacionada con la brujería —se lo jugó todo a una carta.

Luisa le dio una calada al cigarro que sostenía en la mano.

—Ahora hablas como ellos —censuró—. La brujería es un concepto relacionado con las mujeres de forma equivocada, porque el mundo está ideado a imagen de los hombres. En la biblia se habla siempre de Adán como el primer hombre y de Eva como la mujer creada para ayudarlo y siempre dicen que para eso tuvieron que quitarle una costilla. Pero no nombran a Lilit, que fue la primera mujer de Adán y el primer demonio conocido. ¿Te das cuenta? —preguntó de forma retórica—. El demonio siempre es un hombre y las mujeres son sus sirvientas.

—Todo eso ha cambiado —intervino Diana—. La sociedad actual no tiene nada que ver con los inicios de las religiones.

—Ha cambiado en parte —aceptó Luisa—. Pero la mujer se sigue viendo como una esclava del hombre. Y no solo en los ambientes religiosos, lo cual es penoso, sino incluso en círculos laborales y sobre todo sentimentales. El hombre nace con la premisa de ser el dueño del mundo, aquí y allí —añadió para

incomprensión de Diana—. Aquí en la tierra y allí en el otro mundo —explicó—. Nuestras antepasadas murieron ahorcadas por los concejos populares acusadas de practicar la brujería —Diana conocía parte de la historia de la brujería del siglo XV de la zona—. Ni siquiera la Inquisición tuvo nada que ver, sino que fueron los propios tribunales locales los que juzgaron a esas mujeres en juicios de menos de una hora y las condenaron a morir ahorcadas. No les importó que fueran madres, jóvenes, mayores o que estuvieran casadas. Ni siquiera sus maridos las defendieron. Lo único que les importó es que eran... ¡brujas! —el guardia civil se asomó a la puerta al escuchar como Luisa elevaba la voz—. Y seguramente lo único que hacían era reunirse y divertirse como los hombres, pero a los hombres no se les acusa de nada. Nunca.

Diana no sabía qué decir.

—Me preguntas si por esta zona hay brujas, ¿no? —inquirió agresiva Luisa—. ¿Por qué? Por que esos hombres te han dicho que nos reunimos por la noche en las casas abandonadas o en los campos que rodean el río Isábena. ¿Y qué hay de malo en ello? ¿Qué te crees que hacemos en esas reuniones? Acaso piensas que invocamos al diablo para que venga a penetrarnos con una enorme verga y luego danzamos con él hasta que se extingue el fuego de la hoguera que encendemos en su honor. Cientos de mujeres murieron aquí por que se les acusaba de esas prácticas. Una mujer tenía un gato, bruja. Una mujer tenía un amante, bruja. Una mujer salía de noche, bruja.

—No arremetas conmigo que yo no te he dicho nada —Diana tuvo que ponerse a la defensiva.

—No me has dicho nada pero me has preguntado si por aquí practicamos la brujería, lo que significa que lleva implícito que crees que somos unas brujas. Mira, voy a serte sincera —chasqueó los labios mientras arrojaba el cigarro al suelo—. Esas chicas —señaló con la barbilla hacia dentro de la comandancia—, son mis amigas. Son buenas chicas, te lo puedo asegurar. Nos gusta divertirnos en un lugar donde no hay diversión. Allí, en Barcelona o Madrid, no sé de dónde me has dicho que venías, tenéis bares, discotecas y lugares donde os podéis ir a divertir cuando queráis. Aquí, en medio de la montaña, tenemos que coger el coche para ir a tomar una copa. Nuestras poblaciones están desiertas y los hombres que hay son unos catetos o unos retrógrados que solo piensan en lo mismo: follar. Sí, sí, no me mires así, como si no supieras de lo que estoy hablando. Aquí solo veo a mujeres —dijo balanceando la cabeza de un lado hacia otro—. Nos habéis citado a mí y a mis amigas por que estáis convencidos de que somos las culpable de la muerte de ese policía. ¿Qué te crees, que no sé que nos vais a preguntar? Claro que estuvimos en esa casa donde apareció el cadáver. ¿Es que en tu ciudad no practicáis el botellón? Esa casa es un punto de

reunión por que está alejada de la población y por que allí estamos tranquilas. Esas chicas y yo nos reunimos, bebemos y fumamos porros.

Diana desvarió los ojos.

—¿Y la marca del pentágono del suelo?

—Ah, claro —sonrió mordaz Luisa—. La marca. Ya he visto antes como mirabas mi tatuaje —se giro para mostrárselo—. Es un pentágono. Me gusta esa figura —dijo orgullosa—. Y como tus amigos y tú habéis visto un pentágono dibujado en el suelo, donde murió tu amigo, la relación ha sido sencilla: lo han matado las brujas —dijo con soberbia—. Fin del caso. Entérate policía de ciudad, nosotras no hemos tenido nada que ver con su muerte.

—¿Y ellas? —señaló con la cabeza hacia dentro del cuartel.

Luisa dudó un instante, como si no estuviese segura de responder.

—En vez de preguntarte qué hacíamos nosotras en esa casa, por qué no te preguntas qué hacía ese policía.

Diana no pudo evitar mostrar signos de incomodidad en su rostro.

—¿Para qué fue a la casa? —insistió Luisa—. Él era un hombre mayor, casi al punto de la jubilación, y sin embargo se paseaba por el pueblo siguiendo a unas chicas de dieciocho años...

—Buscaba algo —interrumpió Diana muy molesta.

—¿Qué buscaba?

—Un libro —murmuró Diana.

Luisa contrajo el rictus de forma grotesca.

—Que buscaba un libro. Ese libro no tenía que buscarlo, ya que él era el que tenía el libro.

En ese momento salió de la comandancia el inspector jefe Vázquez y se dirigió a Diana, llamándola.

—¿Qué ocurre? —replicó la oficial de policía.

Vázquez le dijo que viniera hasta donde estaba él, para que Luisa no escuchara lo que tenía que decirle.

—A las ocho de la tarde le tomarán declaración a Alba Mange en la comisaría de Huesca —le dijo el inspector jefe—. Se la tenían que tomar a las cinco, como a éstas, pero al ser menor de edad debe estar un abogado delante y el señor Mange quiere que sea el abogado de su familia. Si sales ahora —dijo Vázquez mirando el reloj y viendo que eran casi las seis y media—, llegarás a tiempo para presenciar la declaración de esa cría. Yo bajaré mañana a primera hora y me reuniré contigo; a las doce enterrarán a Andrés y habrá una misa en su honor. Nos reuniremos allí —afirmó con cierto aire de melancolía—. ¿Has averiguado algo? —preguntó refiriéndose a la conversación que acababa de mantener con Luisa Cortillas.

—No —replicó Diana—. No gran cosa —evitó dar explicaciones—. ¿Y tú?

—Esas chicas no nos han dicho mucho, pero se contradicen en sus declaraciones. Aurora es la más débil, pero seguramente es la que menos sepa. Petra es una gallita, pero tampoco nos ha aclarado gran cosa. Ahora le tomaremos declaración a esa —señaló a Luisa por encima de la cabeza de Diana.

—Pues mucha suerte —aseveró Diana—. Y una cosa: ¿dormiré hoy en Huesca?

—Sí, ya he hablado con el comisario. Te dejarán una habitación de la residencia que hay en la propia comisaría.

—Ah, claro —asintió Diana sacando su teléfono móvil del bolso y mirando la pantalla, intuía que de un momento a otro recibiría otro SMS desde el móvil de Andrés.

Una patrulla de la Guardia Civil llevó a Petra Cornel hasta la casa de su abuela Rosario, en Villarrué. Cuando llegaron les esperaban en la puerta Aurora Masalle y sus padres, junto a la abuela de Petra. Todos mostraban inquietud en sus rostros.

—Petra —habló la abuela con mirada perpleja—. ¿Cómo estás hija?

—Estoy bien abuela —bisbiseó Petra, cabizbaja.

Los padres de Aurora Masalle se acercaron hasta las dos, mientras que su hija se quedó rezagada al lado de la puerta de entrada a la casa.

—¿Y Luisa? —preguntó Pablo Masalle.

La pareja de la guardia civil no respondió. El conductor se limitó a mirar con indiferencia a los presentes mientras tiraba marcha atrás con el Patrol y se incorporaba a la calle para salir del pueblo.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió la abuela Rosario—. ¿Han detenido a Luisa?

—Que yo sepa no —replicó Petra con mirada incierta—. Ella se ha quedado allí, hablando con los policías.

—Vayamos dentro —sugirió la madre de Aurora, viendo que varios vecinos se habían asomado a las ventanas de sus casas.

Todos entraron en la casa, detrás de ellos lo hizo la abuela de Petra, Rosario. Cerró la puerta y les solicitó que se sentaran en el salón.

—Voy a preparar café —dijo.

El rostro de Petra y de Aurora contrastaban notablemente. Mientras que la primera ofrecía una mirada desafiante y altiva, como si hubiese sido la ganadora de una pelea, Aurora por su parte mostraba una actitud afligida, casi deprimida. Las dos chicas se sentaron cada una en un butacón, separadas por un tresillo donde se sentaron los padres de Aurora.

—¿Qué os han preguntado? —inquirió Pablo Masalle a su hija.

Aurora evitó responder.

—Vamos hija —insistió—. ¿Qué querían?

—Saber quién de nosotras mató a ese policía —respondió Petra.

Los ojos de Celia, la madre de Aurora, se tornaron vidriosos.

—¿Y vosotras sabéis algo de lo ocurrido? —le preguntó a las dos.

—Nosotras no sabemos nada —replicó Petra con rictus hierático—. Pero por lo que parece Aurora ha hablado más de la cuenta y ahora no nos dejarán en paz.

Los padres de Aurora dirigieron los dos sus miradas hacia su hija, esperando una explicación. Pero ella no levantó la vista de la mesa de centro donde se había evadido. Su atención estaba completamente distraída.

—¿Y Luisa? ¿Qué ha dicho ella? —preguntó el padre de Aurora.

—No lo sé, cuando me ha traído el coche de la Guardia Civil ella se ha quedado declarando. Pero conociéndola no creo que les diga nada nuevo, ya se lo ha dicho todo Aurora —elevó la voz mientras la miraba.

De la cocina salió la abuela Rosario sosteniendo una bandeja, sobre la cual había una cafetera de vidrio, y una jarra de leche. La dejó sobre la mesa y entró de nuevo en la cocina, trayendo esta vez una caja de galletas y un azucarero.

—¿La ayudo, Rosario? —se ofreció Celia.

—No te preocupes —rechazó—. Solo me quedan las tazas —dijo entrando de nuevo en la cocina.

—¿Qué les has dicho? —se interesó el padre de Aurora.

Ella levantó la cabeza conteniendo las lágrimas.

—Me han preguntado si conocía a ese policía que han asesinado. Les he dicho que sí, que todas lo conocíamos por que había estado por Laspaúles, Suils y Villarrué. Luego me han preguntado si sabía qué es lo que hacía ese policía por aquí y por qué venía tanto a los pueblos —siguió explicando Aurora, ante la atenta mirada de sus padres y de la abuela Rosario, que se había sentado en una silla al lado de la mesa del salón—. Les he dicho que el policía preguntaba por Alba Mange, una chica de Huesca con la que nos hicimos muy amigas...

—¿Alba Mange? —interrumpió Celia las explicaciones de su hija—. ¿Y por qué buscaba ese policía a Alba?

Aurora no respondió.

—Por que le gustaban las niñas —dijo Petra ante la mirada inquisitorial de su abuela—. Si no qué sentido tendría que estuviera todo el día acosando a Alba —cuestionó ladinamente.

—Por el amor de Dios —exclamó Celia—. Esa cría tan solo tiene quince años y ese policía debería rondar los cincuenta.

—Pero en ese caso —se esponjó Pablo Masalle en el butacón—, Aurora ha hecho lo correcto: decir la verdad.

—Una de las mujeres con las que salgo a andar —se incorporó a la conversación la abuela Rosario—, me dijo que había visto a ese policía de Huesca y a la cría conversando en el bar del Camping de Laspaúles. Me dijo que a ella la vio muy nerviosa.

—Entonces todo apunta a que Alba ha sido la asesina —dijo el padre de Aurora—. Seguramente se sentía acosada por ese policía y sabedora de que denunciar a un policía no lleva a ningún sitio, decidió tomarse la justicia por su mano. Supongo que la Guardia Civil y los policías nacionales que llevan la investigación atan los cabos de tal forma que se pueda detener a esa chica.

—Pero no has pensado, Pablo —intervino Celia—, que quizá a esa niña no le quedó más remedio que actuar, como lo hizo, para defenderse. Estamos hartos de

ver noticias de esas a diario en la televisión. Alba no pudo más y decidió tomarse la justicia por su mano.

—Tomad un poco de café —ofreció la abuela—. Qué así podremos pensar mejor.

Pablo Masalle se puso en pie y cogió la cafetera y fue vertiendo café en las tazas. —Ahora que estamos todos menos Luisa —habló la abuela Rosario—, os quiero decir que lo de la atracción de ese policía por Alba me parece poco creíble. Por muy trastocado que esté, no tiene ningún sentido que un policía nacional hecho y derecho se desplace dos horas en coche buscando a una niña que podía ser su nieta. De todas las hipótesis que se pueden plantear, esa es, con diferencia, la más descabellada.

Petra y Aurora cruzaron sus miradas, algo que no pasó desapercibido a la anciana.

—Si ese policía venía por aquí y hablaba con Alba es por que buscaba algo, y no creo que fuese a ella —siguió argumentando la anciana—. Además, creo que Alba y Luisa se llevaban muy bien —dijo poniendo énfasis en la última palabra.

—Bueno —habló Pablo Masalle—, Luisa siempre ha tenido fama de... En fin, que yo también he oído que esa cría y ella estuvieron muy unidas. Pero de eso algo sabréis vosotras —dijo mirando a Petra y a Aurora—. O acaso estáis encubriendo a vuestra amiga.

Ninguna de las dos replicó.

—Aurora, hija —arrugó la boca su madre a punto de llorar—. Si tienes algo que decir dilo, por favor. No es momento ni de secretos ni de misterios.

Ninguna de las dos dijo nada. Y ahora ni tan siquiera se miraron.

A las 19 horas y 30 minutos del domingo 16 de agosto, el teléfono móvil de Diana Dávila sonó cuando conducía el coche que le prestó la comandancia de Castejón de Sos, estaba a punto de llegar a Huesca.

—Diana —dijo Vázquez—. ¿Qué tal vas?

—Estoy conduciendo Vázquez, me queda poco para llegar a Huesca.

—¿No estarás hablando mientras conduces?

—No, que va. Llevo conectado el altavoz. Dime, ¿qué ocurre?

—Aquí ya hemos terminado con las brujas —sonrió socarrón el inspector jefe—. Luisa, como ya me había imaginado, no ha querido responder a ninguna de las preguntas que le hemos hecho. Aunque tengo la impresión de que contigo sí que ha hablado bastante, ¿verdad?

—Sí, ya nos has visto —comentó Diana subiendo el volumen del altavoz del vehículo—. Hemos hablado un rato; aunque tampoco me ha dicho nada nuevo. Sé que todas conocían a Andrés por que había estado por Laspaúles buscando el dichoso libro.

—Ah, ya, el libro —respondió amargo el inspector jefe—. Ese libro es una de las claves principales que nos llevará a resolver el crimen —aseveró convencido—. Es necesario que asistas a la declaración de Alba Mange en la comisaría de Huesca para averiguar por qué ese libro era tan importante para el banquero. La chica responderá a las preguntas del instructor, pero tengo entendido que es un policía de judicial, de incidencias, por lo que ese agente no tendrá ni idea de qué estamos investigando. Ya sabes como son estas cosas, se limitará a preguntarle si conocía a Andrés Hernández, de qué lo conocía y si sabe quién lo mató. Si dejamos que la judicial de Huesca sea la encargada de la declaración de Alba, será como si tenemos hambre y nos rascamos los huevos —dijo todo lo soez que pudo—. Es el momento de pillar a la menor desprevenida y hacerle las preguntas correctas para que sus respuestas sean válidas.

—¿Crees que ella es la asesina? —quiso saber, ladinamente, Diana.

—Estoy seguro de que no lo es, pero que sabe quién puede haber sido. Me han dicho que la estética de esa niña es parecida a la de Petra Cornel.

—Gótica —anotó Diana.

—Sí, Petra y Alba se parecen bastante, ya que la menor ha adoptado la subcultura gótica y viste como ella. Ya sabes, todo el rollo ese de trajes negros y maquillaje mortuorio para resaltar la palidez del rostro.

—A mí Petra más bien me ha parecido una “Emo” —interrumpió Diana. Vázquez no sabía a qué se refería.

—¿Emo? ¿Y eso qué es?

—Básicamente son lo mismo —respondió la oficial de policía—. Son tribus urbanas que se caracterizan por una forma peculiar de vestir y escuchan una música similar, rock, punk o hardcore punk —explicó Diana.

—Has dicho hardcore —interrogó el inspector jefe—. ¿Eso no es pornografía dura?

Diana no pudo evitar reír de forma estruendosa.

—No, no —siguió riendo mientras hablaba—. El hardcore, en este caso, es otra cosa bien distinta. Tiene que ver más como una forma de identificarse entre ellos, algo así como una marca de identidad.

—Yo imagino —habló Vázquez forzando una voz timorata—, que los góticos como Petra o Alba tienen cierta relación con el mundo de los muertos y lo oculto.

—No necesariamente —replicó Diana—; aunque pueden estar relacionados.

—Las concibo saltando la valla de los cementerios en la noche del Día de todos los Santos para reunirse alrededor de las tumbas, vistiendo ropas de la época victoriana —dedujo Vázquez—. ¿Me equivoco?

—No creo que vayan por ahí los tiros —contravino Diana—. Esas chicas, sobre todo Petra, me parecen más bien individualistas e introspectivas. Ni siquiera creo que tengan marcadas tendencias políticas o religiosas.

—Pues Petra lleva una cruz enorme colgando del cuello —anotó Vázquez.

—Sí, pero forma parte de su estética. En definitiva es una forma de llamar la atención.

—¿Has vuelto a recibir algún SMS más desde el móvil de Andrés? —cambió de conversación el inspector jefe.

—De momento no, pero tienes que averiguar quién los está enviando —inquirió Diana—. Quién los envía es el asesino —aseguró.

—No, Diana —corrigió Vázquez—. Quién los envía es quién tiene el teléfono de Andrés, pero no significa que sea el asesino. Ya lo hemos hablado.

Diana estaba dejando la autovía para incorporarse a la carretera de Siétamo dirección a Huesca. Se quedó en silencio unos segundos.

—¿Diana? —preguntó Vázquez—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —balbuceó la oficial de policía—. Estaba pensando que...

—¿Qué?

—Igual son tonterías mías —dijo—. ¿Pero tú has visto el cuerpo de Andrés? Vázquez resopló con fuerza.

—Ya sé adónde quieres ir a parar Diana. No lo he visto, pero te puedo asegurar que el cadáver que hay ahora mismo en el Tanatorio Municipal de Jaca es el de nuestro compañero y amigo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por que lo han inspeccionado los compañeros de policía científica y por que no hay lugar a dudas de que es él. ¿A qué viene eso ahora?

Diana arrugó los ojos a punto de llorar; aunque Vázquez no pudo verla.

—No sé, eso de que me estén llegando mensajes desde su teléfono y esa llamada perdida que recibí justo después de que lo asesinaran... Bueno, no me hagas caso, había pensado en la posibilidad de que no estuviera muerto y que me mandara mensajes para...

—Diana —habló con seriedad Vázquez—. Si Andrés no estuviera muerto, ya te habría llamado para decírtelo. Eso lo puedes tener por seguro. Créeme, está muerto y su cuerpo depositado en el tanatorio de Jaca. No tardaremos mucho en resolver el crimen, científica y judicial de la Guardia Civil está empleándose a fondo y esas chicas, todas —aseguró Vázquez—, de una forma o de otra están implicadas. Eso no lo hemos dudado en ningún momento. El sargento Padilla ha insistido en el asunto de la brujería, que por cierto tengo novedades —avanzó.

—¿Novedades? —preguntó Diana al ver que Vázquez no seguía hablando—. ¿Qué clase de novedades?

—Verás —trató de explicar el inspector jefe—. Cuando hemos terminado de hablar con Luisa Cortillas, que ya te he dicho que no nos ha querido decir nada, acogiéndose a su derecho de no declarar, el sargento Padilla nos ha invitado a una cerveza en el bar que hay al lado de la comandancia —Diana recordó haber pasado por ese bar cuando llegaron a Castejón de Sos—. Así que nos hemos ido los tres: Padilla, Medina y yo, a echar un trago. En el bar no había nadie, y no por que fuese domingo por la tarde, sino por que a partir de las siete de la tarde ya no están los habituales que van cada tarde a jugar la partida de cartas. Bueno, a lo que voy, el trago ha sido corto, pero el dueño del bar es un tipo muy peculiar, un lugareño que lleva toda la vida por aquí. Lo chocante de ese tío, es que posee un nivel cultural insólito para alguien que se supone está todo el día sirviendo cervezas en un bar de pueblo. Fíjate —se centró Vázquez en lo que quería explicarle a Diana—, que nos ha comparado a las cuatro chicas: Petra, Aurora, Luisa y Alba, con las hijas del zar Nicolás II de Rusia.

—¿Qué quieres decir? —interpeló Diana, sin comprender a Vázquez.

—Yo no sé mucho de historia, y menos relacionada con la Revolución Rusa —siguió hablando el inspector jefe—, pero mira por donde el tío del bar nos ha hecho un paralelismo entre las hijas asesinadas del zar que se llamaban Anastasia, María, Tatiana y Olga y las chicas de Laspaúles, Suils, Villarrué y Huesca. ¿Y tú me preguntarás de qué estoy hablando? —preguntó de forma retórica—. Pues ya ves Diana, que el tío del bar dice que Anastasia tenía 17 años cuando fue asesinada, María 19, Tatiana 21 y Olga 23. Y el hombre, que conoce a todos los vecinos de aquí, enseguida ha sacado cuentas con las edades de Alba,

que tiene 15, Petra, que tiene 18, Aurora que tiene 19 y Luisa que tiene 20. Diana orilló el coche en un descampado que había en la zona industrial a la entrada de Huesca, le costaba trabajo mantener la conversación con Vázquez al mismo tiempo que conducía.

—Vázquez, sé más claro —protestó—. No sé qué es lo que me quieres decir o qué quieres darme a entender.

—Bueno Diana, ya sabes cómo me gustan a mí las casualidades.

Diana se acordó de cuando atraparon al asesino del abecedario y de todas las hipótesis descabelladas que Vázquez fue exponiendo al principio de la investigación.

—Sí, ya lo sé. Y por eso te digo que dejes de enlazar de forma fantástica los datos de la investigación. Si lo que me quieres decir es que estas chicas de Laspaúles son la reencarnación de las hijas del zar de Rusia... —Diana se detuvo para coger aire—. Bueno, Vázquez, que mejor nos centramos en datos objetivos. Recuerda lo que decía constantemente tu amigo, el comisario Celestino Rivero de la unidad de delitos tecnológicos de Madrid.

—Las casualidades no existen —murmuró Vázquez—. Por eso, más a mi favor. Si no existen las casualidades es por que la relación entre...

—¡Basta! —gritó Diana—. Es solo una coincidencia. Solo eso.

—Bueno, entonces lo siguiente que te iba a decir tampoco tendrá sentido —siguió fabulando el inspector jefe.

Diana estaba cansada para escuchar las hipótesis descabelladas de Vázquez.

—¿Hay más?

—El tío del bar ha seguido hablando —continuó con su historia el inspector jefe.

—Pues sí que ha dado de sí esa cerveza —dijo irónica Diana.

—Ya sé que pensarás que estoy chalado, pero un buen investigador es el que no descarta nada. Nada —repitió elevando la voz. Diana se acordaba de la historia que le había contado Andrés de una vidente que fue a la comisaría de Girona a decirles que sabía donde estaba enterrado el cuerpo del empresario secuestrado por el Grapo, Publio Cordón, y que los policías no le hicieron caso. Andrés le recordó, cuando le contó esa historia, que no había que descartar ninguna prueba o indicio en las investigaciones policiales—. El tío del bar —siguió contando Vázquez—, conoce la historia de todos los pueblos de la zona. Nos ha dicho que en el año 1592 se produjo la mayor matanza conocida de brujas en la historia de la brujería aragonesa, donde fueron ahorcadas un total de 24 mujeres.

—¿A las brujas no las quemaban? —interrumpió irónica Diana.

—Pues mira, eso mismo le he preguntado yo al tío del bar. ¿Y sabes qué me ha dicho? Que eso de que a las brujas las quemaban es un bulo, la mayoría morían en la horca. ¿Y sabes de donde eran todas esas brujas que ajusticiaron?

—Déjame adivinar —le siguió la corriente Diana—. ¿De Laspaúles?

—Sí, ríete todo lo que quieras Diana. Pero entre los años 1592 y 1644, en Laspaúles y pueblos colindantes se cometió la mayor matanza de brujas en procesos de la justicia local, es decir concejos y autoridades municipales. Pero voy al grano, para contarte lo que tiene miga de esta historia. Tres de las brujas más conocidas y reputadas y que fueron ahorcadas en el año 1645, casi al final de la caza de brujas, eran amigas y respondían a los nombres de Mariana Cornel, María Antonia Masalle y María Cortillas. ¿Qué te parece?

—Que los tres apellidos coinciden —respondió quedamente Diana—. Son apellidos normales de la zona —dijo como explicación—. No tiene nada de especial que tres amigas se llamen igual que esas mujeres que dices que mataron. Y te voy a decir algo más, ni siquiera sería representativo que también coincidieran sus nombres. No me impresionan tus coincidencias —aseguró de forma desagradable.

—Ya veo —lamentó lacónico el inspector jefe—. Entonces lo de la hora del diablo, que son las tres de la madrugada, que es cuando esas brujas se reúnen en la casa donde mataron a Andrés...

—¿No eran las doce, la hora de las brujas? —contravino Diana.

—Sí y no —respondió Vázquez—. Las doce es la hora de las brujas, pero las tres es la hora del diablo.

—Eso también te lo ha dicho el tío ese del bar —dijo Diana, bromeando.

—Pues sí, ese tío sabe más de brujas y diablos que nadie —asintió Vázquez—. Incluso recuerdo que nos ha contado que si alguien se despierta a esa hora con respiración agitada, espasmos musculares o angustia, es por que está siendo víctima de una presencia maléfica a su alrededor. Además, las tres de la madrugada es el momento en que se rompe el velo entre los muertos y los vivos, facilitando que el diablo cruce a nuestro plano.

—No sé si lo que quieres es asustarme o que a ese tío del bar se le ha ido la mano poniendo cerveza. ¿No estarás borracho?

—No —protestó Vázquez—. Y te recomiendo que no te tomes estas cosas a broma.

—Ahora me vas a decir que crees en brujas —Diana se había puesto seria—. Porque como broma creo que ya está bien. Puestos a buscar coincidencias te podrías haber fijado que Aurora Masalle tiene el pelo teñido de rojo, que Petra Cornel tiene un cicatriz de nacimiento en el hombro que simula una media luna y que Luisa Cortillas porta un pentágono tatuado en la parte trasera de su muslo derecho. Y a ver con que me encuentro cuando conozca a Alba Mange. Imagino que para ti todo eso son marcas de bruja, ¿no?

—Seguramente —asintió Vázquez—. Que esas cuatro son brujas no lo hemos

dudado nunca. Y ahora que sé que son descendientes de brujas ahorcadas en el año 1645, mucho más.

—Está bien Vázquez. Échate un rato y descansa —recomendó Diana—. Yo voy de camino a la comisaría de Huesca a tomar declaración a Alba Mange, a ver qué saco en claro con esa cría —Diana dio por sentado que Vázquez había bebido, pero no se lo dijo para no ofenderle.

—Llámame cuando termines.

—No. Descansa y mañana ya nos veremos.

—Por cierto —se acordó el inspector jefe—, mañana entierran a Andrés a las doce en Huesca.

—¿En Huesca?

—Sí, claro. Él es de allí. Trasladarán su cuerpo desde Jaca.

—¿Vendrás?

—No creo, tengo aún mucho trabajo aquí.

—¿Trabajo, qué trabajo? Cazar brujas —dijo insultante Diana.

Vázquez no respondió y la oficial de policía se dio cuenta de que lo había ofendido.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy desconcertada con todo esto.

—No te preocupes Diana, a mí me pasa igual.

Los dos colgaron el teléfono al mismo tiempo. Y cuando Diana se disponía a reanudar la marcha para ir a la comisaría de Huesca, recibió un SMS en su móvil desde el teléfono de Andrés con el texto: “*Por celos también se mata*”. Copió el texto y se lo envió en un WhatsApp a Vázquez. Mira lo que me acaba de llegar ahora, le escribió.

Eran las ocho de la tarde, del domingo, cuando Petra Cornel y Aurora Masalle se reunían en la casa de Luisa Cortillas, en Laspaúles. Petra y Aurora llegaron caminando, pese a las objeciones que pusieron la abuela Rosario y los padres de Aurora a que las chicas se reunieran. La abuela les dijo que tanto la policía como la guardia civil estaban pendientes de todo lo que hicieran. Frente a la casa de Luisa se habían reunido varios jóvenes en la casa de su vecino, obligando a que las chicas bajaran las persianas pese al calor de agosto; los chicos estaban, literalmente, espiándolas. Varias mujeres del pueblo se habían sentado en uno de los bancos de la esquina de la calle y murmuraban bajo la atenta mirada de los ocupantes de un Opel Astra de color azul, que todos sabían eran guardias civiles de paisano que las vigilaban.

—La policía está en Huesca interrogando a Alba —habló Luisa mientras conminaba a sus amigas a que tomaran asiento en el salón de la casa.

—¿Ha sido ella la asesina? —preguntó Aurora, visiblemente asustada. Su rostro se había transformado en una mueca de miedo—. Mis padres dicen que la culpa de todo la tiene Alba y según mi padre todo esto es un castigo por nuestros actos. Petra sonrió con cierto aire de ironía, que disgustó a Aurora.

—Debemos permanecer unidas en esto —peroró—. Ahora más que nunca debemos estar juntas y no veniros abajo. Sé que estás asustada, pero también lo estamos nosotras. Es vital que sigamos unidas y que no entremos en el juego de la guardia civil y de esos policías que han venido de Madrid. Lo que hemos hecho hasta ahora no ha matado a ese policía, pero desconocemos si nuestras acciones son las que le han llevado a la muerte —Luisa se adentró en la cocina y abrió la nevera—. ¿Tienes la Ouija aquí? —le preguntó Petra, elevando la voz para que la oyera.

Luisa salió de la cocina con varios botellines de cerveza en la mano.

—Sí y no —respondió—. Sí que la tengo, pero no vamos a usarla.

—Vamos Luisa —insistió Petra—. Después de todos los años que llevamos con esto y ahora te rajas cuando tenemos la mejor oportunidad de contactar —dijo sacando un pañuelo de papel de su bolso, que deslió sobre la mesa de centro—. ¿Has traído tu objeto? —le preguntó a Aurora.

Aurora seguía con la cara desencajada.

—Sí —respondió—. Pero estoy con Luisa en que es mejor olvidarnos de todo esto. Ahora no es el momento y no me extrañaría que la guardia civil hubiera puesto micrófonos en la casa.

—Ja —exclamó Luisa—. Lo que me faltaba ahora.

—Saca tus tijeras —le dijo Petra a Luisa—, y hagámoslo ahora. Podemos

preguntar quién mató al policía y si la guardia civil ha puesto micrófonos sabrá la respuesta.

Luisa abrió tres cervezas y bebió a morro de una de ellas.

—Ya sabéis que yo no me amilano ante nada —comenzó a explicar—. Pero quizá no estamos preparadas para convocar según qué fuerzas y, como dicen los padres de Aurora, todo esto sea la consecuencia de nuestros actos. El descuido de Alba de dejarse el libro en la casa de los Oliván puede que no fuese casual, ni siquiera que el policía lo hallara, pero sin el libro la sesión no está completa —mientras hablaba se levantó y abrió un cajón del aparador que había en el salón—. Podemos, como dice Petra, utilizar la Ouija para invocar a los espíritus y preguntarles quién mató al policía, pero yo ya comienzo a tener el mismo miedo a la guardia civil que al Demonio. No me gustaría pasarme los próximos veinte años en la cárcel —concluyó.

Mientras Luisa hablaba, Petra cogió con la mano el pasador de oro de su abuela Rosario y lo puso en el centro de la mesa. El alfiler brilló bajo la luz del salón.

—El trueque es algo tan antiguo como el propio ser humano —habló de nuevo Luisa, sacando un estuche del cajón del aparador y dejándolo al lado del imperdible de la abuela de Petra—. Nadie hace nada por nada y mucho menos los espíritus, sean buenos o malos. Eso ha sido siempre así y el altruismo es una palabra carente de significado, inventada para que nos sintamos reconfortados, pero no existe como tal.

Aurora y Petra vieron como abrió el estuche y extrajo la aguja de acero inoxidable, modelo Magnum de 4 puntas, con la que le tatuaron el pentágono cuando tenía 13 años.

—Esta aguja, ese imperdible y —miró a Aurora esperando a que mostrara su objeto—, son las piezas que se cobran a los que les pedimos algo a cambio. ¿Pero no os habéis preguntado cómo puede un difunto recibir estos objetos? Acaso creéis que se conforman con verlos. No, ellos también los quieren poseer para su colección. Los espíritus no son diferentes a nosotros y ansían lo mismo que buscamos todos.

Aurora abrió su bolso y mostró las tijeras de costura con forma de cigüeña, simulando el ojo pulgar y anular las patas del animal, y la hoja fija y móvil el pico. Las tijeras eran de su madre y se las cogió hacía un año, cuando comenzó a salir con Petra y Luisa y le pidieron un objeto de valor para intercambiar con los espíritus a los que invocaban, desde entonces su madre las había buscado con desesperación, dándolas finalmente por perdidas.

—La única vez que más cerca hemos estado de una presencia, fue en la casa de los Oliván la noche que Alba participó con el libro de Goethe. Algo tiene ese libro que codician los espíritus y por eso sentimos aquellas voces cuando nos

reunimos alrededor del pentágono. Ya os dije que la idea de sentarnos cada una de nosotras al lado de una de las piedras, haría que quedara un espacio libre para que lo ocupara el espíritu. Y estoy segura de que así lo hizo, y por eso forzó a que Alba olvidara el libro y él lo cogió después.

—¿Él? —interrumpió Aurora—. Pero si lo cogió el policía.

—Siempre decimos que los designios de Dios son inescrutables, pero en realidad deberíamos decir que todos los designios del más allá lo son —profetizó Luisa—. Que ese policía nos siguiera buscando a Alba, allá él con sus motivos, fue determinante para que se encontrara con el libro que ella descuidó en la casa. Ese libro le sirvió como herramienta para obligar a que Alba regresara a casa con sus padres, pero los poderes del otro mundo son más poderosos que los de éste. Estoy segura, es más: estoy convencida, de que el libro lo tiene quién lo tiene que tener. Y por eso murió el policía, por que su legítimo dueño, desde el momento que lo invocamos, lo cogió. Ahora, si lo convocamos para que nos diga quién mató al policía, nos podemos llevar una sorpresa, pero nada hemos de temer ya que el espíritu cogerá uno de estos objetos —dijo pasando su mano por encima del imperdible de Petra, las tijeras de Aurora y la aguja de cuatro puntas que ella misma había dejado en la mesa—. Cuando hayamos terminado nos iremos todas de aquí —sugirió—, tú a tu casa —señaló a Petra—, tú a la tuya —apuntó con el dedo a Aurora— y yo dormiré en el hospital de Jaca donde dispongo de una habitación para dormir cuando tengo turno de noche.

Petra y Aurora la miraron, consternadas.

—Pero... —balbuceó Aurora—. Si el espíritu o el Demonio, como dices tú, se ha cobrado su objeto... ¿Dónde está el trueque? Se supone que él ha de dar algo a cambio. Y de momento solo ha traído un asesinato y el peso de la sospecha que cae sobre todas nosotras.

—Sí, Luisa —intervino Petra—. Creo que nada de lo que pedíamos se ha cumplido. Ni Aurora es más guapa —dijo mirándola—, como ella había solicitado. Ni yo he podido recuperar a mis padres, ni tan siquiera he conseguido hablar con ellos, ni la madre de Alba ha sanado de su cáncer. Por lo que tú tampoco has cumplido tu pretendido deseo de ayudarnos a nosotras —cuestionó—. Sin embargo él ha conseguido el libro.

Luisa sorbió un largo trago de cerveza que la obligó a soltar un desagradable eructo.

—Tampoco sabemos dónde está el libro. Según Alba el libro lo cogió el policía, pero la noche que habían quedado para que se lo entregara, Alba dice que no fue a la cita.

—¿La crees? —preguntó Petra alargando la mano para coger su cerveza—. ¿Realmente crees que Alba dice la verdad? Porque yo ya empiezo a dudar de

ella.

—Y si en vez de tanto hablar, preguntamos quién mató al policía y dónde está el libro —dijo Luisa poniéndose en pie y abriendo otro cajón del aparador del salón—. Es lo que deberíamos haber hecho ayer por la noche cuando nos reunimos en la explanada.

—Espera —intervino Aurora visiblemente nerviosa—. Espera un momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luisa extrayendo del cajón la tabla de la Ouija.

—¿Y si el libro no es lo que busca el Demonio? ¿No os lo habéis preguntado? Petra y Luisa encogieron los hombros.

—Y si lo que busca es la muerte.

—¿El policía? —interrogó Petra.

—Sí, sí. Él no quiere objetos y el policía es su premio. Después de todo se lo ha llevado.

Las ventanas cerradas, y la falta de aire acondicionado, hacían que las tres chicas sudaran por el calor de agosto. Los brazos de Luisa estaban completamente mojados.

—Entonces, mejor se lo preguntamos —sugirió Luisa.

—No la estás escuchando —protestó Petra—. Lo que quiere decir es que si su premio es la muerte y nos responde, entonces se cobrará con una de nosotras y no con los objetos —recogió el pasador de su abuela y se lo metió de nuevo en el bolso.

Pasaban cinco minutos de las ocho de la tarde, del domingo 16 de agosto, cuando Diana Dávila aparcaba el coche, que le prestó la comandancia de Castejón de Sos, un Opel Astra de color azul, en el perímetro de la comisaría de Huesca. La oficial bajó del coche y se adentró con celeridad en la comisaría. El policía de la puerta ya la conocía y sabía que la estaban esperando.

—Buenas tardes —saludó—. La esperan en la planta de arriba, en el despacho de judicial.

Diana respondió al saludo y subió por las escaleras hasta la primera planta. Por unos instantes tuvo una sensación de congoja al hallarse de nuevo en la comisaría de Huesca, hacía cinco años que hizo las prácticas allí y desde entonces no había regresado.

En el despacho de judicial, del grupo primero, la recibió un joven agente que estaba de incidencias de fin de semana. En la sala estaban sentados los padres de Alba Mange, el banquero, Arturo Mange y su esposa, Lucía Otal.

—Buenas tardes —saludó—. Soy Diana Dávila, de la comisaría de Murcia.

El policía de judicial, que no conocía a Diana, se puso en pie y se entrevistó con ella en una sala aparte.

—¿Eres la policía de Murcia? —le preguntó.

—Sí. ¿Ha llegado el abogado?

—Aún no, lo estamos esperando. Me han dicho que le tengo que tomar declaración a la chica como sospechosa del asesinato de nuestro compañero. Menuda jodienda eso de tener que trabajar el domingo por la tarde —resopló molesto.

Diana comprendió por qué Vázquez le había dicho que viniera ella a oír en declaración a la menor; ese agente no tenía ningunas ganas de trabajar.

—Si no te importa me encargaré yo de las preguntas —ofreció Diana.

El policía asintió feliz, parecía que Diana le quitaba un peso de encima.

—Yo, es que no sé ni qué preguntar —se excusó.

El teléfono del despacho de judicial sonó y el policía entró en la sala con celeridad para atender la llamada.

—Sí. Dile que suba.

Cuando colgó se dirigió a Diana.

—El abogado ya está abajo, sube enseguida.

Diana y el policía de judicial, que la oficial supo se llamaba Ramón, se sentaron frente al matrimonio y la hija de ambos. En medio había una mesa limpia de objetos y un ordenador con la aplicación de atestados abierta.

—Buenas tardes —saludó el letrado—. Lamento la tardanza, pero es que me han

pillado en Medinaceli.

—Hola Joaquín —se puso en pie el señor Mange—. Han citado a mi hija para declarar.

El letrado miró al policía de judicial esperando una explicación.

—Es una exploración a Alba Mange —aclaró Diana, ante la pasividad de su compañero—. No está imputada, pero su declaración es importante para esclarecer un crimen.

—¿No será el de ese policía que han asesinado en Laspaúles? —se interesó el letrado.

—Sí, ese es —dijo melancólica Lucía Otal, que no había hablado hasta entonces.

—Alba puede aportar información que nos ayude a completar el atestado — siguió explicando Diana—. Ella lo conocía.

—Ella y nosotros —volvió a intervenir el señor Mange.

El abogado extendió un carné colegiado que entregó en mano al policía de judicial.

—Joaquín Lacasa, colegiado número 755 —dijo el policía en voz alta mientras anotaba su nombre en la cabecera de la exploración de Alba Mange—. Yo haré de secretario —le dijo a Diana.

La oficial agradeció la disposición del policía. Ella se encargaría de hacer las preguntas y él de transcribir lo que hablaran en el atestado.

—¿Quieren hablar antes de comenzar? —preguntó Diana.

El letrado negó con la cabeza.

—No es necesario. Podemos comenzar la declaración ahora mismo.

El señor Mange lo miró censurando las prisas de su abogado.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

El abogado aceptó.

—Sí, claro. Salimos fuera —le dijo a Ramón y a Diana.

—Claro, claro —aceptó Ramón. Diana no dijo nada.

Mientras los policías se quedaron en silencio con Alba y su madre, en el despacho de judicial, el señor Mange y el letrado salieron al pasillo.

—¿A qué vienen esas prisas, Joaquín?

El letrado sonrió.

—Tranquilo, Arturo —le dijo—. Si hablo primero con tu hija, los policías sospecharán de que tenemos algo que ocultar. Y supongo que tu hija no tiene nada que ocultar, ¿verdad?

El señor Mange negó con la cabeza.

—No pasa nada. Tan solo es una declaración en dependencias policiales, no vinculante. Lo que tu hija diga no afectará a su posible acusación. Además, como es menor, puedo interrumpir en cualquier momento y decidir qué pueden

escribir en el atestado y qué no.

—Bueno, lo dejo en tus manos —aceptó de buen grado el señor Mange.

Los dos entraron de nuevo al despacho de judicial. Lucía Otal permanecía con el rostro desenchajado, mientras que su hija mostraba una actitud altiva que no se correspondía a una chica de su edad. Pese a todo, sus ojos mostraban miedo.

—Comenzamos —dijo Diana.

Ramón puso las manos sobre el teclado.

—Hábleme del libro de Goethe —le preguntó Diana al señor Mange.

El letrado torció el gesto.

—¿No era la chica la que tenía que declarar? —cuestionó.

—Así es —explicó Diana—. Pero para establecer un orden, antes tenemos que saber por qué el señor Mange requirió a Andrés Hernández para que buscara un libro que había perdido o que le habían robado.

—¿Tiene ese libro algo que ver? —interrogó el letrado.

—Seguramente sí —respondió el señor Mange—. Como sabrás —dijo como si hablara únicamente con el letrado—, poseo una extensa colección de libros en mi librería del piso de Huesca —Diana le hizo un gesto a Ramón para que no escribiera, a la oficial de policía le interesaba extraer toda la información posible para establecer un vínculo entre el libro y la muerte de Andrés—. Creo que debo tener más de un millar de libros; algunos muy valiosos. Pero de lo que estoy seguro es que el más importante, de todos mis libros, es una edición del Fausto de Goethe. Es un libro único en el mundo, ya que fue publicado en el año 1882 por Casa Editorial Maucci, de Barcelona, con ilustraciones de Alejandro Liezen Mayer, R. Seitz y A. Schmitz. Además fue traducido al castellano por Teodoro Llorente Olivares.

—¿Qué hace a ese libro tan especial? —interrogó Diana cuando el señor Mange detuvo su explicación.

—Hay muchas ediciones de ese año —respondió meditabundo—. Creo que la impresión original fue de mil en total. Pero el que yo poseía había sido firmado por el propio grabador Liezen Mayer en la página 249. En concreto es un grabado con el título “*Margarita al torno de Liezen Mayer*”.

—¿Liezen Mayer? —preguntó Diana anotando el nombre en un folio que cogió de la impresora.

—Sí —respondió el señor Mange—. Es un reputado grabador, al igual que Seitz y Schmitz, pero este primero estuvo en Barcelona el año que Casa Maucci imprimió los ejemplares y firmó ese grabado de uno de los primeros en salir de la imprenta. Es algo inusual, pero el impresor se lo solicitó y el grabador aceptó.

—¿Cómo sabe eso? —se interesó Diana.

El señor Mange se encogió de hombros, no había entendido la pregunta.

—Digo qué como sabe que esa firma es original de ese grabador... —Diana miró sus notas—, Liezen Mayer. Podía haberlo firmado cualquier otra persona.

—Oh, no —balanceó la cabeza el señor Mange—. Maucci es un impresor muy reputado y él garantiza que fue el propio Liezen quien firmó el grabado. Además tengo una copia de un artículo extraído de la hemeroteca digital de la Vanguardia donde dice que ese año, el 1882, Liezen Mayer visitó la editorial. Su firma la he contrastado y es auténtica, eso se lo puedo asegurar.

—Aclarado —afirmó Diana—. Ahora dígame de qué habla ese libro y por qué es tan importante, aparte del grabado firmado por el tal Liezen.

La expresión de Lucía Otal, y de su hija Alba, se había relajado. Diana había establecido un dialogo con el señor Mange que rebajó la tensión. Por su parte, el letrado Joaquín Lacasa se limitaba a escuchar las respuestas de Arturo Mange, pellizcándose la perilla.

—El libro de Fausto es una obra cumbre de la literatura universal y se basa en una leyenda clásica de la literatura alemana. Lo más absorbente de la obra son los diálogos que se establecen entre Mefistófeles, el diablo, y Fausto, al que vende su alma por conocimientos ilimitados. Dicen que esos diálogos se produjeron de verdad y que el autor se limitó a transcribirlos...

El señor Mange miró al techo y trató de reproducir alguno de los pasajes de la novela con voz poética.

—El diablo dice:

«Volveré obediente y fiel, y entonces dispón de mí.»

—Fausto le replica:

«Este lazo no tendí; cúlpate, si diste en él». «Si la cola le cogieras al Diablo, tira, y no esperes cogerla por vez segunda.»

—Y entonces Mefistófeles le dice:

«Contigo quedo, si un trato aceptas.»

—Fausto le pregunta de qué trato se trata:

«¿Cual?»

«El de hacer cuanto quepa en mi poder por que pases bien el rato.»

—Y Fausto acepta el trato:

«Si la cosa es divertida, comienza ya.»

—¿Esto es importante para su investigación? —cuestionó el letrado cuando el señor Mange terminó de citar los pasajes del libro?

—Es un comienzo —dijo Diana—. ¿Por qué estaría interesado alguien en robarle ese libro precisamente?

—Es evidente —respondió el señor Mange—. Por su valor, incalculable.

—¿Por qué requirió la ayuda de Andrés Hernández para que hallara el libro? —preguntó Diana—. Y también me gustaría saber cómo supo, o quién le dijo, que

Andrés aceptaría ese encargo.

—Si quieres no tienes que responder —recordó el letrado—. Nos han citado aquí para tomar declaración a tu hija, no a ti.

—Antes me has dicho que debemos parecer que no tenemos algo que ocultar —anotó el señor Mange—. Y como no tenemos nada que ocultar, estoy dispuesto a responder a todas las preguntas que me hagan.

El letrado asintió.

—Dado el valor especial de ese libro —respondió el señor Mange a la pregunta de Diana—, y no queriendo inmiscuir a la policía, por la publicidad que eso podría conllevar, me decidí a llevar el asunto con la mayor cautela posible. Un compañero del banco San Jorge, en Zaragoza, al que le comenté lo ocurrido, me recomendó que hablara con Andrés Hernández, al que conocía desde hacía años y que sabía que era un policía íntegro y prudente. Ese mismo compañero del banco fue el que me facilitó el teléfono de Andrés.

—¿Habló con Andrés?

—Sí, claro. No solo hablé, sino que el policía estuvo en mi piso y le enseñé dónde estaba el libro antes de que desapareciera.

—¿Cómo quedaron?

—No le entiendo.

—Qué cómo quedaron. Le pagaría usted por el trabajo, le daría él información puntual de lo que fuese averiguando. Le dijo si sabía dónde estaba el libro, por ejemplo.

—No quedamos en nada en concreto. Solo que en cuánto supiese algo me lo haría saber.

—¿Le dijo Andrés si sospechaba de alguien?

El señor Mange no respondió y miró a su mujer y a su hija. Alba bajó los ojos.

—No, no me dijo nada —respondió finalmente el señor Mange.

—A partir de ahora ya puedes escribir todo lo que hablemos —le dijo Diana a Ramón. Entonces miró a Alba directamente a los ojos, y para sorpresa de todos le preguntó:

—¿Por qué robaste el libro de tu casa?

A las nueve de la noche del domingo, el inspector jefe Vázquez recibió una llamada en su teléfono móvil de un subinspector de la Brigada de Delitos Tecnológicos de Madrid. Al mediodía lo había llamado él para encargarle el seguimiento de los dos números que habían contactado con Diana Dávila. Uno era el del propio Andrés Hernández a través de los cuatro mensajes de texto que le habían llegado a la oficial de policía. La Guardia Civil de Castejón de Sos ya tenía conocimiento de que Vázquez se estaba encargando de las gestiones de los móviles, el propio inspector jefe se lo había hecho saber al sargento Padilla al término de las declaraciones de las tres chicas. Le contó lo de la llamada perdida que Diana había recibido instantes después de ser asesinado y lo dificultoso que era la localización exacta del móvil en el momento de realizar la llamada, al igual de lo complicado del seguimiento del extraño móvil que mandaba los SMS a Diana. Para localizarlo convenientemente era necesario que la red de repetidores funcionara perfectamente, algo complicado en unas poblaciones donde apenas había repetidores de telefonía móvil lo suficientemente entrelazados como para centrar el lugar exacto desde donde emitía el teléfono. La llamada debió efectuarse, seguramente, desde el mismo lugar del asesinato de Andrés, es decir: desde la vieja casa de los Oliván. Respecto a los mensajes, que Vázquez le enumeró al sargento Padilla, podían haberse mandando desde Laspaúles, Suils o Villarrué. Pero en cualquier caso coincidían con el itinerario de las principales sospechosas.

—No te lo vas a creer —inició la conversación el subinspector.

Vázquez conocía desde hacía varios años a ese policía. Eran un subinspector joven, apodado “*el civilón*”, ya que antes de entrar en la policía nacional, había sido Guardia Civil. El agente era especialista en el área de telecomunicaciones de la policía, además de un eficiente investigador.

—Dispara —le conminó Vázquez.

—El número desde donde tu chica recibe los mensajes —le dijo—, corresponde, como ya te había dicho antes, a un teléfono registrado a nombre de Pere Ambrona. El chico murió en un accidente de tráfico en Tarragona.

—Sigue —le dijo impaciente Vázquez.

—La localización del teléfono es por la zona donde estás tú ahora; aunque no puedo centrarlo bien —se disculpó—, pero he realizado las gestiones que me pediste y después de fallecer el chico ese de Tarragona, la familia no dio de baja la línea y ha seguido pagando la cuota mínima durante todo este año.

—¿Por qué han hecho eso? —se interesó Vázquez.

—Sabía que me lo ibas a preguntar, así que te he ahorrado las gestiones. He

hablado con ellos por teléfono y, aunque me ha costado convencerles de que era para un asunto importante, al final han accedido a responder a las preguntas que les he hecho.

—No me jodas que los padres de ese chico tienen algo que ver —exclamó Vázquez.

—No, no. Deja que te explique y sabrás qué relación hay; aunque es de lo más curioso. Mira, los padres de Pere Ambrona viven en Tarragona, pero disponen de un pequeño apartamento en Cambrils, que alquilan a veraneantes como forma de sacarse un dinerillo extra. Tienen tres hijos, Pere, que falleció en accidente de tráfico, y dos más: un chico menor que Pere y una chica mayor que él, unos cuatro años, me han dicho.

—Al grano civilón, al grano —animó Vázquez.

—El apartamento de Cambrils que tenían alquilado es bastante viejo, ya que está en la zona del puerto, por lo que suele tener desperfectos. Ya sabes, la cisterna que gotea, fugas de agua en la cocina o el aire acondicionado que funciona mal. Todo eso me lo ha explicado la madre, y yo no he querido interrumpirla, ya que la mujer le gusta hablar de sus cosas. El caso es que el apartamento lo alquilan por meses, y nunca lo habitan los mismos. Unos van en junio, otros el julio, otros en agosto y unos franceses que suelen ir en septiembre. Luego, durante el invierno lo van alquilando semanas sueltas, sobre todo en abril que lo alquilan a los del *Saloufest*, ya sabes, esos estudiantes ingleses que van a Salou para emborracharse.

—Pero no me has dicho que el apartamento estaba en Cambrils —preguntó Vázquez.

—Sí, Salou y Cambrils están tocándose. De hecho la playa es la misma. Los estudiantes que no encuentran hoteles o apartamentos económicos, alquilan en Cambrils. Y los Ambrona lo han alquilado algún año en invierno, pero lo dejaron de hacer desde que unos estudiantes destrozaron su apartamento y tuvieron que invertir más dinero del que sacaron en arreglarlo. Bueno, como te iba diciendo, cuando se produce algún desperfecto en el apartamento, los inquilinos llaman a los Ambrona y estos, para ahorrarse contratar a un profesional, enviaban a su hijo mediano; parece ser que era muy manitas con las reparaciones. La noche antes de tener el accidente había estado en el apartamento arreglando la cisterna, ya que perdía bastante agua. Los Ambrona aseguran que el chico se dejó allí su teléfono móvil, por que no lo hallaron en el coche ni en las inmediaciones del accidente. Pero la inquilina del apartamento lo negó; aunque confirmó que Pere había estado esa tarde arreglando la cisterna.

—Has dicho inquilina —interrumpió Vázquez—. Entiendo que solo había una persona.

—Espera, espera, es que estoy dejando lo mejor para el final.

—Vamos civilón, ya sabes que no tengo tiempo.

—Ya casi estoy, Vázquez. Ya casi estoy. Los padres de Pere no dieron de baja el número, por que al mes siguiente de fallecer su hijo les llegó un cargo de un SMS enviado a un número que ellos no conocían. Al principio pensaron que alguien se había apropiado del teléfono de su hijo, pero ni lo dieron de baja ni lo denunciaron, según la madre de Pere fue por una cuestión sentimental. La mujer me ha dicho, con voz temblorosa, que albergaban la posibilidad de que su hijo regresara algún día. Y después de oírlos con atención les he hecho la pregunta que estoy seguro tú también te estás haciendo: ¿Quién era la inquilina del piso? Agárrate Vázquez, porque la inquilina era la señora Rosario Monteagudo, de la localidad de Villarrué.

Vázquez resopló con furia.

—¡No me jodas civilón! —exclamó enérgico.

—¿La conoces? Cuando me han dicho que era de Villarrué, he mirado las tres poblaciones que me dijiste que circunvalan el lugar del crimen, y he visto que está entre ellas.

—Es la abuela de una de las sospechosas —dijo Vázquez—. Pero no creo que esa mujer sea capaz de enviar mensajes de texto, el teléfono lo debe utilizar su nieta, Petra Cornel, una cría de estética gótica que ya hemos interrogado.

—Bueno, el teléfono del policía también coincide en la ubicación —siguió explicando el subinspector de Madrid—. Ya que el último mensaje que me has dicho que ha recibido tu chica, el que dice “*Por celos también se mata*”, cuando se ha enviado, el móvil estaba en Villarrué.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque se ha mandado a última hora del domingo y en esos momentos apenas había comunicaciones por la zona, entonces los repetidores de telefonía han sido más precisos. No te puedo concretar la calle, pero sí que ha sido en Villarrué, zona centro.

—O sea —concluyó Vázquez—. Que la persona que utiliza el móvil de Andrés y la que manda los mensajes desde el móvil de Pere Ambrona, es la misma. Y en este caso todo apunta a que es Petra Cornel.

—Yo no estoy ahí —dijo el subinspector de Madrid—, pero te he dado todos los datos de los que dispongo.

—Gracias amigo —se despidió Vázquez—. Ahora mismo se lo digo al sargento de la Guardia Civil para que solicite una entrada y registro en casa de esa chica. En cuanto hallemos el teléfono móvil de Pere Ambrona y el de Andrés, habremos dado con el asesino.

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos con la primera pregunta que le hizo Diana Dávila a la joven Alba Mange. No se lo esperaban. El primero en hablar fue el letrado venido de Zaragoza.

—Oiga —protestó—. Me han dicho que se trataba de una exploración a una menor de edad y no de una acusación formal, como acaba de hacer usted ahora.

—¿Por qué cree que fue mi hija la que robó el libro de Goethe? —preguntó a continuación el señor Mange.

El policía de judicial, que actuaba como secretario, no sabía qué cara poner. La tensión en el despacho de judicial se había incrementado hasta hacerse irrespirable.

—¿Te he hecho una pregunta? —insistió Diana mirando fijamente a los ojos de Alba—. Si la quieres responder la respondes, y si no, no.

Alba seguía altiva y su tez no mostraba ningún asombro de rubor. Apenas se había inmutado con la primera pregunta de la oficial de policía.

—No respondas —recomendó el letrado.

—¿Por qué crees que fue mi hija la que robó el libro del piso de Huesca? —intervino la madre de Alba.

Diana se echó para atrás en su asiento. Había de tomar las riendas de la comparecencia de la menor si quería establecer un vínculo entre la desaparición del libro de Goethe y el asesinato de Andrés Hernández.

—Miren —dijo observando con entereza al señor Mange y a su esposa—. Se ha cometido un crimen muy grave, un policía nacional ha sido asesinado en la localidad de Laspaúles —El matrimonio cabeceó asintiendo, ese dato ya lo conocían—. Si Andrés no estuviese buscando el libro que le robaron en su casa —dijo mirando al señor Mange—, nunca hubiera ido hasta Laspaúles, ya que esa localidad no es jurisdicción de la policía nacional. Ergo hay una causa efecto entre el robo o desaparición del libro y el asesinato de Andrés.

—No respondas —volvió a mediar el abogado. Alba había perdido la mirada por encima de la mesa donde el policía de judicial mantenía las manos sobre el teclado del ordenador.

Diana lamentó que Vázquez no estuviera allí con ella, sabía que el veterano inspector jefe determinaría la culpabilidad de Alba con solo mirarla a los ojos. Los padres de la menor la miraron esperando una respuesta por parte de su hija, en el fondo siempre creyeron que fue ella la que se llevó el libro.

—Andrés siempre sostuvo que fuiste tú la que cogiste el libro —habló el padre con tono melancólico, casi lloroso—. Pero somos tus padres y debemos creer lo que nos dices. Ya te lo preguntamos cuando desapareció el libro de Goethe, pero

siempre sostuviste que no tuviste nada que ver y que no sabías dónde estaba ese libro. Pero... —el señor Mange se aclaró la garganta para que su voz no se desvaneciera—, esas nuevas amigas que te has echado por ahí arriba no te traen nada bueno. Ya sabes que somos permisivos con tu forma de vestir —Diana observó que Alba no vestía de forma extrema; aunque supuso que se había vestido más recatada para asistir a la declaración—, pero tan solo tienes quince años y te espera toda una vida por delante. Lo de robar el libro, si es que lo has robado —anotó—, o lo de vestir como una vampiresa —la madre de Alba sonrió cuando su marido dijo la palabra vampiresa—, lo considero una chiquillería. Pero otra cosa es el asesinato —concluyó.

—Es una menor de edad —intervino el letrado—. No te has de preocupar por eso, Arturo.

—Es la única de esas chicas que es menor de edad —intervino de nuevo Lucía Otal—. No habéis pensado que esas ya tienen muy presente ese detalle y que por eso permiten que Alba se cargue las culpas.

Diana y el policía de judicial asistían impasibles al diálogo establecido entre los padres de Alba y su abogado. Ellos mismos iban deshilando la madeja.

—Mañana solicitaré a la Guardia Civil de Castejón de Sos la declaración de las otras chicas en calidad de imputadas —afirmó el abogado mirando a Arturo y a Lucía—. Pero dado que son cuatro imputadas distintas, yo solo puedo defender a una. En este caso Alba. Pero en cualquier caso ella no tiene obligación de declarar, esté o no imputada —insistió—. Mi recomendación es que no hable y cuando la cite el Fiscal de Menores, entonces que cuente lo que sepa. Si quiere.

Diana aprovechó un momento de silencio para intervenir.

—La declaración es voluntaria, desde luego —recordó al letrado—. Pero el Atestado de la Guardia Civil de Castejón investiga hechos muy graves, como es el asesinato. Apenas han pasado poco más de veinticuatro horas desde que asesinaran a Andrés —el letrado se percató de que Diana conocía al policía asesinado por la forma en que hablaba de él—, y aún no disponemos de las grabaciones, pruebas de policía científica, registros, y un largo etcétera que nos llevará a dar con el culpable, o los culpables —rectificó—. Usted ya sabe como funciona esto —trató de confabularse con el letrado—, si Alba nos facilita la información, que estoy seguro conoce, avanzaremos en la investigación desde el inicio, es decir: la desaparición del libro, de la librería del señor Mange. Si se lo pregunto es porque sé que ella no ha tenido nada que ver con la muerte del policía, pero otra cosa bien distinta es el extravío del libro.

Diana utilizó la palabra extravío con acierto, no quería decir robo para no amedrentar a la menor.

—¿Y bien? —preguntó la madre de Alba, tras unos instantes de silencio

incómodo.

Alba manoseaba un clic que había cogido de la mesa, y Diana percibió que la menor tenía ganas de hablar.

—Yo solo quería ayudarla a ella —balbuceó mirando a su madre.

La señora Otal devolvió la mirada a su hija con semblante serio.

—¿Ayudarla? —preguntó Diana.

La oficial de policía le hizo una señal al policía de judicial para que transcribiera todo lo que hablaran. El letrado, que se dio cuenta, balanceó la cabeza negativamente.

—Nada de lo que hablemos aquí se ha de escribir —dijo—. Luego, si quiere, haremos un resumen, pero me negaré a que una exploración en dependencias policiales sea utilizada como elemento de acusación.

—¿Ayudarla? ¿En qué? —repitió la pregunta.

—A su cáncer —respondió Alba.

Su rostro se había transformado en una figura de cera. Su frente se humedeció, brillando.

—Pero hija, no te has de preocupar por mí —habló decaída la madre—. El cáncer ya está superado.

—Sí —ratificó el padre—. El cáncer fue extirpado de raíz junto al..., pecho.

Diana se fijó en el escote de la señora Otal, nada hacía presagiar que le hubieran extirpado un pecho. Pensó que seguramente llevaría una prótesis.

—A mi esposa le quitaron el pecho derecho hace unos meses, como única forma de detener el cáncer —salió al paso el señor Mange—. Pero, ¿qué tiene que ver eso con el libro?

—Una de las chicas —habló Alba—, me dijo que sabía como hacer que se cumplieran nuestros deseos.

—¿Qué chica? —preguntó el policía de judicial, que hasta entonces había permanecido en silencio. Diana le hizo un gesto con la mano para que no interrumpiera.

—Luisa —murmuró Alba, con voz leve—. Luisa es la que conoce como...

—¿Cómo qué? —animó la madre. Parecía que a Alba le costaba hablar.

—Luisa nos dijo que podía invocar al diablo para que aceptara nuestras peticiones.

El letrado sonrió con cinismo. El señor Otal censuró con la mirada su actitud.

—Perdón —se excusó el abogado—. Es que no creo en esas cosas.

—Pero ella sí —protegió la señora Otal la declaración de Alba—. Sigue hija.

—En principio era muy sencillo —siguió hablando Alba—. Las cuatro nos reuníamos en la casa vieja de Laspaúles o en un descampado que hay al lado del río Isábena. Luisa conoce el proceso para invocar al diablo. Entonces cada una

de nosotras le solicita un deseo, lo que sea. Aurora quería ser más guapa para que los demás no se rieran de ella. Petra quería recuperar a sus padres, que fallecieron cuando ella tenía catorce años. Y yo... Bueno, yo pedí por mi madre, para que sanara del cáncer de pecho.

Una lágrima saltó del ojo de la señora Otal y se consumió en su mejilla.

—Y Luisa —cuestionó Diana—. ¿Qué quería Luisa?

—Luisa solo quería ayudarnos a que se cumplieran nuestros deseos.

Diana puso cara de incredulidad.

—Pero eso que dices... —comenzó a decir el señor Mange.

—¿Vender el alma al diablo? —interrumpió la señora Otal a su marido—. ¿Eso es lo que querías hacer?

Alba negó con la cabeza.

—Luisa nos aseguró que el diablo no siempre quiere las almas de los que hace favores —explicó Alba—. También acepta obsequios con los que se conforma.

—El libro —susurró Diana.

—Sí —confirmó Alba—. Cada una de nosotras entrega un objeto para saciar al diablo. Petra, un imperdible de oro de su abuela Rosario. Aurora, unas tijeras de costura de forma de cigüeña y Luisa, una aguja de acero inoxidable con la que le hicieron el tatuaje del pentágono que lleva en el muslo de su pierna derecha. Luisa nos dijo que si el diablo acepta el trato, coge el objeto que le entregamos.

El letrado estuvo a punto de preguntar cómo cogía el diablo el objeto, pero se abstuvo. No quería hurgar en la herida del daño por el que estaba pasando el matrimonio Mange.

—Yo pensé que el libro de Goethe sería un obsequio muy apropiado para el diablo —confirmó Alba—. Por eso lo cogí de la estantería de mi padre, pero...

—la menor dejó de hablar, su voz se había enturbiado.

—Trae un vaso de agua —solicitó Diana al policía de judicial.

—¿Quieres que paremos un rato? —le preguntó la señora Otal a su hija.

—No, no. Estoy bien —respondió—. Solo nos reunimos en una ocasión en la vieja casa donde dicen que mataron al policía. Lo hicimos un sábado por la noche, Luisa nos dijo que era el mejor momento para hacerlo. En el suelo de la casa hay un pentágono dibujado y las cuatro nos reunimos alrededor, cada una de nosotras ocupando una esquina.

—El pentágono tiene cinco lados —observó el padre de Alba.

—El quinto es para el diablo —replicó la menor ante una mueca de disconformidad del letrado.

El policía de judicial regresó con un vaso de agua que entregó de inmediato a Alba. La menor bebió un sorbo y dejó el vaso sobre la mesa.

—Terminamos el conjuro y nos fuimos de allí. Esa noche me quedé a dormir en

casa de Luisa, como hacía siempre que viajaba hasta Laspaúles. Luisa siempre ha sido muy buena con todas nosotras y lo único que quiere es ayudarnos —dijo Alba para disculparla—. Yo pensé que el diablo recogería su recompensa cuando no estuviéramos nosotras delante, así que cuando nos marchamos de la casa abandonada, dejé adrede el libro de Goethe en medio del pentágono, pero no le dije nada a las otras chicas. Una vez que llegamos a casa de Luisa, estando las dos solas, ella me preguntó por el libro, ya que quería hojearlo. Le dije la verdad, que lo había dejado en la casa para que el diablo lo cogiera y así él cumpliera su parte. Luisa se enfadó mucho conmigo, me dijo que el diablo decide cómo obtener los objetos, que si lo había dejado en la casa era probable que lo cogiera algún vagabundo o algún senderista de los que se detienen a comer cuando van de camino a la ermita de Turbidé. Discutimos. Ella me dijo que era una niña malcriada y que no me tomaba las cosas en serio. Me ofrecí para regresar a la casa abandonada a recoger el libro, pero ella se negó en rotundo. Me dijo que yo era una menor de edad que estaba bajo su protección, que todo el pueblo sabía que dormía en su casa cuando estaba en Laspaúles y que no iba a permitir que me pasara algo.

La señora Otal acercó un pañuelo de papel a su hija, que en ese momento comenzó a llorar.

—¿Recuerdas qué sábado fue el que dejaste el libro en la casa? —preguntó Diana echándose hacia atrás en el asiento.

—El 8 de agosto —respondió lacrimosa.

—La semana anterior —masculló la oficial de policía—. ¿Y no has vuelto a ver el libro?

—No. El libro no he vuelto a verlo por que lo cogió Andrés.

Diana forzó una mueca de disconformidad.

—¿Andrés? ¿Cómo?

—El policía de Huesca llevaba varias semanas patrullando por Laspaúles — Diana comprendió a qué se refería Alba cuando dijo patrullar—, y la noche que nos reunimos en la casa abandonada nos siguió. Me contó...

—¿Quién te contó? —preguntó ansiosa Diana.

—El policía —respondió la menor.

—¿Hablaste con él la semana antes de que lo asesinaran?

Alba cogió otro clic de encima de la mesa y lo desarmó estirándolo con los dedos. La chica estaba realmente nerviosa.

—Sí, hablé con él en varias ocasiones. Andrés quería devolverme el libro para que yo se lo entregara a mi padre —dijo mirando a su padre de reojo.

—¿Te lo devolvió?

—No. El día que habíamos quedado yo no me presenté.

Alba alargó la mano y cogió el vaso de agua de nuevo, dándole otro sorbo. Todos esperaron a que explicara por qué no había acudido a la cita con Andrés Hernández para recoger el libro.

—¿No fuiste a que el policía te entregara el libro? —preguntó el señor Mange—. ¿Por qué, hija?

—Recibí una llamada para que no acudiera.

—¿De quién?

—No tengo la más remota idea. Era una voz de hombre, que me dijo que conocía a Andrés y que me llamaba de su parte. Me dijo que Andrés no podía acudir a la cita que tenía con él en la casa y que cuando pudiéramos quedar ya me llamaría.

—¿Y por qué no llamaste tú a Andrés para comprobar si era cierto?

Alba explotó en un lloro imparable.

—No lo sé, seguramente tuve miedo. Ese policía era buena persona, solamente quería que abandonara a mis amigas y que regresara a casa con el libro.

—Oye, escucha —interrumpió Diana—. No te vengas abajo ahora, dime, ¿quién fue a buscar el libro?

Los ojos de Alba se habían llenado de lágrimas.

—No lo sé, de verdad. Tenéis que creerme, no tengo ni puta idea de quién fue a recoger el libro.

—¿Fue Luisa? —insistió Diana—. Fue Luisa la que quedó con Andrés para coger el libro.

Alba balanceó la cabeza negativamente.

—No, ella no pudo ser por que estuvimos juntas en su casa.

—¡Mientes! —estalló Diana—. No la encubras.

—Alba, hija, no protejas a nadie —alentó su madre.

—No lo hago, mamá. El policía me citó al mediodía y Luisa y yo estuvimos todo el rato juntas.

—¿Lo puedes probar? —retó Diana.

Alba elevó los ojos al techo, como si estuviera pensando.

—No, pero ya os digo que Luisa y yo estuvimos juntas. En su cama —añadió—. Estuvimos todo el viernes por la noche, hasta el sábado al mediodía. Ella no ha podido ser la asesina.

Diana Dávila miró su teléfono móvil cuya pantalla parpadeaba en silencio sobre la mesa, Vázquez la estaba llamando.

Dos patrullas de la Guardia Civil, en una de las cuales iba el sargento Padilla, y un coche de la policía nacional de la comisaría de Jaca, ocupados por el inspector Medina y el inspector jefe Vázquez, llegaron hasta la misma puerta de la casa de Villarrué donde vivían Petra Cornel y su abuela Rosario Monteagudo. Caía la noche y la luz de los tres vehículos policiales iluminó toda la calle, ante la mirada expectante de varios vecinos que conversaban en la acera, sentados en sendas sillas de mimbre que habían sacado de sus casas.

—¿Cómo lo hacemos? —le preguntó el inspector Medina al sargento Padilla.

El sargento se frotó la barbilla.

—No podemos entrar hasta que no llegue el secretario judicial —dijo mirando de reojo a los vecinos que había en la calle—. Espero que no tarde demasiado, el juez me ha dicho por teléfono que reside en Seira, un pueblo que está a poco más de media hora de aquí. Si el secretario hubiera tenido que venir desde Barbastro, nos hubieran dado las mil —afirmó.

—Bien —tomó las riendas del registro el inspector Medina de la policía nacional—. ¿Saben tus chicos lo que buscamos?

El sargento Padilla balanceó la cabeza de forma afirmativa.

—Les he dicho que buscamos uno o dos teléfonos móviles, pero en cualquier caso saben que han de requisar cualquier teléfono que hallen en la casa.

—Una vez que hayamos detenido a Petra —habló Vázquez—, le haremos grabar algunas palabras sueltas para que Diana Dávila reconozca la voz de la persona que la llamó comunicando la muerte de Andrés.

—Supongo que lo harás en sede judicial —anotó el inspector Medina.

—Por supuesto —dijo Vázquez—. En caso contrario no sería una prueba concluyente.

El sargento Padilla les dio indicaciones a los guardias civiles para que despejaran la calle de mirones, ya se habían juntado varias personas más frente a la casa de Petra Cornel. Cuando terminó, se dirigió a Vázquez y a Padilla.

—Oigan —les dijo—, su chica escuchó hablar a Petra Cornel esta tarde en la comandancia de Castejón. Si esa chica hubiera sido la que la llamó ayer al mediodía, ella habría reconocido la voz nada más oírla. Pero no fue así.

—Es posible que Petra camuflara su voz con algún aparato —argumentó Vázquez—. Creo que en las tiendas de los chinos se venden por pocos euros. Y si no también podía haber utilizado el clásico truco del pañuelo en el altavoz, con lo que la voz suena distinta. Pero en cualquier caso, si hallamos el teléfono móvil que llamó a Diana y además corroboramos que fue Petra la que llamó, podemos dar por sentado que ella es la asesina.

—Voy a echar un cigarro —dijo el sargento de la guardia civil—, mientras esperamos a que llegue el secretario judicial.

Vázquez se retiró para volver a llamar a Diana, con la que no había podido hablar antes. Le quería decir que ya estaban tras la pista de la asesina, después de las gestiones con los móviles. Pero la oficial de policía seguía sin responder. Mientras intentaba comunicar con ella, vio a través de la persiana subida de la casa, como una anciana lo miraba.

—Es la abuela de la chica —dijo el sargento, al percatarse de la expresión de contrariedad del inspector jefe—. Viven juntas desde que murieron los padres de Petra.

—Podríamos iniciar el registro con su consentimiento —se aventuró a decir Vázquez—. Así avanzaríamos mientras llega el agente judicial.

—¿Se puede? —preguntó el sargento Padilla—. No estoy seguro de que tenga validez legal.

—Sí que se puede —intervino el inspector Medina—. Siempre que la propietaria de la casa dé su consentimiento por escrito. Se lo podríamos preguntar a ver qué nos dice. De todas formas llevamos un rato aquí y si la chica quiere deshacerse de alguna prueba, ya lo habrá hecho.

—Eso estaría bien para las drogas —anotó Vázquez—. Que las pueden verter en el váter, pero no creo que puedan esconder tan fácilmente dos teléfonos móviles.

—Bueno, inspector jefe, no se crea —contravino el sargento—. Estas casas viejas de pueblo son más grandes de lo que parece y están llenas de escondites. Durante la guerra se podían ocultar milicianos durante semanas sin que nadie se percatara de ello.

—Me arriesgaré —habló Vázquez mientras llamaba al timbre de la casa.

La abuela Rosario abrió la puerta. Vázquez se sorprendió al principio al hallarse frente a lo que debía ser una anciana que sobrepasaba los setenta años, pero tanto su piel como su mirada correspondían a una mujer más joven. Únicamente su pelo totalmente cano la delataban como una mujer mayor.

—¿En qué puedo ayudarles? —ofreció forzando una sonrisa.

—Buenas noches, señora —saludó—. Soy el inspector jefe Vázquez, de la policía nacional —dijo sin mostrar su placa—. Me acompañan el inspector Medina de la comisaría de Jaca —se hizo a un lado para que el campo visual entre la anciana y Medina quedara despejado—. Y también ha venido el sargento Padilla, de la Guardia Civil —la anciana asintió al reconocer al sargento.

—Sí, ya lo conozco —dijo quedamente—. ¿Qué se les ofrece?

—¿Podemos hablar dentro? —preguntó Vázquez.

Pese a los esfuerzos de la patrulla de la Guardia Civil, en la calle seguía habiendo muchos curiosos.

—Sí, por supuesto.

Vázquez, Medina y Padilla accedieron al interior de la casa.

—¿Está su nieta? —preguntó el inspector Medina.

La abuela Rosario señaló con la cabeza hacia la planta de arriba.

—Está en su habitación —dijo—. Pero es mejor que no la molesten. Como sabrán ha tenido que declarar esta tarde y está muy afectada.

—Entiendo —se fraternizó el inspector Medina—. No estaremos mucho rato, pero es preferible que su nieta esté presente en el registro.

—Registro, ¿qué registro? —preguntó molesta la anciana.

—Viene de camino un secretario judicial mandado por el Juez de Barbastro —explicó Medina—. Trae una orden judicial para registrar su casa —dijo sin explicarle que lo que estaban buscando era los teléfonos móviles—. No se trata de un registro a fondo, pero sí que no nos iremos hasta que no encontremos lo que hemos venido buscando.

La abuela Rosario repasó con una mirada inquisitorial a los tres hombres a la vez.

—¿Y qué han venido a buscar? —cuestionó—. Si me lo dijeran yo les podía ayudar y así les ahorraría la molestia —dijo servil.

Vázquez miró hacia las habitaciones del piso superior, esperando a que de un momento a otro se asomara Petra Cornel. Pero había tanto silencio que temió que la chica no estuviese en la casa.

—¿Está su nieta? —insistió.

La anciana balanceó la cabeza arriba y abajo con tal fuerza, que parecía una muñeca con el cuello roto.

—Sí, está arriba. ¿Para qué la necesitan?

—Mire, señora... —comenzó a explicar el inspector jefe Vázquez.

—Rosario —terminó la frase la anciana.

—Señora Rosario, sabemos que su nieta ha estado enviando mensajes a una de nuestras investigadoras con el teléfono del policía asesinado —la anciana apenas demudó su expresión—. Y que además ha utilizado otro teléfono para mandar mensajes de texto. Lo sabemos todo —aseguró tajante—. El segundo teléfono es de un chico que murió en Tarragona hace un año. ¿Le suena el nombre de Pere Ambrona? —la expresión de la anciana se alteró notablemente—. Es el hijo de los propietarios de un piso que usted alquiló en Cambrils para veranear. No encubra más a su nieta, es mejor que se entregue y cuente la verdad.

Los ojos de la anciana se habían convertido en dos perlas húmedas. Giró su cabeza hacia las escaleras y posó la mirada en la puerta de la habitación de su nieta.

—Ella no ha sido —susurró—. Ella no ha matado a ese policía.

—Pero sí que ha estado enviando mensajes de texto con el teléfono móvil del policía asesinado, además de que llamó a una de las amigas del agente, la oficial de policía Diana Dávila, con el teléfono del chico que murió en Tarragona hace un año, avisando de la muerte del policía. Su nieta está metida hasta el tuétano —concluyó el inspector jefe—. Lo mejor es que nos entregue los teléfonos.

La puerta de la habitación de Petra se abrió. La joven asomó la cabeza tapando su cuerpo con la puerta, los agentes adivinaron de que la chica estaba medio desnuda.

—Vístete y baja —habló el inspector Medina—. El sargento Padilla había mandado, antes de entrar en la casa, a una patrulla a la parte de atrás, donde estaba el huerto, por si Petra intentaba escapar—. La casa está rodeada —dijo en un comentario de película americana.

—No bajas —intervino la abuela—. No es necesario, Petra.

—Ha de bajar —insistió el inspector—. O subiremos a por ella.

—No —volvió a negar—. Ella no sabe nada.

La anciana abrió un cajón de la librería del salón. Apartó un mantel de tela y extrajo de debajo dos teléfonos móviles que mostró enseguida a los agentes. Los dos eran muy antiguos, de pantalla pequeña. Uno era de la marca Nokia con la pantalla parcialmente rota, mientras que el otro era un Sony Ericsson y le faltaba una tecla.

—Los móviles son míos —dijo con semblante serio—. Yo fui quién llamó a esa policía. Yo fui quien ha mandado los mensajes de texto. Este era del policía —dijo levantando la mano donde sostenía el Nokia—. Y este de Pere Ambrona —mostró el Sony Ericsson.

Diana se había vuelto a echar hacia adelante en su silla. Apoyó las manos sobre la mesa y miró fijamente a los ojos de Alba.

—¿Luisa y tú sois amantes? —preguntó.

El letrado se removió en su silla de tal forma que la carpeta que sostenía entre sus rodillas se cayó al suelo.

—¡Agente! —amonestó—. Le recuerdo que está hablando con una menor de edad.

Diana le devolvió la mirada con inquina.

—Y yo le recuerdo que estamos investigando el asesinato de un policía. Si esta chica sabe algo debe decirlo ahora.

—Luisa no pudo ser —insistió la menor edad, omitiendo responder a la policía—. Estuvimos juntas todo el tiempo.

—¿Y las otras dos? ¿Petra y Aurora? —Diana repiqueteaba nerviosa los dedos sobre la mesa.

Alba giró la cara mirando a su madre. Lucía había comenzado a llorar.

—Ven —le dijo el señor Mange a su esposa—. Vamos afuera a que te de un poco el aire, aquí hace mucho calor.

Diana supo que era una excusa para dejarla a solas con su hija, la temperatura en la habitación era la adecuada.

—¿Podemos seguir hablando? —le preguntó la oficial de policía al letrado.

El abogado miró al señor Mange de reojo, mientras él y su esposa salían del despacho de judicial.

—Sí —respondió con tosquedad.

—Está bien, Alba —siguió hablando Diana—. ¿Sabes si alguna de las otras chicas, Petra o Aurora, saben disparar un arma?

Alba mostró una mirada de incomprensión mientras balanceaba la cabeza de forma negativa.

—Sí —siguió argumentando Diana—. Si las has visto manejando armas de fuego, como una pistola o una escopeta.

—Perdón —intervino el letrado—. ¿A qué viene esa pregunta? Le recuerdo que las cuestiones que pueda plantear a mi defendida han de estar, necesariamente, relacionadas con los hechos que se le imputan.

Diana miró al policía de judicial, que había caído en la inopia. Parecía que el agente estaba más pendiente de la hora de finalizar que de la declaración de la menor. Incluso Diana lo pescó en un par de ocasiones mirando de soslayo su reloj de pulsera.

—Puedes marcharte, si quieres —le dijo con franqueza—. Dada la declaración

de Alba, no vamos a transcribir nada en el Atestado. Ya queda poco, y cuando terminemos yo misma apagaré la luz y cerraré el despacho.

El rostro de Ramón reflejó satisfacción, parecía que se había quitado un peso de encima. Se puso en pie y cogió su arma del primer cajón de la mesa, introduciéndola en la funda que portaba por debajo de la camisa.

—Si necesitas algo —se despidió—, mi teléfono está anotado ahí —señaló un papel que había sobre la mesa con los números de teléfono de los policías de judicial.

Diana se alegró de que el policía de judicial de Huesca accediera a marcharse, su presencia allí no servía de nada. Pero por otro lado lamentó la poca implicación de algunos policías en las investigaciones policiales, parecía que estaban más pendientes de la hora de finalizar que de la labor. Para la oficial, ese agente había olvidado que lo que estaban investigando era el asesinato de un compañero.

—Andrés Hernández —siguió hablando Diana, una vez se marchó el policía—, fue asesinado de un disparo efectuado por su propia arma.

—La prensa dice que fue por un golpe en la cabeza —anotó el letrado.

—La prensa dice lo que nosotros queremos que diga —contradijo Diana—. Mis jefes no querían que se supiera que Andrés había muerto por un disparo, y mucho menos que fue realizado desde su propia arma. Alguien le quitó el arma a nuestro compañero, o quizá la cogió del coche, eso aún no lo sabemos. Pero lo que sí sabemos seguro es que el motivo de la muerte fue por un disparo. La bala le entró por el pulmón derecho. No todo el mundo sabe manipular armas de fuego, y no me refiero a lo de apuntar o apretar el gatillo, sino al uso específico. Es decir: montar un arma, quitar el seguro, etcétera. Alguien que sabe cómo funciona una escopeta, quizá le sea más sencillo utilizar un revolver o una pistola. Pero si nunca ha manejado un arma, es poco probable que sepa manejar una pistola. Según tengo entendido, tanto Luisa, como Petra o Aurora saben manejar escopetas. Además en el Pirineo casi todo el mundo tiene armas de caza en casa —Diana se percató de que estaba dando más información de la cuenta, así que recondujo su pregunta cuando vio que los ojos de Alba mostraron una excesiva confusión, como si la menor se acabara de acordar de algo importante—. ¿Qué me dices, Alba? ¿Sabes si Petra o Aurora son capaces de disparar con una pistola?

—Conozco a una persona que sabe disparar —respondió Alba con la mirada perdida—. Pero ella... Ella no haría eso.

El letrado hizo el gesto de hablar, pero Diana le conminó con la mirada a que no dijese nada. Estaba tan cerca de conseguir que Alba hablase, que no quería que nada de lo que pudiese decir el abogado la hiciera cambiar de opinión.

—¿Quién, Alba? ¿Quién podría haber matado al policía?

—Antes de conocer a Luisa, ella estuvo liada con una guardia civil de Jaca.

—¿Una guardia civil?

—Sí, se llama Fedra Pintado —Diana anotó el nombre en un folio—. Luisa y ella son muy amigas desde que Fedra estuvo ingresada en el hospital de Jaca a causa de las heridas de un accidente de moto que tuvo....

—¿Accidente de moto?

—Sí, esa guardia civil es motorista. Conduce una Africa Twin de color blanco —Diana cayó en la cuenta de que la motorista que los siguió en los desplazamientos de Jaca a Castejón y de Castejón a Laspaúles, fue esa guardia civil—. Fedra es muy característica, es baja de estatura pero muy fornida. Petra siempre que habla de ella la nombra como “*la marimacho*”.

—Sigue —animó Diana.

—Yo solo la he visto un par de veces, porque la relación entre ella y Luisa se distanció a partir del mes de enero.

—Fue cuando te conoció a ti —interrumpió Diana.

—Es posible; aunque ellas ya no se llevaban bien. Fedra es muy posesiva, sobre todo en lo sexual, según me han contado las chicas —Diana sabía que al decir las chicas se refería a Petra y Aurora—. La marimacho ha llegado a estar realmente “colada” por ella, y Luisa le tuvo que decir que dejara de molestarla; aunque creo que al final quedaron como amigas. Fedra aprovechaba cualquier excusa para presentarse en el hospital de Jaca y ver a Luisa cuando estaba trabajando. Pero Luisa es muy celosa de su vida privada y no quiere que los demás sepan que... Bueno, que a Fedra le molestó bastante que Luisa la rechazara.

—Entonces —arguyó Diana—. Fedra podría sentirse celosa de ti, ya que en cierta manera le arrebataste a la novia.

El letrado carraspeó irritado.

—Pero por qué crees que Luisa y yo éramos novias —protestó Alba molesta.

—Antes has dicho que Luisa no podía ser la asesina por que estuvisteis durmiendo juntas.

—Eso he dicho —afianzó Alba—. Dormir no significa follar —dijo para sorpresa de la oficial de policía. El lenguaje y la actitud que mostraba la menor correspondía a una persona más mayor de la edad que ella tenía—. Luisa y yo no somos amantes, pero cuando me quedaba a dormir en su casa lo hacíamos en la misma cama. ¿Qué ocurre con eso? —interrogó a Diana—. ¿Es que dos mujeres no pueden compartir cama?

Diana se contrarió enormemente, esa chica le recordaba a ella misma cuando tenía su edad. Por un momento la oficial de policía comprendió lo que significaba el salto generacional, sin darse cuenta se había percatado que entre

ella y Alba había una década de distancia.

—Creía que habías dicho que... Bueno, es igual —cambió de opinión Diana—. Háblame de esa guardia civil.

—No sé mucho de ella —respondió Alba—. Se llama Fedra Pintado, como ya te he dicho, y está destinada en la comandancia de Jaca. Es muy característica físicamente, lo cierto es que la primera vez que la vi comprendí el porqué Petra dice de ella que es un “marimacho”. Sus facciones son hermosas; aunque la barbilla es excesivamente triangular —dijo tratando de describirla físicamente—. Luisa no habla de ella, quizá por que ni siquiera la tiene en cuenta, pero Petra dice que estuvo tan colada por ella que finalmente Luisa la tuvo que poner en su sitio. Aunque teniendo en cuenta que Fedra es guardia civil, hay que andarse con cuidado.

Diana comprendió a qué se refería, una guardia civil despechada podía ser muy peligrosa.

—¿Sabía ella lo de las sesiones esas que convocabais? Quiero decir, si ella sabe lo de los objetos que ofrecéis para...

—Te he comprendido —interrumpió Alba. Parecía que la menor había pasado a llevar la voz cantante. Diana supuso que el hecho de tener la llave del esclarecimiento de la muerte de Andrés la había dotado de cierta pedantería—. Ella debe saber lo que Luisa y las chicas hacen, porque eso es algo que sabe todo el pueblo. Lo que desconozco es si sabe que utilizan objetos que intercambian con el diablo —A Diana le sorprendía que Alba mencionara al diablo como si fuese una persona real—. Has de saber que cuando yo llegué, Fedra se iba.

—¿Queda mucho? —preguntó el padre de Alba asomando la cabeza por la puerta.

Diana se quedó pensativa mirando al letrado, que por su mirada daba la sensación de que había perdido todo un domingo por la tarde oyendo tonterías.

—No —respondió finalmente—. Creo que ya hemos terminado. Seguramente les llamarán en unos días para declarar en el juzgado.

—¿Y el libro? —preguntó el señor Mange.

Diana lo observó sin responder.

—Sí, el libro —insistió—. Recurrí a ese policía para que lo hallara y aún no sé donde está.

A Diana le parecía incomprensible que a ese hombre le preocupara la pérdida de su libro, cuando lo que se estaba investigando era el asesinato de un policía, pero en cierta forma lo comprendió. Era como ocurría en las oficinas de denuncias de la policía, cuando en una denuncia una mujer declaraba que la habían violado y en la siguiente denuncia alguien protestaba porque le habían robado la antena de su coche. Realmente, para ese hombre, esa era la mayor preocupación de su

vida: que le hubieran dejado sin antena. Pero el policía que tramitaba las denuncias había de esforzar su empatía y ponerse en la piel de cada denunciante, denunciara lo que denunciara. El señor Mange había perdido un libro y la persona que tenía que recuperarlo había muerto. Diana estaba convencida de que Andrés murió por ese libro, y la última información aportada por Alba desvelaba el móvil del crimen. ¿Y si la tal Fedra Pintado había quedado con Andrés para arrebatarse el libro? Esa guardia civil sabía lo importante que era el libro para Luisa y sus amigas, obteniendo el libro conseguía una moneda de cambio para acercarse a su enamorada. Una guardia civil conocería de primera mano la investigación y sabría lo que sus compañeros estarían haciendo en cada momento. Pero... ¿Por qué nadie le habló de Fedra antes? Diana, ahora que conocía más detalles, lo veía todo claro. Fedra quedó con Andrés para negociar la entrega del libro de Goethe. Para ella, recuperar ese libro era un gesto de fuerza frente a Luisa. Pero Andrés no quiso dárselo, y entonces ella le disparó con su propia arma y le quitó el libro.

—En cuanto hallemos el libro habremos dado con el asesino —respondió finalmente Diana—. Y en cuanto sepamos quién es el asesino, encontraremos el libro —sentenció.

—Si no necesita nada más —habló el letrado poniéndose en pie—, nosotros nos vamos.

Diana observó como la pantalla de su teléfono móvil volvía a encenderse, Vázquez no paraba de llamarla.

—Sí —respondió. Con la mano les indicó a los Mange y a su letrado de que ya podían irse.

—Diana —habló Vázquez, ansioso—. Llevo toda la tarde llamándote —la oficial de policía conocía la tendencia a exagerar que tenía el inspector jefe.

—No he podido responderte antes ya que estaba en medio de la declaración de Alba Mange. No te vas a creer lo que he averiguado.

—Quién no se lo va a creer eres tú —replicó Vázquez—. Ya sé quién te manda los mensajes y quién te llamó desde el teléfono de Andrés.

—Una guardia civil de Jaca —avanzó Diana, queriendo impresionar al inspector jefe. La oficial pensó que él habría averiguado también lo de Fedra Pintado.

—¿Qué? —preguntó irritado. Diana supo que Vázquez no sabía a quién se refería.

—Luisa Cortillas tuvo un lío con una tal —Diana miró el folio donde había escritor el nombre—, Fedra Pintado. ¿Sabes quién es?

—No —negó tajante.

—Pues es una guardia civil de Jaca que se encaprichó de Luisa. Las chicas la conocen como “la marimacho”. Esa tía estuvo colada por Luisa hasta que entró en escena Alba y entonces Luisa le dijo que no quería saber nada de ella —Diana trataba de resumir, lo más apresurada que podía, la declaración de Alba Mange.

—No te comprendo —protestó Vázquez—. ¿Qué tiene que ver esa guardia civil con la muerte de Andrés?

—Una guardia civil sabe disparar —le dijo Diana sin comprender cómo Vázquez no vislumbraba, como ella, lo que había ocurrido—. Sabe disparar —insistió—, y está colada por Luisa. Blanco y en botella, leche. Luisa quería el libro de Goethe y esa guardia civil se lo arrebató a Andrés después de asesinarlo. Para esa picoleta el libro es una moneda de cambio para acercarse a Luisa de nuevo, al mismo tiempo que es una prueba de que lo único que puede aportar al grupo Alba, que es el libro, ahora lo tiene ella.

—No lo veo claro —se quejó Vázquez—. ¿Cómo es que nadie nos ha hablado hasta ahora de esa chica? —dijo refiriéndose a la guardia civil de Jaca—. De ser cierto sus compañeros habrían sospechado de ella enseguida.

—¿Está ahí contigo el sargento Padilla? —preguntó Diana eufórica. La oficial temía que las pruebas se desvanecieran de sus manos por no actuar con celeridad.

—No, estoy solo. Padilla y Medina están en la casa terminando el registro.

—¿Casa? ¿Qué casa?

—Para eso te estoy llamando —habló Vázquez—. Pero quieres saber quién te llamó y quién te manda los mensajes, ¿o no? —elevó la voz el inspector jefe.

—Sí, Vázquez, sí que quiero saberlo —dijo molesta Diana por no poder anticiparse a lo que el inspector jefe le iba a decir.

—Después de que dispararan a Andrés —comenzó a explicar Vázquez—, la abuela de Petra, la señora Rosario Monteagudo, se acercó hasta la casa abandonada en busca de su nieta. La anciana estaba preocupada por la relación que mantenía su nieta con esas chicas y las prácticas de brujería que realizaban por la noche, especialmente los sábados. Hemos hablado con ella, y la mujer se ve sincera. No creo que nos mienta. Como te iba diciendo, Rosario fue hasta la casa con la intención de convencer a Petra para que cesara en su empeño de querer invocar al diablo. Esa mañana la había oído hablar por teléfono con otra de las chicas, no me ha podido precisar cuál, y sabía que alguna de ellas iba a quedar con Andrés para que le devolviera el libro.

—Alba —interrumpió Diana.

—¿Alba? ¿Por qué crees que es ella?

—Me lo ha dicho hace un momento, cuando se lo he preguntado. Es Alba la que había quedado con Andrés para recuperar el libro de Goethe.

—Vaya —suspiró el inspector jefe—, yo creía que había sido Petra. Pero bueno, para el caso es igual. La anciana pensaba que era su nieta la que había quedado, entonces se desplazó hasta la casa vieja de los Oliván, con intención de hablar con su nieta para que dejara de hacer lo que estaban haciendo y también para hablar con Andrés para arreglar el tema del libro. En realidad la anciana, me ha dicho después de sincerarse conmigo, lo que quería era apartar a su nieta de las prácticas de brujería, por un lado, y por otro conseguir el libro.

—¿Te ha dicho para qué quería el libro ella?

—Te lo iba a decir ahora, Diana —se quejó Vázquez—. Deja ya de interrumpirme. Lo quería para que las brujas dejaran de reunirse. Ella sabe que el libro es el más preciado de los objetos que tienen; sin él, el diablo no vendrá.

—Partimos de la base de que tú no crees en brujas, ¿no?

—Ya, ya. Te estoy hablando de lo que creen ellas, no de lo que creemos nosotros. Te sigo contando, la anciana llega a la casa y como no oye ningún ruido sube las escaleras hasta la primera planta y se encuentra con el cadáver de Andrés. Me ha dicho que estaba muerto, o eso le pareció. La sangre, la marca del pentágono en el suelo, todo tal y como lo halló la guardia civil, por lo que no nos ha podido mentir. La tía ve el móvil de Andrés en el suelo y lo coge. Lo primero que se le pasa por la cabeza es que allí esté la llamada de su nieta, con la que ella cree que ha quedado para recoger el puto libro, que es el que tiene la culpa de todo. Rosario me ha dicho que no se maneja bien con los móviles, de hecho apenas los utiliza; aunque tiene uno viejo. Buscando en la agenda el nombre de su nieta, Petra Cornel, para borrarlo con intención de protegerla, pulsa sin querer

sobre el primer nombre que hay en la agenda, ¿adivina?

—El mío, Diana Dávila.

—Casi. Andrés te tiene en la agenda como Adiana Dávila.

—Ese fue el nombre por el que preguntó la persona que llamó.

—Claro, porque al poner la letra “A” delante de tu nombre, automáticamente pasas a ser la número uno de la agenda de contactos de Andrés.

—Por eso cuando me llamó preguntó por Adiana —comprendió la oficial de policía—. Tiene sentido. Pero escucha, Vázquez, ahora que recuerdo me hizo una llamada perdida, pero cuando preguntó llamándome Adiana lo hizo desde otro teléfono, uno con llamada oculta.

—Así es —aseveró el inspector jefe—, el teléfono con el que te llamó la abuela de Petra Cornel fue el de Pere Ambrona, pero antes cambió la visibilidad a número oculto.

—¿Pero no me habías dicho que esa mujer no se aclaraba con los teléfonos móviles? —objetó Diana—. ¿Entonces cómo pudo cambiar la visibilidad para que no se mostrara el número que llama?

Vázquez no supo qué responder.

—¿Qué me dices a eso? —insistió Diana.

—Espera, espera, que me estás liando —protestó—. La primera llamada perdida fue desde el móvil de Andrés, ahí encaja con lo que me ha dicho la anciana. La llamada oculta comunicando la muerte fue desde el teléfono de Pere Ambrona, ¿vale?

—Vale.

—No se lo he preguntado, pero la abuela me ha dicho que el teléfono de Pere Ambrona lo usa tal cual estaba, seguramente ese chico lo tenía con llamada oculta.

—¿Y cómo lo carga? —cuestionó Diana.

—¡Y yo qué sé! —exclamó Vázquez—. Yo solo te digo lo que me ha dicho la anciana.

—Te lo pregunto por que no sea que esa mujer solo quiera proteger a su nieta, ¿no lo has pensado? Y qué quizá esté mintiendo.

—Es posible, no te digo que no. Pero eso lo sabremos si sometemos a Rosario Monteagudo a un reconocimiento de voz, ¿reconocerías la voz que te llamó?

—Supongo que sí. ¿Y los mensajes de texto?

—Desde el teléfono de Andrés, todos —respondió Vázquez.

—Ya, eso ya lo sé —dijo Diana—. ¿Pero le has preguntado por qué me ha mandado varios mensajes de texto a mi móvil? Porque supongo que también ha sido ella.

—Sí, sí, de hecho ha sido lo primero por lo que le he preguntado cuando la

mujer ha comenzado a contarme. Lo que te puedo asegurar es que encaja todo, ya lo he comprobado. Me ha dicho que estaba preocupada por que pensásemos que la asesina era su nieta, así que por eso, mientras iba averiguando cosas por su cuenta, te mandaba mensajes para orientarte.

Diana extrajo una libreta pequeña donde tenía anotados los mensajes.

—Desconfía de todos y cuídate de las brujas, la marca del pentágono, Alba no es la asesina y por celos también se mata —leyó de corrillo—. Y dices que esos mensaje me los mandó para proteger a su nieta.

—Sí, eso me ha asegurado. Conforme estábamos investigando, ella estaba pendiente de los movimientos de las chicas. Primero pensó que todas, excepto su nieta, eran las asesinas. Por eso te mandó el primer mensaje. Después debió sospechar de Luisa, y por eso me mandó el segundo mensaje. Luego debió oír que Petra, Luisa y Aurora sospechaban de Alba, la chica de Huesca. Entonces te mandó el tercero, ese de que Alba no es la asesina.

—¿Y el cuarto? —preguntó Diana cuando Vázquez dejó de hablar.

—Eso estaba pensando yo, ¿qué me has dicho de una guardia civil que estaba enamorada de Luisa?

—Alba me ha hablado de una agente que se llama Fedra Pintado. Pregúntale al sargento Padilla por ella, que creo que tiene todos los números para ser la asesina.

—El problema que tenemos en esta zona, para investigar —dijo Vázquez—, es la ausencia de cámaras de seguridad. En la ciudad es más fácil, podemos pedir la intervención de las cámaras de vigilancia de cajeros automáticos, comercios o lo que sea. Entonces nuestros agentes se dedican a mirar las grabaciones y siempre aparece algo, una sombra, una matrícula, una silueta... Pero aquí no hay más que montaña y casas abandonadas. La guardia civil me ha dicho que en los pueblos no vieron nada. Dicen que conocen a las chicas, que han visto a Andrés por aquí y por allá, pero poco más. La casa está llena de huellas, de senderistas y de las chicas, que han pasado muchas veces por allí...

—Oye —intervino Diana, interrumpiendo la explicación de Vázquez—, supongo que habrán mirado las huellas del arma de Andrés.

—Supongo que sí —respondió el inspector jefe—. E imagino que también habrán buscado huellas en su coche.

—Eso lo hacían los nuestros —aseguró Diana—. O no te acuerdas que estaba aparcado en la comisaría de Jaca.

—Es verdad —asintió el inspector jefe.

—Bueno, entonces qué hacemos —preguntó Diana—. Llevamos más de veinticuatro horas a tope, escuchando a las brujas de Laspaúles, registrando la casa de una anciana y su nieta, oyendo a una cría que quiere invocar al diablo

para curar el cáncer a su madre y paseando con un inspector de Jaca y un sargento de la Benemérita de aquí para allá —el cansancio comenzaba a afectar a la oficial de policía, que se sentía abatida—. Y tenemos los teléfonos móviles de la que, según tú, me estuvo enviando mensajes de texto y llamando para comunicarme la muerte. Pero no tenemos a la asesina, y creo que es esa guardia civil.

—Se lo diré al sargento para que la cite y a ver qué sacamos en claro.

—Espera, espera... —cortó Diana—. Una guardia civil no es una chica desprevenida de un pueblo, ni una cría de quince años. Tomar declaración a una picoleta puede que no nos sirva de gran cosa. ¿Recuerdas la moto que nos siguió hasta Castejón de Sos y hasta Laspaúles?

—Sí, la Africa Twin.

—Pues Alba me ha dicho que es la moto de esa guardia civil.

—O sea... —sentenció Vázquez—. Que la tía nos sigue. ¿Qué sugieres?

—Andrés murió por ese libro. Ergo la guardia civil busca el libro.

—No des por sentado que la asesina sea esa guardia civil —contravino Vázquez—. Recuerda que el éxito de una investigación sobreviene cuando no se cierra la lista de sospechosos.

—Tienes razón —acató Diana—. Andrés murió por ese libro, entonces el asesino busca el libro.

—O ya lo tiene.

—No me quites esa esperanza —protestó Diana—. Vamos a dar por hecho que el asesino no tiene el libro.

—Y si lo tiene —perseveró el inspector jefe.

—Le diremos que es falso.

—Ahora el que no te sigue soy yo.

—Sí, convoca al sargento Padilla y al inspector Medina y diles que en su atestado incluyan que el libro que portaba Andrés encima en el momento de ser asesinado es una copia. Una copia buena, pero una copia a fin de cuentas. Diles que digan que el original está... —Diana pensó un instante—. ¿Dónde puede estar? —se preguntó en voz alta.

—¿Dime?

—Un momento Vázquez, estoy pensando —se disgustó la oficial.

—¿Un cebo? Eso es lo que quieres tenderle al asesino.

—Así es. Ya lo hemos hecho otras veces y ha funcionado.

—Pero este cebo es dando por hecho que la asesina sea esa Guardia Civil —insistió Vázquez—. Porque en caso contrario no tendría acceso al atestado de la Benemérita, por lo que no se enteraría que hemos tendido un cebo. Y vuelta a empezar...

—Vale, vale. Quizá no es tan buena idea —se corrigió Diana—. Pero te lo estoy diciendo mientras lo pienso. El resumen es publicar en algún lugar que el auténtico libro de Goethe está en algún sitio. Si el asesino o asesina no lo tiene, irá a buscarlo, ya que lo necesita. Y si lo tiene, pensará que es falso e irá a buscarlo igual. No perdemos nada por probarlo.

—¿Y dónde lo publicamos? Eso que has dicho es una memez, Diana. Perdona que te hable así, pero, ¿qué quieres que pongamos en el periódico, que el libro de Goethe está en la casa abandonada? por ejemplo. Entonces todo el mundo irá allí.

—Ya, tienes razón Vázquez. Te ruego que me disculpes, estoy realmente extenuada con todo esto. Mi plan solo tiene sentido si es para la guardia civil esa. Es la única manera de pillarla.

—A ver Diana, no dudo de que tu plan sea bueno. Pero poner una trampa para que alguien vaya a buscar el libro de Goethe no resuelve nada. Si esa guardia civil, de la que hablas, se acerca hasta allí y coge el libro, no disponemos de ninguna prueba que acredite que ella es la asesina.

—Pero ya tendríamos un hilo de donde tirar. No me negarás que esa chica tiene números para ser la asesina.

—Por lo que me has dicho sí, pero los números no son suficientes como acusar a alguien. Lo que acusa son las pruebas.

Diana pensó un instante, su mente buscaba alguna forma de recabar pruebas para acusar a la guardia civil, de la que estaba convencida era la asesina.

—Veamos, Vázquez. El disparo con el arma de Andrés se produjo hace día y medio, entonces la persona que ha disparado aún tendrá restos de Parafina en las manos.

—¿Y si llevaba guantes cuándo disparó? —objetó Vázquez.

—Joder, mira que te gusta complicar las cosas. ¿Y por qué alguien se iba a poner unos guantes en el mes de agosto? —quiso ser graciosa Diana—. Además es posible que aún tenga marcas en los brazos. De Parafina, quiero decir —concretó—. Y luego están las pisadas hasta llegar a la casa, no creo que sea difícil hacer coincidir las huellas. Y la coartada, tendrá que demostrar que estuvo en otro sitio mientras se cometió el crimen. Además, a Andrés lo asesinaron en sábado y al mediodía, supongo que a esa hora habrá algún senderista circulando por el camino que llega hasta la ermita, esa que hay más arriba. Pero lo importante es que esas pruebas solas, de forma independiente, no llevan a ningún sitio. Pero unidas, una a una, tienen el peso necesario para una acusación formal. Si la picoleta va a recoger el libro, después de que se incluya en el atestado de la Guardia Civil el lugar donde está el auténtico, luego solo tenemos que ir casando las diferentes pruebas que te he comentado y presentar una acusación formal.

Pero —insistió Diana—. Si va a buscar el libro es que está en el *fregao*, de eso puedes estar seguro.

—Vale, ahora mismo hablo con Padilla y Medina y esta noche te llamo con lo que sea —aceptó el inspector jefe—. ¿Te quedarás a dormir en Huesca finalmente?

—Sí, ya lo habíamos hablado.

—Luego te mando un mensaje, si al sargento Padilla le parece bien tu sugerencia.

—De acuerdo. Ahora pensaba en la posibilidad de pedir una entrada y registro en la casa de esa guardia civil, pero en el caso de que no fuese la asesina no tendríamos perdón.

—Además, sin pruebas suficientes, el juez denegaría la entrada —corroboró Vázquez—. En el caso de Petra Cornel solo hemos tenido que mencionar en el escrito que en esa casa estaba el teléfono móvil de Andrés.

—Una cosa más —dijo Diana antes de colgar—. No pongáis que el libro está en la casa abandonada de los Oliván.

—¿Por qué?

—Porque eso de que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen, es una inmensa tontería. Mirad qué horario tiene Luisa Cortillas en el hospital de Jaca. Esperad a que esté trabajando y poned en el atestado de la muerte de Andrés que el libro está en la casa de Luisa. Incluso podéis añadir en qué habitación o lugar de la casa, eso es igual. Fedra Pintado sabe qué horarios tiene Luisa. Te lo digo porque si está encaprichada con ella la habrá seguido y sabrá sus idas y venidas. Después, tan solo habéis de poner una patrulla vigilando la casa y esperar a que Fedra acceda. Llámame loca, pero si entra en la casa rompiendo la cerradura ya la podemos acusar de robo con fuerza, con lo que la detención estará justificada. Y si entra con una copia de la llave, que también es posible que la tenga al haber convivido con ella un tiempo, podríamos acusarla de entrada ilegal o allanamiento de morada, ya se nos ocurrirá algo. Te digo esto para no pillarnos los dedos en el caso de que la picoleta nos denuncie. Que todo puede ser.

—Está bien —asintió Vázquez—. Descansa, que luego te mando un mensaje.

A las doce de la noche del domingo, el inspector jefe Vázquez, el inspector Medina y el sargento Padilla de la Guardia Civil, se reunieron en el despacho de judicial de la comandancia de Castejón de Sos. Vázquez, tal y como había hablado una hora antes con Diana, propuso la idea de que la asesina de Andrés Hernández podía ser una guardia civil de Jaca de nombre Fedra Pintado. El sargento Padilla la conocía, ya que era una agente muy peculiar, según explicó; aunque no le dio ninguna credibilidad a esa información. Por lo que sabía de la tal Fedra, era una eficiente guardia civil. Al sargento le parecía inconcebible que Fedra Pintado fuese la asesina de Andrés Hernández. Vázquez le contó que los había estado siguiendo cuando fueron desde Jaca a Castejón de Sos, y también en el desplazamiento de Castejón hasta Laspaúles. El sargento le restó importancia, argumentando que Fedra estaba destinada en una unidad de policía judicial, por lo que era posible que estuviera dentro de su tarea el seguimiento de las unidades que investigaban la muerte del policía, algo así como una contravigilancia: vigilar a los que vigilan.

—El Atestado está clasificado en la aplicación como “secreto” —habló el sargento—. Por lo que para ser consultado desde otra plantilla hay que conocer la clave de acceso. Para hacer lo que propones —le dijo a Vázquez—, deberíamos desprotegerlo.

—Es la opción más viable —recomendó el inspector Medina—. Abrir otra vía de investigación, en estos momentos, con esa guardia civil, nos llevaría a ampliar las intervenciones telefónicas. Pero tratándose de una agente no creo que sea tan incauta como para conversar por teléfono.

El sargento apoyó la cabeza en el respaldo de su silla mientras llamaba por teléfono. Momento que Medina aprovechó para ofrecer un café de la máquina a Vázquez. El inspector jefe aceptó. Mientras que Medina se acercaba a la máquina del pasillo, Vázquez prestó atención a la conversación que Padilla mantenía con, según parecía, un vigilante del hospital de Jaca. Escuchó como le preguntó por el horario de la enfermera Luisa Cortillas. Cuando terminó la llamada, se dirigió a Vázquez.

—Un amigo nuestro del hospital —le dijo—, me ha dicho que Luisa entra a trabajar mañana a las seis de la madrugada. Es un vigilante que mantiene muy buenas relaciones con nosotros —explicó—. Si incluimos en el atestado del asesinato de Andrés lo del libro, es posible que Fedra lo lea esta noche.

Vázquez se puso en pie y se acercó hasta la ventana del despacho. A través de la persiana se percibía el silencio de la carretera que pasaba por delante de la comandancia.

—Ya —chasqueó los labios—. Pero la posibilidad de que Fedra lea el atestado esta noche es muy remota.

—¿Sabemos si está trabajando hoy? —preguntó el inspector Medina, que en ese momento accedía al despacho sosteniendo en sus manos dos vasos de plástico—. ¿Quieres un café? —le preguntó al sargento.

—Pues no lo sé —respondió el sargento—. Tendría que llamar a Jaca y preguntar a alguien de allí. Pero en ese caso Fedra tendría constancia de que mostramos interés por ella. No creo que sea buena idea. Sí, gracias —le dijo a Medina cuando elevó el vaso de café indicándole si quería uno—. Claro que también podría llamar y solicitar ayuda al puesto de Jaca para avanzar en la investigación —meditó en voz alta—. Les podía decir que tenemos que hacer algún tipo de gestión en el hospital, por ejemplo, como sería el registro de los pacientes que ha habido durante todo el fin de semana. Incluso podía poner la excusa de que sospechamos que la persona que asesinó al policía está malherida y cabe la posibilidad de que haya ido a curarse al hospital. ¿Qué os parece?

Vázquez se alejó de la ventana y se sentó en una de las sillas vacías que había al lado de uno de los ordenadores. Cogió el vaso de café de la mano de Medina y lo posó en la mesa.

—Si Diana está en lo cierto —habló—, y esa tal Fedra está implicada, o es la autora de la muerte de Andrés, en cuanto sepa que hay un atestado abierto, que puede consultar y que estamos investigando el listado de pacientes del hospital, seguro que estará tentada en leer lo que llevamos trabajado hasta ahora en el caso.

—Por probar —clamó el sargento incorporándose delante del ordenador—, no perdemos nada.

Padilla abrió la aplicación de atestados policiales y accedió a la investigación del asesinato de Andrés Hernández. Durante casi media hora estuvo escribiendo, mientras que Vázquez daba pequeños sorbos a su vaso de café y Medina se adormilaba, incómodo, en una de las sillas. Tal y como le había sugerido Vázquez, sobre la idea de Diana Dávila, incluyó en el atestado que la investigación les había llevado a asegurar que el libro de Goethe estaba en la casa de Luisa Cortillas, en Laspaúles. El sargento le echó imaginación y ubicó el libro en el primer cajón del armario ropero de su habitación. Mientras escribía hizo un paro y llamó por teléfono, en un minuto entró en el despacho un soñoliento guardia civil vistiendo de paisano, sus ojos mostraron que se acababa de despertar. El sargento le dijo que preparara un dispositivo de vigilancia en un vehículo camuflado con dos agentes. Añadió que el dispositivo tenía que estar en funcionamiento a partir de las tres de la madrugada en las inmediaciones del domicilio de Luisa Cortillas, en Laspaúles.

—¿Qué buscamos? —preguntó el agente, visiblemente molesto.

—A las cuatro de la madrugada, seguramente, saldrá de la casa Luisa. La enfermera comienza a trabajar a las seis en Jaca. Cualquiera persona que acceda a su domicilio, cualquiera —dijo más despacio—, han de dejar que entre; aunque sea forzando la puerta o saltando por la parte de atrás. Llegado el caso informen aquí inmediatamente y procedan según las instrucciones.

—A la orden —dijo el agente.

Vázquez se sorprendió de la disciplina de la Benemérita. No podía imaginarse esa misma situación en la policía nacional sin que el agente friera a preguntas al superior sobre si era necesario madrugar tanto o si ese servicio servía para algo. Pero en la Guardia Civil los comandados no hacían preguntas y se limitaban a obedecer.

—Ya está —exclamó el sargento Padilla, despertando de golpe a Medina, que se había quedado roque sobre la silla—. He solicitado ayuda a Jaca, e incluido en el atestado la localización del libro de Goethe en la casa de Luisa y he desprotegido la aplicación para que se pueda consultar desde cualquier ordenador de la red interna.

—¿Podrás saber quién lo consulta? —se interesó Vázquez.

—Sí, por supuesto —asintió Padilla—. Cada usuario tiene una clave identificativa, en cualquier momento puedo saber quién, cuándo y desde dónde ha accedido al atestado.

Vázquez se percató de que había hecho una pregunta absurda, ya que las aplicaciones de la policía y de la Benemérita, eran casi idénticas. Miró su reloj de pulsera, era la una de la madrugada del lunes 17 de agosto. Imaginó que Diana estaría durmiendo, o eso le deseaba. Pero aún así le mando un mensaje con texto breve: “*Cebo lanzado*”. Diana sabría que su idea había sido aceptada y que la guardia civil había puesto un cebo a Fedra Pintado. En unos segundos Diana respondió: ¿Libro en casa de Luisa? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Vázquez la llamó por teléfono, sabía que Diana no pararía de mandarle mensajes preguntando cómo lo habían planificado.

—Vázquez —respondió a la primera llamada—. Al final han aceptado mi propuesta.

—Sí, escucha —dijo Vázquez hablando muy bajo mientras que deambulaba por el estrecho pasillo de la comandancia de Castejón de Sos—. Luisa saldrá de su casa sobre las cuatro de la madrugada, ya que a las seis comienza a trabajar en el hospital de Jaca. Padilla ha dispuesto un servicio de vigilancia en la casa y ha incluido en el Atestado la información de que el libro de Goethe está en la casa de Luisa, en un cajón del armario ropero de su habitación. Para asegurarse de que Fedra se interese por la investigación, ha dado voces en la comisaría de Jaca

solicitando ayuda para listar a los pacientes del hospital, ya que sospechan, eso les ha hecho creer, que Andrés hirió a su atacante y que éste pudo ser atendido en el hospital.

—Bien pensando —exclamó Diana, eufórica—. Si Fedra va a la casa de Luisa por la mañana, no habrá ninguna duda de que ella es la asesina.

—Te mantendré informado de cualquier cosa que ocurra, tú ahora descansa. Mañana, si no tengo lío, iré al entierro de Andrés en Huesca. Nos veremos allí.

Diana colgó inmediatamente después de aceptar el ofrecimiento de Vázquez.

El inspector jefe entró de nuevo en el despacho de judicial. El sargento Padilla le dijo que se iba a echar un rato en una habitación que tenía para dormir en la comandancia y le ofreció otra más que había disponible para que Medina y Vázquez descansaran. Les dijo que era demasiado tarde como para que tuviesen que viajar hasta Jaca.

—Os despertaré a las cuatro de las madrugada —les aseguró—. Estoy en contacto permanente con el servicio de vigilancia de la casa de Luisa.

Vázquez pensó de dónde sacaría la energía ese sargento. De repente se acordó de la declaración de la abuela Rosario. El inspector jefe se fijó que Padilla sostenía en su mano un dictáfono. Se lo había visto en alguna ocasión en la mano, incluso en las declaraciones de Petra, Luisa o Aurora. Pero también lo esgrimió cuando hablaron con la abuela de Petra. Entonces no se lo preguntó, pero el dictáfono era una magnífica forma de grabar conversaciones y repetirlas luego, sobre todo cuando lo que se hablaba se había de transcribir.

—Oye, Padilla —le dijo—. ¿Tienes grabada la voz de Rosario Monteagudo?

—Sí —respondió el sargento—. Suelo grabar parte de las conversaciones que mantengo con los sospechosos, ya que mi memoria es muy frágil y luego cometo errores en los informes que redacto. He considerado que lo que nos ha dicho la anciana era importante para la investigación y durante un rato he grabado lo que nos contaba.

Vázquez sabía que cualquier conversación grabada sin autorización de la persona no tenía validez jurídica. Por eso los bancos solían incluir en las llamadas que grababan la pregunta de que recordaban que la llamada podía ser grabada, para que el interlocutor lo tuviera presente.

—¿Me puedes pasar un pequeño extracto de lo que habéis hablado?

Padilla no preguntó para qué, se limitó a conectar mediante USB el dictáfono al ordenador para volcar las grabaciones.

—Pásame un MP3 muy corto, que quepa en un mensaje de WhatsApp —le dijo al sargento—. Se lo quiero mandar a Diana para que lo escuche y me asegure que la voz de la anciana es la misma que la llamó cuando murió Andrés — Padilla ya tenía conocimiento de la llamada que Diana recibió instantes después

de ser asesinado el policía de Huesca.

El sargento le hizo escuchar a Vázquez el extracto de quince segundos donde la abuela de Petra explicaba por qué utilizó el móvil de Andrés y el del chico de Tarragona.

—Vale, pásamelo por WhatsApp —conminó el inspector jefe.

En cuanto lo recibió en su teléfono, lo reenvió al móvil de Diana con el texto: “Dime si la voz de quién te llamó coincide con la de la abuela de Petra”. Vázquez había creído a la anciana, pero tenía que comprobar si realmente fue ella la que llamó a Diana cuando murió Andrés.

Diana respondió en un minuto: “Es ella, sin duda”.

Vázquez se sentó en un sillón de la sala de espera de la comandancia, donde se quedó dormido.

Vázquez se despertó de sopetón, cuando eran las tres de la madrugada. La camisa se le había empapado en sudor y lamentó que el aire acondicionado de la sala de espera, donde se había sentado a descansar, estuviera apagado. El silencio en la comandancia de Castejón de Sos era total. Con dificultad miró la hora en su reloj de pulsera.

—Mierda —lamentó—. Me he dormido.

Calculó que el servicio de vigilancia de la casa de Luisa Cortillas ya se habría puesto en marcha. La dotación de paisano de la Guardia Civil estaría en las inmediaciones de la casa esperando a que Fedra Pintado fuese a buscar el libro. Con solo pensar en que tenía que esperar allí, solo, a que los de judicial de la Benemérita llamaran, se desesperaba. Para el veterano inspector jefe era terrible estar ocioso mientras otros hacían el trabajo. Pero había de recordar que esa no era su policía, ni su unidad, ni sus agentes, ni su demarcación. Allí no pintaba nada, y aún gracias que el sargento Padilla se había mostrado colaborador con ellos. Pensó que si hubiese sido al contrario, la policía nacional nunca hubiera permitido que mandos de la guardia civil hubieran compartido una investigación de ese calado con ellos, y mucho menos que hubieran tomado decisiones sobre cómo actuar. En ese sentido había de estar profundamente agradecido a que Padilla le hubiese permitido estar allí e incluso participar en las indagaciones.

Una vez despierto, Vázquez salió al pasillo de la comandancia. Allí, el silencio era roto por murmullos que provenían de la garita de seguridad, a la entrada del edificio. En la oscuridad del pasillo se vislumbraba un haz de luz que surgía de la puerta. El inspector jefe se acercó caminando despacio.

—Ah, inspector jefe —saludó un guardia civil, al que ya había visto por la noche—. ¿Aún despierto? —le preguntó.

Vázquez se fijó que portaba en la mano cinco naipes y observó un cigarro que se consumía en un improvisado cenicero de papel de plata. El otro agente se había descalzado y sostenía igual número de cartas en su mano.

—De alguna manera hay que pasar la noche —habló el guardia civil, mientras que el otro miraba las cartas mostrando indecisión en su mirada; aún no sabía qué carta poner sobre la mesa.

—¿Y el sargento? —atinó a preguntar, temiendo que no fuese una pregunta bien aceptada por los guardias.

—¿Padilla? —replicó el agente—. Estará durmiendo, supongo. Me ha dicho que en cuanto sepamos algo de Laspaúles le despertemos. Pero aún no han respirado —sonrió—. Ya estamos acostumbrados a servicios de este tipo, y la mayoría son negativos.

Vázquez recordó que el sargento Padilla había encargado personalmente a ese guardia civil para que montara el servicio de vigilancia en la casa de Luisa Cortillas. Que el agente estuviese allí, jugando a las cartas, significaba que el servicio no se había montado finalmente. Se arriesgó a entrometerse.

—¿No tenía que estar usted en Laspaúles? —le preguntó con tono cordial.

El agente desvió los ojos de sus cartas, que sostenía con fuerza en las dos manos. —Sí, eso ordenó el sargento —respondió—. Pero como había pedido colaboración a la comisaría de Jaca, han sido ellos los que finalmente han montado el servicio.

Vázquez sabía que desde Jaca hasta Laspaúles había casi dos horas en coche. Si el servicio lo habían iniciado a las cuatro de la mañana, significaba que los agentes habían tenido que salir de Jaca a las dos. Es decir, poco después de que Padilla diera las instrucciones. Y que Jaca participara en la “troncha” de la casa de Luisa no era bueno, ya que la guardia civil que estaban investigando pertenecía a esa plantilla. Vázquez presintió que el plan que habían trazado no iba a funcionar.

—Bueno —dijo a los agentes—. Les dejo jugando a las cartas.

El despacho de judicial estaba dos habitaciones al lado del control de seguridad. Vázquez vio que estaba abierto y se metió dentro. Antes de encender la luz se cercioró de que no había nadie durmiendo, como podían ser el sargento Padilla o incluso el inspector Medina, que por cierto se preguntó dónde estaría ahora. Del interior del despacho tan solo surgía el brillo de uno de los monitores que aún estaban encendidos. Los otros dos permanecían apagados en ahorro de pantalla. El Atestado de la investigación del asesinato de Andrés permanecía abierto, Padilla no lo cerró cuando estuvo trabajando en él al inicio de la noche. Para comprobar si habían añadido más información había de salir de la aplicación y entrar de nuevo. Pero en ese caso el programa le solicitaría la clave de acceso, y Vázquez la desconocía. Refrescar la pantalla tampoco serviría, ya que las aplicaciones policiales suelen pedir la contraseña cada pocos minutos. Pensó en el agente que estaba jugando a las cartas. Él estaba destinado en judicial y seguramente sabría la contraseña de acceso. Por probar no perdía nada.

—Hola de nuevo —saludó a los dos guardias civiles, que en ese momento se disponían a iniciar otra partida; el responsable de seguridad estaba barajando—. Sin querer he cerrado el atestado en el que estamos trabajando y no puedo entrar por que me pide la contraseña de acceso. ¿No la sabrá usted? —consultó—. Me sabe mal despertar al sargento por eso.

—Si, claro —respondió amable—. La contraseña es su número de DNI más las letras GC.

—Gracias —replicó Vázquez—. ¿Y cuál es el número de DNI?

—Lo tiene anotado en un grupo de folios grapados que hallará sobre la mesa. Ahí están los documentos, carnés y teléfonos de todos los guardias que pertenecen a esta comandancia. El número del DNI será, con toda seguridad, el *login*.

—Gracias de nuevo —dijo Vázquez antes de salir de la garita.

La aplicación no aceptaba la combinación del número de documento con la clave de acceso que le había indicado el guardia civil, así que Vázquez tuvo que regresar a la garita de seguridad.

—Ya me perdonarás —se disculpó—, pero algún dato no es correcto, me dice que usuario o contraseña no válidos.

—Eso es porque el sargento habrá cambiado el *login* —replicó—, en vez de poner el DNI como todo el mundo. Pruebe usted con la palabra “saratoga”, así tal cual, todo en minúsculas.

Vázquez regresó al despacho de judicial, y esta vez sí acertó con la combinación de palabras y números. Al entrar en la aplicación de atestados no tuvo problema en hallar el atestado del asesinato de Andrés; era el único que había abierto. Accedió y leyó todo lo actuado hasta ese momento. Se iniciaba con una comparecencia de la patrulla que halló el cadáver, seguido de varias diligencias auxiliares donde se habían anotado los telefonemas de aviso al Juez, Fiscal, Forense, Policía Judicial y Policía Científica. A continuación estaban las declaraciones de las chicas por orden, primero Aurora, luego Petra y la última la de Luisa. Había varias diligencias sueltas de gestiones como la del traslado del vehículo del finado, el hallazgo del arma del crimen y una diligencia muy extensa sobre la situación del cuerpo y las marcas dibujadas en el suelo. Vázquez fue girando la rueda del ratón para desplazar el atestado al final. Leyó la diligencia que había introducido el sargento Padilla, la cual le pareció muy ingeniosa, además de bien redactada. En la misma indicaba que por gestiones practicadas por el grupo de judicial se había podido constatar que el móvil del crimen fue el libro titulado “Fausto” de Goethe, denunciado como desaparecido en la comisaría de Huesca por su legítimo dueño, el señor Arturo Mange. Que en el momento del crimen, Andrés Hernández, policía de la comisaría de Huesca, se hallaba inmerso en la localización de dicho libro. Que se ha podido determinar que el libro está oculto en un cajón del ropero de la habitación de la sospechosa Luisa Cortillas en la localidad de Laspaúles. Que queda pendiente la autorización de una entrada y registro del Juzgado de Barbastro, la cual se efectuará al día siguiente para intervenir el libro, el cual será remitido al juzgado para su custodia.

Después de esa diligencia no había nada más escrito, Vázquez supuso que la orden de la vigilancia en la casa de Luisa la habría dado directamente Padilla al

agente de judicial que en ese momento estaba jugando a las cartas. Lo que significaba que si alguien de Jaca estaba realizando ese servicio, era por que ese mismo agente lo había solicitado de *motu proprio*. De repente tuvo un mal presentimiento: Fedra sabía que se había montado un dispositivo frente a la casa de Luisa, con lo cual no iría. La pantalla parpadeó un par de veces, alguien estaba trabajando en el atestado desde otro terminal de Jaca. Salió del atestado para refrescar la información y volvió a entrar de nuevo. Efectivamente comprobó que habían añadido una diligencia, la del servicio de control del domicilio de Luisa. El instructor había introducido que con motivo del homicidio, que da inicio al presente atestado, se dispone un servicio de vigilancia y control en la localidad de Laspaués. La diligencia iba firmada por un carné profesional de la Guardia Civil, y en la misma se especificaba qué agente se haría cargo. Lo que sorprendió a Vázquez es que solo hubiera un número escrito, cuando lo habitual es que la “troncha” la realizara una pareja. Miró sobre la mesa, en el grupo de folios grapados con el listado de los guardias que correspondían a la comandancia. Había varios fajos con el listado de Huesca, Jaca, Castejón de Sos y Barbastro. La lista era interminable, lo que suponía que allí, sobre esa mesa, estaba contenido el nombre y apellidos, teléfono y número de carné de todos los guardias civiles de la provincia. Se puso las gafas de leer, ya que la vista se le estaba agotando por la hora, la falta de sueño y el cansancio. El listado estaba ordenado por apellidos, por lo que los números no eran consecutivos, así que debía empezar por el principio e ir resbalando los ojos por todas las hojas. Lo único que deseaba es que el número del guardia civil que estaba realizando la vigilancia en la casa de Luisa, apareciera pronto. Y lo hizo al llegar al tercer folio.

—Me cago en la puta —boceó al leer el nombre. La guardia civil encargada de la troncha en casa de Luisa Cortillas era Fedra Pintado. Sin proponérselo habían enviado al lobo a vigilar a la oveja.

Vázquez llamó al sargento Padilla y al inspector Medina, de forma alterna desde su teléfono móvil. Ninguno de los dos respondía. De Padilla suponía que debía estar durmiendo en su habitación de la comandancia de Castejón. Y de Medina imaginaba que estaría haciendo lo mismo.

—¿Dónde duerme el sargento? —preguntó nada más entrar en la garita de seguridad.

Los dos guardias civiles mostraron sorpresa.

—¿Le podemos ayudar, inspector jefe? —se ofreció el guardia que se supone debía estar en Laspaúles.

—Sí, diciéndome dónde duerme su sargento.

El guardia civil que custodiaba la puerta lo acompañó por el pasillo, mientras que el otro se quedó de guardia. Subieron por las escaleras y en la planta de arriba se detuvieron delante de una puerta con el número 1.

—Es aquí —le dijo el agente.

Vázquez abrió la puerta y encendió la luz. Era una habitación pequeña, donde apenas cabía una cama individual y un armario estrecho de contrachapado. Sobre la cama, completamente vestido a excepción de los zapatos, se había echado el sargento Padilla. Al accionar Vázquez el interruptor de la luz, abrió los ojos que resplandecieron bajo la bombilla del techo cuyo haz caía inmisericorde sobre su cara.

—¿¡Qué ocurre!?! —preguntó ofuscado.

—Pasan unos minutos de las cuatro de la mañana —habló deprisa el inspector jefe Vázquez—. Y el guardia civil que había de vigilar la casa de Luisa Cortillas está allí abajo, jugando a las cartas —dijo todo lo ofendido que pudo—. Pero lo bueno no es eso —sonrió irónico—. Lo bueno es que quién está vigilando la casa de Luisa ahora mismo es, ¿adivina? —preguntó de forma retórica.

El sargento Padilla se sentó en la cama. Su rostro conformaba una mueca de incompreensión, aún no había acabado de procesar toda la información que le estaba soltando como un surtidor el inspector jefe.

—No sé Vázquez, no entiendo nada.

—Pues que desde Jaca han enviado a la propia Fedra Pintado para vigilar la casa de Luisa, ¿entiendes Padilla? Han enviado a Fedra —dijo despacio, casi deletreando.

El guardia civil de seguridad, que había acompañado al inspector jefe hasta la habitación del sargento, se retiró al ver que los dos estaban discutiendo. Padilla se incorporó en la cama y se dispuso a calzarse. Mientras lo hacía trataba de comprender qué es lo que le estaba explicando Vázquez.

—No han hecho nada malo —dijo aclarándose la garganta—. De hecho yo mismo les solicité colaboración para esta investigación. Lo de que esa guardia civil, Fedra Pintado, es una de las principales sospechosas, es algo que hemos planificado nosotros, pero los de Jaca no tienen por qué saber nada. Ellos han obrado correctamente.

—Si, ya, pero quién está ahora vigilando la casa es ella y... —Vázquez se frotó las dos manos como si quisiera hacer fuego con un palo—. Y aún no sabemos si ha consultado el atestado, pero hasta donde yo he leído había una diligencia incluyendo la sospecha de que el libro de Goethe está en casa de Luisa y de que el número profesional de Fedra Pintado es la que se encarga de la vigilancia. ¿Sabes por qué han enviado desde Jaca a una sola agente?

—No tengo ni idea Vázquez, es algo muy raro. Pero ahora mismo les llamo y lo aclaro todo. Me has dicho que has consultado el atestado, ¿cómo?

—He entrado en tu despacho y he visto que la aplicación estaba abierta —respondió el inspector jefe. Omitió lo de que le había preguntado a uno de los guardias cuál era su contraseña, eso no era relevante en ese momento.

El sargento se incorporó y pisoteó un par de veces el suelo, como si se le hubieran dormido las piernas y quisiera despertarlas. De la mesita que había al lado de la cama agarró el teléfono móvil y buscó un número en la agenda. Descolgó mientras salía de la habitación, Vázquez lo siguió. Al llegar a la primera planta se cruzaron con el inspector Medina, sus ojos mostraban que acababa de despertarse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Vázquez, el sargento seguía enganchado al teléfono.

—Es largo de explicar, pero por una serie de coincidencias, la que está haciendo la troncha en casa de Luisa Cortillas, es la propia Fedra Pintado.

El inspector abrió los ojos y las manos al mismo tiempo, su expresión facial demostraba que la noticia era de difícil digestión.

—Pero... ¿cómo es posible?

El sargento Padilla colgó el teléfono y se dirigió a los dos policías nacionales a la vez.

—No pasa nada —dijo—. Está todo aclarado. La comisaría de Jaca dispone de pocos funcionarios el fin de semana, y como les solicité colaboración han mandado a la tal Fedra Pintado, por ser uno de los agentes que han podido localizar, me han dicho que es la única que ha descolgado el teléfono de los cuatro o cinco que han llamado.

—¿No hay agentes de guardia? —preguntó Vázquez.

—El fin de semana, no. Y cuando surgen servicios especiales, como este, tratan de localizar alguno que pueda venir a cambio de darle un día de compensación

—respondió el sargento—. La tal Fedra conduce una motocicleta de montaña, una Honda Africa Twin. Me han dicho desde Jaca que la agente es muy dispuesta y cuando la necesitan para servicios de vigilancia siempre se ofrece y los realiza con su propia moto. Vamos, un chollo para el cuerpo. Cuando le han dicho que había que montar un servicio especial en Laspaúles, no lo ha dudado un momento y ha aceptado.

—Qué casualidad —dijo con ironía Vázquez.

—Eso he pensado yo —replicó el sargento—. Pero los de Jaca me han dicho que no es la primera vez que lo hace, por lo que no es nada anormal. Hace una media hora que Fedra ha salido de Jaca dirección a Laspaúles, por lo que aún no ha llegado. Nosotros estamos más cerca, por lo que podemos llegar antes que ella —dijo mirando a los dos policías.

—Dejad que piense —murmuró Vázquez—. En principio, Fedra Pintando va a Laspaúles por que la han mandado de Jaca, algo que has solicitado tú —miró al sargento Padilla—. Por lo que en este caso no hay nada extraño. Si los cálculos salen bien, Luisa saldrá de su casa a las... —miró el reloj—, ya ha salido. Mientras que Fedra aún no ha llegado. Si nosotros salimos ahora llegaremos a Laspaúles antes que Fedra y cuando ya se ha ido Luisa, por lo que la casa estará vacía...

El inspector Medina comenzó a sonreír.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Vázquez.

—Me río por que veo que no has cambiado nada —dijo con afecto—. Te das cuenta, Edelmiro, que siempre has sido igual. Seguramente tengas razón y esa guardia civil sea la asesina, pero no veas la que estás montando con eso. En el mejor de los casos, y suponiendo que quiera recoger el libro ese de marras de la casa de Luisa, no tendremos nada en contra de ella. Entre otras cosas por que el libro no está allí. Lo único que tendremos será a una agente de la guardia civil que hemos mandado nosotros mismos a la casa de una sospechosa a que vigile que nadie venga a robar un libro que ya robaron en Huesca hace unas semanas y por la que, presuntamente, han asesinado a un policía.

Vázquez resopló agotado.

—Joder, Medina, dicho así suena muy mal. El cebo no ha salido cómo esperábamos, porque Fedra no era la que tenía que ir a vigilar, sino a hurtar.

—Sí —siguió argumentando Medina—, pero ahora, en el caso de que le de por entrar en la casa de Luisa, la picoleta siempre puede decir que entró por que sospechaba que había alguien dentro. Y con esa coartada no tenemos nada que hacer.

—¿Entonces? —preguntó el inspector jefe mirando al sargento Padilla y al inspector Medina al mismo tiempo.

—Yo creo que lo mejor es que nos vayamos a dormir por hoy —dijo el sargento—. Ya falta poco para las cinco de la madrugada y creo que hemos hecho suficiente. En apenas día y medio hemos tomado declaración a las principales sospechosas, hemos inspeccionado el lugar del crimen, tu chica ha hablado con la menor de Huesca y hemos requisado el vehículo de vuestro compañero asesinado. Sin contar que hemos descubierto a una anciana que utiliza el móvil de Andrés para mandar mensajes con la intención de proteger a su nieta. El atestado aún puede estar abierto hasta el martes al mediodía, cuando se cumplan las 72 horas desde que se abrió. Policía científica necesitará más tiempo para analizar las muestras halladas tanto en la casa, como en las inmediaciones, como en el coche. Debemos esperar unos días a que algún vecino se acerque a la comandancia a contar alguna cosa —dijo frotándose la barbilla—. Sí, en los pueblos ocurre a menudo que cuando pasan desastres como este, semanas después algún vecino dice recordar que vio un coche, que alguien pasó por allí, que alguien comentó... Entonces surge una pista que no habíamos tenido en cuenta antes y que hace que todas las piezas encajen.

—Pareces muy convencido —sonrió Vázquez.

—No es que quiera darte lecciones de policía —le dijo el sargento de forma afable—, pero en los pueblos se investiga de otra forma. Lo que ocurre y lo que se hace aquí no tiene nada que ver con lo que ocurre o se hace en las grandes ciudades. Y... ¿sabéis que os digo?

Medina y Vázquez lo miraron expectantes esperando a que respondiera a su propia pregunta.

—Que nos estamos yendo por los cerros de Úbeda con esto. No sé quién o quiénes son los asesinos, o asesinas. Pero nos estamos centrando en unas adolescentes que juegan a las brujas en la casa abandonada, una abuela que no sabe lo que hace y una guardia civil que, por lo que tengo entendido, es una eficiente agente. No habéis pensado que quizá a Andrés lo asesinó un sicario, alguien contratado para hacerlo. O, incluso, un vagabundo que pasó por allí con tan mala suerte que pilló a Andrés en la casa y lo mató pensando que el policía iba en su búsqueda. Ahora estamos investigando a una compañera mía —dijo bajando la voz—. Y yo no he puesto objeción alguna, pero... ¿qué pensaríais vosotros si os dijera que el posible asesino es un policía nacional?

Vázquez no se molestó por el comentario del sargento Padilla, sabía que lo había dicho de buena fe. Se habían precipitado acusando a una guardia civil, sin pensar que esa acusación era un mazazo para el sargento Padilla, que hasta el momento más que dirigir la investigación, como le correspondía, parecía que era el que estaba colaborando con ellos. El inspector jefe se sintió como si hubiera abusado de su hospitalidad.

—Padilla tiene razón —intervino el inspector Medina—. Lo mejor es que descansemos un rato. Lo hecho hasta ahora, hecho está. Ya tenemos las declaraciones de las chicas y el servicio de Laspaúles está bien montado. Sinceramente —dijo mirando con nostalgia a Vázquez—, no creo que esa Guardia Civil tenga nada que ver.

El inspector jefe no pudo evitar una mueca de disgusto, que no pasó desapercibida ni para Padilla ni para Medina.

—Bueno, yo solo quería agotar todas las vías de investigación. Para Diana y para mí ha sido un golpe la muerte de Andrés Hernández y...

—Tranquilo Edelmiro —interrumpió el inspector Medina—. No tienes que explicar nada. ¿Podemos dormir aquí? —le preguntó seguidamente al sargento—. Apenas quedan poco más de dos horas para que amanezca y no es recomendable conducir con sueño.

—Sí, claro. Quedaos los dos, hay sitio de sobra. Al lado de la habitación donde has dormido —le dijo a Medina—, hay otra vacía. Mira antes que no haya nadie durmiendo y échate allí un buen rato. Mañana es lunes, bueno, quiero decir que hoy ya es lunes —dijo dándose cuenta de la hora que era—. Os aseguro que mandaré a todos los agentes que tenga disponibles de judicial a patear por los pueblos a ver qué pueden averiguar. Ellos preguntarán por vuestro compañero, si lo vieron acompañado de alguien en alguna ocasión, si hablaron con él, si él les contó alguna cosa. Ya veréis como en unos días tendremos más información. Aquí, en los pueblos, las cámaras de vigilancia son los propios vecinos.

Vázquez asintió con la cabeza.

—Hoy al mediodía entierran a Andrés en Huesca. Diana está allí.

Ni Padilla ni Medina dijeron nada más. Todos estaban agotados.

Diana Dávila se había acostado boca arriba en la cama que le dejaron en la residencia de la comisaría de Huesca. Evidentemente no podía dormir, en su cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo acontecido desde que el sábado al mediodía le sonara su teléfono móvil con la llamada perdida de Andrés Hernández.

Poco a poco fue recopilando mentalmente, y de forma cronológica, los sucesos conforme su cabeza los organizaba. Diana imaginaba la secuencia como si fuese una película. Alba Mange conoce a un grupo de nuevas amigas con las que se siente identificada. Ellas le dicen que saben como conseguir lo que se quiera, pero para ello hay que invocar al diablo. Cada una aporta un objeto que se supone donará al diablo a cambio de un favor.

—¡Qué tontería! —habló en voz alta Diana—. ¿Y por qué Alba piensa en llevar el libro de Goethe?

«El libro», pensó la oficial de policía. El libro era el centro de todo. Sin ese libro Andrés no hubiera muerto.

—Andrés —dijo en voz alta a punto de llorar—. Si al menos me hubieras dejado una nota, un mensaje en el buzón... La distancia hace el olvido. Antes, cuando yo estaba aquí, en Huesca, me hubieras contado lo que estabas haciendo. Y yo te hubiera podido ayudar, o no, pero al menos sabría lo que hacías, con quién habías hablado, qué te preocupaba...

Diana se puso en pie, cuando los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Las llaves —susurró.

Andrés Hernández era muy ordenado y metódico en todo lo que hacía. Por eso estaba considerado en Huesca el mejor policía de la oficina de Atención al Ciudadano. Diana recordó que antes de coger una denuncia, Andrés siempre recababa los datos que le aportaba el denunciante y los iba enumerando de uno en uno en un folio en blanco que se colocaba al lado del teclado. «¿Cuándo salió de casa?», recordó Diana que le preguntó a una señora a la que le habían entrado a robar en el piso. Entonces Andrés trazó varias líneas rectas en la hoja y fue anotando los datos que le aportó la denunciante. Hora de salida, hora de llegada. «¿Se cruzó con alguien en el rellano? Y en la calle, ¿se sintió espiada?». La mujer respondía a las preguntas de Andrés con prontitud y exactitud, ella sentía que el policía se estaba interesando por su denuncia.

Diana abrió su bolso y buscó las llaves del piso de Andrés. No sabía si alguien de la comisaría había ido ya a registrarlo, pero siendo domingo y teniendo en cuenta que lo asesinaron el sábado al mediodía, seguramente los de judicial de Huesca no irían hasta el lunes. Además, para que el registro pudiera ser

judicializado, era necesario contar con la autorización del juzgado. Y el juzgado que llevaba el caso era del de Barbastro, por lo que la orden no llegaría hasta el martes, por lo menos. Pero ella tenía las llaves y sabía dónde estaba su piso. Durante las prácticas que hizo en Huesca salieron alguna vez en un coche de la comisaría a tomar café. En una ocasión Andrés pasó por la calle Capuchinas y disminuyó la marcha al pasar por delante de un bloque de cuatro plantas de altura. «Ahí lo tienes», le dijo a Diana. «Cuatro plantas y sin ascensor, cuando me haga viejo tendré que cambiarme a un bloque que disponga de ascensor, para que no tenga que subir por las escaleras.»

La oficial cogió las llaves y las apretó con fuerza en su mano. Nada le impedía salir de la comisaría e ir al piso de Andrés. Seguramente desde la comisaría habían avisado a su mujer, de la que llevaba separado varios años. Diana sabía que ella no vivía en Huesca, aunque no recordaba si Andrés le dijo alguna vez dónde estaba. Bajó por el ascensor y salió por la pequeña puerta trasera, evitando pasar por delante del policía de seguridad. No quería que él comenzara a elucubrar a dónde iba ella a las cinco de la madrugada.

La calle Capuchinas estaba a apenas cinco minutos de la comisaría provincial. Por la calle no se cruzó a nadie andando, y por su lado pasó el motorista que repartía los periódicos. Diana imaginó que en la portada del lunes vendría la noticia del policía asesinado en Laspaúles. Se estremeció con solo pensarlo. El manojito de llaves de Andrés tenía cuatro llaves, fácilmente identificables. La de la puerta del rellano, la de la puerta del piso, la del buzón, más pequeña, y una cuarta llave que Diana no supo identificar. El piso de Andrés estaba en la tercera planta, según leyó en el buzón. Era la primera puerta, de dos que había por rellano. Mientras subía pensó qué diría si se cruzaba con algún vecino. Aunque quizá no sería tan malo, ya que ese vecino o vecina le podría aportar alguna información importante para la investigación. Ya supuso que Andrés vivía solo, nunca le dijo que estuviera con alguien. De hacerlo no hubiera andado por los pueblos del Pirineo buscando un libro, meditó Diana. Ese fue el problema de Andrés: la soledad.

Abrió la puerta con dos vueltas de la cerradura. Lo primero que sintió fue un fuerte olor a perfume de vainilla que le recordó al tabaco de pipa. En los dos años que estuvo en la jefatura de Madrid había un inspector que siempre estaba fumando en pipa en su despacho, y al pasar por delante sentía un aroma parecido al que había ahora en el piso de Andrés. Nada más acceder encendió la luz y solo necesitó un golpe de vista para contemplar la vivienda. En apenas cincuenta metros cuadrados había un salón, comedor y cocina, todo en uno. Dos puertas a la derecha, una de la habitación de Andrés, supuso, y la otra de una especie de despacho buhardilla, según pudo ver por el desorden de las cajas apiladas en el

suelo. La habitación de Andrés estaba ordenada. La cama hecha, la ropa recogida y los objetos del tocador con espejo, que había delante de la cama, perfectamente alineados. La ventana que daba a un tragaluz estaba entreabierta, imaginó que Andrés la dejó así para ventilar el piso. Diana se apesadumbró al ver que nada hacía presagiar que el morador de esa vivienda ya había fallecido; todo estaba organizado como si fuese a regresar de un momento a otro. En la siguiente habitación había una mesa de escritorio y sobre ella un ordenador portátil. Estaba apagado, pero la pantalla la había dejado levantada. Al lado del ordenador, como esperaba hallar, una libreta de anillas. Sin tocar nada, Diana hojeo la libreta. Pero para su enojo no había nada escrito. Abrió los seis cajones del escritorio, y solo encontró objetos de oficina como gomas, clips, una grapadora, decenas de bolígrafos y lápices, un par de estilográficas, dos reglas, un paquete de folios y varias cajas de grapas.

Antes de encender el ordenador, que pensó era su última oportunidad, se acercó hasta la cocina. Pero, tal y como se esperaba, la cocina también estaba limpia y ordenada. Hasta el cubo de la basura se había vaciado y tenía una bolsa nueva. La vajilla recogida y la encimera impoluta, como si no se hubiera usado nunca. Por un momento pensó que se había equivocado y que no estaba en el piso de Andrés, pero una fotografía en el comedor donde estaban los dos, ella y él, vistiendo uniforme y sentados en la oficina de denuncias de Huesca, sonriendo ante el fotógrafo, le hizo comprobar que ese era el piso de su amigo.

Pulsó el botón de encendido del ordenador portátil. En unos segundos escuchó el característico sonido de entrada de Windows. Afortunadamente Andrés no había puesto una contraseña de acceso y pudo entrar en el entorno gráfico de inmediato. En el escritorio había varias carpetas con nombres genéricos: fotos, vídeos, documentos, buscador y navegador. El navegador que utilizaba era el Firefox, pero antes de abrirlo se entretuvo en visionar las fotografías. Parecían hechas con un teléfono móvil y eran de paisajes de la provincia de Huesca y Zaragoza: Castillo de Loarre, Monasterio de Veruela y de San Juan de la Peña, Monasterio de Piedra. En ninguna de las imágenes aparecía Andrés, algo que pensó Diana le hubiera entristecido. Cuando alguien muere nos sumerge en una especie de nostalgia melancólica al verlo cuando estaba vivo y en plena forma. En la carpeta vídeos solo había unos cuantos videoclip de no más de un minuto de duración y, para su sorpresa, eran todos pornográficos. Diana imaginó que a Andrés le gustaría excitarse en su soledad visionando esos vídeos sacados de Internet. Le deploró el sentimiento de que en el Firefox hallaría enlaces a esas páginas, pero aún así lo abrió. En el historial de navegación, como se había imaginado, había muchas páginas de pornografía con nombres sugerentes. Pero también había artículos de Wikipedia, entre ellos Fausto, de Goethe, y varios

más relacionados con la brujería, Laspaúles y el diablo. Pero lo que más le sorprendió es que la papelera del escritorio estuviera vacía. No casaba con un hombre tan organizado como Andrés. Tuvo la inquietante sensación de que después de que Andrés muriera, alguien había pasado por allí con la intención de borrar huellas. La cocina recogida, la cama hecha, los armarios limpios y ordenados, las libretas blancas, sin ninguna anotación. La papelera del escritorio de Windows vacía y la carpeta de documentos no tenía ni un solo archivo de Word.

—Algo falla —farfulló entre dientes.

Buscó un teléfono fijo en el piso, pero no había ninguno. Recordó que siempre que habló con Andrés por teléfono, lo hicieron a través de su móvil. Uno a uno fue levantando los cuadros que había colgados en el salón, en el despacho y en su habitación. En total no había más de siete, pero albergaba la esperanza de que debajo de alguno de ellos hubiera una caja fuerte. No fue así, Andrés ni siquiera tenía caja de caudales donde guardar sus secretos.

—Mierda, mierda, mierda —gritó llena de rabia.

Mientras se frotaba los ojos para limpiarse los restos de las lágrimas que le iban asomando, vio que entre todos los iconos que había en la barra del escritorio, al lado del reloj, había uno en rojo cuyo dibujo era de una impresora tachada con una cruz. Recordó que cuando abrió el armario ropero de Andrés había visto la caja de una impresora láser en el suelo. Colocó el puntero del ratón sobre el icono y se desplegó un menú de opciones. Diana clavó los ojos en la que decía: “reimprimir trabajo”. El software le estaba avisando de que la última impresión había sido fallida o que no se había completado, pero que disponía de la opción de repetirla.

Diana abrió el ropero de Andrés y sacó la caja abriéndola encima de la cama. Conectó el cable de la corriente al enchufe de la pared y el otro al puerto USB. Enseguida, el botón de la barra de tareas dejó de parpadear y la cruz roja desapareció. Colocó el puntero del ratón encima y pulsó en la opción: “reimprimir trabajo”. Sacó un puñado de folios del cajón y alimentó la bandeja. En unos segundos la impresora comenzó a escupir folios. Diana los cogió todos a la vez, al menos había siete; aunque los dos últimos estaban en blanco. Cuando los leyó, exclamó:

—Hijo de puta.

El teléfono móvil de Vázquez se había quedado sin batería, pero el inspector jefe no se dio cuenta y no pensó en ponerlo a cargar. El teléfono estaba en su bolsillo, completamente mudo. La intranquilidad se había aliado con el cansancio y le era imposible poder dormir. Pensó que nunca más podría conciliar el sueño después de esa noche.

El sargento Padilla se había vuelto a echar en la cama, al igual que el inspector Medina. En todo el cuartel solo estaban los dos guardias civiles de seguridad, que Vázquez supuso también estarían durmiendo, según pudo comprobar al ver que la luz de la garita estaba apagada. Disponía de una hora hasta que llegara el relevo de la mañana y todo volviera a funcionar de nuevo, por lo que decidió usar alguno de los ordenadores libres de la inspección de guardia e incluso el del propio sargento Padilla para navegar un rato. El del sargento no pudo usarlo, ya que tal y como se temía también disponía de una clave de acceso para acceder a Internet. Probó dos veces con el login que conocía y la combinación de su DNI y las dos letras, pero viendo que daba error desistió antes de que el programa le bloqueara la clave y luego tuviera que andar dando explicaciones. Las aplicaciones de la policía se bloqueaban tras tres intentos fallidos y para recuperarlas había que solicitarlo al departamento de informática.

En la inspección de guardia había dos ordenadores, uno de ellos con el protector de pantalla activado, y también le solicitó una clave para desbloquearlo, pero el otro estaba encendido y pudo entrar en Google, sin ningún inconveniente. Su primera búsqueda fue: "Fausto, de Goethe". El buscador desplegó enseguida un listado enorme de páginas que contenían el resultado deseado, en total 472.000. El primero era el artículo de Wikipedia, el cual leyó deprisa. Había biografías más o menos completas de Johann Wolfgang Goethe, vídeos de Youtube y enlaces a librerías que disponían del libro de Fausto. Cuando llevaba cuatro pantallas, de diez resultados por pantalla, halló una noticia que despertó su interés. Era una página de coleccionistas, donde tasaban el valor de ciertos libros. El buscador le mostró esa página porque alguien se había interesado por el libro de Fausto. La página en realidad era un foro, donde los usuarios intercambiaban información del precio de compra y de venta de distintos libros. En los más recientes leyó como había usuarios que tenían ejemplares de Gabriel García Márquez dedicados por el autor y consultaban por cuánto se podrían vender. En el hilo de respuestas hablaban los propios administradores del grupo de usuarios, que daban varias contestaciones, según el estado de conservación del libro, el año o incluso la verificabilidad de la firma del autor. Así, por ejemplo, había uno que respondía que si además de tener el libro firmado,

conservaba alguna fotografía donde se viera al propio García Márquez firmando el libro, eso sería garantía suficiente de que la firma era auténtica. Más abajo había una nota en rojo que recordaba que había que desconfiar de las firmas dudosas, ya que la página web había detectado que circulaban estafadores que firmaban los libros ellos mismos y los vendían como auténticos, sin serlo.

Los ojos de Vázquez se clavaron en la pregunta que hacía un usuario sobre el Fausto de Goethe del año 1882, impreso por la Casa Editorial Maucci de Barcelona y con ilustraciones de Alejandro Liezen Mayer, R. Seitz y A. Schmitz. El inspector jefe no tuvo ninguna duda de que se trataba del mismo ejemplar. Pinchó sobre el titular y al desplegarse el hilo, vio como el interesado daba más detalles, como que la traducción era de Teodoro Llorente Olivares y que le daba un especial valor la firma de uno de los grabados por el propio Liezen. Varios usuarios habían respondido a la pregunta, muchos de ellos de Argentina, Chile y México. Pero la cuestión debía ser importante, porque alguno de ellos se aventuró a ofrecer una cantidad de dinero por el libro, en el supuesto de que quién hacía la pregunta dispusiera de él. Uno de ellos, que dijo ser de Reino Unido, y que se notaba que lo que escribía estaba traducido con un programa de traducción automático, llegó a ofrecer por el libro un millón de euros. A Vázquez le sorprendió que ninguno de los otros usuarios comentara el disparate que significaba ofrecer esa cantidad, por lo que dio por hecho que pagar un millón de euros por ese libro era una cantidad acorde a su valor.

Vázquez tuvo claro que quién había hecho la pregunta disponía del libro o estaba en disposición de obtenerlo. Cogió papel y bolígrafo para anotar los datos, ya que esa pregunta del foro abría otra línea de investigación, pero cuando leyó el nombre en clave utilizado por el usuario, no pudo más que exclamar:

—Me cago en la leche.

—Responde, maldita sea —exclamó Diana después de tres intentos de llamada al teléfono de Vázquez.

El inspector jefe tenía el móvil apagado y, cada vez que Diana llamaba, le saltaba el contestador: “*El número al que llama no se encuentra operativo en este momento*”. Diana no podía llamarle a la comandancia de Castejón de Sos, así que le dejó un mensaje en el buzón de voz, con la esperanza de que Vázquez activara el teléfono pronto.

—Vázquez, si estás en Castejón vete a Jaca, a nuestra comisaría. Yo salgo ahora de Huesca y llegaré en menos de una hora, si no me para la guardia civil de tráfico por el camino, ya que iré a toda hostia.

Diana se había incorporado a la autovía de Jaca. En el asiento del copiloto llevaba los siete folios que había escupido la impresora del piso de Andrés. Su viejo amigo había resumido toda su investigación en un archivo de Word, que borraron de su ordenador. Andrés contaba sin reparar en detalles como el señor Arturo Mange le había pedido que hallara el paradero de un libro que había desaparecido de la librería del piso de Huesca. Mange le había dicho que desde el primer momento sospechó de su hija Alba. El banquero y su mujer sabían que la niña había conocido a un grupo de chicas de Laspaúles y que los sábados por la noche se reunían en una casa abandonada del pueblo para invocar poderes ocultos. Los Mange ya habían contratado a un detective privado que se encargó de seguir a su hija, pero ese detective se limitaba a recabar información que entregaba puntualmente al banquero, pero lo que le preocupaba al matrimonio era perder a su hija. Entonces pensaron que si intervenía un policía nacional, como Andrés Hernández, su hija quizá se asustaría y dejaría de ir con esas chicas. Andrés anotó que los Mange supieron desde el principio que su hija fue la que cogió el libro, así se lo hicieron saber a él.

Andrés siguió a Alba varios días y estuvo haciéndose notar por los pueblos por donde ella transitaba. Su objetivo era que la niña depusiera su actitud y regresara a casa de sus padres. Pensó que si se sentía acosada, sus amigas la repudiarían y ella se asustaría, por lo que terminaría por regresar a Huesca. Pero la clave estaba en el libro de Goethe, que necesitaba para los ritos que realizaban los sábados por la noche. Entonces Andrés Hernández lo vio claro, el libro era la llave que decidiría si Alba seguía con esas chicas o regresaba a su casa. La noche del sábado 8 de agosto, las siguió hasta la casa abandonada de Laspaúles y se esperó oculto en las inmediaciones hasta que las chicas terminaron con sus infructuosos ritos. Pasada la una de la madrugada todas se marcharon de la casa y Andrés subió hasta el salón de la primera planta, para fotografiar el escenario

que utilizaban las brujas. Quería adjuntar a su reportaje cuantas pruebas gráficas le fueran posible, para documentar su investigación. Pero para su sorpresa, las chicas se habían olvidado el libro de Goethe en el centro del pentágono dibujado en el suelo. Andrés anotó en su informe la posibilidad de que ese descuido fuese deliberado, ya que era demasiada casualidad que encontrara por azar aquello que iba buscando. Cogió el libro y lo guardó con la intención de convencer a Alba Mange para que regresara a casa de sus padres y devolviera el libro ella misma. Ese libro sería el cambalache que utilizaría para negociar con Alba, ella no tendría más remedio que escucharlo si quería recuperarlo.

Andrés había escrito: *Alba no es mala chica, solo una joven inmadura y caprichosa que no sabe lo que quiere. Pero ha iniciado el camino de la delincuencia al robar un objeto de valor a su padre con el fin de agradar a sus amigas, necesita sentirse importante en el grupo.*

Andrés resumió la personalidad de cada una de las amigas de Alba en escuetas anotaciones que relacionaba entre sí. Luisa, Aurora y Petra se complementaban entre ellas, siendo Luisa la que tiraba del grupo. La mayor de Laspaúles era una solitaria autocomplacida de sí misma que no dudaba en aprovecharse de las personas de su entorno. Andrés anotó que mantenía relaciones sexuales con una guardia civil de Jaca, de nombre Fedra Pintado, con el único fin de beneficiarse de su posición de poder. Fedra le mantenía al tanto de la circulación de las patrullas rurales de la guardia civil y cuando algún sábado sabía que una patrulla iba a circular por Laspaúles, entonces cambiaba el aquelarre al descampado del río Isábena o a otro lugar.

Diana percibió que el informe de Vázquez estaba escrito de manera que no iba a ser entregado a nadie, pero que le servía a él como recapitulación de toda su investigación. El sábado 15 de agosto era el día elegido para quedar a solas con Alba; aunque Andrés ya anotó que quizá la chica no se atrevería a ir. Andrés, previendo que las cosas se torcieran, se hizo acompañar por alguien que le serviría de protección; no sabía quién iba a acudir al encuentro en la casa de los Oliván. El informe terminaba con el nombre de su acompañante: Jeremías Padilla, sargento de la guardia civil, jefe del cuartel de Castejón de Sos.

El último párrafo indicaba donde se hallaba una grabación, que Diana comprendió daría con la clave de todo el entramado.

Vázquez puso a cargar el teléfono móvil al darse cuenta de que lo tenía apagado. Recordó que el sargento Padilla estaba obsesionado por hallar el libro de Goethe, en vez de averiguar quien mató a Andrés, sobre todo en las declaraciones de las brujas de Laspaúles. Cuando las interrogó siempre les preguntaba lo mismo: ¿Sabes dónde está el libro? Ahora que sabía que la persona que preguntó en el foro el valor de ese libro, utilizaba el login de “saratoga”, no tenía la mínima duda de que Padilla andaba detrás del libro. ¿Quién más podría utilizar un nombre de usuario como ese? Se preguntó. El agotamiento no impidió que Vázquez encajara las piezas. Padilla sabía que Andrés tenía el libro, también sabía que ese libro podía llegar a valer un millón de euros. Pero nunca le ofrecería la posibilidad a Andrés de compartir el botín, Andrés no aceptaría jamás; de lo que conocía de él sabía que era un policía íntegro. Por eso lo acompañó el día que quedó con Alba en la casa de los Oliván. Un sargento de la guardia civil tiene la pericia y la puntería necesaria como para acertar a un blanco a pocos metros. Después de disparar a Andrés, se deshizo del arma que arrojó a unos setos próximos a la casa, sabía que tarde o temprano sus hombres la hallarían. Pero el arma no tendría ninguna huella, Padilla se había encargado de eso. Quizá utilizó guantes para disparar, pensó Vázquez, o quizá la limpió bien antes de arrojarla en los setos.

—Entonces —murmuró—, él tiene el libro.

El móvil ya disponía de la carga suficiente como para encenderse. Introdujo el PIN y la pantalla parpadeó. Tenía dos mensajes de texto avisando de que habían entrado varias llamadas y que había un mensaje en el buzón de voz. Una vez lo escuchó, llamó a Diana.

—¡Vázquez! Cojones, llevo un buen rato llamándote —le dijo ella sosteniendo el teléfono en una mano, mientras conducía por la autovía hacia Jaca—. Ya sé quién es el asesino —aseguró.

—Padilla —manifestó el inspector jefe sin asomo de duda.

—Escucha —habló de prisa Diana—. He estado en el piso de Andrés, alguien entró y lo limpió todo. Pero he conseguido imprimir, desde la memoria de la impresora, un informe que estaba redactando Andrés de la búsqueda del libro de Goethe. Padilla fue el guardia civil que le acompañó el sábado a la casa abandonada cuando quedó con Alba. Él es el que le disparó —gritó.

—Yo también he averiguado alguna cosa —habló bajando la voz el inspector jefe—. Ahora estoy en Castejón de Sos y no puedo elevar la voz, pero Padilla ha estado consultando por Internet el precio del libro.

—Entonces él tiene el libro —dijo derrotada, Diana.

—No lo tiene —susurró Vázquez.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aún lo está buscando. En las declaraciones a las brujas se obcecó en preguntarles dónde estaba el libro.

—Con toda seguridad es el que entró en el piso de Andrés después de matarlo.

—No tuvo tiempo —anotó el inspector jefe—. A Andrés lo asesinaron al mediodía y uno de los primeros en ser avisado fue el sargento. No pudo ir a Huesca y regresar para hacerse cargo de la investigación del crimen.

Diana se cambió el teléfono de mano para poder cambiar de marcha al salir de la autovía.

—Entonces fue por la mañana —dijo—. Antes de quedar con Andrés para ir a la casa. Mientras que Andrés estaba por Laspaúles él estuvo en su casa registrándola, buscando el libro.

—Mierda de libro —maldijo Vázquez—. Si Padilla lo hubiera encontrado, Andrés no habría muerto.

—Espera un momento —cayó en la cuenta Diana—. Las llaves del piso de Andrés estaban entre sus pertenencias. ¿Cómo abrió la puerta Padilla antes?

—Seguramente ya habían quedado el día anterior para ir a la casa abandonada a entregar el libro a Alba —replicó Vázquez—. Recuerda que Andrés llevaba varios días pululando por aquí. Pero, oye, necesitamos pruebas para acusar a Padilla. No creo que sea tan fácil conseguir que él se derrote y diga que fue el que asesinó a Andrés.

—Tienes razón —asintió Diana—. Encontrando el libro tampoco haremos nada. ¿Está Medina ahí, contigo?

—Está durmiendo, creo —respondió Vázquez—. Pero visto lo visto ya no sé de quién fiarme.

—¿Crees que puede estar implicado?

—No sé, no sé...

—Andrés era muy metódico —reflexionó Diana, mientras aminoraba la marcha de su vehículo para pensar con más claridad—. Me extraña que no haya anotado más cosas de su investigación —musitó.

—¿En qué piensas?

—En el manojito de llaves que tengo del piso de Andrés. Hay cuatro llaves: la de su puerta, la del portal, la del buzón y una cuarta que aún no sé de dónde es.

—El libro —dijo Vázquez.

—Es posible que sea de la caja donde está el libro —consideró la oficial de policía—. Es una llave pequeña, como de una caja de seguridad o... Una taquilla. Claro, cómo no lo he pensado antes, la cuarta llave es de la taquilla de Andrés.

—¿La de la comisaría de Huesca?

—Sí, claro. Todos los policías llevan consigo la llave de su taquilla. No hay lugar más seguro, y además Padilla no ha podido entrar en el vestuario de la comisaría de Huesca sin que nadie se diera cuenta. Vente para Huesca —exigió Diana—. Tenemos que contar aquí todo lo que hemos averiguado y abrir la taquilla de Andrés, ahí hallaremos lo que estamos buscando.

Faltaban unos minutos para las nueve de la mañana del lunes 17 de agosto, cuando dos policías de judicial de la comisaría de Huesca, Vázquez y Diana, hablaban en el despacho del comisario. El inspector jefe y la oficial relataban todo lo que habían averiguado del asesinato de Andrés Hernández, mientras que el comisario los escuchaba con interés.

—La investigación la lleva la Guardia Civil —recordó el comisario—. Les corresponde a ellos por demarcación.

—Pero el asesinato es un policía —intervino Vázquez—. Y todo apunta a que el sargento Padilla es el autor. El *modus operandi*, el móvil del robo y las notas de Andrés no dejan lugar a dudas.

El comisario se atusó la corbata que le oprimía el cuello, mientras que Diana pensó qué persona era capaz de vestir corbata en el mes de agosto. La oficial sostenía en sus manos los folios que imprimió en casa de Andrés, su compañero había dejado escrito todo lo que llevaba investigado hasta el momento de su muerte.

—Ha mentido —interrumpió Diana—. El sargento conocía a Andrés y sabía lo que él estaba buscando en Laspaúles, sin embargo en ningún momento nos ha dicho nada. Según sus notas —mostró los papeles—, el sargento fue el que le acompañó a la casa abandonada, momento que aprovechó para asesinarlo.

—Antes me habéis comentado que el teléfono móvil de Andrés seguía en funcionamiento, después de su muerte —dijo el comisario—. ¿Esa pista ya no es válida?

—No nos distraigamos con eso —respondió Diana arrugando la nariz—. Ya descartamos esa pista cuando Vázquez habló con la anciana.

—Sí, el asunto del móvil de Andrés y el otro móvil, el del chico de Tarragona, ha sido circunstancial y casual. Estamos convencidos de que no tiene nada que ver con el crimen, solo ha sido una intromisión de la anciana para proteger a su nieta, a la que creía culpable.

—¿Chico de Tarragona? ¿Qué chico? —interrogó el comisario.

Con las prisas, Vázquez y Diana, habían contado solo la mitad de lo que sabían; no disponían de tiempo para ampliar más detalles. El comisario protestó con un balanceo de su barbilla, ante la mirada incierta de los dos policías de judicial, dos chicos jóvenes de pelo corto y negro que portaban sendos bolsos de tela colgados en el hombro.

—Solicito permiso para abrir la taquilla de Andrés —dijo Diana mostrando el manojito de llaves de su piso.

El comisario contrajo la expresión de su cara.

—La investigación está en el juzgado —replicó—. Y usted ya ha inspeccionado su piso, sin autorización, y ahora me pide que le deje abrir la taquilla.

—Para abrir la taquilla no hace falta autorización —intervino Vázquez—. La taquilla está en dependencias policiales y no tiene nada que ver con el crimen, al menos de forma aparente. Sería necesaria una orden judicial —siguió argumentando el inspector jefe—, en el caso de que Andrés fuese el sospechoso.

—Está bien —aceptó finalmente el comisario.

Mientras los dos agentes de judicial, Vázquez y Diana, con el comisario a la cabeza, caminaban por el largo pasillo que terminaba en el vestuario de los hombres, el comisario iba hablando por teléfono. Los demás escucharon cómo hablaba con la Subdelegada del Gobierno. El jefe la estaba poniendo al corriente de los últimos avances en la investigación del asesinato del policía.

—Vosotros haréis de testigos —les dijo el comisario a los policías de judicial, cuando llegaron hasta el vestuario—. La subdelegada ya está informada y me ha dicho que llamará al teniente coronel de la Guardia Civil. Por el bien de todos espero que no os equivoquéis —dijo mirando a Vázquez.

El comisario sabía que el inspector jefe pocas veces erraba en sus predicciones.

—Es esta —habló uno de los policías.

La comitiva se plantó delante de la taquilla de Andrés Hernández. En la parte superior había pegado el número 8. Más abajo un trozo de papel, enganchado con celo, con su nombre. Diana acercó la llave a la cerradura, despacio, como si temiera que no fuese a encajar. Pero no fue así, la llave la introdujo en la cerradura y giró un cuarto de vuelta hacia la izquierda. El metal crujió con un sonido característico y la puerta se abrió.

—¿Alguno tiene un buen teléfono móvil? —consultó el comisario, sonriendo a Diana—. Es para hacer una foto del interior de la taquilla —aclaró.

Diana le devolvió la sonrisa.

—El mío servirá —dijo sacando de su bolso su móvil.

El interior de la taquilla estaba dividido en dos espacios. En la parte superior, que no mediría más de veinte centímetros de alto, había una gorra, una carpeta, un kit de limpieza de calzado, varios bolígrafos, una funda exterior para la pistola y unas hombreras con los galones de policía. En la parte inferior estaba colgado el uniforme de Andrés: unos pantalones y una camisa de manga corta. El cinturón estaba en una percha aparte, ya que pesaba bastante con la funda de los grilletes y la del cargador, que estaban metidos dentro de sus respectivas fundas. En la parte del suelo de la taquilla había una caja de zapatos, con los zapatos encima. Diana apartó los zapatos y sacó la caja fuera de la taquilla.

—Deja que te pregunte algo —habló el comisario.

Diana asintió con la cabeza.

—¿Por qué estás tan convencida de que Andrés guarda algo relacionado con su asesinato en la taquilla?

Diana observó con cierto aire de suficiencia al comisario.

—No sé si usted conocía a Andrés —dijo sonriendo con ironía—. Pero del tiempo que estuvimos juntos aquí, y de lo que sé de él, le puedo decir que era un hombre ordenado y meticuloso. Esto —mostró los folios que custodiaba en su mano como si fuese oro en paño—, es una muestra de lo que le digo. Si escribió esto es por que temía que la investigación en la que se hallaba inmerso fuese más peligrosa de lo que podía parecer a primera vista. Cualquier cosa que nos ayude a acusar al sargento Padilla será bienvenida. Además —siguió elucubrando—, no podemos descartar que haya más personas implicadas.

Vázquez balanceó la cabeza de lado a lado después del último comentario de Diana, el inspector jefe no apoyaba esa teoría. Y mientras la oficial destapaba la caja de zapatos, el teléfono de Vázquez sonó en su bolsillo. Miró la pantalla delante de todos y nombró en voz alta a la persona que llamaba, mientras que descolgaba y activaba el altavoz para que todos oyeran la conversación.

—Medina.

—Vázquez, tal y como me dijiste estoy en la comandancia de Castejón de Sos en el despacho de Padilla. Ya han llegado cuatro policías del Grupo Operativo de Jaca. El sargento está desarmado. Espero que no te equivoques, en caso contrario tendré que disculparme ante él de por vida.

El comisario se acercó hasta el auricular.

—Medina —habló elevando la voz—, soy Carmelo Oliveras.

—A sus órdenes, jefe.

—La subdelegada del gobierno ya tiene conocimiento y creo que en breve llamará al teniente coronel. No se preocupe inspector, estamos actuando con cautela, pero dentro de la ley.

—Espero instrucciones, entonces —se despidió el inspector Medina.

Diana había levantado, completamente, la tapa de la caja de zapatos. En el interior había varios objetos que fue sacando de uno en uno. Una linterna pequeña, un segundo cargador con munición, una navaja multiusos, un paquete de pañuelos de papel y una memoria USB de un giga de capacidad, según leyeron en el lateral.

—¿Dónde hay un ordenador cerca? —preguntó poniéndose en pie.

—En el despacho de al lado hay dos —respondió uno de los policías de judicial, mientras sonreía a Diana con una coquetería, que la oficial rechazó.

El grupo salió al pasillo y se metió en el despacho contiguo. Diana llevaba en la mano la memoria USB como si fuese una espada a punto de dar un estoque. Movi6 el rat6n para quitar el protector de pantalla e introdujo la memoria en una

de las cinco ranuras que había en el frontal del ordenador. Enseguida saltó el explorador mostrando lo que contenía la memoria. Por un momento, Diana temió que solo se encontraría con películas pornográficas, lo que haría que la imagen de Andrés, frente al comisario, cayera en picado. Pero era un riesgo que tenía que correr. La memoria USB solo contenía un único archivo y por la extensión, MP4, supieron que era de sonido. El comisario cabeceó para que Diana pulsara sobre el icono del archivo, mientras que uno de los policías de judicial giró el botón del volumen de los altavoces, para que todos pudieran oírlo.

—Mira Andrés, nosotros ya llevamos muchos años al servicio del ciudadano — escucharon la voz que identificaron como la del sargento Padilla—. Y de agradecimiento bien poco. Trabajar poniendo en peligro nuestras vidas, y la de nuestras familias, que sufren con nosotros. Ya va siendo hora de que nos demos un respiro. Acaso no es lo que hacen los que nos gobiernan. ¿Qué dices?

La grabación parecía hecha con un teléfono móvil, en algún tipo de local donde había mucha gente, ya que de fondo se escuchaban varias voces.

—No merece la pena —habló ahora Andrés. A Diana se le encogió el corazón cuando lo escuchó.

—He consultado en varios sitios —siguió hablando el sargento Padilla—, y a ese libro le podríamos sacar un buen tajo. Yo mismo te podría negociar su venta a un coleccionista sin que nadie se enterase. Podrías conseguir trescientos mil euros sin moverte de esa silla, compañero. ¿Qué te parece? Trescientos mil euros — habló más despacio.

—No creo que acepte nunca —respondió Andrés.

—Vamos compañero, ¿y qué vas a hacer con ese libro? El banquero ya lo ha perdido y su hija es una bala perdida, solo tienes que ver las pintas que me lleva. O de verdad crees que a esa cría le interesa lo que le puedas decir. ¿Valores, lealtad, familia? Eso son paparruchas para esos jóvenes. Mira como esa niñata no tuvo ningún reparo en llevarse el libro de casa de su padre. ¿Y tú? ¿Te has visto? Todas estas semanas que llevas pululando por aquí como un mendigo en busca de comida, ¿para qué? Para que esa cría te toree días tras día. No seas ingenuo, compañero, esa nunca regresará a su casa y el banquero al final te dará algún obsequio por tu trabajo. Quizá te regale una caja de bombones o una trenza de Almudévar.

—Deja que lo medite unos días —habló Andrés—. Y ya te diré algo.

Su voz sonó como la de alguien que está dando largas, o eso pensó Diana cuando lo escuchó.

—¿Lo llevas encima?

—¿El libro?

—Sí, sí. Deja que lo vea.

—No lo tengo aquí... Y no te voy a decir dónde lo tengo.

—Bueno, está bien compañero. Acepto tu decisión de no vender ese libro. Solo quiero decirte que si necesitas mi ayuda para lo que sea, aquí me tienes. ¿Sigues pensando en entregárselo a la hija del banquero?

No escucharon a Andrés, pero supusieron que había asentido con la cabeza.

—Está bien. Te acompañaré el sábado cuando quedes con la cría, no sea que esas brujas te quieran tender una trampa.

La grabación se interrumpió.

—Creo que hay pruebas más que suficientes —replicó con furia la oficial de policía, mientras extraía la memoria USB de la ranura del ordenador y apretaba el puño como si temiera que alguien se la fuese a arrebatar.

Alba reconoció la voz del sargento Padilla, como la persona que la llamó para anular la cita que tenía con Andrés en la casa abandonada de Laspaúles. Para entonces el comisario de Huesca ya había ordenado la detención a través de la subdelegada del Gobierno, que hizo de enlace entre la policía nacional y la guardia civil. El Atestado se traspasó a la comisaría de Jaca y el juez ordenó varios registros domiciliarios, que aportaron más pruebas para motivar el arresto. El motivo del crimen, como siempre, fue el dinero. Se supo que Padilla tenía problemas económicos que se agudizaron a raíz de un divorcio poco amistoso. Cuando Andrés solicitó ayuda a la Guardia Civil de Castejón de Sos para investigar a las que denominaron como brujas de Laspaúles y les explicó en qué consistía su investigación, el sargento se interesó por el asunto, citando a Andrés Hernández en el descampado que hay al lado del río Isábena. Allí Andrés le contó lo que buscaba y por qué lo buscaba. El siguiente paso fue el más sencillo para el sargento, ya que solo tuvo que buscar información en Internet sobre el libro de Goethe, para comprender el valor que ese libro tenía. Lo demás fue fruto de algo tan antiguo como el propio ser humano: la avaricia. Fedra Pintado tenía conocimiento de la existencia del libro. Conocía las actividades de Luisa Cortillas a través de la relación que mantuvieron durante algún tiempo. Padilla la necesitaba para navegar entre dos aguas y saber en todo momento qué tramaban las brujas. A través de Fedra conocería los tejemanejes de las chicas y, a través de Andrés Hernández, sabría los avances de su investigación. El día que asesinaron al policía, Fedra fue la que estuvo en la casa abandonada. Desde el piso superior llamó a Andrés con voz tenue, para que él creyera que era Alba la que estaba allí. Después le cogieron las llaves de su piso en Huesca y Fedra viajó con su Africa Twin para buscar el libro. Pero el libro no estaba en casa de Andrés, por lo que recogió el piso, limpió las huellas que hubiera podido dejar y borró todos los datos del ordenador que hiciesen referencia a la investigación que llevaba entre manos. En el escritorio vio un archivo de texto conteniendo siete folios, supo que el policía había anotado de forma meticulosa todo lo que iba avanzando después de días de búsqueda. Le dio a imprimir, pero no se percató de que la impresora no disponía de folios en blanco, así que la desenchufó y la guardó en el armario, supuso que ese documento solo estaría ahí y que una vez eliminado nadie sabría de su existencia. Apagó el ordenador a continuación, sin pensar que la impresión se había quedado residente en la memoria. Cuando regresó a Laspaúles, sus compañeros ya habían hallado el cadáver, por lo que las llaves las tuvo que depositar entre las pertenencias de Andrés en la comandancia de Castejón de Sos. Anotándolas a continuación en la

hoja de efectos intervenidos. Nadie se percató de ese detalle, excepto Diana, que se dio cuenta de que la letra donde se reflejaban las llaves era distinta a la de los otros objetos.

Durante toda la mañana, varios agentes de la policía judicial de Huesca, estuvieron hablando con los vecinos del bloque donde vivía Andrés Hernández. Una señora del bloque de al lado reconoció la fotografía de Fedra Pintado cuando se la mostraron. Les dijo que la había visto aparcar en la calle de atrás una motocicleta de montaña de color blanco. Los agentes supieron que era la Africa Twin de Fedra. También dijo que se cruzó con esa mujerona, como la describió al hablar de ella, en el momento que caminaba por el lateral del bloque, y que le llamó la atención que desprendiera un fuerte olor a perfume de vainilla. Los compañeros del puesto de Jaca de la guardia civil habían destacado, en sus declaraciones, que Fedra siempre emanaba aroma de vainilla. Uno de ellos incluso dijo que a Fedra le encantaba esa fragancia.

—Cuando visitamos la casa abandonada de Laspaúles ya sentí ese olor —dijo Diana—. Pero entonces no lo asocié a que fuese un perfume. Pensé que la mezcla de la humedad de la casa y el tufo a alcohol, se habían unido con el hachís y la marihuana, que seguro fumaron esas chicas en la casa.

A Fedra la detuvo la propia Guardia Civil en la casa de Luisa Cortillas, donde había ido ella misma después de ser mandada desde el puesto de Jaca a vigilar que nadie accediera a la casa de Luisa a buscar el libro de Goethe.

—Una regla de tres rota —suspiró Diana.

—No te entiendo —replicó Vázquez.

—Sí, que todo esto al final ha sido una regla de tres rota. Andrés comenzó buscando un libro y terminó siendo asesinado. Nosotros buscamos a su asesino, y al final hemos encontrado a dos. Y el libro sigue sin aparecer, que es lo primero que se buscó —explicó Diana mientras que con la mano derecha dibujaba arabescos en el aire.

—Una cosa que tampoco sabemos es cómo consiguió el libro el señor Mange —cuestionó el inspector jefe.

—¿Por qué?

—Por qué, qué.

—No sé —contradijo Vázquez—, sería curioso saber de dónde sacó ese libro el banquero.

—Vete a saber —replicó con desdén Diana—. De un anticuario, de un coleccionista, de una feria de libros antiguos, de otro...

—¿Ladrón?

—Sí, eso iba a decir.

El lunes 17 de agosto, Diana Dávila y Edelmiro Vázquez, coincidieron en el entierro de Andrés Hernández, en la iglesia de Santiago, frente a la comisaría de Huesca. No fue mucha gente, algún compañero de la comisaría y las autoridades locales; aunque de la escala ejecutiva fueron todos los inspectores jefes e inspectores de Huesca, Jaca y Calatayud. A Diana le sorprendió que hubieran asistido pocos policías, que era la escala a la que pertenecía Andrés, lo que la llevó a reflexionar acerca de los entierros, donde se iba más por el qué dirán, que por que se sintiera un apego especial con el fallecido. Por eso fueron todos los jefes, lamentó.

Un coche de la comisaría de Jaca les retiró las pertenencias del hotel Oroel, donde se habían alojado, y se las acercó hasta Huesca para que no tuvieran que perder tiempo, una vez finalizada la misa en honor de Andrés. Dos compañeros condujeron el coche de Diana con las pertenencias y se lo entregaron a la oficial de policía en la comisaría de Huesca. Diana y Vázquez ni siquiera se quedaron a comer, se despidieron del comisario y la oficial de policía acompañó al inspector jefe hasta Madrid, en su coche. Desde allí continuaría conduciendo hasta Murcia. —¿Estás segura? Puedes quedarte a dormir aquí y regresar mañana con más calma —ofreció el inspector jefe.

De Huesca a Madrid había cuatro horas en coche y cuatro más de Madrid a Murcia. Para Diana conducir ocho horas seguidas no era ningún reto, y prefería alejarse cuanto antes de Huesca. Cuanto más lejos estuviera de allí, antes se olvidaría de todo. No soportaba permanecer en Huesca ni una hora más.

—Han sido las peores cuarenta y ocho horas de mi vida —le dijo al inspector jefe—. No creo que nunca llegue a olvidarlas. ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Qué? —replicó Vázquez mirándola con cariño.

—Que aún no ha aparecido el puto libro.

—Eso es por que el libro es del diablo —sonrió.

—No me habías dicho que no creías en brujas —objetó Diana.

—Es una forma de hablar —justificó Vázquez—. Pero crees que a estas alturas nos importa dónde esté el libro.

—Pues no, lo cierto es que no —repuso lacónica, Diana.

* * *

Una pareja de senderistas dejaron atrás la vieja carretera de Laspaúles y se adentraron en el camino de la ermita de Nuestra Señora de Turbidé.

—¿Es por aquí? —le preguntó un joven imberbe, de apenas quince años, a su mentor, un veterano senderista de casi sesenta años que se jactaba de haber

recorrido todos los rincones del Pirineo Aragonés varias veces.

—Puedes estar seguro de ello —dijo de forma petulante—. Este camino lleva a la ermita de Turbidé y pasa por delante de la vieja casa de los Oliván. Lo habré recorrido en una docena de ocasiones, tanto en verano como en invierno.

El joven sonrió complacido. Los dos se habían conocido el verano anterior, cuando Bruno contaba catorce años y sus padres lo habían apuntado a un club de senderistas de Jaca; la pasión de Bruno por la montaña era casi enfermiza. Durante los meses de junio, julio y agosto de 2015 habían realizado varias salidas en grupo por diversos picos, cimas y pasos de montaña. Y ahora le había llegado el turno al río Isábena.

Cuando accedieron al camino de ascenso de la ermita, Ezequiel, viendo que ya eran las once de la mañana, sugirió que hiciesen un paro para desayunar.

—El hambre flaquea las piernas —dijo.

Los dos se detuvieron en un muro de piedra derruido, que había a la derecha del camino, en lo que en tiempos debió ser una capilla para que los peregrinos pudieran cumplir con sus oraciones. Del oratorio tan solo quedaba un puñado desordenado de piedras que los caminantes aprovecharon como mesa.

—Aquí descansaremos un rato —dijo Ezequiel—. Luego aún nos quedan un par de horas hasta la ermita.

Bruno dejó su mochila sobre una tabla de madera que había colocada sobre dos piedras del muro. Al hacerlo la tabla se quebró por la mitad y la mochila cayó en el interior de un hueco en el adobe.

—Vaya —lamentó—. Esta tabla no ha aguantado más.

Ezequiel sonrió.

—La tabla no ha aguantado por que la pusieron hace poco —dijo—. Pero las piedras llevan varios siglos y míralas, ahí siguen.

Bruno retiró su mochila del hueco dónde había caído, y que casi se encajó por completo. Tuvo buen cuidado, tal y como le había recomendado Ezequiel, u otros senderistas, en salidas anteriores, de que debajo no hubiera una víbora, la más peligrosa de las serpientes con la que se podían encontrar en la montaña. Y su sorpresa fue cuando bajo la mochila vio una bolsa de supermercado, sucia por el polvo de la piedra.

—Ezequiel —dijo—. Aquí hay algo.

El veterano senderista se aproximó hasta donde estaba Bruno.

—No la toques con las manos —amenazó—. No sabemos qué contiene; aunque seguramente sea comida de algún montañero que la descuidara aquí.

El joven aceptó poniéndose unos guantes de cuero que portaba en su mochila. Extrajo la bolsa con cuidado y la puso en el suelo, abriéndola a continuación. Los dos observaron incrédulos un libro de gruesas tapas, cuyo grabado indicaba

el título y el autor: Fausto, de J.W. Goethe.

—Un libro —clamó Ezequiel—. Seguramente lo ha olvidado algún senderista lector —dijo como explicación.

Bruno lo extrajo de su bolsa y lo posó sobre una de las piedras del muro. Se quitó los guantes y lo paginó admirando alguno de sus grabados.

—Se ve antiguo —dijo.

—Eso parece —asintió Ezequiel.

El joven lo metió en su mochila, en un compartimento apartado de sus botellas de agua para que no se mojara. Y los dos desayunaron los bocadillos que habían preparado para el viaje, olvidándose del libro.

* * *

—Pues mira —siguió hablando Diana—, bien pensado a mí sí que me importa dónde está el libro. Ese libro ha sido el arma que ha matado a Andrés.

—Terminará apareciendo —sugirió Vázquez—. Lo más probable es que Andrés lo escondiera. El libro era su salvoconducto para llegar hasta Alba y, conociendo a Andrés, imagino que también sabía que era su garantía de seguir negociando. Quizá tarde unas semanas, o un mes, puede que años, pero el libro aparecerá.

—Sí, es posible —asintió Diana—. Siempre y cuando no esté destruido.

—Claro, se sobreentiende.

—Pero... ¿dónde aparecerá?

Vázquez encogió los hombros de forma cómica, se esforzaba por hacer sonreír a Diana.

—Quizá no registraste del todo bien su casa cuando estuviste allí; no te imaginas la de rincones que puede haber en una casa. Un libro cabe en cualquier espacio; incluso debajo de una baldosa mal encajada.

—Fedra ya registró el piso a fondo por mí —dijo Diana con expresión exangüe—. Apuesto a que si el libro estuviese en la casa de Andrés, ella ya lo habría encontrado.

—¿Y si lo encontró? —cuestionó el inspector jefe.

Diana balanceó la cabeza.

—No lo ha encontrado, porque si lo hubiera hecho no habría estado buscándolo todo este tiempo.

—Una tapadera.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Cuánto tiempo estará encerrado? —consultó Vázquez.

—Espero que toda la vida.

—Algún día saldrá. Por rebaja de la pena, por buen comportamiento o incluso por indulto...

—No me jodas Vázquez, solo faltaría que se indultara por esto.

—Es un hablar. Lo que quiero decirte es que...

—Ya sé lo que quieres decir. Que el tío ha escondido el libro a buen recaudo y solo espera estar libre para venderlo a un coleccionista y sacar una buena tajada para vivir el resto de sus días como un marajá.

—Sí. Eso quería decir.

—¿Y si el libro estaba en el piso de Andrés? —cuestionó Diana—. ¿Y si Fedra lo halló?

—Todo es posible. Fedra saldrá mucho antes que él, piensa que ella no fue la que disparó. Pero apuesto lo que quieras a que cuando salgan, el señor Mange habrá contratado un batallón de detectives para que los sigan a todas horas. Tarde o temprano darán con el libro.

* * *

Al mediodía, a la pareja de senderistas, les pilló el hambre de nuevo cuando caminaban por delante de la vieja casa de los Oliván, de la que Ezequiel recordaba que habían utilizado en varias excursiones como punto de refresco para comer.

—Aquí —señaló con la mano—. Podemos comer tranquilos.

—¿No se nos caerá la casa encima? —preguntó Bruno, viendo el techo medio derruido.

—Esta casa lleva aquí más de cien años —sonrió Ezequiel—. No temas, antes caerá un piso de veinte años que esta casa.

Los dos subieron por la escalera de la vieja casa de los Oliván, hasta llegar a la planta de arriba. Los guardas forestales habían limpiado la casa y no quedaba ninguna marca de lo que había ocurrido cuarenta y ocho horas antes. El pequeño salón permanecía limpio y las ventanas se habían desprovisto de restos de cristales rotos. Cualquier vestigio de lo ocurrido había sido erradicado. En la pared había un letrero escrito con un spray de pintura que seguramente habían dejado otros senderistas, en el texto se podía leer: *“Deja esto como te gustaría encontrarlo”*.

—Veo que la han limpiado —observó Ezequiel mirando en derredor—. La última vez que estuve aquí había un pentágono dibujado en el suelo.

—¿Un pentágono?

—Sí —replicó Ezequiel—. Cosa de brujas, y con las cosas de brujas mejor no meterse —sugirió con rostro afable—. ¿Comemos ahora o quieres esperar más adelante? —preguntó al ver que su joven acompañante arrugaba el gesto, como si tuviese reparo en sentarse en el suelo.

El joven manifestó que tenía el suficiente hambre como para detenerse a comer

en ese instante. Y que esa casa era un buen lugar. Ninguno de los dos pensó, ni por asomo, que las noticias de ese fin de semana, acerca de la muerte de un policía, habían tenido esa casa como protagonista.

—Luego seguimos hasta la ermita —asintió Ezequiel.

Los dos abrieron sus mochilas, que habían dejado en el suelo, y extrajeron bocadillos envueltos en papel de plata que desliaron, guardando el envoltorio de nuevo en la mochila, para no ensuciar el suelo. Mientras comían, Bruno aprovechó para ojear el libro, con cuidado de no mancharlo.

—¿De quién será? —le preguntó a su acompañante.

—Podrías dejar una nota aquí —indicó Ezequiel señalando el suelo del salón de la casa donde estaban comiendo—. Los senderistas lo suelen hacer, como en el Pico del Águila, donde dejan tarros de cristal con notas en su interior, destinadas a otros senderistas.

—¿Y qué pongo?

—Lo que ha ocurrido, que te has encontrado un libro en el muro del camino. Deja un número de teléfono de contacto y si el que ha perdido el libro lee la nota, ya te llamará.

Después de comer, Ezequiel se tomó un café que sorbió directamente del termo de aluminio, mientras que Bruno aprovechó para enviar varios mensajes con el móvil a un amigo, que no pudo acompañarles por tener que estar estudiando para recuperar dos asignaturas que le quedaron pendientes.

Después recogieron los restos que guardaron en sus mochilas y retomaron el camino hacia la ermita de Nuestra Señora de Turbidé. Antes de salir de la casa los dos se hicieron un autorretrato con la cámara del móvil de Bruno, para tener una fotografía como recuerdo.

—Llegaremos a la ermita para la merienda —anticipó Ezequiel—. Luego ya regresaremos a Laspaúles.

En Laspaúles había dejado aparcado el coche Ezequiel, y calculó que estarían de vuelta antes de las nueve de la noche.

—Ostras —exclamó Bruno, cuando llevaban una hora caminando desde que dejaron la casa.

Se habían detenido un momento a beber agua.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ezequiel viendo como el joven removía en el interior de su mochila.

—Me he dejado el libro en la casa.

—No importa —le dijo quitándole importancia—. Cuando regresemos pasaremos otra vez por delante de la casa. Entonces sube y coge el libro.

Bruno aceptó.

* * *

—Pues ya sabes que yo no creo ni en brujas ni en demonios ni en historias de estas —le dijo Diana a Vázquez, mientras que cruzaban Zaragoza con destino a Madrid—, y creo que la maldad reside en el ser humano, y no en esos entes.

—Yo... —habló pensativo el inspector jefe—, creo que tenemos un cerebro demasiado sencillo como para comprender ciertas cosas que son incomprensibles.

—¿Cómo qué?

—Como toda esta historia del libro de Goethe. Al Diablo no se le puede engañar tan fácil y siempre consigue lo que quiere.

—O sea, que crees que el libro lo tiene el diablo —dijo sonriendo Diana y mirando de reojo al inspector jefe, que repicaba los dedos en la ventanilla.

—Pues si es lo que buscaba, seguro que lo tiene —afirmó tajante—. Supongamos que todo lo que se ha escrito sobre el diablo es cierto. Y que existe el cielo y el infierno. Y que cada una de las cosas que cuentan las escrituras sagradas son verdad. Si fuese así, ¿tú crees que unos simples mortales podrían engañar a un ser que vive desde la noche de los tiempos?

—Anda, échate y duerme un rato —recomendó la oficial de policía—. Aún quedan tres horas para Madrid y tú ya eres muy mayor.

Vázquez se reclinó en el asiento, mientras mostraba una enorme sonrisa, mientras que Diana observó el GPS para calcular cuanto tiempo de conducir le quedaba aún hasta Madrid.

* * *

Por la tarde, ya de regreso, los senderistas volvieron a pasar por la casa vieja de los Oliván. Bruno albergaba la esperanza de que el libro estuviera donde lo había descuidado al mediodía. Mientras ascendía por las escaleras, Ezequiel se quedó abajo, sentado en una piedra gruesa que le sirvió de improvisado asiento. Bruno se adentró en el salón y vio que todo estaba tal y como lo habían dejado ellos unas horas antes. Pero no vio el libro por ninguna parte. Inspeccionó ilusionado las dos habitaciones destartadas, e incluso bajó a la planta de abajo, saltando por un grueso montón de cascotes y maderas que se habían ido desprendiendo del techo.

—¿Lo encuentras? —gritó Ezequiel desde la puerta de la casa.

—No. No está.

—Entonces es que alguien ha pasado por aquí y se lo ha llevado —replicó Ezequiel—. Quién sabe, tal vez lo ha hallado su legítimo dueño.

Bruno no respondió, pero pensó que quizá Ezequiel tenía razón y quién perdió el libro era el que lo había encontrado. Después de todo, ese libro tampoco era de

ellos.

* * *

Table of Contents

Contents

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)